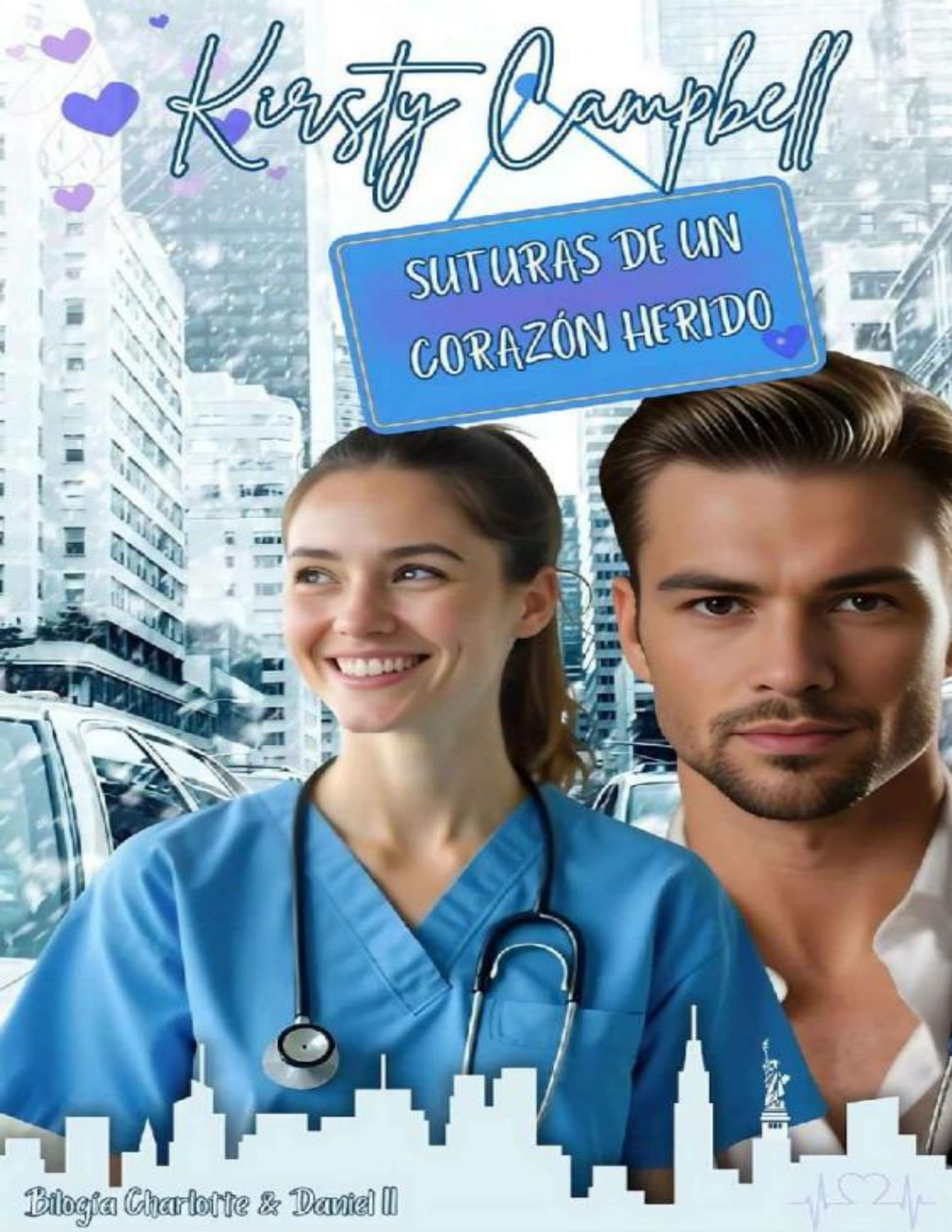

Kirsty Campbell
SUTURAS DE UN CORAZÓN HERIDO
Bilogía Charlotte & Daniel II

Kirsty Campbell



Bilogía Charlotte & Daniel II

Edición electrónica (ebook).
1ª edición febrero 2025.
Reservados todos los derechos.

Esta obra está registrada en el Registro General de la Propiedad Intelectual (Ministerio de Cultura y Deporte, España), con fecha de entrada 08/02/2025.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio sin la autorización por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

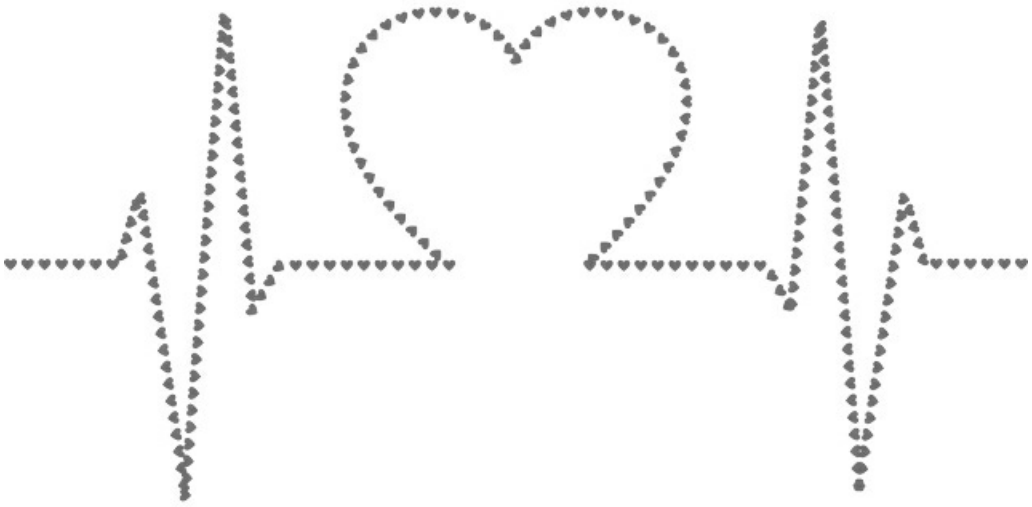
Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los nombres de personajes, los acontecimientos y los lugares de esta novela son producto de la imaginación o han sido usados como entidades de ficción. Los personajes, lugares o marcas reales que son mencionados en la obra han sido nombrados meramente como referentes culturales. Su uso no significa un intento de esponsorización de la obra por parte de sus propietarios, ni constituir un patrocinio ni un uso comercial de los mismos.

Copyright © 2024 Kirsty Campbell
All Rights Reserved

Maquetación y diseño de la portada: Kirsty Campbell.

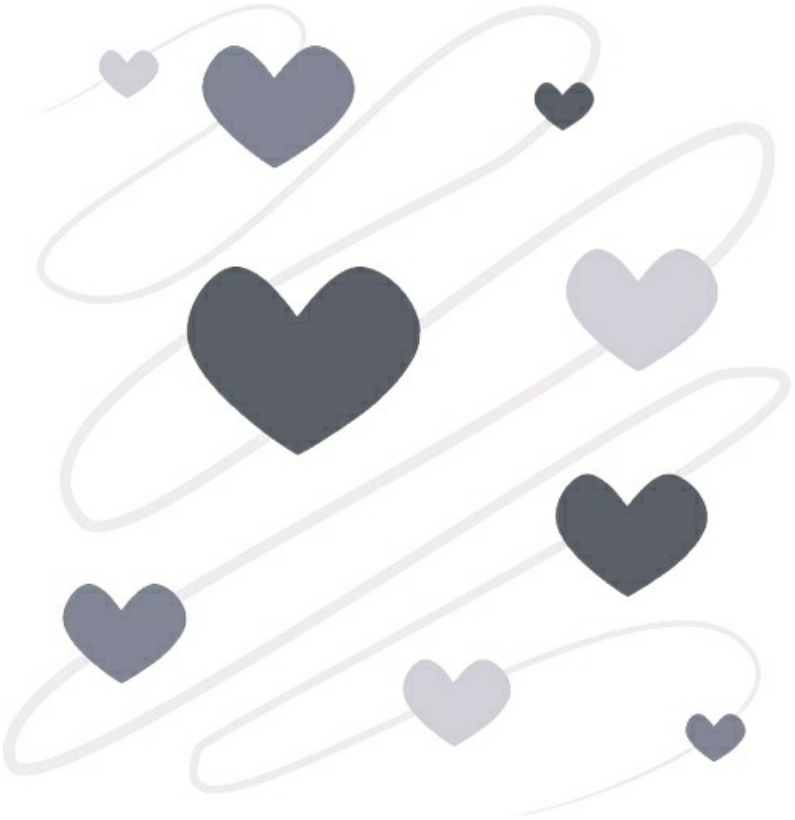
Imágenes de portada adapatadas de las originales de: **RibhavAgrawal, CallaNegra, Nick_H.** Vectores de portada **Inspiredlmages, janjf93, Clker-Free-Vector-Images, GDJ, DanXaw, Memed_Nurrohmad, muhnaufals, OpenClipart-Vectors, Maiconfz**. Todas ellas en **Pixabay** (**Pixabay Licence**: Gratis para usos comerciales. No es necesario reconocimiento).

Vectores interiores: **OpenClipart-Vectors, hkama, Dan Xaw, geralt, nataliaaggiato**. Todos ellos en **Pixabay** (**Pixabay Licence**: Gratis para usos comerciales. No es necesario reconocimiento).



«El débil no puede perdonar.
El perdón es un atributo de los fuertes».

Mahatma Gandhi.



Sinopsis



Herida por la traición, Charlotte huye de casa de Daniel, incapaz de enfrentarse a la dolorosa verdad que amenaza con acabar todo lo que creía que podrían construir juntos. Mientras ella lucha con su corazón roto y la confusión de lo que ha perdido, Daniel se ve obligado a afrontar las consecuencias de su silencio y a enfrentarse a la culpa de haber ocultado algo así al amor de su vida.

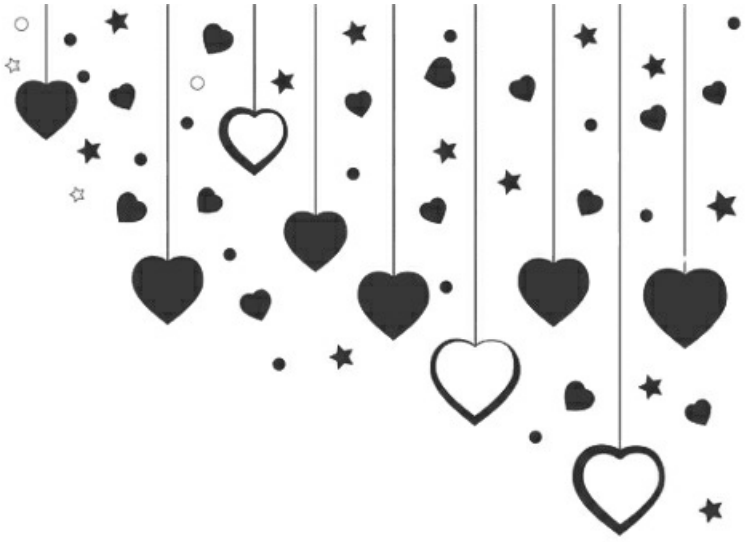
¿Será Daniel capaz de redimir su error y recuperar lo que ha destruido? ¿Podrá Charlotte encontrar en su corazón el valor para perdonar un secreto tan devastador? ¿Podrán trabajar juntos, cuando la pasión ya se ha abierto paso en sus vidas? Los pasillos del John Knox Hospital están preparados para recibir algo más que simples pacientes.

Segunda parte de la Biología Charlotte & Daniel.

1. *Diagnóstico a corazón abierto.*
2. *Suturas de un corazón herido.*

(+18)





Prefacio
CHARLOTTE

No puedo más.

Nunca había sentido algo así, esta fractura muda que se extiende, devastándolo todo a su paso. Es como si dentro de mí hubiera existido un cristal que creí eterno y, ahora, sin previo aviso, alguien lo hubiera reducido a un puñado de esquirlas. ¿Hasta qué punto puede romperse una persona antes de disolverse en la nada? Nunca me había hecho esa pregunta. Siempre he querido pensar que hay fronteras, umbrales que el dolor no puede traspasar. Pero, en este momento, sé que no; ahora, tengo muy claro que el dolor es un abismo que te engulle hasta lo más hondo. Y allí no llega nada, salvo un eco vacío, insistente, que no deja de palpitar hasta derrumbar cualquier cosa que pretendas restablecer.

No sé quién soy ahora. Me miro y no me encuentro. Todo lo que era se ha desvanecido. El dolor ha difuminado los bordes de mi existencia. Bajo esta superficie rota no queda nada más, solo un amasijo de heridas que laten sin descanso. El dolor no pasa como lo hace una tormenta; no deja tras de sí un cielo limpio. Todo lo contrario, se queda, se arraiga e invade cada rincón como un veneno nocivo, decidido a convertirse en la única realidad que permanece.

Siento el daño y lo percibo de una forma que no entiendo. Me descubro frágil, herida, desnuda. Nunca nadie me había hecho sentir tan rota, tan vulnerable, tan devastada. Siempre

había sabido protegerme. Era capaz de relativizarlo todo y mantenerme firme incluso en los peores momentos. Pero este dolor es distinto y no se parece a nada que haya sentido antes; no solo me hiere, sino que me deja vacua, sin fuerzas, sin ilusiones. Me despoja de todo.

Pensé que era más fuerte que esto, que podía manejar cualquier cosa que la vida me arrojara. Pero aquí estoy, abrazándome a mí misma en este sofá, incapaz de encontrar ni un resquicio de esa fortaleza inquebrantable que creía poseer. No queda nada; solo esta fragilidad desnuda que me asusta tanto reconocer.

El salón está sumido en la penumbra. Apenas le ilumina el vaivén intermitente de las luces que se filtran desde la calle. Afuera, TriBeCa respira el pulso inconfundible de un sábado por la noche: risas lejanas, conversaciones elevadas de tono, el zumbido de algún coche apresurado deslizándose por el asfalto mojado, el retumbar apagado de la música que escapa de los bares de los bajos. Las casas de los edificios de enfrente, con sus fachadas de ladrillo desgastado, muestran la decoración navideña que les reviste. Guirnaldas, luces de colores parpadeantes, algunas en las propias escaleras metálicas de las fachadas, un reno luminoso que parpadea erráticamente, un Papá Noel inflable que aguanta estoico el frío, y el agua y la nieve que lleva días cayéndole encima…

Pero aquí dentro, en esta burbuja diminuta que he levantado como refugio, el silencio lo llena todo. Solo está el ruido incansable de mi mente, un torbellino de preguntas afiladas que se clavan sin tregua, de verdades que desnudan las grietas más profundas de mi pecho. Todo lo que ignoré, lo que no quise ver, ahora se despliega ante mí con una claridad implacable, tan brillante y cruel que me ciega.

Después de horas, todavía no logro concebir por qué no me lo confesó; por qué esperó hasta el último momento, hasta que yo encontré la ecografía, para enfrentar esa verdad; por qué decidió ser tan egoísta; por qué me negó la posibilidad de elegir, de protegerme. Sabía perfectamente el alcance de la destrucción que causaría y dejó que me aferrara a algo que ya estaba roto. Lo ocultó. Me miró a los ojos, me hizo el amor con una intensidad que parecía prometerlo todo, y, sin embargo, me estaba apresando a unas cadenas de tortura.

Lo peor, lo verdaderamente insoportable, es que Daniel sigue ahí, aferrado a mi piel como una caricia que nunca se desvanece. Su eco persiste en esta noche interminable. Cada una de las notas de su aroma se mantienen impregnadas en mí. El recuerdo de sus caricias sigue alterando mi vello. El calor de su aliento continúa incendiando mi deseo. Sus besos, la forma en que su mirada parecía tocarme más allá de lo físico, su vehemencia desbocada… Y eso, precisamente, es lo que más duele: sentir tanto por alguien que, en el momento crucial, eligió guardar silencio en lugar de protegerme. Su amor, o lo que quiera que él me diese, no fue leal. No supo cuidarme. No me protegió. Me dejó desnuda frente a una verdad que nunca debió ocultarme. Y, además, lo hizo a conciencia.

De pronto, el móvil vibra sobre la mesa de centro e, inmediatamente después, su luz se abre paso y corta la penumbra con un destello. En la pantalla, un nombre.

Daniel.

El impacto me golpea con la precisión de una daga, seco y frío, y directo al pecho. Me quedo inmóvil y observo esas letras que parecen consumir el poco aire que queda en la habitación. No hago nada más. Dejo que la llamada se extinga. Pero el silencio que deja tras de sí es aún más cruel, desgarrador, porque sé que al otro lado de esa línea hay alguien que también está roto y que está intentando de alguna manera restaurar los pilares de un puente dinamitado.

No sé qué hacer. Yo no soy así. No ignoro llamadas. No soy de las que cierran los ojos

ante el dolor ajeno. Y sin embargo, aquí estoy, dejando que él crea que no me importa, cuando en realidad siento cómo se me clava su quebranto. Aun así, no puedo. No quiero escuchar su voz. No ahora. No, con esta herida aún abierta, cuando todavía no sé cómo sostenerme.

Daniel, por supuesto, no cede. Insiste y una segunda llamada se abre paso de nuevo en el silencio de la estancia. El sonido, incisivo y despiadado, quiebra los últimos restos de mi calma ilusoria. Lo hace como una hoja afilada, abriéndose paso donde más duele.

Alargo la mano y, de forma torpe, cojo el teléfono. Cuelgo la llamada, pero abro la aplicación de WhatsApp.

Charlotte:
«Por favor, necesito espacio».

Su respuesta llega de inmediato.

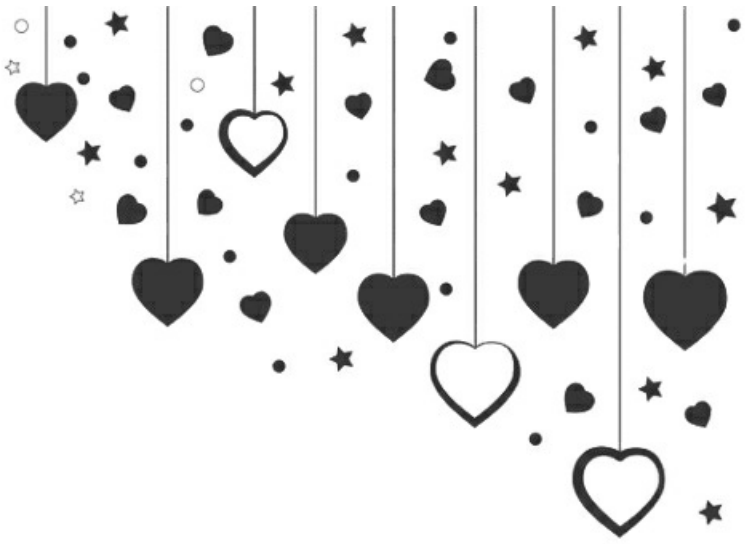
Daniel:
«De acuerdo. Lo siento».

Y no hay más. Ya está. Se ha ido.

El vacío que deja tras de sí no me trae alivio. Todo lo contrario. Su ausencia pesa más que su presencia. Me rompo de nuevo en pedazos. Las escasas piezas que mantenía en pie se desmoronan en un lento desplome. Y, aun así, lo peor no es el vacío que me aprisiona. Lo más terrible es saber que esto no ha terminado. Más bien, acaba de empezar.

No puedo desaparecer, no puedo dejarlo atrás. Trabajo con él. Comparto su mundo. Sus pasos recorren los mismos pasillos que los míos. Su voz llena el mismo aire que respiro. Estamos atrapados en un mismo espacio, obligados a coexistir juntos. Y yo no poseo la solvencia económica suficiente para irme de allí.

He pasado antes por esto, pero ahora todo es diferente. Después de estos días, Daniel ha dejado en mí raíces profundas que, al intentar arrancarlas, me desgarran de forma inhumana. Ha marcado su paso por mi cuerpo. Se ha impregnado en mi piel y ha dejado su huella. Ha tocado mi alma. Lo que siento ahora mismo por él no es un simple eco que se apaga. Es un latido constante, perenne, obstinado; es un lamento de rabia que sigue resonando incluso en medio de este maldito dolor. Este vacío me lo grita a cada instante: lo amo más de lo que creía; muchísimo más para lo que estaba preparada. Y ese, sin duda, es mi mayor error.



1
CHARLOTTE

El sonido vibrante de un teléfono móvil atraviesa el silencio de la mañana. Me lleva unos segundos recordar dónde estoy.

«El sofá…».

Cómo no. Para terminar mi drama neoclásico, amanezco en el trono de los despojos emocionales. En algún momento de la madrugada, me tuve que quedar dormida en él. Y, siguiendo la línea descendente de mi estado emocional, lo hice en la misma postura fetal que adopté en el momento de mayor derrota, envuelta en una manta, que no abriga nada, y añadí el cuello torcido para complicarme aún más la existencia. No es broma. Ahora mismo, esa articulación aúlla.

Alargo la mano hacia el teléfono con una idea pulsante bombardeando mi pecho.

Él.

Y, en esos escasos tres segundos, me invade la inquietud, el desasosiego, la esperanza, la nostalgia, el dolor, la añoranza, la rabia, el desconsuelo.

Mis dedos titubean. Pero, cuando la pantalla me muestra el nombre de quién está al otro

lado, confirmo que la realidad es peor. Mucho peor.

—¡Mamá!

Y ella responde, sí, con ese perfecto equilibrio entre paciencia infinita y juicio maternal que siempre consigue desarmarme.

—Charlotte, cariño, ¿sabes qué hora es?

—Eh… no —miento. Como si no pudiera mirar la pantalla del móvil que claramente marca las ocho de la mañana.

—Pues son las ocho, cariño. Las ocho.

—¡¿Las ocho?!

—Sí, Charlotte. Las ocho —se afana en reafirmar—. Una hora ideal para que me confirmes si vas a venir a comer, finalmente.

«Mierda, mierda, mierda…».

Se me olvidó. Sí.

—Siento mucho despertarte, cielo. Pero como llevas sin contestarme desde el miércoles, he tenido que recurrir a medidas drásticas.

—Lo siento, mamá. De verdad, lo siento mucho. Ha sido una semana horrible…

—Ya, imagino. Aunque podrías haber contestado con un simple sí o no —apunta con su dulzura afilada—. Ni siquiera te pedía un párrafo, hija, solo un monosílabo.

—Tienes toda la razón. Pero no te preocupes. Voy a ir, ¿vale? Sí, sí. Iré a comer.

—¿A qué hora?

Me atuso el pelo enredado con ánimo de aclarar mis ideas.

—¿A la una?

—A la una… —masculla—. Charlotte, el abeto.

—¿El… abeto?

—Sí, cariño. El abeto —replica mi madre, con esa cadencia que te hace saber que la has liado antes de que te lo diga claramente—. El que prometiste que irías a talar y comprar con papá, como todos los años, a *Harbor Evergreen Farm.* Y que, sin embargo, has pospuesto desde hace semanas. Creo que somos la única casa sin decorar en todo el barrio de Lido.

Y ahí está. La culpa. Esa responsabilidad con marca registrada de madre y lanzada con la precisión de un francotirador.

Es nuestra tradición familiar desde que mis padres se mudaron a Long Beach. Papá y yo cogemos el coche y, después de unos quince minutos, llegamos a *Harbor Evergreen*, una granja en Oceanside habitualmente cargada de nieve y olor a pino fresco. Allí nos pasamos una hora, entre risas y discusiones, sobre qué abeto es el más frondoso o cuál tiene las ramas más perfectas, si ese es demasiado alto o aquel demasiado ancho, hasta que elegimos el nuestro. Papá lo tala con su habitual ceremonial y lo cargamos en su furgoneta, mientras yo me quejo del frío y él me recuerda que esto es lo bonito de la Navidad. Después, ya en casa, lo decoramos los tres juntos, con villancicos de fondo, el olor a chocolate caliente flotando en el aire y, por supuesto, mamá corrigiendo cada bola que colgamos porque, según ella, no están bien distribuidas.

¿Cómo no acordarme?

Bueno, vale. Este año no me he acordado. Pero ¿de quién es la culpa? Pues os lo diré: ¡De esta maldita semana que me ha atropellado emocionalmente, me ha dejado sin tiempo, sin energía y, seamos sinceros, sin cerebro operativo para recordar absolutamente nada que no sea respirar y no colapsar!

Reacciono rápido y con un cabreo cortante porque cierta persona no solo me haya

amargado la existencia y pisoteado mi confianza, sino porque me haya hecho olvidar una de las cosas más bonitas que tengo con mi padre.

—Vale, mamá. Dile a papá que me doy una ducha y salgo para Long Beach.

—Entonces, ¿a qué hora le digo que vaya a recogerte a la estación de tren? ¿A las once?

—Sí, a las once. Pero os confirmo la hora concreta cuando salga de Penn Station.

—No llegues más allá de las doce, Charlotte.

—No, mamá.

Por supuesto que no. Hoy no hay nada más que vaya a desviarme de mi cometido. Hoy no hay Daniel. No hay dolor. No hay más lágrimas. No hay más pensamientos recurrentes ni búsqueda de respuestas. En mi agenda de hoy solo estamos papá y yo buscando un árbol de Navidad que haría llorar a Martha Stewart.

Y me lo digo a mí misma. ¡Claro que me lo digo!

«Me voy a subir a esa furgoneta, voy a elegir el abeto más majestuoso del estado de Nueva York y lo voy a decorar como si mi vida dependiera de ello. Ni una sola ramita quedará sin su adorno, ni una luz sin parpadear. Y todo mientras finjo que mi corazón no desearía hacer las maletas para un retiro permanente al Polo Norte. Así que, Charlotte, céntrate. ¡Reivindica tu Navidad! Hoy eres una mujer de acción. Una guerrera del oropel. ¡La capitana del muérdago y las luces LED! ¡La diosa del espumillón!».

—Hasta luego, mamá.

—Hasta luego, cariño.

Brinco del sofá y me pongo en pie.

—¡Ay, mierda! —El dolor de cuello.

Con el teléfono en la mano, corro hacia el baño. Tengo una hora para prepararme y salir de casa si quiero llegar a tiempo a Long Beach. Y yo no soy el tipo de persona que llega tarde. Aunque, claro, tampoco soy el tipo de persona que se queda hecha un ovillo en el sofá, llorando por un hombre, y mírame ahora. Abro el grifo de la ducha, dejo el teléfono sobre el lavabo y me voy quitando la ropa de mendigo emocional, mientras se calienta el agua. Meto una mano para probarla cuando, de pronto, el teléfono emite una vibración. Llevo mis ojos hacia él y veo entrar un mensaje de WhatsApp.

Está claro. No voy a tener un momento de paz. Lo miro con el dramatismo de quien acaba de recibir una citación judicial. Hay un 99% de posibilidades de que sea mi madre con una lista de demandas que ni una boda real podría igualar. Pero hay un 1% que pesa más, y que sería la única contingencia lógica entre mis contactos este domingo a las ocho de la mañana. Un estremecimiento me recorre entera. Cojo el teléfono y miro.

—¿Anthony? ¡Oh, venga ya!

Daniel ha llamado a la caballería.

Leo el mensaje.

Anthony:

«¿Estás despierta?».

Me lo pienso dos segundos, pero finalmente tomo la opción más saludable: finjo estar dormida hasta el próximo año. Lo último que necesito ahora mismo es un intento de intervención amistosa patrocinada por Anthony. Ignoro el mensaje, dejo el teléfono en la repisa y, justo cuando estoy a punto de meterme bajo el agua caliente para intentar disolver este cúmulo de

dramas, entra una llamada.

—¡Arrrrg!

Está claro. Las treguas son para la gente normal, no para mí.

Miro la pantalla: Anthony.

—¡Será…!

Cuelgo la llamada y me meto bajo la ducha. ¿Y qué hace mi *ex*? Por supuesto, cuidar de su mejor amigo.

El teléfono vibra otra vez. Y otra. Y otra. No dejan de entrar mensajes. Es como si tuviera vida propia y estuviera decididamente comprometido con destruir mi cordura. La vibración constante en la repisa del lavabo se convierte en el metrónomo de mi apocalipsis personal.

—¡¿Podéis dejarme en paz, por el amor de Dios?! —grito al vacío, mientras el jabón me resbala del pelo y casi me saca un ojo en su huida desesperada. Aparentemente, hasta el jabón quiere apuntarse a mi torpedeo emocional.

Anthony —o quién sea, aunque sé perfectamente que se trata de él— sigue firme en su misión de torturarme. La vibración es tan insistente que estoy empezando a sospechar que mi *ex* ha desarrollado esa personalidad pasivo-agresiva que no tuvo nunca.

Le imito en voz alta:

—«*Oh, ¿querías cinco minutos para ti? Pues no, cariño. No mientras yo esté aquí defendiendo a mi amiguito del alma*». Ya me lo imagino: «*Daniel está hecho polvo, Charlie”*. ¿Y qué? ¡Yo también estoy hecha polvo! ¡Pero aquí estoy, intentando ducharme como una persona funcional! ¡¡Aunque tú no me dejes!!

No sé ni para qué me grito.

Salgo de la ducha, envuelta en una nube de vapor y un cabreo digno de un volcán en erupción, y me enrosco el albornoz. El móvil sigue parpadeando sobre el lavabo y emitiendo esa luz intermitente que brama: ¡Atiende, cobarde! Lo cojo con la resignación de alguien que sabe que no encontrará paz en esta vida. Abro la aplicación de WhatsApp y ahí están: mis sospechas, confirmadas: Anthony. Siempre Anthony.

Anthony:
«Sé que estás despierta».
«Coge el teléfono, Charlie».
«Cógelo».
«Cógelo».
«Cógelo».
«He visto el doble check azul».

Tenía que haberlo eliminado en los ajustes. Me quedo mirando la pantalla, mientras me debato entre lanzar el móvil al váter o contestar. Aunque, siendo Anthony, probablemente encontraría cobertura y me seguiría acosando.

Sin embargo, cuando lo tengo en mis manos, entra un mensaje diferente.

Anthony:
«Charlie, contesta. Es importante».

Un escalofrío me sacude. Algo ha sucedido. Mi pecho se contrae, mi respiración se vuelve torpe. Con los dedos temblando, marco el contacto de Anthony. Su respuesta no tarda ni dos tonos.

—¿Anthony? —demando con angustia.

Pero él suelta con un tono de reproche fraternal:

—¡Ya te vale, Charlie, no cogerle ayer el teléfono a Daniel!

Por supuesto, no ha pasado nada grave. Lo que ocurre es que Anthony sabe perfectamente qué tecla tocar para que yo reaccione.

No me lo pienso más y exploto.

—¿¡Que ya me vale!? ¿¡Que ya me vale!? ¿De verdad has tenido el morro de llamarme para decirme esto?

—No solo eso. Tienes que hablar con él.

—No me lo puedo creer —mascullo.

—Daniel no va a hacerlo. Ayer le dijiste que necesitabas espacio, y le conozco. Sé que va a respetarlo.

—Pues ya podrías aplicarte el cuento.

—¡No podéis estar así! Debes dejarle que se explique.

—En serio, Anthony, esto sí que no me lo esperaba de ti.

—Está muy mal.

—¿Y te envía a ti como emisario?

—No, Charlotte, para nada. Daniel no sabe que te estoy llamando.

—Genial.

—Charlie, Daniel está loco por ti. No puedes cerrarle la puerta sin más. ¡Mañana os vais a ver en el hospital!

—¿¡Crees que no lo sé!?

—¡Pues, entonces, habla con él antes!

Muerdo mi lengua para no soltar más de la cuenta. No sé qué le habrá contado Daniel a Anthony. Ni siquiera sé si está al tanto de que espera un bebé. No quiero ser yo la que se lo desvele, así que decido anclarme a la cautela.

—Anthony, lo siento, pero tengo que colgar. He quedado con mi padre esta mañana para ir a *Harbor Evergreen Farm* a talar un abeto y a llevarlo a casa para decorarlo. Y eso es lo único que va a ocupar mi mente hoy. ¿Te queda claro?

—¿*Harbor Evergreen*?

—Efectivamente.

—¿La de Oceanside?

—No hay otra.

—Sí hay otra. En Elmont.

—Mira tú, qué bien. Así que, si no te importa, déjame en paz.

—¡Charlie!

Y, sin ni siquiera controlarlo, me desbordo.

—¡Anthony, ya! ¡Estoy destrozada! ¡Y encima tengo que aguantar tus llamadas a estas horas como si yo fuera la mala de todo esto!

—Yo no estoy diciendo eso. Solo te pido que le llames porque no podéis dejar esto así, en suspenso.

—Mira, Anthony, no sé qué demonios te habrá contado Daniel. Pero te aseguro que no necesito ninguna aclaración más.

—La hay. Y sí que la necesitas.

—Te vuelvo a repetir que no sé qué te habrá contado Daniel…

—Charlie, escucha. —Su tono baja y se vuelve cálido—. Daniel lleva mucho sobre sus

hombros…

—¡Manda narices!

—¡Escucha! Con esto no le estoy quitando culpa. Tienes razón. Antes de acostarse contigo, Daniel debería haberte dicho que está esperando un hijo.

Y entonces, como si el Universo decidiera que no tengo suficiente, una vocecita infantil interrumpe a través del auricular:

—¿El *Tito* Daniel va a *'se'* papá?

La sangre se me congela.

—¡Mierda! —gruñe Anthony. Y, al borde del pánico, aúlla—: ¡Hanna! ¡Ayuda!

—¿Quién *'e'*, papi? ¿*'E'* el *Tito*? —sigue la niña, con su voz emocionada y llena de inocencia—. *¿'Pueo' 'hablá' con 'e' Tito 'pa dalle la noragüena'?*

—Harley, no… No es el *Tito*. ¡Hanna! ¡Por el amor de Dios! ¡Ayuda!

—Voy a 'hacelle' un 'dirujo' al *Tito* con su bebé.

—Ay, no, cariño, mejor no.

—¿'Po' qué no, papi?

Me dejo caer en el taburete del baño y entierro la cara en la palma de mi mano.

—Harley, cielo, en serio. Mejor no lo hagas. Anda, cariño, por favor, ve con mamá.

—¡Voy a 'tene' un 'pimito'!

—¡Harley, por Dios, no le digas nada a tu hermana! ¡Y mucho menos al *Tito* Daniel!

—¿Y a mamá?

—A mamá sí. Hala, cariño, corre a decírselo… Sí, venga, corre… ¡Ay, Dios! —masculla mientras la risita de la niña se pierde de fondo. Pero si pensaba que esto me iba a dar una tregua, estaba equivocada. Mi *ex*, y pseudoamigo, vuelve a la carga y con más fuerza—. Charlotte, escúchame. Sé que todo esto es una mierda. Lo sé. Pero tienes que hablar con Daniel. Y tienes que hacerlo hoy.

Me niego a seguir con esta charla.

—Adiós, Anthony.

—Charlie, por favor, Daniel te quiere muchísimo.

—Dale un beso a las niñas de mi parte.

—¡Te adora!

—Y otro a Hanna.

—No le hagas esto, Charlotte. Te lo ruego. En serio, he hablado con él y está destrozado. Por favor, llámalo.

—Lo siento, pero para ti no hay besos hoy.

—Charlie, la semana que…

—Adiós. —Y cuelgo. No quiero seguir escuchando más.

Dejo el móvil sobre la repisa. La sensación de opresión ya se ha abierto. No quiero desmoronarme más, pero la rabia empuja. Alzo la mirada y me observo en el espejo del baño. Tengo los ojos cargados de dolor y de cansancio. Pero no puedo quedarme ahí. Hoy, al menos. Respiro hondo. Una vez. Otra. Otra.

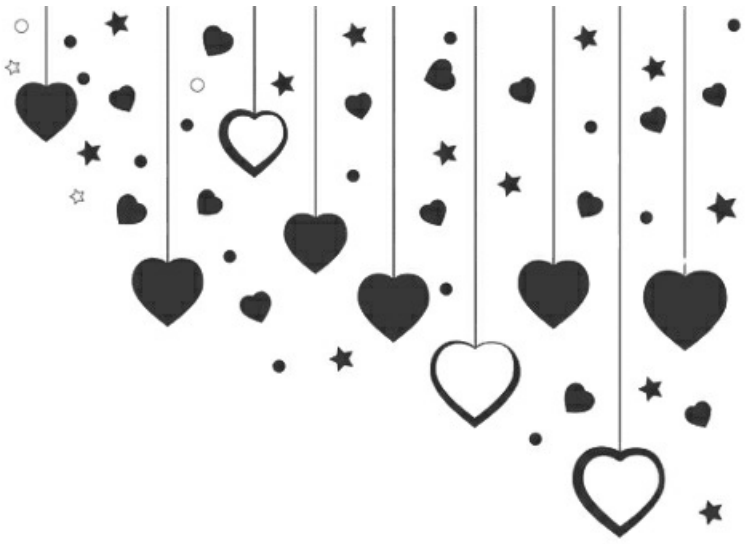
Me quito la humedad del pelo con la manga del albornoz. Cojo un cepillo y lo paso por los mechones. Retiro la lágrima que se desprende y resbala por la mejilla derecha.

—No pasa nada —me digo—. Ya mejorará. Solo hay que dejar pasar el tiempo.

«Y la Navidad. La maldita Navidad…».

En cuanto mi voz se apaga con la presión en la garganta, cierro los ojos. Me doy unos

segundos mientras respiro, de nuevo, muy lentamente. Pienso en mi padre. Pienso en el abeto. Pienso en el chocolate caliente de mi madre y en sus galletas de mantequilla. Pienso en los adornos, en las luces, en las figuritas. Y, por supuesto, me obligo a no pensar más en él.



2
CHARLOTTE

Después de una hora de viaje, el tren regional se para en la estación de Long Beach. Me levanto del asiento, tras un trayecto en el que me ha dado tiempo a hacer un balance mental de mi existencia y autoconvencerme a mí misma de que aún puedo soportar esta jornada.

Bajo y el andén se despliega ante mí como siempre: demasiado funcional para ser encantador y demasiado gris para inspirar nada más que un suspiro de resignación. Camino por los pasillos. Lo hago enfundada en lo que podría describirse como el armario completo de un muñeco de nieve: plumas beige hasta la rodilla, bufanda, guantes y gorro blancos. Sí, parezco el estandarte humano del invierno polar, lo sé. Me he puesto unos leggins térmicos, calcetines térmicos y botas marrones de cordones, también térmicas. Todo en mí grita: «¡Invierno, no podrás conmigo!», mientras que mi tiritona interna me deja claro que ya me ha vencido.

Cuando por fin salgo, el aire frío me golpea con la delicadeza de un ladrillo. ¡Ah, diciembre! El mes de la magia, las luces y el sufrimiento climático. Agradezco la existencia de mi plumas (¡gracias, Universo!). Pero, al mismo tiempo, me pregunto por qué diantres mi aislamiento no está haciendo que mi cuerpo sea oficialmente una sauna portátil. Resoplo y mi aliento forma una nubecilla. Miro al cielo nublado. El sol juega al escondite y aparece en pequeños claros solo para recordarme que brilla, pero no calienta. Aun así, bañarse en él es uno

de los grandes placeres que nos da este tiempo. Todo huele a frío y a esa clase de nostalgia que debería ser acogedora, pero que hoy solo pesa.

Me paro en la puerta de la estación y oteo la avenida que se extiende ante mí. Está recubierta de adornos navideños que levantan cierta calidez ante el frío cortante. Enseguida veo a mi padre. ¡Qué guapo es! No me extraña que mi madre se enamorara de él a primera vista. Está apoyado contra su Ford F-150 Limited, esa mole de lujo y potencia que parece más preparada para un safari en el Serengeti que para cargar un abeto de Navidad en Long Beach. Mantiene las piernas cruzadas, el móvil en una mano y esa barba espesa que lo convierte en el Papá Noel oficial de la familia. No muestra ni un atisbo de incomodidad por el frío; claro, probablemente esa barba sea más eficiente que cualquier bufanda térmica. Estoy convencida de que, si la temperatura cayera en picado, él seguiría ahí, tan tranquilo, mientras el resto de nosotros nos convertiríamos en figuritas de hielo para un escaparate de Tiffany's.

Levanta la vista y me ve. Su sonrisa se ensancha, cálida, segura. Con solo dibujarla, es capaz de apagar el desorden de mi mundo. No sé cómo lo hace, pero siempre consigue que, incluso en medio de mi desastre, todo parezca manejable si él está cerca. Se endereza con calma, guarda su móvil en el bolsillo y comienza a caminar hacia mí con esos pasos firmes que han marcado mi infancia.

Yo no espero más. Troto hacia él, torpe y un poco ridícula con todo este look de muñeco de nieve sobreprotegido, pero no me importa. La distancia entre nosotros se reduce hasta que me envuelve en uno de esos abrazos vitamina.

Ahí está. Mi ancla. Mi *papi*.

Porque mi *papi* es mi *papi*, que quede claro. ¡Y que no se os ocurra criticarme por ello, que ya os veo venir!

Su abrazo es maravillosamente terapéutico. Me rehabilita y me devuelve la energía perdida al instante. Posee una mezcla perfecta de calidez y robustez, y que, por supuesto, es su marca registrada. Cuando me separo, me sostiene por los hombros y me observa con ojos escrutadores.

—Qué bien que no te hayas retrasado, cariño.

—Por favor, papi, al menos dame algo de crédito.

—Ya, ya —se ríe con esa voz profunda—. Anda, sube al coche antes de que te congeles.

Subo a la *pick-up* y me acomodo al asiento del copiloto. Él da la vuelta al vehículo para ponerse al volante. Lo hace con calma, como todo en su vida. Mientras se acomoda, me voy quitando capas de mi aislante térmico, para no morir asfixiada con la calefacción, y lanzo una disculpa preventiva:

—Perdona, papi, por no haber recordado lo del abeto.

—Da igual, *peque*. No pasa nada. Lo importante es que ya estás aquí.

Aprieta el contacto y arranca con su maravillosa sonrisa de siempre. Su cariño desbordante de padre modelo debería tranquilizarme, pero lo único que consigue es que la culpa me aplaste con un saco de abetos caído sobre mi conciencia.

—Es que —empiezo, mientras me enredo con el cinturón como si fuera mi propia trampa — están siendo unas semanas horribles. Perder mi trabajo en la clínica, la gripe, el trabajo nuevo… Ya lo sabes.

—¿Y qué tal te estás adaptando, hija?

—Es… —Dudo un segundo. Porque, a ver, qué le digo yo a mi papi. Mentirle no es una opción. Nunca lo he hecho… Bueno, al menos en los últimos diez años. Pero tampoco puedo darle un ticket de acceso VIP a mi crisis emocional. Es mi papi y no quiero preocuparlo—. Es

diferente. El ritmo no tiene nada que ver con las clínicas en las que he trabajado antes. Pero me gusta más. Y la gente es… maja.

Mi respuesta suena tan anodina que me duele, pero ahora mismo no puedo ofrecerle mi vida con la claridad de siempre. Y, mucho menos, hoy. Porque cómo decirle que me gusta el trabajo aunque no puedo dormir; que tengo compañeros increíbles, pero que uno de ellos, al que seguramente recuerde de mis años de instituto, me ha roto el corazón.

Quizá, si el nudo en la garganta se pasa, se lo contaré. Aunque no sé cuándo llegará ese momento. Es mi padre. Mi lugar de remanso. Mi hogar. Y el verdugo de Daniel, si se entera de lo que pasa. Porque estoy segura de que, de saberlo, se plantaría en el hospital, lo cogería de una oreja, lo metería en la caja trasera de la pick-up y lo enterraría en el bosque, debajo de las raíces del abeto más grande que encontrase en el camino.

—Está bastante bien.

—Me alegro de que te guste, cariño. Y de que estés cómoda.

Sonrío forzada y la presión en la garganta aumenta. Respiro despacio y pierdo la mirada al frente. Hoy no es el día para desmoronarse. Hoy es el día del abeto, de papi y del maldito espíritu navideño que hace que mi sensibilidad aumente. Pero no me voy a desmoronar. Y, mucho menos, delante de mi papi. Cuando llegue a casa, cogeré mi manta y me hundiré en la miseria otra noche más y sin remordimientos.

—Gracias, papá.

—No tienes por qué darlas, cariño. Tu felicidad es mi felicidad.

«Qué mierda…».

—Y, cuéntame, cariño, ¿cómo quieres el abeto? ¿Alto y esbelto, o bajo y gordito?

—Alto. ¡Muy alto! Vamos a comprar el abeto más alto que se haya visto jamás! Vamos a tener que escalar para colocar la estrella en la punta. ¿Me coges?

—Siempre, cariño.



La granja *Harbor Evergreen* parece una postal viviente. Ante nosotros se abre una amplísima extensión de verde intenso, plagado de pinos y abetos, que ahora están cubiertos por un fino velo de nieve. Su esplendor contrasta con el cielo gris pálido que se ha ido imponiendo en ese último cuarto de hora. No me hace falta bajar del coche para recordar el aroma intenso que impregna el aire que la rodea. El olor fresco y punzante de la resina helada se cuela por la ventilación. Hay pequeños destellos de luces navideñas colgando de las cabañas de madera donde se alquilan motosierras, y se venden coronas y productos artesanales. Se escuchan risas, voces infantiles que se entremezclan con el sonido rítmico del murmullo del gentío. Por un

momento, casi puedo olvidar lo que cargo en mi mochila.

Casi.

Porque, entonces, entramos en el parking y todo se transforma. El Dios del Caos se hace presente en forma de coches entrando y saliendo en todas direcciones, carritos olvidados, conductores que pitan con entusiasmo y personas que atraviesan el camino sin mirar, como si el espíritu navideño incluyera una dosis de inconsciencia colectiva. El espacio es pequeño y mucho más debido a la gente que parece haber venido hoy.

Me tenso al instante al ver cómo un todoterreno negro retrocede peligrosamente cerca de nuestra camioneta.

—¡Ay, mierda! —exclamo, pegándome al asiento como si eso fuera a salvarme de un desastre inminente.

Papi, por supuesto, está en su elemento, imperturbable, con una mano en el volante y la otra tamborileando sobre el reposabrazos.

—Tranquila, *peque*. Papá está al mando. Mira, —exclama con sus ojos clavados en el espejo retrovisor—, este de atrás va a salir.

Pone el intermitente, pero inmediatamente después, masculla un taco. Es un sonido bajo, gutural, con un gruñido añadido, y que tiene todo el peso de una declaración de guerra. Miro por el retrovisor lateral y veo lo que lo ha provocado: un Toyota Highlander Hybrid, de color gris perla, reclama el mismo hueco que hemos marcado como nuestro.

No tengo ni idea de quién lo habrá reclamado primero, pero tengo muy claro que mi papi no va a ceder.

—Ese listo se cree que va a aparcar en mi sitio —masculla mi padre. Y ajusta su postura al asiento, como si fuera Clint Eastwood a punto de desenfundar su revólver.

—Papi, no, por favor, no la líes. Estamos en época de Navidad. ¡Navidad! ¿Recuerdas? Paz, amor, el abeto perfecto…

—Cariño, deja a papá hacer las cosas a su manera.

«Ay, mierda».

El escenario está servido. Por un lado, nuestra Ford F-150 Limited, sólida, majestuosa, con su intermitente parpadeando como una declaración inequívoca de soberanía. Detrás, el coche que ocupa el espacio disputado, con el motor encendido y a punto de salir; el fiel mediador de este enfrentamiento. Y, por último, el Toyota Highlander Hybrid, gris perla, un rival inesperado, que ahora permanece inmóvil, con su propio intermitente lanzando destellos de desafío.

Papi, al mando de la Ford, no se mueve ni pestañea. Su postura es relajada, con la muñeca derecha sobre el volante, su mano izquierda en el reposabrazos y la mirada clavada en el retrovisor. Oculta a la perfección la tensión de un veterano lidiado a gestas y que está habituado a no retroceder ni un centímetro. Miro por mi retrovisor. El Toyota Highlander espera como un depredador al acecho. Lo tiene claro: el terreno está a su favor.

El coche del aparcamiento empieza a moverse y tuerce despacio hacia nuestro lado.

«Mierda».

Eso no es bueno. Nos determina el movimiento. El hueco queda de ese modo expuesto, vulnerable y abierto al Toyota. Lo sé. Lo tengo claro. Ese va a ser el momento en que el Toyota, ese Highlander gris perla con aires de sabelotodo, va a lanzarse y arrebatarnos lo que es nuestro por derecho de intermitente.

Pero no. Papi no va a permitirlo.

Con una lentitud que solo puede calificarse de insultante para las leyes de la Física, inicia la marcha atrás. Cada centímetro parece un manifiesto, una declaración de que no importa cuánto quiera el Toyota avanzar. Aquí manda él.

Intento razonar, aunque mi voz suena más como un lamento que como una súplica real.

—Papi, por favor…

—Tranquila, *peque* —responde con serenidad. Está claro: no se discute con un hombre y su camioneta en pleno acto de conquista.

Miro por el retrovisor. El Toyota está avanzando. No mucho, solo lo justo para recordarnos que sigue ahí, al acecho. Es como si estuviera calculando el momento exacto en el que acelerar y lanzarse para dejarnos con el orgullo por los suelos.

Mi papi sigue retrocediendo y obliga al pobre tipo que sale del aparcamiento a hacer un giro tan amplio que casi termina llevándose por delante un seto decorado con luces navideñas.

—Papi, ¿te das cuenta de que lo estás complicándolo todo?

—Papá sabe lo que hace, cariño.

Pero justo cuando parece que lo tiene todo bajo control, un sonido corta el silencio. Un claxon, largo, insistente, cargado de la frustración de alguien que claramente no tiene tiempo para estas tonterías. Miro hacia atrás. El Highlander ha hablado. Su conductor, oculto tras los reflejos del parabrisas, mantiene el intermitente encendido y el claxon como su arma principal.

Papi frena. No porque esté intimidado, claro que no, sino porque este es su momento de evaluar al contrincante; de retarle a través del cristal de su retrovisor izquierdo. Pero, de repente, sus ojos se entrecierran y ladea la cabeza.

—Oye, *peque*, ¿el idiota del Toyota no es ese novio tuyo del instituto? ¿Cómo se llamaba…? ¿Toby? ¿Tony?

«¡Mierda!».

Me quedo congelada. Miro hacia atrás con los ojos entrecerrados y empiezo a moverme para evitar los reflejos de la luna delantera.

«No, no, no, no, no…».

Pues sí. Efectivamente, allí está Anthony, al volante del Toyota Highlander gris. ¿Y está solo? No. Y no son las coletas bamboleantes de sus dos pequeñas las que me inquietan, sino la persona que está sentada en el asiento del copiloto y que, por supuesto, no es Hanna.

Mi corazón se desboca y luego decide caer en picado.

«¿Daniel? ¿Es Daniel? No… No puede ser. Esto tiene que ser un delirio provocado por el frío o por el cúmulo de desastres que han decidido asfixiarme en diciembre. A ver, a ver… ¡No, jolines! ¡No! ¡Mierda! Es él. ¡Vivo! ¡Real! ¡En HD! ¡Con esa maldita expresión seria que siempre me descoloca y ahora, por si fuera poco, me paraliza!».

Lo tengo muy claro. Esto es cosa de Anthony. Mi cerebro empieza a conectarlo todo a una velocidad de vértigo.

«¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Le dije que venía aquí? ¿En serio? ¡Oh, mierda! ¡Claro que se lo dije! Dios mío, Charlotte, le diste las coordenadas exactas. ¡Esto es completamente

culpa tuya! Y Anthony, con toda su sabiduría de mejor amigo metomentodo, ¡se lo ha traído! ¿Y Daniel se ha dejado traer? ¡Dónde narices queda eso de respetar mi espacio! ¡Dónde!».

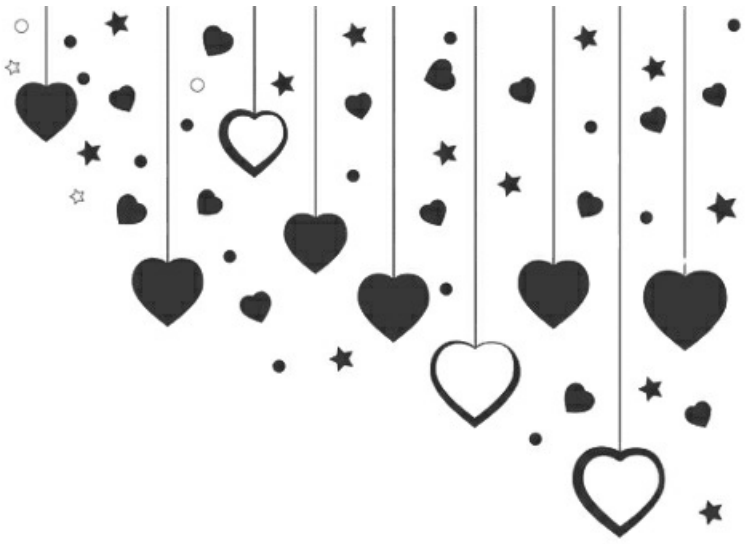
—Pa… papi… Papi, por favor, vámonos. —Pero, entonces, le veo que coge el tirador de la puerta con sus dedos—. ¡Papi! ¡Papi, no! ¿Qué haces?

—Tranquila, cariño. Solo voy a saludarlo y a decirle que se largue a otro sitio.

Mi alma se desprende de mi cuerpo y se precipita en caída libre. Me inclino hacia adelante y le agarro el brazo como si pudiera detener lo inevitable.

—¡¡Noooooooo!!

Pero sale fuera y yo me quedo dentro de la pick-up, aterrada, mirando por el espejo retrovisor y con la puerta del conductor abierta para, encima, poder escucharlo todo.



3
DANIEL

—Anthony, por última vez, déjalo.

Mi voz suena más áspera de lo normal, un reflejo perfecto de que mi paciencia está al límite. Miro a la pick-up que tenemos delante, una Ford F-150 Limited, e imagino al conductor cabreado. Es obvio que el sitio es suyo. Anthony ha puesto el intermitente después. Y, sinceramente, no tengo ni ganas ni ánimo para ver cómo esto se convierte en una competición de testosterona sobre ruedas. Pero claro, estoy con Anthony; el hombre que podría discutir con un muro y luego culpar al cemento.

En la parte trasera, Harley y Grace no se han dado cuenta de nada. Están ancladas en sus sillitas infantiles, rodeadas de crayones olvidados, migas de galletas y restos sin definir, y canturrean la canción infantil que suena en el coche. Esa música lleva sesenta minutos taladrándome el cerebro. *Little Baby Bum* se ha convertido en la banda sonora de mi tortura personal desde Manhattan hasta Oceanside.

No debería estar aquí. Tendría que estar en casa, solo, enfrentándome al vacío que me ha dejado Charlotte, lidiando con mi propia culpa y no con este plan navideño improvisado que ni siquiera he elegido yo mismo.

Anthony me ha secuestrado. Literalmente. Se ha presentado en mi casa con las dos niñas

que, en cuanto me han visto en la puerta, le han preguntado a su padre por qué el Tito Daniel tiene ese aspecto y huele tan mal. A Anthony le ha dado igual. Me ha dicho que iban a comprar un abeto de Navidad —sería el cuarto— en una granja donde puede cortarse. Las niñas, entusiasmadas, han saltado y gritado, y me han dicho que venían a buscarme para ir con ellas. He intentado disculparme, diciendo que estaba malo, pero Anthony no ha cedido. Me ha chantajeado y me ha coaccionado delante de las dos pequeñas para que los acompañara.

Él sabe perfectamente cómo me encuentro. Le había contado lo que había pasado con Charlotte el día anterior. Me abrí a él. Me desmoroné en pedazos, pero le ha dado lo mismo. Me ha echado en cara que estaba rompiendo la ilusión de sus hijas, a las que adoro. Y cuando la pequeña Harley ha empezado a hacer pucheros, ya no he podido más. Me he duchado, me he vestido y me he montado en su coche. No me apetecía quebrar más corazones. Solo quiero que esto acabe cuanto antes. Así que, lo último que necesito ahora mismo es pelear con un desconocido.

—Anthony, ¿me estás escuchando? —intento de nuevo, con un tono que apenas disfraza mi irritación.

—Yo lo vi primero.

—¿En serio? —exhalo con fuerza—. ¿Te vas a enfrentar a un tío solo por aparcar ahí?

—¿Y por qué no se va él?

—Porque lleva una Ford F-150, un hacha colgada en la parte trasera de la caja y, probablemente, un mal día. Así que déjalo.

—¡Papá, '*eche chitio no e nuetro*'! —interviene Harley con voz aguda y sus cuatro años de sensatez.

—Tranquila, cielo. Papá sabe lo que hace.

—Anthony, por favor, escucha a tu hija.

Pero no.

Anthony acelera un poco y acerca el Toyota al espacio de aparcamiento. Lo estoy viendo. Parece un buitre tratando de adueñarse de los despojos. La Ford retrocede con calma y seguridad. No tiembla a la hora de obligar al coche que está saliendo a hacer un giro más amplio de lo que debería para, así, posicionarse mejor.

Mi amigo vuelve a moverse unos centímetros.

—Anthony —siseo.

Y es entonces, con la pick-up ganando la batalla, cuando Anthony descarga su frustración en forma de pitido. El claxon, largo y agresivo, se abre paso como un ladrido en medio del caos. Y, como respuesta, el reproche frustrado de su hija mayor, Grace:

—¡Papá, no toques el pito!

—Yo no he sido, cariño.

—No, qué va… —mascullo.

Pero ella lo regaña con firmeza:

—¡Lo has hecho! ¡Y está mal!

Seis años tiene la criatura.

La Ford no se mueve. El Toyota tampoco. Yo, mientras tanto, fantaseo con bajarme del coche y echarme a andar hasta perderme en el bosque.

Esto no va a acabar bien. Lo sé. Y me reafirmo en ello cuando la puerta del conductor de la Ford F-150 se abre y veo lo que sale de dentro.

Juro que mi respiración se detiene.

Primero aparece una pierna que parece fabricada para derribar puertas. Luego, el resto: un

tipo enorme. Y no me refiero a *algo de gimnasio*. Hablo de un individuo con una envergadura que podría bloquear el sol. Tiene hombros que gritan rugby y un pecho tan amplio que probablemente tenga su propio código postal. Por si fuera poco, luce una barba diseñada para intimidar vikingos.

Es el tipo de hombre que no necesita decir nada para imponerse. Basta con existir.

Avanza hacia nosotros con la calma de quien sabe que no tiene competencia en un radio de varios kilómetros.

Miro a Anthony y mi primera impresión es que se ha vuelto loco. No hay otra explicación. Está observando al tipo de la Ford como si acabara de encontrarse con su actor favorito en mitad de Times Square. Sonríe como un niño en la mañana de Navidad. Y, encima, comienza a hacer un ruidito extraño; como un «ooooh» que sube de tono hasta volverse una carcajada.

Antes de que pueda preguntarle qué demonios está haciendo, Anthony abre la puerta del coche y sale disparado hacia ese tipo.

¿Y qué hace ese gigante con pinta de leñador profesional? ¿Encararse con Anthony? No. Sonríe también. Y, para mi absoluta consternación, se abrazan.

—¿Qué?

La palabra se me escapa, cargada de incredulidad.

Mi cerebro intenta conectar los puntos. No tengo ni idea de quién es ese tipo ni de qué lo conoce Anthony. Pero, de pronto, algo en mi interior empieza a encajar piezas olvidadas del pasado. Sus gestos. Su risa. Sus ojos.

«Esos ojos».

Y entonces, como un mazazo, el recuerdo se materializa.

—Mierda.

—Tito, eso no se '*dise*'.

—Lo siento, cariño —murmuro, aunque mi atención está en otra parte.

«Esto no puede estar pasando».

Y, entonces, otra idea se va forjando en mi mente.

«Anthony…».

Necesito respuestas.

—Niñas, ¿qué os dijo papá esta mañana sobre venir a comprar un abeto?

—Que íbamos a comprar un abeto —responde Grace, sin más.

—Y a '*talal-lo*' —añade Harley, porque para ella ese detalle es, claramente, el único que importa.

—¿Y mamá? ¿Qué dijo mamá?

—Que ibas a matar a papá. Y que ella no quería saber nada.

Harley suelta un gritito agudo.

—¿'*Vach a matá'* a papá?

—No, cariño, no. Solo es una forma de hablar. Pero por qué mamá no quería saber nada.

—No sé —responde Grace.

Harley levanta la mano.

—Yo '*chí*'. Sé un '*sequeto*'.
—¿Qué secreto, Harley?
—Papá dijo que *'vach'* a '*tené*' un bebé.

«¡Joder!».

Es como si alguien hubiera apretado un botón de autodestrucción en mi cabeza.
Pero, antes de que pueda responder, Grace decide añadir más dramatismo al asunto.
—Tito, ¿vas a tener un bebé? ¿Puedo cuidarlo?
—Yo voy a *'cuilal-lo' 'mejó'*—se impone Harley.
—¡No! ¡Yo!
—¡¡Yo!!
—Mierda —susurro.

Y, de pronto, me encuentro con dos niñas discutiendo por la custodia de un bebé que ni siquiera tengo la seguridad de que sea mío.

Anthony acaba de firmar su sentencia de muerte. Pero el cadalso reclama, entonces, la mía. La puerta del copiloto de la pick-up se abre y de dentro sale Charlotte.

Mi respiración se quiebra. El pulso empieza a golpear mis sienes con una intensidad que duele. El torbellino de mi vientre se convierte en algo insoportable; como una fuerza imparable que me consume desde dentro. Tengo que tragar para alcanzar algún resquicio de la serenidad que se me evapora, pero mi garganta parece haberse convertido en plomo. Estoy paralizado.

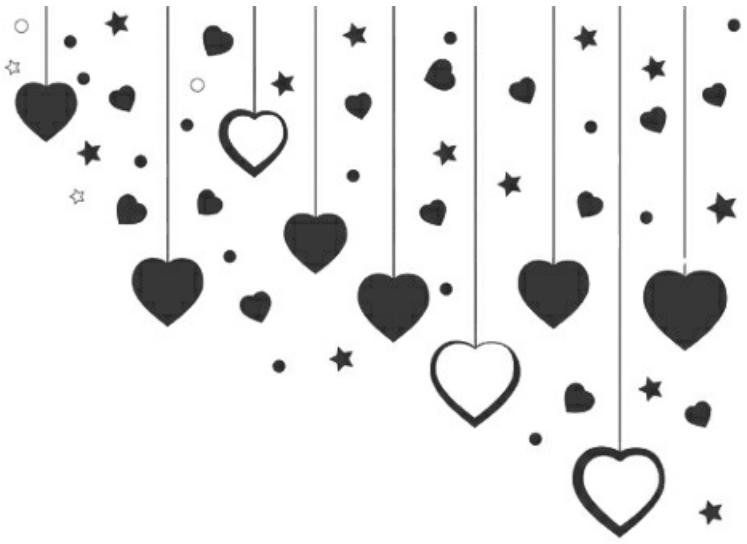
Charlotte se cruza de brazos como para resguardarse del frío. Ha salido del coche sin abrigo, con un jersey rojo de punto que parece haber sido diseñado para recordarme lo preciosa que es. Pero su expresión no es conciliadora. Está furiosa. Y, enseguida encuentro la razón: Anthony.

—¡¡Es Charlotte!! —gritan las niñas a coro desde el asiento trasero.

La observo mientras camina hacia Anthony y su padre. Lo hace con paso seguro y con una firmeza que podría partir el granito. Sé que va a guardar las formas, pero el golpe en la espalda que le suelta a mi amigo como saludo, y que lo hace tambalearse, deja claras sus premisas. Anthony, siempre tan él, responde con una risa nerviosa, la abraza y deja un beso cariñoso en su mejilla. Ella le taladra con la mirada.

Charlotte ladea su rostro hacia el Toyota y nuestros ojos se encuentran. El impacto es devastador. Es un golpe seco, directo, que no deja margen para el consuelo. Su azul tormenta no es un refugio; es un juicio, una sentencia, un desprecio. Y, aun así, me aferro a ella como si fueran lo único que me mantiene en pie. Porque lo es. Porque sigo siendo suyo. Porque siempre seré suyo, incluso cuando ella ya no quiera nada de mí.

Apenas soy consciente de lo que hago. Mi mano busca el tirador de la puerta. Abro y salgo a su encuentro.



4
CHARLOTTE

Se me para el corazón. Literalmente. Creo que mi querido órgano ha decidido tomarse unas vacaciones sin previo aviso, probablemente harto de mi caos emocional. Es verlo y lo único que siento es un vacío en el pecho, en las entrañas, que amenaza con engullirme como un agujero negro.

Daniel está bajando del coche de Anthony con toda su perfección cardiotorácica, como si esto fuera un desfile de moda y no el peor momento de mi vida. Mi primera reacción es esconderme. No me meto detrás de mi padre. Soy una adulta, o eso debo aparentar. Simplemente me oculto disimulando. Elevo la mirada al cielo y espero algún milagro navideño en forma de rayo divino, un tornado o, no sé, un reno descontrolado que me saque de aquí. Pero claro, como siempre, el Universo me dice: «Mira, *bonita, apáñatelas tú sola*».

No estoy preparada para esto. Yo me he levantado hoy para venir a talar un abeto con mi padre, no para tener un reencuentro con el mismo espíritu de Nancy Thompson con Freddy Krueger. Y lo peor es que lo sabía; tenía muy claro que iba a suceder desde el momento en que Anthony bajó de su coche con esa sonrisa que debería estar registrada como arma de tortura psicológica. Pero asumirlo, enfrentarlo… No. Es como saber que te van a empujar a una piscina de agua helada y, aun así, el golpe te corta el aliento. Y, en este caso, la piscina tiene el tamaño

del Océano Atlántico.

Daniel camina hacia mí. Su postura lo dice todo: hombros tensos, mandíbula apretada, puños contenidos. Parece como si estuviera controlándose. Esto me hace sospechar que quizá —y solo quizá— él tampoco se esperaba este encuentro. Hay algo en su forma de moverse, una mezcla de seguridad y desasosiego, que casi me hace sentir menos desastrosa. Casi.

Sus ojos oscuros están ahogados en algo diferente. Dolor. Vacío. Culpabilidad. Está roto. Y lo peor es que no hace ningún esfuerzo por ocultarlo. Verlo así debería darme cierto placer vengativo, algún retorcido alivio que compense todo lo que me ha hecho sentir. Pero no. Me duele; me destroza de una forma que ni me atrevo a admitir. Porque, aunque lo odie ahora mismo, una parte de mí —la más absurda y desesperada— sigue queriéndolo; como si ese dolor suyo fuera mío también.

Cuando llega a mi lado, la sensación es abrumadora. No duda. Su mano se desliza con naturalidad alrededor de mi cintura; un gesto tan íntimo, tan suyo, tan nuestro, que me golpea de lleno. Antes de que pueda siquiera procesar lo que está haciendo, sus labios rozan mi mejilla. Es un beso breve, pero su intensidad es devastadora. Me quema, me sacude como si mi cuerpo reconociera algo que mi mente lleva horas intentando negar. Él percibe sin ninguna duda cómo mi cuerpo reacciona, cómo me tenso bajo su toque, cómo me quedo inmóvil, revelando lo que he intentado enterrar desde aquel adiós.

—Sr. Cunningham —saluda a mi padre con su voz más baja de lo habitual. Le extiende la mano con esa mezcla de respeto y familiaridad que siempre lo ha caracterizado. Sus dedos, sin embargo, todavía rozan levemente mi cintura, como si no pudiera soltarme del todo. Hasta que lo hace y me quedo yerma.

Mi padre, incapaz de notar el huracán que me está destrozando, le devuelve el gesto con una calidez desconcertante.

—¡Daniel! —Y le estrecha la mano con firmeza.

No puedo soportarlo. Necesito aire. Necesito espacio. Mi vacío es cada vez más asfixiante. Cruzo los brazos como si eso pudiera protegerme de todo lo que estoy sintiendo; del tsunami de emociones que me ahoga con Daniel cerca. No hay defensa suficiente contra esto. Contra él. Contra lo que se me desborda. Sus labios aún arden en mi mejilla y mis ojos, hambrientos, vuelven a buscar los suyos.

—¿Qué es de tu vida, muchacho? —pregunta mi padre.

—Todo bien, Sr. Cunningham. —Sencillo, directo, aunque con esa sonrisa forzada que no le llega a los ojos—. ¿Y usted qué tal?

—Ahí vamos, tirando. Hace un año me encontré con tu padre. Me dijo que eras médico. Cardiólogo.

«¡Mierda!».

—Sí, señor.

—¿Y trabajas por aquí? ¿En Nueva York?

«¡Más mierda!».

Antes de que Daniel pueda responder, intervengo.

—Papá, estamos montando un lío increíble y, además, las niñas de Anthony están solas en el coche, así que creo…

Mi padre se vuelve hacia Anthony como un resorte.

—¿Tienes hijas?

Y, en ese preciso momento, me doy cuenta de que acabo de tocar su Talón de Aquiles.

—Sí, dos.

—¿Cuántos años tienen?

—Cuatro y seis.

—¡Oh! ¿Me las presentas?

—¡Claro! —responde mi *ex*, más contento que nunca. Cierro los ojos y me dejo morir. Acabo de alargar este encuentro inesperado—. Voy a aparcar el coche, que está saliendo allí uno.

—Y yo voy a meterlo aquí, en mi sitio —anuncia mi padre.

Ambos se van a una velocidad de vértigo para sus respectivos vehículos y yo me quedo sola, ahí, con Daniel y en mitad del caos del parking.

Elevo mis ojos hacia él y el asfalto se hunde bajo mis pies. Daniel está frente a mí y, por un instante, todo el ruido del aparcamiento se diluye. No hay bocinas, ni motores, ni voces impacientes. Solo él. Su mirada se enlaza a la mía con una firmeza que me desarma y cada capa que he construido para protegerme se derrumba de golpe.

No estoy preparada para esto. Para él. Para nosotros.

Daniel no dice nada. Solo da un paso hacia mí y su mano encuentra mi espalda, firme y cálida, como si nunca se hubiera ido. Un temblor silencioso recorre mi cuerpo con el primer contacto y él lo percibe, pero no vacila en su gesto. Todo lo contrario, muestra una mayor determinación para que yo no recule. Me invita a ir hacia la acera y lo hago, aunque con el peso de su tacto como mochila y una presión de deseo que me esclaviza y, al mismo tiempo, me rompe. Por mucho que lo intente, sigo siendo prisionera de lo que me desata.

Cuando llegamos a la acera, vuelvo de nuevo la atención hacia él. Es imposible no leer la agitación que golpea su rostro. Está en sus ojos, en la forma en que me observa con esa mezcla de culpa y anhelo, y que me flagela tanto o más que cualquier palabra que pudiera salir de su boca. Sus rasgos están tensos. Sus hombros están rendidos. Hay algo devastador en esa vulnerabilidad, como si estuviera sosteniéndose con una fuerza que amenaza con quebrarse en cualquier momento. Y, sin embargo, entre toda esa tormenta, hay algo desconcertante; un ruego, una súplica muda que me pide que no desvíe la mirada. Que lo vea. Que lo sienta. Que recuerde.

—No tengo nada que ver con esto —murmura. Su voz es excesivamente baja, densa, y carga con una gravedad mucho más acentuada de la que siempre lo acompaña—. Anthony apareció esta mañana en mi casa con Grace y Harley. Con la excusa de sus hijas, me obligó a venir a talar un árbol de Navidad para la habitación de juegos. No tenía ni idea de que ibas a estar.

Me cuesta seguir sus palabras. Estoy demasiado abrumada por lo cerca que está, por lo mucho que todavía me duele. Y, maldita sea, también por lo mucho que aún lo deseo.

—Hablé con Anthony esta mañana —explico—. No sé cuándo, pero seguramente se lo dije.

—Lo siento, Charlotte —susurra—. Necesitaba verte, pero te aseguro que no quería forzar nada.

Su disculpa es una llama que no apaga el incendio; solo lo aviva. Y duele; duele tanto como todo lo que siento por él.

—¡Charlotte, cariño! —La voz de mi padre irrumpe como un golpe seco. Nos arranca de nuestra burbuja y nos devuelve al caos.

Mi padre llega con una sonrisa despreocupada, mi abrigo y su hacha en la mano. Qué imagen… Solo espero que Daniel no lo considere una declaración de intenciones.

—Gracias, papá —murmuro, y tomo el plumas que me tiende. Mi voz suena apagada, casi como si no fuera mía. La presencia de Daniel apenas me permite respirar.

Mi padre, ajeno al campo de batalla en el que lidio, se cuelga la funda del hacha a la espalda, se gira hacia Daniel y saca su afabilidad más distendida.

—El frío aprieta hoy, ¿eh? Aunque parece que el sol intenta salir.

—Sí, pero no creo que ya lo consiga. Las nubes han ido viniendo cada vez más densas.

—Había previsión de nieve para la noche, ¿verdad?

—En Manhattan, sí.

Y se vuelve hacia mí.

—¿Mañana trabajas, *peque*?

Y yo, que estoy peleándome literalmente con el abrigo, respondo, absorta:

—Sí.

—Lleváis un diciembre complicado este año —sigue mi padre.

Daniel le responde, pero yo ya he desconectado. Por alguna razón insospechada, a mi abrigo le falta una manga. Tiro de la tela, la busco, frunzo el ceño, le doy otra vuelta a la tela, pero es inútil. Estiro el plumífero en busca de alguna lógica. No veo nada. En serio, ¿¡tanto me desestabiliza Daniel que soy incapaz de encontrar una maldita manga!?

—¿Cómo ha estado la nieve por aquí este año? —pregunta él a mi padre.

—Pues no mucha, aunque seguro que, en unas dos semanas, ya estaremos con las palas. —Pero, luego, se vuelve hacia mí—. Cariño, te estás liando.

Lo miro derrotada. Y, de inmediato, siento unas manos intentando ayudarme. Y no; no son las de mi padre. Estas son firmes, seguras, pero, sobre todo, deliciosas. Con un gesto hábil y decidido, Daniel me coge el abrigo, saca la maldita manga, me lo coloca sobre los hombros y, durante un microsegundo, los acaricia.

Se me corta el aire.

—Gracias —consigo decir.

—De nada —responde él.

Y mi padre entorna la mirada.

—¡¡Charlotte!! —Unas voces infantiles me sacan de la sima abisal en la que sigo hundiéndome y, de repente, dos pequeños proyectiles se estrellan contra mis piernas. Harley y Grace, con sus gorritos de lana a juego y las mejillas encendidas por el frío, me envuelven en un torbellino de energía.

—¡Mis chicas favoritas!

Me agacho para abrazarlas, y dejo que su calidez y su entusiasmo me atraviesen como un bálsamo. Harley me estruja con fuerza, mientras Grace se aferra a mi brazo con la solemnidad de quien está a punto de hacer una confesión trascendental.

—¡Hemos *‘venío’* a *‘tal-lal’* un *‘álbol’*! —anuncia Harley, con los ojos brillando de emoción.

—Es para nuestra habitación de juegos —puntualiza Grace.

Por supuesto, eso es un detalle fundamental.

—¡*‘Tenemo tes álboles’* en casa!

Me giro hacia Anthony y elevo una ceja:

—¿Tres?

—Pero papá ha dicho que este cuarto será especial.

Anthony sonríe. De oreja a oreja.

«Capullo…».

—Y lo vamos a ‘*decolal*’ con luces y bolas.

—¡Y el Tito Daniel lo va a hacer con nosotras!

—Hemos ‘*iro*’ a ‘*buscal-le’* a casa.

—¡Y estaba en pijama!

—¡Y no ‘*s' había dusado’*!

—Ni dormido. ¡Mira sus “o*rejas”*! —señala Grace, acusadora.

—Niñas —las frena su padre.

No me hace falta mirar a Daniel para que me llegue su tensión. Mi sonrisa tiembla un poco, pero logro mantenerla. Las niñas están radiantes, como siempre. Y yo las adoro. De verdad que sí. Pero justo ahora, con Daniel a pocos metros de distancia, sus palabras son como pequeñas granadas de información que preferiría evitar.

—¡Qué suerte tenéis! —respondo con ternura, e ignoro toda la información relativa a Daniel y a sus “*orejas”*.

Mi padre da un pasito para adelante y yo llevo mi atención a él. Las observa con una calidez que me derrite un poco y me hace abrir la sonrisa. Los niños son su debilidad. No puede ni esperar. Da dos pasitos más y se agacha para saludarlas.

—Hola, pequeñas. Me llamo Mathew y soy el papá de Charlotte. ¿Cómo os llamáis vosotras?

—Yo soy Grace y ella es Harley. —Grace habla con la seguridad de su estatuto de hermana mayor, mientras Harley asiente como si estuviera confirmando datos clasificados.

—Encantado de conoceros.

Mi padre les sonríe y las niñas lo miran con curiosidad. Demasiada curiosidad.

—¿Por qué llevas un hacha?

—Porque voy a talar un abeto.

—Nosotras también, pero no tenemos hacha.

—Papá, ¿'*pol*' qué no tenemos hacha?

—Él nos la presta, ¿verdad, Sr. Cunningham?

—¡Por supuesto! Yo os lo talo.

«Ay, mierda».

Lo veo venir. Miro a Anthony. Bueno, quizá no sea del todo precisa: acuchillo a Anthony con la mirada. Me niego a ir a talar mi abeto con ellos. Me niego a que mi padre tale el suyo. Me niego a seguir esta farsa. Me niego a tener que recoger los trocitos de mi corazón roto con Daniel a mi lado. Me niego a quebrarme más de lo que estoy.

Esto se termina aquí y ahora.

—Bueno, —empiezo—, pues tal vez…

—¿Nos ponemos en marcha, entonces, Sr. Cunningham? —se me adelanta mi *ex*.

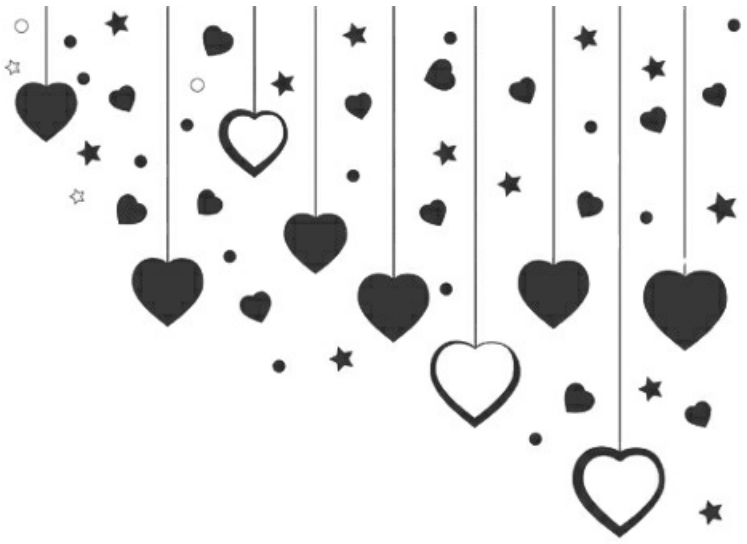
«Maldito seas, Anthony».

Miro a Daniel con reproche.

«¿¡Acaso no puedes controlar a tu amigo!? ¿¡Se puede saber por qué tienes la mirada perdida en el bosque!? ¿¡Me lo explicas!? ¡Haz algo! ¡Ya!».

Pero no lo hace. Estoy sola en esto, así que vuelvo a intentarlo.

—Yo creo que…
—¡Vamos a ello! —arenga mi padre.
—'*Señó*' Cunningham, ¿me *'pueo montal en sus hombos'*?
—¡Claro!
Y en cuanto veo la sonrisa angelical de mi padre, me doy cuenta: no hay escapatoria.



5
CHARLOTTE

Es oficial: hemos transformado una actividad inocente en un culebrón digno de horario estelar, con menos espíritu navideño que un Papá Noel en Miami y *vibes* de reality show centrado en relaciones tóxicas. Mi padre, cómo no, lidera la expedición con la determinación de un explorador en el Ártico. Está entusiasmado, a pesar de que no le han dejado pasar su hacha y se ha tenido que conformar con alquilar una sierra manual. Lleva a Harley colgada sobre su hombro como si fuera un trofeo de guerra y ni siquiera parece notar los "*¡Wiiiiii!*" que ella lanza con cada paso. Mientras tanto, Grace, la energía hecha niña, corretea a su alrededor con la vitalidad de quien todavía no ha conocido el concepto *cansancio*. Anthony, el traidor, camina a su lado. Parece que el terror que le tenía en nuestra adolescencia se le ha pasado y ahora va con él, pegado como un imán y lanzando discursos grandilocuentes sobre la magia de talar un árbol en Navidad. Como si fuéramos la familia feliz de un anuncio de galletas.

Y luego estoy yo. Bueno, más bien nosotros. Pero, sobre todo, él. Porque tener a Daniel a pocos pasos no es caminar. Es sobrevivir. Me siento como si estuviera tratando de atravesar una tormenta con un paraguas roto: vulnerable, expuesta y a un paso de colapsar.

Trato de concentrarme en cualquier cosa que no sea él: las ramas heladas de los abetos, el crujir de la nieve bajo mis pies, el aire frío que debería calmarme. Pero es inútil. Cada paso suyo

resuena detrás de mí, firme, constante, como un latido que no puedo ignorar. Esos pasos me persiguen, atraviesan el silencio del bosque y encienden un fuego bajo mi piel que ningún invierno puede extinguir. Con cada metro que acorta entre nosotros, mi respiración se vuelve más irregular, y mi mente, más caótica, se acerca un poco más al borde de todo lo que temo y anhelo.

Hago mi mejor intento por integrarme: sonrío a las niñas como si no tuviera un nudo en el pecho, asiento a las barbaridades de Anthony como si no me costara esfuerzo y finjo que todo está bien con mi padre. Pero algo invisible empieza a frenarme. Mis pasos se ralentizan, como si el suelo mismo intentara decirme algo. Bueno, en realidad me lo dice: es que estamos subiendo una cuesta y ando un poco flojera de fondo.

Pero, claro, él no. Daniel tiene un fondo de piernas hecho a base de series de Overhead squat, de Goblet squat y box jump. Así que, cuando sus pasos se alinean con los míos, no me sorprende. Eso sí, me agobio mucho más. El bosque, incluso, se transforma. Todo lo que antes parecía inmenso y vibrante ahora es pequeño, íntimo, contenido. Hay algo en su sombra, en cómo me alcanza sin esfuerzo, que hace que mi corazón se tambalee. Sin embargo, no dice nada. Se mantiene ahí, caminando a mi lado, sin más. Y eso es lo peor porque, aunque no lo veo, lo siento sobre mi piel; aunque trato de ignorarlo, su presencia desplaza el aire. Parece como si el bosque entero contuviera el aliento.

Su magnetismo me llama y mi curiosidad me traiciona. Deslizo la mirada, de soslayo, y busco su rostro. Error. Él gira levemente el suyo, despacio. Sus ojos, oscuros y cálidos, me encuentran y me arrastran a él, hasta el punto de que soy incapaz de rebelarme. No es justo. Nada de esto lo es.

Me sonríe de forma sutil y con esa ternura que no debería permitirse, después de todo lo que ha ocurrido. No es una sonrisa cualquiera; es un leve gesto que busca llenar el silencio. No quiere una respuesta, no exige nada. Es apenas un susurro, un roce en el aire helado, una caricia que me desnuda el alma.

Yo no puedo. Mis labios se tensan, mi mirada se quiebra. Desvío la cabeza al frente como quien huye de un incendio, aunque el calor ya me ha abrasado. Respiro hondo, o al menos lo intento, pero el aire no llena mis pulmones. Su cercanía me hace más frágil, más vulnerable, lo tengo claro. Así que empiezo a caminar mucho más rápido para alejarme cuanto antes. Mis zancadas son torpes, casi desesperadas, pero cada paso me lleva un poco más lejos de él, de todo lo que representa.

Cuando llego junto a mi padre, Anthony y las niñas, me meto de lleno en su dinámica, pero con un objetivo claro: darle la revancha al causante de mis actuales males.

Regla número uno de la supervivencia: *Hay que vengarse. Siempre.*

Regla número dos de la supervivencia: *La venganza no te quita el dolor, pero al menos te echas unas risas.*

Regla número tres de la supervivencia: *Si vas a vengarte, asegúrate de que tu objetivo tenga que arrastrar su humillación hasta casa. Literalmente.*

—¡Ese es perfecto para vosotros, Anthony! —anuncio, señalando el abeto más descomunal que mis ojos han encontrado. Es tan excesivo que parece haber sido criado con abono de ego presidencial.

No es que tenga la medida del de Rockefeller Center. Estamos en una granja de abetos y estos son manejables. Pero, desde luego, es el más grande y aparatoso que he visto hasta ahora.

Anthony me dedica una mirada rápida con esa mezcla de sospecha e incredulidad que

solo perfecciona alguien que te conoce desde hace años. Tarda tres segundos exactos en conectar los puntos.

—Charlotte, ¿se te ha congelado el sentido común en alguna esquina del bosque? No cabe ni en mi coche y mucho menos en el cuarto de juegos.

—Sí, hombre, sí que cabe, ¿verdad, papá?

Mi papi va a decir que sí; ya te lo digo yo.

—Yo creo que si lo cortas por aquí…

Amplío mi sonrisa. No hay nada como tirar de la voz de la experiencia para anular a tu enemigo.

—Vamos, Anthony. Haz caso a mi padre.

—No, no, no. Este abeto es un monstruo.

—¿Un monstruo? —respondo, poniéndome una mano en el pecho como si acabara de insultar a mi primogénito—. Anthony, por favor. ¿Es que no lo ves? Este árbol es majestuoso. Mira esas ramas. Esa presencia. Si los árboles pudieran hablar, te dirían: «Ese es el abeto que se merece tu familia».

—¡Quiero ese, papi! —grita Grace, señalándolo con entusiasmo.

¡Ah! La magia de la manipulación navideña.

Anthony se inclina hasta quedar a la altura de su hija en un intento desesperado por razonar con ella. Es adorablemente patético.

—Cariño, ese árbol es demasiado grande. Vamos a buscar uno más pequeño, más manejable. Algo… razonable.

—Pero ese es bonito —replica Grace con un puchero que podría desarmar al ejército.

—¡Es '*pefeto*'! —salta Harley, uniéndose al coro.

Su lealtad fraternal está a prueba de bombas. Y yo, por supuesto, añado más énfasis:

—¡Claro que sí, chicas! Es el abeto máááás bonito que hay en todo el sendero. ¡Luchad por él!

Anthony se endereza y me mira como si acabara de prender fuego a su Navidad.

—Charlotte, ¿puedes dejar de manipular a mis hijas por un minuto?

—¿Manipular? —repito, fingiendo indignación—. Yo solo estoy fomentando su buen gusto. ¿No te has dado cuenta de que están aprendiendo a tomar decisiones importantes? Esto es educativo, Anthony. Les estás enseñando que no hay que conformarse con mediocridades.

—¿Mediocridades? —bufa. Y señala un abeto más pequeño a nuestra derecha—. Ese árbol es adorable y cabe en mi casa sin que tenga que reformar la estructura del techo. ¿No es eso suficiente?

—Papá, ese es feo —declara Grace, con la firmeza de una pequeña tirana navideña.

Harley asiente vigorosamente.

—¡'*Quelemos*' el más bonito!

Anthony se lleva una mano a la cara y suelta un suspiro que parece condensar todo el peso de la paternidad.

—Chicas, si elegimos ese árbol gigante, papá tendrá que cortarlo, arrastrarlo hasta el coche, subirlo no sé cómo, llevarlo a casa y, luego, explicarle a mamá por qué he elegido un árbol que se le dobla la copa por el techo.

Grace parpadea, completamente imperturbable.

—¿Y?

—¿¡Cómo que «y»!?

—Pues se lo explicas, papá, igual que le explicaste lo del sillón de masaje que has

comprado solo para ti.

Anthony abre la boca, pero es incapaz de soltar una réplica. Lo ha intentado. Ha luchado. Y ha perdido. Me mira con un dedo acusador y una furia contenida que me resulta gloriosa.

—Esto es culpa tuya.

—¿Mía? —Pongo mi mejor cara de inocencia.

—Papá, ¿podemos '*talal-lo*' ya? —Harley tira de su chaqueta con impaciencia.

Anthony la observa con desconsuelo.

—¡Papáááá, córtalo! —ordena Grace, de nuevo.

Y Harley corre y le da un abrazo al tronco del árbol como si ya fuera suyo.

Anthony suspira con la resignación de un hombre que sabe que ha perdido la guerra.

—Vale, vale. Vamos a cortar el maldito árbol. Pero que conste que Hanna me va a matar.

—¡Hanna te adorará porque haces feliz a tus hijas! —concluyo con una sonrisa.

Mi padre le pasa la sierra manual, pero Anthony niega con la cabeza.

—¿Te importa ayudarme? No tengo ni idea de cómo se hace.

Mi padre asiente, porque él es de la vieja escuela: no interfiere en el caos, pero está dispuesto a colaborar si eso acelera el proceso.

Mientras mi padre se acerca al árbol, las niñas aplauden emocionadas y yo disfruto de mi pequeña victoria. Pero entonces siento una presencia silenciosa mucho más cerca de mí. Daniel se coloca a mi lado y se cruza de brazos para observar la escena. De repente, mi pequeña venganza no parece tan satisfactoria.

Mi padre se planta frente al abeto, la sierra manual en una mano y la determinación en la otra.

—Bueno, Anthony, ¿vamos allá? —Y le ofrece la sierra por segunda vez.

Anthony la toca, pero no la coge. Reacciona igual que si le hubiese dado una serpiente.

—Es que, en serio, no tengo ni idea.

—¿Quieres que lo haga yo? —insiste mi padre, con esa calma de alguien que ha pasado años cortando árboles y no entiende que otras personas prefieran no hacerlo.

—Te lo agradecería, la verdad.

Daniel viene a echar más leña al fuego:

—¡Venga, Anthony! ¿No vas a cortar tú mismo el árbol?

Anthony le clava a su amigo una mirada cargada de reproches y con el mensaje de: «¿Tú también, tío?».

Daniel y yo nos reímos como dos granujas. Pero mi padre se apiada de su apuro y señala a Daniel con la sierra, como si le estuviese ofreciendo un poco de queso Gouda.

—¿Y tú? ¿Alguna vez has cortado un abeto?

—Nunca lo he hecho.

—¿Te animas?

—Vale —resuelve sin más.

Y va. Claro que va.

«En serio, ¿dónde está su veganismo ahora? ¿Dónde, eh? ¡Dónde!».

—Vaya, —suelto con retintín—, ¿quién lo diría?

Y él me responde, por supuesto, y lo hace porque sabe por qué lo digo.

—Es una granja sostenible, Charlotte. No estoy cortando secuoyas milenarias. Además, por cada uno que cortamos, plantan cinco más. Lo ponía en la puerta.

«*Ni nininí nini…*», canturreo para mis adentros. O eso creo.

Se desabrocha el abrigo —«Ay»— con esa calma exasperante que tiene para todo. Y el tiempo se ralentizara, sí. Creo que incluso escucho música sensual de fondo. Pero ahora viene lo mejor. El abrigo se desliza de sus hombros y revela un jersey de lana gris, ajustado que, mira, amiga, le queda de muerte. Todo ese torso, con esos pedazo de hombros fuertes y rectísimos, queda cincelado para quien quiera deleitarse.

Hace frío, pero me estoy derritiendo como un helado olvidado al sol.

—¡Yo lo cojo! —grita Grace, corriendo hacia él.

Daniel le sonríe con esa ternura devastadora que debería estar prohibida por ley, y le entrega el abrigo como si fuera un caballero medieval confiando su armadura a un escudero.

Yo intento apartar la mirada, pero no puedo. Mis ojos están clavados en él. ¡Malditos ojos traidores!

Se arrodilla junto al abeto y comienza a seguir las instrucciones de mi padre. Y, cuando agarra la sierra, algo en mi cerebro se desconecta. Es tan… masculino. Sí, vale, llámame lo que quieras, pero ese rollo primigenio, del hombre contra la naturaleza, me acaba de poner a cien. Es cierto, esto no tiene ni pies ni cabeza porque ¿en qué maldito Universo te puede poner cachonda ver a un tío cortar un árbol? No es sugerente. No, no lo es. Pero, en mi mundo y con Daniel, lo es. Digo más: es insultantemente sugerente.

«Esto es culpa tuya por no salir con contables, Charlotte. Los contables no cortan árboles. Los contables no provocan incendios emocionales. Los contables no tienen esos malditos brazos».

Sierra hacia adelante.
Extiende el brazo.
Sierra hacia atrás.
Su bíceps se marca.

«Ay, Dios, cómo se marca».

Sierra hacia adelante.

«Maldición, otra vez».

Sierra hacia atrás.

«Estoy acabada».

Cada movimiento parece diseñado para hundirme un poco más en este desastre lascivo. No debería estar mirándolo con tanta atención. No debería, es cierto. Pero es como si mis ojos hubieran decidido independizarse de mi cerebro.

«Es un hombre cortando un árbol, Charlotte, cálmate. No es un dios vikingo derribando enemigos. Sólo es Daniel con una sierra. Daniel, con esos brazos…».

—¡Vamos, Tito Daniel! ¡Más fuerte! —grita Grace, animándolo.

Daniel sonríe y yo dejo escapar el aire porque esa sonrisa combinada con esos brazos y

esa sierra están a punto de hacer que pierda lo que me queda de dignidad.

«Debería estar pensando en todo lo que odio de él. En sus mentiras, en sus silencios, en cómo me rompe cada vez que me mira. Pero no. Aquí estoy, hipnotizada por el jersey. ¡MALDITO JERSEY! ¡Qué clase de fábrica de jerséis vende esta tortura que le define tanto! ¡Debería ser ilegal confeccionar algo así! ¡Es una cuestión de principios!».

Giro mi rostro completamente malhumorada y me encuentro a Anthony a mi lado, observándome con los ojos entrecerrados.

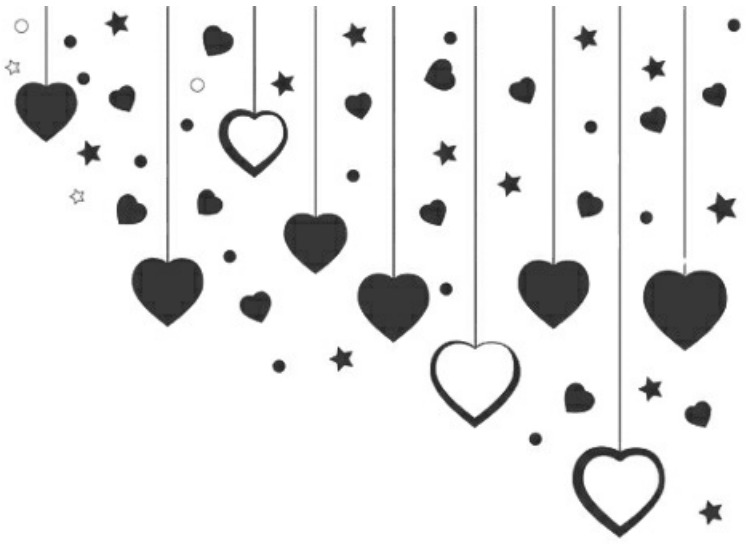
—Qué —le espeto.

—Nada.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Que tienes cara de querer comerte… el abeto. O algo así.

Le lanzo una mirada que debería mandarlo directo a Siberia. Pero no se corta y se ríe más.



6
CHARLOTTE

El aire helado cargado de aroma a resina, el olor a chocolate caliente, las luces navideñas, las niñas correteando con otros críos… Todo parece un cuadro perfecto de felicidad. Todo, si no fuera por la compañía inesperada.

Mi padre, evidentemente encantado con la dinámica grupal, ha decidido que sería una idea fantástica prolongar este pequeño calvario (mi autocalvario, entendámoslo bien) con un chocolate caliente para todos. Anthony lo ha aceptado inmediatamente y las niñas, por supuesto, también. Yo he decidido equilibrar mi malestar con una dosis extra de azúcar. Por qué no, ¿verdad? Ya que estamos jodidos… Pero Daniel, no. Es el único que no lo ha tomado. La razón: su compromiso ético.

—Gracias, pero no.

—¿No te gusta el chocolate? —alucina mi padre.

—Sí, el cacao, sí. Pero este lleva leche.

—¿Eres alérgico?

—No.

—¿Entonces?

Eso ha abierto la puerta a una conversación que yo jamás pensé que tendría que

presenciar.

—¿Vegano? —pregunta mi padre. El tono es similar a cómo si le hubiese dicho que nació en Saturno—. ¿Y entonces qué tomas?

Daniel, con una paciencia que debería estar patentada, responde:

—Alternativas vegetales.

—¿Alternativas vegetales?

Intento no morirme de vergüenza. Por alguna razón inexplicable, este intercambio me hace querer gritar. O reírme. O desaparecer. Probablemente las tres cosas al mismo tiempo.

Anthony se apoya en un poste bajo de madera, cruza las piernas y se deleita con una conversación que, no me cabe duda, está habituado a presenciar.

—¿Pero no quieres otra cosa, muchacho?

—Con el té está bien, gracias.

Mi padre, sin embargo, no se da por vencido. No, claro que no.

—Pero ¿ni en Navidad?

—Nunca.

—¿Ni en casa de tus padres?

—Adaptan mi menú.

—¿Entonces nunca comes carne?

—No.

—¿Ni huevos?

—No.

—¿Ni queso?

—No.

—¿Ni mantequilla?

—No.

—Pescado sí, ¿verdad?

—Tampoco.

Mi padre parpadea un par de veces, completamente atónito.

—¿Y qué comes, entonces, muchacho? ¿Fotosíntesis?

Daniel se ríe. Y se ríe de verdad, con ganas. Esto sí que no me lo esperaba.

—No, no exactamente. Aunque supongo que, técnicamente, la fotosíntesis tiene un papel clave en todo lo que como.

Anthony casi se atraganta con su chocolate caliente y mi padre lo mira como si acabara de descubrir la clave de la existencia.

—Ya, pero… las proteínas… ¿De dónde sacas las proteínas?

Daniel sonríe de lado, como si estuviera esperando esa pregunta.

—Legumbres, tofu, tempeh, frutos secos, semillas, espinacas…

—¿¡Espinacas!?

—Sí —vuelve a reír—. Un plato de espinacas tiene la misma cantidad proteica que un huevo.

Mi padre lo estudia como si fuera un espécimen extraño en un documental.

—O sea, ¿nada de jamón?

—Nada de jamón —mantiene con su preciosa sonrisa.

—¿Y bacon?

—Tampoco.

Mi padre se cruza de brazos, claramente imbuido en un conflicto interno.

—¿Y no te mueres de hambre?

Antes de que Daniel pueda responder, salto yo, porque esto ya está pasando de castaño oscuro.

—Papá, basta.

Daniel me acaricia suavemente el brazo. El contacto es tan simple, pero tan efectivo que me deja sin palabras.

—Tranquila. —Lo dice con una calidez que casi me hace olvidar que quiero odiarlo. Casi.

Mi padre me ignora. Parece genuinamente interesado en el tema.

—Es que, encima, estás muy curtido. ¿Vas al gimnasio?

—Suelo ir, sí.

—Lo que no entiendo es de dónde sacará tu cuerpo la energía para darte esos músculos.

—La hay, de veras. Esos alimentos son muy nutritivos, créame.

—Bueno, supongo que hay que tener una moral firme para renunciar a tantas cosas. Yo no podría.

Daniel se encoge de hombros.

—Se trata de elegir lo que se alinea con tus valores.

Mi padre suelta una carcajada que empieza en el pecho y termina resonando en el aire.

—Mira tú, el filósofo.

Y Daniel, claro, se ríe también.

Es oficial. A mi padre le cae bien Daniel. Y a mí el Universo me odia. Y, por si me quedaba alguna duda, mi padre decide verbalizarlo.

—¿Sabes qué, Daniel? Me caes bien. Eres el primer vegano que conozco y, además, no has intentado convertirme.

—Papá, no son una secta.

—Tienes principios, pero no eres pesado. Eso es raro.

Daniel sonríe, relajado. No hay duda de que este tío ha recibido clases magistrales sobre cómo mantenerse imperturbable mientras te ganas a todo el mundo.

—Bueno, he aprendido a elegir mis batallas.

Mi padre se ríe como si acabara de escuchar el mejor chiste del año, como si compartiesen un idioma secreto. Y por si eso no fuera suficiente, Anthony decide unirse al espectáculo:

—Yo siempre se lo digo. Lo que tú quieras, pero una barbacoa es una barbacoa. Por muy bien hecho que esté, esas cosas nunca van a saber igual.

—Te sorprenderías.

—Mira, amigo, cocinas muy bien, pero nunca podrás competir con el aroma de una barbacoa tradicional.

—El aroma… —Y ahí está mi padre babeando por costillas imaginarias—. Bueno, si hago una barbacoa, lo tendré en cuenta a la hora de invitarte.

«¿Invitarlo? No. No, no, no. ¡Por favor, no deis ideas al Universo maligno!».

Daniel se ríe.

Y mi padre se ríe.

Y Anthony, como no, se ríe también.

Entre risas, han sellado su camaradería. Y yo, mientras tanto, me pregunto por qué Daniel tiene que ser tan asquerosamente irresistible para todo el mundo. Lo odio.

—En serio, muchachos, lo de la barbacoa con verduras podíamos hacerlo.

«Universo, mátame ya».

—Vale, Mathew, pero que haya costillas —se anima Anthony.

—¡Claro! Verduras y costillas. No se me ocurriría privarme de mis sagradas costillas a la brasa. Pero oye, Daniel, ¿no caes nunca? ¿Ni un poquito?

—Ni siquiera me atrae.

—¿Ni una buena chuleta con un poco de sal gruesa, perfectamente sellada…?

—No.

—¿No hay nada con lo que te pueda tentar?

Y, claro, Anthony no puede dejarlo pasar.

—Yo creo que sí que hay algo… —Y posa sus ojos sobre mí, sin cortarse una mierda—, ¿verdad, Daniel?

«¿¡Qué!?».

Ya me decía mi madre que Anthony no era para mí.

—O sea que hay algo con lo que puedo tentarte —se ríe mi padre ajeno al mensaje velado.

Y Daniel le responde, sí; con sus ojos clavados en los míos y una voz baja y rasposa.

—Hay anhelos que no desaparecerán nunca.

«Mierda».

El jolgorio de mi padre se va apagando despacio y es sustituido por algo mucho más peligroso: una mirada de respeto que roza la veneración.

—Tienes voluntad, muchacho. Eso se nota. Y eso es clave. Mi mujer siempre dice que lo más importante es saber lo que es bueno para ti y no dejarte llevar por tonterías.

Me lanzo a la desesperada:

—Hablando de mamá, creo que deberíamos ir yéndonos.

—La he llamado cuando has ido al baño y me ha dicho que no tengamos prisa porque todavía está preparando tus galletas de mantequilla. —Y les explica—: A Charlotte le encantan desde que era niña. Eran lo único que la calmaba cuando tenía uno de sus días malos.

—¡Papá!

—Si quieres ganarte a mi hija, esas galletas son su perdición —le dice a Daniel. ¡A Daniel!

Y, encima, él responde:

—Tomo nota.

Mi padre estalla en carcajadas, completamente encantado con su respuesta. Pero yo no. Mi risa no brota. Más bien, todo lo contrario. Miro a Daniel detenidamente y molesta. Él lo hace también, pero voraz. Conozco esa mirada porque hace dos días me recorrió innumerables veces con ella. Me hace sentir desnuda, aunque esté envuelta en capas de ropa térmica.

¡No es justo! No puedo pelear contra alguien que juega con miradas como si fueran armas nucleares.

«Esto se acaba aquí y ahora».

—¡Nos vamos!

Mi padre me mira desconcertado, como si acabara de proponer quemar el bosque.

—Oye, *peque*, venga, que solo era una broma.

—Es tarde —replico, cortante. La calma se me evapora y el temblor en mi voz me acaba traicionando—. Hay que volver a casa con el abeto, comer, decorarlo y pasar una velada los tres juntos, con mamá. ¡En familia!

Subrayo esas dos palabras como si fueran una línea divisoria entre lo que es soportable y lo que no. Y lo que no puedo aguantar es seguir aquí con él.

—Voy a despedirme de las niñas.

Me giro antes de que alguien pueda objetar, antes de que mi resolución flaquee, antes de que esa tensión invisible que me une a Daniel me arrastre de nuevo. Mis pasos son rápidos, pero por dentro estoy tambaleándome como una muñeca rota.

«Tengo que salir de aquí. Ya».

Camino hacia Grace y Harley, que ríen y juegan ajenas a mi caos, y trato de concentrarme en ellas. No puedo con esto. Quiero volver a casa. Quiero alejarme. Quiero encerrarme en mi habitación, con mi manta, apagar todas las luces y reconstruir las partes de mí que él ha desmoronado. Quiero volver a armarme. Quiero fortalecerme. Porque lo que me espera a partir de mañana va a ser un calvario.

Esto no es solo rabia. Es miedo; miedo a no poder superarle nunca; miedo a quedarme encerrada en ese amor que no me ha sido fiel, que no ha sido sincero, que no ha sabido cuidarme, que no ha querido protegerme.

Me acerco al grupo de niños con pasos torpes que se hunden en la nieve. Es como si el suelo estuviera conspirando para detenerme. Llamo a Grace y Harley con voz firme, aunque siento que mi garganta está hecha de cristal. Ellas levantan la cabeza al instante, con esas sonrisas luminosas que solo los niños tienen, y corren hacia mí.

—Chicas, me voy ya. He venido a despedirme.

Grace frunce el ceño, confundida.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es tarde —respondo, aunque no lo es. Pero no puedo quedarme más tiempo.

—¡No es '*tad-de*'! —protesta Harley, dando un pequeño salto, como si la nieve le diera un escenario perfecto para su indignación.

—¡Aún tenemos que jugar al escondite!

—¡Dijiste que te gustaba el '*escon-nite*'!

—Y todavía no hemos visto los ciervos. —Grace cruza los brazos con una autoridad que nunca he tenido ni en mi mejor día—. Tienes que esperar.

Intento sonreír, pero la presión detrás de mis ojos amenaza con desbordarse.

—Otro día, ¿vale? Prometido.

Harley se aferra a mi abrigo como si fuera su única esperanza y Grace me coge las manos.

—No te vayas. Por favor, quédate un poco más.

Y ahí está. El golpe final.

Mis fuerzas flaquean, mis piernas ceden y me dejo caer de rodillas, frente a ellas. Sus ojos grandes, llenos de súplica, me quiebran de una manera que no puedo controlar. Y me rompo. Las lágrimas empiezan a correr antes de que pueda detenerlas, calientes y pesadas, arrasando con todo.

—Lo siento… —murmuro. Mi voz es apenas un eco roto. Harley me abraza de inmediato y su pequeña mano comienza a acariciar torpemente mi pelo. Grace rodea mis hombros con sus brazos, como si pudiera sostenerme. Pero no puede. Nada puede.

Lloro, completamente desbordada, hundida en la nieve, mientras estas dos maravillosas niñas intentan consolarme sin entender por qué estoy así. Y es que ni yo misma tengo respuestas. Solo sé que no puedo con esto. Hoy, no.

El mundo se convierte en un eco lejano, un susurro ahogado por mi propia tristeza, en ese pequeño refugio que ellas me brindan. Ni siquiera escucho el crujido de los pasos acercándose sobre la nieve. No me doy cuenta de nada hasta que Grace levanta su cabecita y rompe el silencio.

—Charlotte está llorando.

Levanto la mirada y los veo ahí mismo. Anthony, mi padre y, por supuesto, Daniel. Los tres están mirándome, pero es Daniel el que reacciona al instante. Antes de que pueda decir nada, antes de que pueda recomponerme, él ya está agachado frente a mí. Su rostro está lleno de algo que no sé qué es, si tristeza, preocupación o amor; o quizá todo, pero lo siento como un golpe directo al pecho.

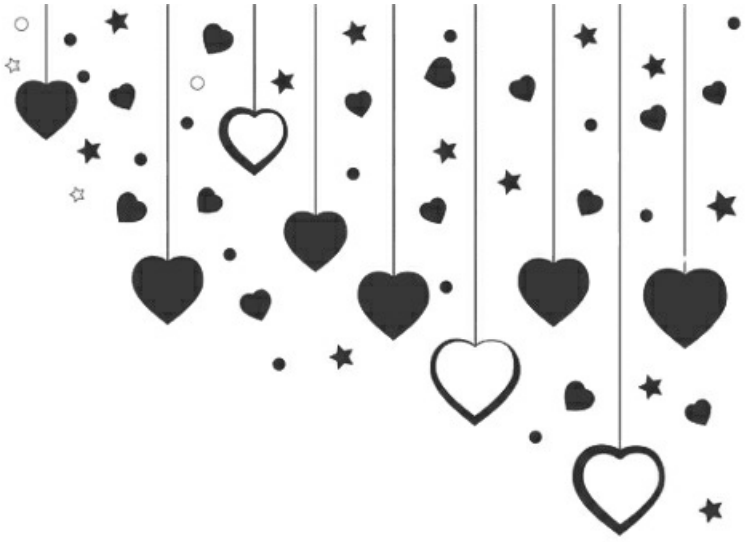
—Ven aquí —musita.

Me envuelve con una facilidad que me desarma y me levanta del suelo como si fuera lo único que importa en este momento, no estar ahí derrotada. Me abraza y lo hace con una vehemencia que despedaza el hielo que me acuchilla.

—Estoy aquí —susurra contra mi oído.

Y esas dos palabras me rompen en mil pedazos. Hundo el rostro en su pecho y mis manos se aferran a su abrigo como si fuera lo único que pudiera salvarme. Me dejo llevar y permito que me sostenga, mientras me deshago completamente.

Daniel no vacila. Me sostiene con firmeza. Sus manos sujetan mi espalda y mi cabeza, y me protege del mundo entero, excepto de él. Porque, es cierto, en sus brazos no hay frío, no hay ruido, no hay nadie más. Pero lo que sí que hay es esa calidez, ese amor entregado que me hace desearlo más que nunca.



7
CHARLOTTE

«Vale, a ver cómo lo hago».

Mi llanto ya se ha calmado, técnicamente, pero sigo abrazada a Daniel como si fuera el único flotador en un naufragio. No es solo que se esté a gustito aquí, atrapada entre su calor corporal y ese aroma a destrucción neuronal por exceso de deseo. Es que no tengo la más mínima idea de cómo soltarme y enfrentarme a esto.

Me explico. Aquí no solo está Daniel; es que, además, están Anthony, las niñas y, por supuesto, mi padre. ¡Mi padre!

«Ay, Dios. ¿Cómo demonios he perdido los papeles delante de Mathew Cunningham?».

—¿Estás bien? —La voz de Daniel es baja, cálida, reconfortante, deliciosa.

Asiento, porque hablar todavía no está en mi lista de habilidades recuperadas. Pero claro,

eso no soluciona el pequeño detalle de que mi cara sigue pegada a su pecho como si fuera un post-it emocional.

«¡Suéltate ya!».

Mis brazos, sin embargo, no colaboran. Es como si tuvieran voluntad propia y quisiera vivir en este momento para siempre.

Mi padre carraspea. Y, en vista del poco efecto, carraspea más. Creo que nunca había sentido tanta vergüenza en toda mi vida.

—Charlotte, cielo… —musita, con ese tono suyo tan amable de papi comprensivo que, claramente, oculta que está flipando como nunca.

Pero es que, encima, ha dicho «cielo». Si mi padre me llama *cielo*, significa que la situación le está dando una perspectiva que ni siquiera él sabe cómo manejar.

«Vale, Charlotte. Ahora o nunca».

Intento apartarme con cuidado, despacio, como si soltarme de Daniel fuera una maniobra quirúrgica de alta precisión. Pero claro, mi cuerpo no colabora. Mis brazos siguen ahí, aferrados a él como si fueran una segunda piel, mientras mi cerebro grita:

«¡Desengancha, mujer! ¡Desengancha!».

Con un último esfuerzo, aflojo el agarre y doy un paso atrás. Pero mis pies, que siempre están buscando la forma más creativa de arruinarme el día, se hunden en la nieve. Me tambaleo. Pero, antes de que pueda caer en plancha y convertir este momento en un meme más, siento la mano de Daniel en mi cintura, firme, segura, como si supiera que el equilibrio no es mi punto fuerte; pero, también, cálida, como si quisiera recordarme que no me va a dejar caer. Y eso me enfurece. Porque, vamos a ver, por muchos méritos que haga ahora, ya estoy en el suelo por su culpa, emocionalmente hablando. Y, por si fuera poco, coge y me invade con esa mirada de preocupación extrema.

«¿¡Es que esto no va a acabar nunca!?».

Pues no porque encima susurra sobre mis labios:

—Tranquila. —Y me baña con ese aliento que añoro.

«Tranquila, dice. ¿Quién demonios puede estar tranquila con esa mano quemándome la cintura y mi padre mirando como si estuviera viendo el tráiler de un drama romántico donde todo apunta al desastre final?».

Enderezo la espalda, levanto la cabeza y me separo con dignidad. Por mucho que pueda parecer otra cosa, soy una mujer adulta y puedo manejar esto. ¿Verdad? Claro que no, pero es el mensaje que necesito ahora mismo.

Deslizo mis ojos de Daniel a mi padre. Y…

«¡Ay, ay, ay!».

Ahí está, esa mezcla de preocupación y desconcierto paternal que me hace querer

meterme debajo de un abeto.

—Estoy bien. En serio. Es solo… la Navidad —improviso.

Y sonrío. Mucho. Demasiado, quizá; como si acabara de declarar mi amor eterno por las luces navideñas, los villancicos y Santa, todo desde lo alto del Empire State.

—Que me pone muy sensible, papá, ya lo sabes. Nada más, ¿vale? Nada más. —Repito con insistencia, mientras siento la garganta apretada.

«Maldita sea».

Mi padre sigue mirándome y, sinceramente, no puedo con esa expresión. Contiene una mezcla de preocupación y sorpresa que no le he visto en años. Porque Mathew Cunningham no es un hombre que se descomponga fácilmente. Es el tipo de persona que, cuando me rompí un brazo, patinando a los doce años, fue capaz de decir: «Tranquila, cielo, todo va a ir bien», mientras envolvía el brazo en una toalla y me cargaba con la otra mano en el coche.

Pero esto no es un brazo roto y él lo sabe. Esto soy yo rota. Y, honestamente, creo que no tiene ni idea de qué hacer conmigo ahora mismo. Lo veo en sus ojos; en ese brillo analítico que siempre aparece cuando algo no cuadra. Y ahora, gracias a mi brillante momento emocional y a Daniel, hay muchas cosas que no le encajan. Está intentando unir las piezas, lo sé, porque mi padre no es tonto. Hasta que, despacio, termina posando sus ojos sobre Daniel. Y él, por supuesto, aguanta. Ni un pestañeo. Ni una mueca. Ni un movimiento involuntario. Su rostro tiene una calma estoica.

Mi padre ladea ligeramente la cabeza. Es un gesto pequeño, pero lo he visto antes. Es el mismo que hace cuando está resolviendo un crucigrama difícil o cuando intenta arreglar algo en casa sin las instrucciones. Es el gesto de alguien que está conectando los puntos. Y, entonces, ¡chas!: una chispa en sus ojos.

Me mira de nuevo. La incomodidad me cala hasta los huesos. No quiero que mi padre analice esto. No quiero que piense lo que significa ese abrazo o esa mano o esas miradas. Y, sobre todo, no quiero que descubra lo que Daniel significa para mí ni lo que ha pasado, ni lo que pueda pasar, ni lo que vendrá ni…

—Bueno, —comienza—, pues vamos a ir despidiéndonos. —Ya lo tiene. No hay excusa que valga. Vuelve sus ojos hacia las hijas de Anthony y amplía su sonrisa—. A ver, estas pequeñas, ¿nos despedimos?

—¡¡Noooo!! —gritan las dos al mismo tiempo.

Mi padre se pierde en juguetear con ellas y las promete otro día juntos. Anthony, que ha perdido la sonrisa, se me acerca.

—Nos vemos otro día, ¿vale? —Me abraza y deja un beso en mi mejilla.

—Dale recuerdos a Hanna.

—Pásate un día por casa y la ves.

—Te llamo.

Anthony se aparta, pero antes de irse, echa una mirada rápida hacia Daniel. Hay un entendimiento tácito entre ellos, una conversación silenciosa que no necesita palabras. Daniel no se irá sin despedirse de mí. Lo sé.

Cuando Anthony finalmente se aleja hacia las niñas, Daniel da un paso adelante. Solo uno, pero es suficiente para que el mundo entero parezca encogerse hasta dejarnos a los dos solos en medio de esta tormenta. Su cercanía me envuelve, me sacude, invade todo mi espacio, mi aire, todo lo que intento desesperadamente proteger. Mi pobre corazón, ya tan frágil, parece tambalearse en sus manos y ya no sé dónde agarrarme.

—Luego te veo —susurra. Lo hace con una voz excesivamente baja para que nadie más pueda oírlo.

Esas palabras me atraviesan como una bala. Niego con la cabeza, porque no quiero, no puedo.

Pero Daniel no se rinde.

—Te veo en tu casa, Charlotte. Tenemos que hablar. —Sus formas son suaves, pero detrás hay una firmeza que me golpea directamente en el pecho.

Bajo la mirada y doy un paso atrás. Y otro. Y otro más, hasta que finalmente me alejo de él. Ya no puedo contener todo lo que está a punto de desbordarme de nuevo.

Camino hacia las niñas. Las abrazo con fuerza, les doy besos en las mejillas y sonrío por primera vez en lo que parece una eternidad. Ellas no tienen culpa de nada y lo último que quiero es amargarles el día. Solo deseo llevarme su alegría conmigo.

Mi padre se inclina para cargar el abeto en su hombro y juntos caminamos hasta el parking. Lo hacemos en silencio. Me conoce mejor que nadie y sabe que lo necesito.

Llegamos a la pick-up. Subo al asiento del copiloto y respiro. Estoy fuera. Me quito el abrigo, la bufanda y el gorro con movimientos torpes, como si cada prenda pesara más de lo que debiera. Mientras, mi padre asegura el abeto en la caja trasera con su fuerza imponente y, después, sube al volante.

Arranca el motor y pone la calefacción al máximo. Inicia la marcha y, cuando tomamos la carretera, mi padre enciende la radio. Está sonando el estribillo de *Hotel California*. Esa canción es tan familiar, tan de mi padre, que consigue llevarme al refugio de mi hogar.

—¿Estás bien, *peque*? —Su tono es suave, lleno de cariño, y no hay ni rastro de juicio, ni una pizca de presión. Solo la preocupación genuina de un padre que no necesita detalles para saber que su hija está pasando por un mal momento.

Desvío la mirada hacia la ventana y, cuando expulso las primeras palabras, mi voz se rompe.

—No, no estoy bien, papi. No estoy bien. Pero lo estaré, te lo prometo.

Su mano, esa que siempre me ha sostenido, se posa sobre mi pierna con afecto. Es un gesto que me recuerda que, por muchas veces que me caiga, él siempre estará ahí para levantarme si lo necesito. Cubro su mano con la mía y respiro hondo.

—Sea lo que sea, no tienes que cargar con ello sola. Cuando quieras soltarlo, aquí estoy. No se me da mal escuchar, ya lo sabes.

—Lo sé, papi. Gracias.

—Vamos a casa a decorar ese abeto. Y, por supuesto, a comernos las galletas de mantequilla de tu madre, ¿de acuerdo?

La mención de las galletas me arranca un pequeño sonido entre una risa y un sollozo. Él me mira de reojo y sonríe.

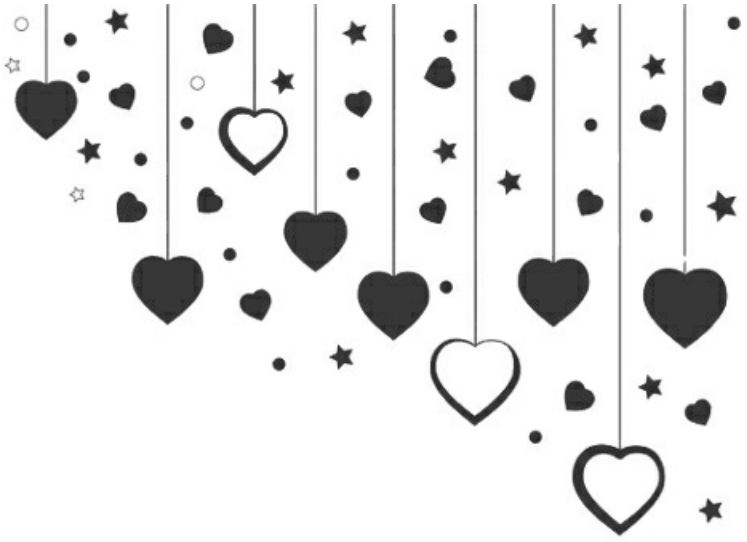
—Eso es, *peque*. Así me gusta, con esa bonita sonrisa. Ahora, llora un poquito, si quieres. Pero, después, te necesito en plena forma. Hay que convencer a tu madre de que las luces de colores son mejores que las blancas.

No puedo evitarlo. Me río de forma suave, débil, pero ahí está. Y de repente, el peso en mi pecho no parece tan insuperable. Porque, aunque el resto del mundo sea un caos, mi padre sigue siendo mi roca.

—Gracias, papi.

—¡Ah! Cómo echo de menos cuando tu mayor problema era que no te salieran bien las trenzas en tus muñecas. Y a Ken, que nunca se metía en líos ni te hacía llorar. A ese sí que lo

habría invitado a casa a una barbacoa vegana.



8
CHARLOTTE

Llegar a casa tarde un domingo es como protagonizar el tráiler de una película de terror de serie B: sabes que el monstruo, conocido como *Lunes*, ya está oliendo tu miedo y que no hay linterna, puerta cerrada o excusa convincente que pueda salvarte. Solo falta la banda sonora siniestra y que mi frigorífico emita un gemido para completar el cuadro.

Hoy, más que nunca, habría firmado un pacto con cualquier entidad sobrenatural para quedarme en casa de mis padres. De verdad, ¿quién no quiere regresar al refugio de la infancia, donde la vida siempre se soluciona con carbohidratos ilimitados y abrazos que huelen a suavizante con nombre poético, tipo *Brisa de los Alpes*? Pero no, claro que no. Porque resulta que soy una adulta. Una mujer supuestamente funcional que tiene que enfrentarse sola al apocalipsis del día siguiente.

Así que aquí estoy, empujando la puerta de mi piso a las ocho y media de la noche, y con el glamour de un calcetín que lleva demasiado tiempo dentro de una bota húmeda. Porque, seamos realistas, eso soy ahora mismo: un calcetín mojado, chuchurrío y olvidado al borde de una lavadora rota.

Lanzo las llaves al bol de la entrada, que parece mirarme con el desprecio pasivo-agresivo de quien ya no espera nada de mí. Empiezo mi ritual de abandono: el abrigo se tambalea

en el perchero hasta caer en un ángulo que grita *Días Mejores.* El bolso se desploma como un boxeador en el décimo asalto. Las botas acaban cada una en una punta distinta de la entrada. Y, para cuando llego al sofá, he dejado un rastro de prendas que haría que Hansel y Gretel me envidiaran. Me dejo caer en el sofá con un suspiro que podría competir con el viento en una novela gótica. Todo es frío, caos y tragedia. Solo me falta dejar una nota: «*Aquí yace lo que quedaba de Charlotte»*.

Mañana empiezo mi primera semana sin Perlman. ¿Sabéis lo que significa eso? Que oficialmente soy la protagonista de una película de gladiadores, y yo no soy Russell Crowe. Mi compañero O'Brian, tan novato como yo, será mi único aliado. Y, por supuesto, nuestra arma principal será el arte milenario de sortear al desastre. El resumen es simple: estamos condenados.

Pero la guinda del pastel seguro que la pone Jones, nuestra supervisora, quien probablemente decida que mi penitencia no está completa hasta que me adscriba a Daniel. Porque, claro, ¿por qué no añadir un *ex-lo-que-sea-que-sea* devastadoramente atractivo, y tóxico hasta la médula, al campo de batalla? Esto no es trabajo, es un episodio especial de *American Horror Story: Unidad de Cardiología*.

Cierro los ojos, me cubro con mi manta y me abrazo a mi última pizca de cordura. Merecería un premio, un trofeo, un desfile en mi honor, por no haberme quedado en Long Island con mis padres. Honestamente, ¿quién necesita independencia cuando puedes tener macarrones caseros, galletas de mantequilla y la protección emocional de una casa que huele a lavanda y seguridad? Pero no, por supuesto que no. Elegí ser adulta. Elegí enfrentarme al mundo sola, con todas las de la ley. ¿Y sabéis qué? Fue la peor decisión de mi vida. Porque ahora mismo, cada célula de mi ser grita que no estoy preparada. Pero, claro, eso no importa. Al mundo le importa un carajo si estás lista o no.

El móvil vibra sobre la mesa con la entrada de un mensaje e ilumina la habitación como un aviso del destino; el recordatorio de que la paz no está hecha para gente como yo. Lo ignoro, obviamente. Si algo he aprendido en la vida es que los problemas no desaparecen si los miras, así que mejor dejarlos vibrar hasta que se cansen. Pero, por supuesto, mi móvil no entiende de límites emocionales ni de tiempo muerto. Vibra de nuevo.

«Mierda».

Lo cojo con la delicadeza de quien desactiva una bomba y ahí está, quien no debería.

Daniel:
«Hola, Charlotte».
«¿Hogar, dulce hogar?».

«'¿Hogar, dulce hogar?' ¿En serio? Esto no es un mensaje; es el título rechazado de una película de Hallmark».

Mi cuerpo, siempre tan eficiente en desmoronarse, reacciona antes que mi cerebro. Tripas en huelga, garganta cerrada, corazón transformado en un batería desquiciado. Todo en mí se alborota como si me hubieran enchufado a un generador de caos sentimentaloide. ¿Por qué? Porque es él. Porque todo lo que hace me afecta como si fuera una maldita ecuación matemática imposible de resolver.

Dejo el móvil en el sofá con cuidado. Bueno, más bien lo dejo caer, como si fuera un artefacto explosivo listo para estallar. No voy a responder. No. No quiero hablar con él. No quiero sentir nada. Lo que quiero es dormir, llorar o, mejor aún, mudarme a Alaska y cambiarme

el nombre. Cualquier cosa menos lidiar con *esto*.

Pero, claro, no soy una ermitaña en el Ártico. Soy una adulta funcional y las adultas funcionales responden a los mensajes, aunque sea con la delicadeza emocional de un rinoceronte en una tienda de porcelana.

Lo cojo y tecleo con la desgana de quien está al borde de arrancarse el alma:

Yo:
«Estoy muy cansada».

Seco. Directo. Frío. Un mensaje diseñado para cerrar puertas emocionales a cal y canto. Un manual básico de supervivencia para corazones que solo saben hacer implosión. Pero no para Daniel. Por supuesto que no.

Este Da Vinci de la Cardiología y Houdini de la sinceridad en pareja responde antes de que pueda soltar el móvil:

Daniel:
«Lo sé».
«No te robaré mucho tiempo».
«Necesito que hablemos».
«Solo diez minutos».
«Nada más».
«Te lo prometo».

Diez minutos. Claro, porque «solo diez minutos» con Daniel es como «solo una galleta, mamá». Un mito. Una falacia. Una trampa mortal.

Dejo el móvil en la mesa, me llevo las manos a la cara y lanzo un bufido. No puedo con esto. Hoy no. Mañana tampoco. Tal vez nunca, si me pongo realista.

Pero justo cuando mi cerebro empieza a enumerar todas las razones por las que ignorarlo es la mejor opción para mi salud mental, vuelve a vibrar.

Daniel:
«Charlotte, no puedo verte mañana en el hospital si no tenemos esta conversación».
«Te lo ruego».

«Te lo ruego». Tres palabras. Tres malditas palabras que me perforan como si las hubiera lanzado con un arco de competición. Porque tiene razón. Tiene toda la razón del mundo. Mañana, si nos cruzamos en el hospital, con este agujero negro entre nosotros, creo que ni Stephen Hawking sabría cómo evitar que nos trague. Va a ser una auténtica mierda.

Suelto un suspiro largo y profundo. Miro el móvil otra vez. Quizá una llamada no sea tan mala idea. Solo unos minutos. Nada más.

Encuentro su contacto en la lista de favoritos (sí, favoritos, no hablemos de eso) y pulso antes de que mi cerebro decida boicotearme.

Contesta al primer tono.

—Hola, Charlotte —saluda con esa voz suya que podría derretir un iceberg.

Ojalá pudiera colgarle. Pero, como siempre, aquí estoy, sin poder resistirme a ese susurro que anula mi voluntad, que me envuelve con su calidez, como si esto fuera el final de una película de época en la que alguien está a punto de declararse bajo la lluvia. Excepto porque

fuera no llueve, sino que nieva como si se fuese a acabar el mundo bajo los copos gordos que caen. Y yo, además, no tengo un vestido victoriano, sino una manta anticrisis que está tan deshilachada que parece que tiene aspiraciones de nido. Esto es agotador.

Me levanto del sofá, con mi manta sobre los hombros, y camino por la casa.

—¿Cómo estás? —insiste ante mi silencio.

Y yo respondo, sí, aunque cargando cada palabra con sarcasmo de etiqueta certificada Cinco Estrellas.

—Pues nada, lo típico. Mi padre y yo fuimos a comprar un abeto de Navidad, muy familiar todo, hasta que me encontré con unos amigos... Bueno, no todos eran amigos. Había un idiota en el grupo.

—¿Un idiota? —pregunta, divertido.

—Sí, un idiota. Un mentiroso, manipulador y… no sé, probablemente vegano.

Se ríe con esa cadencia baja, suave, que hace que quiera besarlo o pegarlo, o ambas cosas al mismo tiempo, dependiendo de la cantidad de oxígeno que tenga en ese momento. Ahora mismo, no tengo mucho.

—Sí, hay gente que actúa como un verdadero idiota. Pero hay veces que esos idiotas tienen sus razones.

—Sin duda las tendría. Pero ¿sabes qué? Las podría haber mencionado en su momento en lugar de esperar a que todo explotara como un mal capítulo de una serie.

—Bueno, —sigue, y puedo imaginar su cara, esa mezcla de ternura y paciencia que me desarma—, tal vez ese idiota no sabía cómo hacerlo. Tal vez tenía miedo.

Miedo. Esa palabra hace que mi estómago se retuerza. Camino hacia la ventana en busca de un poco del frescor que se cuela por los cristales. Necesito ver cómo la nieve cae en silencio, relajarme y serenar mi ánimo, como si el mundo no estuviera hecho pedazos dentro de mí.

—¿Miedo de qué? —pregunto, casi en un susurro.

—De perder a la única persona que le importa de verdad, cuando, por primera vez en su vida, ha podido tenerla.

Mi pecho se contrae. No puedo seguir con esto. Me mudo de planeta si es necesario.

—Bueno, pues si ese idiota lo hizo por eso, tendría que saber que lo hizo fatal. Muy mal. Suspenso absoluto en sinceridad y gestión emocional.

—Estoy seguro de que lo sabe. Aunque, quizá, deberías también dejarle que se explique y que te pida perdón.

Siento su voz en mi oído como un ancla. Pero, en ese momento, mi mirada se detiene en algo extraño. Una figura. Afuera.

«¿Es él? Joder… ¡Es él! ¡Mierda!».

Veo a Daniel ahí en la acera, frente a mi ventana, de pie bajo la nieve, con una mano en un bolsillo, la otra sosteniendo el teléfono y la cabeza ligeramente inclinada, como si estuviera esperando ese preciso momento.

—¡¿Qué haces ahí?! —grito.

—Quería verte.

Así, sin más. Como si lo que está haciendo fuera perfectamente normal.

—¿Daniel, estás loco? ¡Está nevando una barbaridad!

—No pasa nada. Solo van a ser diez minutos.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Desde que entraste en tu apartamento.

«¿Desde que…?».

—Dejé a Anthony y a sus hijas en su casa, y me vine paseando hasta aquí. Me metí en este bar —Señala con la cabeza el local detrás de él— y he estado esperando a que llegases desde entonces. Necesitaba saber que estabas bien.

«Esto es de locos».

—¿Sabes lo inquietante que suena eso?

Se ríe y la belleza de ese gesto se me clava en la retina. Luego, susurra:

—Te lo he dicho. Solo necesitaba verte. Confirmar que estabas bien.

Me quedo callada. Por primera vez en todo el día, no sé qué decir. Literalmente, no tengo palabras. ¿Qué se supone que se le dice a un hombre que está ahí, en medio de la calle, calado hasta los huesos y con la nieve acumulándose en su abrigo como si fuera un adorno navideño trágico? *¿Gracias por arruinar mi estabilidad mental, pero qué bien te queda el sufrimiento?*

Y yo estoy aquí, dentro, con calefacción, una manta peluda y un cerebro que ahora mismo es un casino de Vegas: todo luces, ruidos y apuestas imposibles. ¿Qué hago? ¿Le cuelgo? ¿Le bajo una sopa caliente? ¿Me arranco el corazón y se lo lanzo por la ventana?

¡Maldito Daniel! ¿Por qué siempre tiene que complicarlo todo? ¿Por qué siempre parece tan devastador incluso cuando está empapado y miserable? ¿Y por qué, en este preciso instante, no puedo dejar de mirarlo?

—Sube.

—¿Qué? —pregunta como si no hubiera escuchado bien.

—¡Que subas!

Y le cuelgo. Por supuesto que le cuelgo, porque si no, lo pensaría demasiado y cambiaría de opinión.

Lo veo cruzar la calle con pasos decididos. Dos segundos después, suena el telefonillo. Ni siquiera pregunto quién es. Simplemente abro la puerta, sabiendo que acabo de invitar al caos a entrar en mi casa.

Esto es un error; uno de esos de los que te arrepientes antes incluso de cometerlos, como comprarte unos zapatos nuevos para domarlos el mismo día de una boda.

Mi cerebro no para:

¿Por qué le abriste?

No lo sé.

¿Por qué no le dijiste que se fuera?

Tampoco lo sé.

¿Por qué demonios te importa que se haya mojado bajo la nieve?

¡Porque soy humana, joder! Aunque en este momento desearía ser una de esas estatuas frías y pétreas que no sienten nada más allá del musgo que les crece encima.

Me apoyo en la puerta y me froto las sienes como si eso pudiera frenar el desastre que se avecina.

—Esto es un error —repito en voz baja, por si el Universo no lo ha pillado todavía.

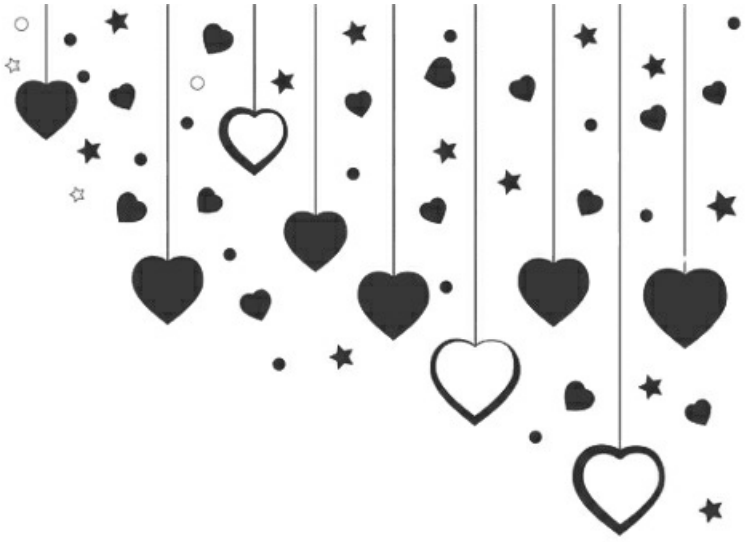
Pero me digo que no soy una cobarde.

«Vamos, Charlotte, tú puedes. Eres una persona funcional y adulta. Y los adultos toman decisiones maduras. Como invitar a su *ex-o-lo-que-narices-sea,* mojado, a su casa porque,

claramente, no han tenido suficiente drama en el día».

El timbre suena y acaba mi tiovivo de autodestrucción y me lanzo al tobogán de los asuntos insuperables. Me quedo quieta y observo la puerta como si pudiera atravesarla con la mirada y convencer a Daniel de que se dé media vuelta.

No va a pasar. Es Daniel. Y Daniel no se va. Daniel nunca se va.



9
DANIEL

Mi corazón golpea contra mis costillas en el momento en que escucho su voz al otro lado:

—Sube.

Una palabra tan sencilla, tan carente de pretensiones y, sin embargo, cargada de un peso abrumador que amenaza con aplastarme. Es un rayo de luz atravesando la oscuridad que yo mismo he creado; un resquicio de esperanza que no merezco. No hay garantías, no hay promesas, solo un puente frágil tendido sobre un abismo insondable. Y aunque sé que podría caer, no puedo darme el lujo de rechazarlo.

Corro hacia el portal. La nieve cae con una insistencia cruel, como si intentara detenerme, como si el mundo entero conspirara para frenar lo que más deseo. El frío es un fantasma que apenas noto. Mi mente está en otra parte, atrapada en la imagen de Charlotte, en su voz que aún resuena en mi oído como un eco distante. Pulso el telefonillo y el sonido del clic es más que un aviso: es un disparo que rompe el silencio y me abre una puerta a algo que no sé si merezco. Es un arma cargada que ella acaba de entregarme y no estoy seguro de saber cómo disparar sin destruirnos a los dos.

No hay tiempo para pensar. No hay espacio para la duda. Subo los escalones con la misma urgencia con la que late mi corazón. En cada pisada dejo un rastro húmedo de nieve

derretida que parece señalar mi debilidad y la vulnerabilidad que me atraviesa. El golpe de mis botas contra los peldaños retumba como un metrónomo, marcando un ritmo que se vuelve eterno; como si el tiempo quisiera alargar este instante hasta arrastrarme al filo del abismo que yo mismo he creado.

Llego frente a su planta y respiro. Mi corazón late con una fuerza dolorosa. Charlotte me espera al otro lado de esa puerta con todo su fuego, con todo lo que no sé cómo sostener sin abrasarme. Y temo acabar convertido en cenizas por lo que tengo que decirle, por lo que nunca debería haberle ocultado.

Mi mano pulsa el timbre y el sonido parece reverberar en mi cabeza. La puerta se abre y el Universo entero colapsa en un instante.

Charlotte está ahí, recortada por la luz suave de su apartamento, como si el mundo entero hubiera decidido detenerse solo para enmarcarla. Recuerdo la primera vez que la vi. Pensé que era guapa. Qué ingenuo fui. Guapa es una palabra demasiado pequeña, demasiado corriente, incapaz de abarcar lo que ella es. Charlotte no es guapa: es preciosa, es magnética, es devastadora. Es un huracán contenido en un suspiro; una fuerza que desmantela todo a su paso, incluida mi cordura. Porque yo, el hombre que siempre mantuvo el control frente a todo, vivo tambaleándome bajo el peso insoportable de lo que siento por ella.

Charlotte no me dice nada. Ni una palabra. Sus ojos se encuentran con los míos y en ellos leo todo lo que la consume: la rabia, el cansancio, el dolor, la lucha constante que lleva consigo misma por mi culpa, y, también, su escudo alzado. Me observa como si fuera el último hombre en la Tierra al que quisiera abrirle la puerta. No dura mucho tiempo. Enseguida, aparta la vista, se da la vuelta y desaparece dentro, sin un saludo, sin siquiera darme tiempo a reaccionar.

Mi pecho se desgarra, pero la sigo porque no hay ningún lugar en el mundo en el que preferiría estar ahora mismo más que aquí, con ella, aunque sea en medio de esta tormenta que amenaza con arrasarnos a ambos.

Su apartamento es pequeño, pero está lleno de vida. Cada rincón grita su nombre con una intensidad que casi duele. No hace falta buscarla, está en todo; en las estanterías abarrotadas de libros que parecen contener fragmentos de su alma; en el cojín con forma de aguacate que descansa sobre su sofá verde; en las alfombras suaves bajo los pies, que amortiguan cualquier carga y apartan la frialdad de fuera. Incluso la luz tenue que proyectan sus lámparas parece hecha a su medida: cálida, acogedora, íntima.

Charlotte se queda en mitad del salón, con los brazos cruzados y una postura desafiante. Sigue llevando ese jersey rojo que parece hecho para envolver su cuerpo. Cada vez que lo veo, me recuerda lo condenadamente atractiva que es, incluso cuando no lo intenta. Los leggins dibujan sus piernas como si fueran un secreto diseñado para tentarme. Un desafío imposible de ignorar. Mi mirada no puede evitar deslizarse por su cintura, sus caderas, reclamando cada curva, cada línea, como si mi cuerpo necesitara memorizarla una vez más.

Pero, entonces, llego a sus calcetines navideños. Los lleva colocados por encima de las mallas. Son de renos y tienen unas orejas pequeñas que sobresalen en la parte de arriba de la tela, donde está el ajuste. Me arrancan una sonrisa involuntaria. Esa mezcla de sensualidad devastadora y calidez despreocupada es la que hace a Charlotte completamente irresistible.

Sin embargo, en su rostro no hay nada de esa ligereza. Todo lo contrario. Está agotada. Lo veo en las sombras que oscurecen sus ojos, en esas ojeras que parecen haber robado luz a su mirada. Lo noto en sus hombros, que cargan con un peso invisible que la hace parecer más frágil, aunque sé que no lo es. Pero, por encima de todo, lo que percibo con inquietud es su enfado, ese fuego contenido que arde en ella incluso cuando está al borde de derrumbarse.

Es hermosa y aterradora al mismo tiempo, porque incluso en su agotamiento, incluso en su ira, sigue siendo ella: feroz, indomable y desgarradoramente bella.

—Hola —saludo con una cadencia baja.

Pero mi intento de suavizar el encuentro acaba de inmediato.

—¿¡A ti te parece normal esto!? —suelta, con los brazos cruzados y una mirada que debería haberme tumbado en el acto—. ¿Quedarte ahí, bajo la nieve, con este frío brutal? ¡Y encima me dices que has venido paseando desde casa de Anthony hasta aquí!

—Te lo he dicho. Necesitaba ver cómo estabas y hablar contigo antes de que nos viésemos mañana.

—¡Dios! —exclama—. ¡Desprendes un frío brutal! ¡Estás congelado!

—Estoy bien.

Se queda observándome unos segundos y en silencio, como si mi respuesta fuera el colmo de las idioteces. Después, se da la vuelta. Camina hacia la cocina con pasos firmes, y empieza a abrir cajones y armarios con un ruido innecesario que me hace dudar de si realmente lo que quiere es encontrar una cuchara de madera para darme con ella.

—¿Té rojo o Earl Grey? No tengo otra cosa. Bueno, sí, leche y chocolate, pero tú de eso no bebes.

—No es necesario.

—¿Rojo o Earl Grey? —repite cortante.

—Earl Grey.

No dice nada más. Llena una taza con agua, la mete en el microondas y programa dos minutos y medio. Su precisión es casi cómica. Mientras espera, se entretiene colocando una bolsita de té y una cucharilla en la encimera.

—¿Azúcar? —pregunta, sin darse la vuelta para mirarme.

—No, gracias.

—Cómo no… —masculla con sarcasmo, y yo tuerzo la sonrisa.

Sigue de espaldas, y sé que lo hace a propósito. No quiere mirarme, y yo no quiero otra cosa más que verla.

—Charlotte, ¿te importa si me quito el abrigo?

—No.

—¿Y las botas? —pregunto, consciente de que estoy rozando los límites de su paciencia —. Están llenas de nieve.

No responde. Solo deja escapar un suspiro que podría interpretarse como un sí forzado. Me descalzo, dejo las botas junto al perchero y cuelgo mi abrigo junto al suyo.

El microondas suena con un *ding* que apenas registro. Charlotte saca la taza con un cuidado casi clínico, como si cualquier movimiento en falso pudiera romper algo más que la cerámica. Abre el sobre de té con manos rápidas, mecánicas, pero hay un leve temblor en sus dedos que no puedo ignorar. Lo deja caer en el agua caliente, pero la simple acción de verla hacer algo tan cotidiano me desarma.

Se da la vuelta y, cuando sus ojos se cruzan con los míos, siento que el aire cambia y se carga de algo que no podemos ignorar. Camina hacia mí con una calma que no siente. Me tiende la taza y, en ese movimiento, nuestros dedos se rozan. Es un instante; solo un maldito segundo en el que todo implosiona. La suavidad de su tacto no solo me atraviesa, me perfora. Es un rayo que parte algo en mí, una corriente que me deja al borde del colapso. Es intenso, crudo, devastador. La sensación me recorre desde los dedos hasta el pecho, y me incendia, me abrasa y me obliga a recordar todo lo que intento controlar.

Sé que ella lo siente también. Lo veo en la forma en que sus labios se entreabren, en ese leve suspiro que apenas logra contener; en cómo sus ojos buscan los míos durante un segundo que parece eterno. Su cuerpo se tensa y necesita dar un paso atrás. Es demasiado para ella. Lo es para ambos.

Charlotte se aleja de mí, pero el eco de su tacto permanece. Atraviesa el salón y, cuando llega al sofá, se apoya en el respaldo. Cruza los brazos, luego los tobillos, despliega una mirada desafiante, y erige una barrera física y emocional.

—Dime.

Me invita a hablar rápido, antes de que decida echarme. Pero me niego a hacerlo bajo esos términos.

Dejo la taza humeante sobre la barra de la cocina y camino hacia ella. Lo hago despacio con cada paso calculado. Necesito derribar esa barrera que tiene alzada para poder llegar a ella. Me quedo enfrente suya, pero Charlotte no recula. Me encara con su mirada, con todo su cuerpo. Y, entonces, veo toda su rabia, sí, y el dolor. Pero, también, algo más; algo que siempre he querido atrapar, pero que nunca me ha pertenecido del todo.

Apenas dudo un segundo antes de tomar su mano. Es un gesto simple, íntimo, y con él solo busco que me conceda unos segundos en esta pequeña tregua antes de lanzarse a por mí de nuevo.

—Ven.

Se lo pido con voz baja, firme. No es una orden, pero tampoco una súplica. Y aunque me mira como si quisiera partirme la cara, me sigue.

Rodeo el sofá, me siento en él y Charlotte lo hace a mi lado. Envuelvo su mano entre las mías y la miro a esos ojos, azul tormenta, que tanto deseo.

—Charlotte, lo siento. Debería habértelo contado desde el principio. No quise engañarte, aunque ahora lo creas. No fue por eso. —Acaricio el dorso de su mano con reverencia—. Eres lo único que siempre he querido. Y cuando te tuve cerca, cuando pensé que quizá tenía una oportunidad contigo, me invadió el miedo y no quise perderte.

Le duele. Lo veo en la tensión de sus rasgos, en cómo sus ojos pierden luz. Intenta liberarse de mi agarre y, aunque debería, no la suelto. Alzo su mano y la llevo a mis labios, clamando con ese gesto un perdón que no merezco. Charlotte deja de ejercer fuerza y me lo permite.

—No es una excusa —musito—. Sé que no lo es. Pero tampoco podía llevarte a este infierno de incertidumbre. —Y comienzo a explicar—. Giselle está embarazada de diecisiete semanas. Me lo contó cuando estaba de ocho. Pero, Charlotte, mi vida, como te dije, usamos protección. No tuvimos prácticas de riesgo, no hubo nada aparente que pudiera justificar algo así. Es cierto, hay un margen de error muy pequeño…

Enarca una ceja y responde con ironía:

—¿Un 0.02 % o algo así?

No me cree y ni siquiera sé si debería pararme a intentarlo.

Bajo mi rostro y tomo aire para seguir.

—Solicité un análisis de ADN fetal para comparar el perfil genético y el grupo sanguíneo del feto, por si la muestra de ADN no arrojaba resultados concluyentes. Tanto Giselle como yo compartimos el mismo grupo sanguíneo, O negativo, así que era una alternativa más en caso de que algo fallara. Pero la muestra no contenía suficiente ADN fetal y el resultado fue impreciso. Giselle se negó a repetirla. Me echó en cara que dudase de ella y me planteó qué sucedería si volvía a dar error. Por eso insistí en una amniocentesis, porque sabía que solo algo definitivo

podía zanjar esto. —Mi voz decae por la frustración que arrastro—. Ella insiste, jura que solo estuvo conmigo en esas semanas. Pero…

Las palabras se me quedan atoradas. No quiero decirlo; no quiero que me juzgue por la sombra de duda que pesa en todo esto. No soy ese tipo de hombre, no quiero serlo y no quiero que Charlotte me vea así. No podría soportar que Charlotte pensase que soy cruel, que carezco de empatía, que trato de evitar mi responsabilidad.

Aun así, ella me entiende.

—No la crees —musita y sus ojos buscan en los míos algo que no sé si soy capaz de darle.

—La única forma de confirmar esa paternidad antes del nacimiento es con una amniocentesis. Giselle se negó al principio, por el riesgo a un aborto. Lo entiendo… Pero también tengo muy claro que no podemos seguir así. No se trata solo de mí, sino de ella; de la necesidad de establecer certezas sobre lo que estaba por venir. —Tomo aire—. Logré convencerla en la última consulta. Accedió, a medias. No sé si se echará atrás, Charlotte, no lo sé… La cita está programada para dentro de unos días, en la semana diecinueve. Por eso preferí esperar. No quería arrastrarte a esto, Charlotte. Pensé que debía darte evidencias.

Charlotte tensa su mandíbula, pero no aparta la mirada. Se vuelve un muro impenetrable, hasta que, finalmente, me acuchilla con su voz.

—¿Y por eso creíste que lo mejor era mentirme? —pregunta, con un tono bajo pero devastador.

—No te mentí.

—Es cierto. No me mentiste. Me lo ocultaste, que es una forma más astuta de no incurrir en la mentira.

Sus palabras acaban quebrando la escasa estabilidad que sostengo. No hay forma de disculpar lo inexcusable.

—No quería ponerte en una situación que no te correspondía y actué de forma desesperada.

—¡Actuaste de forma egoísta!

—No, Charlotte…

—Debiste decírmelo para que yo pudiera elegir. ¡Para que yo pudiese decidir si quería esto!

Me rindo y me entrego a ella.

—Lo sé. Y no tengo excusa. Sé que, quizá, no puedas perdonarme nunca. Pero te ruego que, al menos, me escuches y trates de ponerte en mi lugar. —Me paso la mano por el pelo, como si así pudiese ordenar mi mente—. Charlotte, mi vida… —comienzo. Y enseguida me doy cuenta de que abrirme de ese modo y mostrar toda mi vulnerabilidad, me va a obligar a revelar matices que no estoy habituado a destapar. Aun así, lo hago porque esa es la única forma en la que debo presentarme para Charlotte, sin matices—. No tienes idea de lo que ha significado para mí amarte en silencio durante todos estos años. Verte y no poder acercarme, callar lo que sentía. He vivido con la desesperación de tenerte siempre a un suspiro de distancia, pero nunca lo suficientemente cerca como para alcanzarte. Y ahora… Ahora, cuando por fin podía tocarte, besarte y sentirte mía, aunque fuera por un instante… —Cierro los ojos y presiono la mandíbula —… Por eso lo arriesgué todo y, de forma egoísta, me aferré a ti, a nosotros. Porque la idea de perderte de nuevo era peor que cualquier tormento, peor que cualquier infierno. Y lo sé, Charlotte, sé que te he fallado, que he actuado mal, que debí contártelo antes de dar el paso. Pero no pude soportar la idea de alejarte cuando tú ya estabas ahí. Y, sobre todo, cuando tengo dudas

de que ese niño pueda ser mío.

Extiendo la mano hacia ella y busco el contacto que siento perder con cada palabra. Pero sus dedos retroceden y el gesto me despedaza.

—¿Y qué pasa con ella?

—No tengo nada con Giselle y no quiero nada. Apenas la conozco, Charlotte. Fue un encuentro rápido, de una noche, en el contexto de una fiesta de un amigo común. Nada más. Ella misma sabe que no hay nada que nos una más allá de ese día. —Mi voz pierde fuerza—. No te voy a engañar. Si ese niño es mío, asumiré mi responsabilidad. Pero no puedo fingir algo que no existe. Un niño no merece crecer en medio de dos personas que no se aman.

Charlotte baja la mirada y se hunde en un silencio que me devora en la incertidumbre. Pero, unos segundos después, con sus ojos ocultos de los míos, me confiesa:

—La vi. En la cafetería del hospital. La reconocí del restaurante. —Establece una pausa que a mí me condena—. La seguí hasta Ginecología. Entró en la sala de espera. Y luego te vi a ti saliendo del ascensor y yendo hacia allí. Pero nunca pensé… —Mi pecho se hunde—. Al ver que no pasabas a buscarla a la sala de espera, pensé que solo ibas a consulta porque te necesitaban en algún caso. Me hizo gracia pensar en la posibilidad de reencontraros, después de lo de la copa de vino… —Y su voz se apaga.

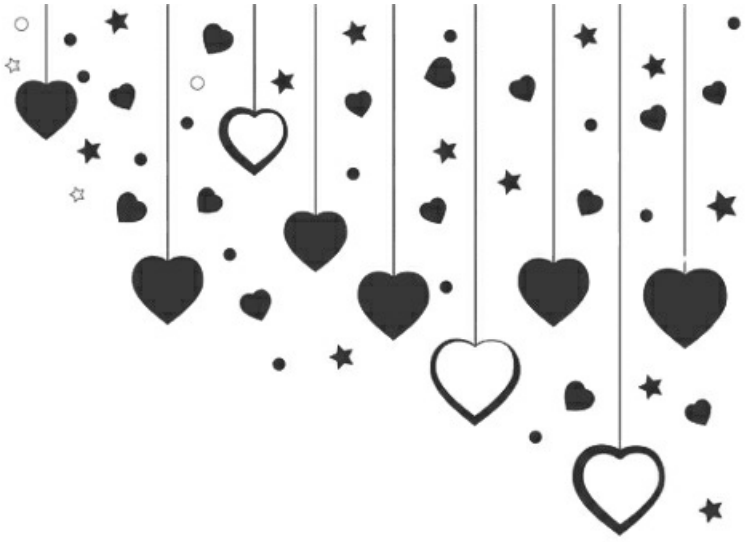
—Giselle me envió un mensaje cuando estaba en la sala de espera. Me dijo que ya estaba dentro, que me diera prisa. Por eso no pasé por allí. Pensé que ya estaba en consulta, esperándome. —Charlotte alza su rostro y me observa. Lo hace detenidamente, como si quiera encontrar reductos ocultos—. Te juro que no hay nada entre Giselle y yo. Nunca lo hubo y nunca lo habrá. Si no fuera por este embarazo, ni siquiera estaría en mi vida ahora mismo.

Charlotte no me responde, solo me mira a través de la tormenta que empaña sus ojos.

—Lo siento, Charlotte. Lo siento mucho más de lo que puedo expresar. Si pudiera volver atrás… Si pudiera cambiar cada decisión que te hizo daño, lo haría sin dudarlo. Te lo juro.

Tomo su mano entre las mías con una delicadeza casi reverente, como si tuviera entre los dedos algo irremplazable. Ella no se aparta esta vez y me lo permite. Y ese pequeño acto de confianza, por tenue que sea, me desarma por completo. Llevo su mano a mis labios y dejo un beso tan leve que apenas roza su piel. Es un gesto de rendición, de súplica muda.

Su respiración se quiebra. Charlotte se estremece. Lo noto en el leve temblor de su cuerpo, en cómo su fragilidad se mezcla con la mía. Quiero aferrarme a este momento, a esta conexión, aunque sé que pende de un hilo. No la suelto. No puedo. Porque si lo hago, será como renunciar a ella. Y yo ya no sé cómo vivir en un mundo en el que Charlotte no esté cerca, aunque sea de esta forma tan precaria, tan rota.



10
CHARLOTTE

¿Cómo se perdona algo así? No, en serio, ¿hay algún tutorial en YouTube? ¿Un post de Instagram con un *Paso a Paso*? Porque si alguien lo sabe, que me lo mande ya, junto con una botella de vino, una caja de bombones y un psiquiatra de guardia. Lo necesito.

Y, encima, este silencio; este maldito silencio, con una intensidad devastadora, que se cuela por cada grieta de mi cuerpo como si fuera capaz de calcificarme por dentro. Me pesa en el pecho, me aprieta la garganta y retumba en mi cabeza como un eco interminable. Es tan denso, tan monstruoso, tan insoportable, que si ahora mismo se colaran aquí unas monjas de un coro góspel, con su organillo portátil, y empezaran a cantar sobre mi miseria, probablemente sería un alivio.

Porque no es solo el silencio lo que me asfixia. Es él. Está aquí, besando mi mano con esa mezcla de arrepentimiento y ternura que me desarma y me deja más confundida. Y yo, mientras, no puedo hacer otra cosa que mantenerme así, quieta, sentada como una estatua de mármol, aunque con una mente que parece un bingo en hora punta.

«¿Qué hago? ¿Qué digo? ¿Qué cara estoy poniendo? ¿Por qué demonios no he aprendido aún a no dramatizar como si estuviera en una telenovela turca?».

Pero sobre todo —y esto es lo peor—: ¿por qué sigo sin apartar la mano?

Podría levantarme, cruzarme de brazos y soltarle algo afilado y sarcástico para marcar distancia. Pues no. Me he quedado inmóvil, muda, aunque con mi cerebro gritando como un comentarista deportivo: *«¡Retírala, Charlotte! ¡Retírala ya! ¡Saca la mano y córtale este momento antes de que te enamores más!»*.

Y, sin embargo, no lo hago. Porque algo dentro de mí —ese algo que me hace amarlo más que a mi juego de tazas de gatos— me tiene anclada aquí, a él, a esta espera.

«Esto es tu culpa, Charlotte. Tú fuiste la que lo dejaste pasar a casa».

Daniel eleva su rostro y me busca. Enlaza su mirada a la mía con esos ojos que siempre han tenido el poder de desarmarme. Y, mierda, lo están haciendo. Porque en ellos veo algo que me destroza tanto como me salva: esperanza; como si creyera que todavía queda algo entre nosotros que valga la pena. Y quizá lo haya. Quizá. Pero no puedo evitar preguntarme si quiero salvarlo.

Por mucho que lo queramos, el amor no soluciona nada. No reconstruye lo que se rompe. No borra el daño. No cose las grietas, no restaura lo perdido. No sana las heridas ni apaga los ecos del dolor. Solo permanece ahí, como un susurro en medio del estruendo, un refugio tan frágil como efímero. Y quizás esa sea su mayor tragedia: ser tan hermoso como inútil frente a las ruinas que dejamos atrás.

Porque en esas ruinas está Giselle. Está el bebé. Está toda esa realidad que me recuerda que, aunque haya un mínimo de esperanza de salir de esto, siempre habrá algo más que lo enturbie. Y ahí es donde me quedo sin aire. Sé que soy una mujer fuerte. Mi padre me crió para serlo. Pero ¿soy *tan* fuerte? ¿Soy capaz de mirar a ese niño y decir: «Sí, puedo hacerlo, porque es parte de Daniel»? ¿Puedo ignorar que Giselle y sus maravillosos abrigos van a estar ahí para siempre? Porque, ahora mismo, creo que no puedo. Y eso me asusta. Mucho.

¿Cómo voy a lidiar con todo eso cuando todavía no hemos asentado las bases de confianza que toda pareja requiere? Es cómo ir en patines de la mano de Daniel, sosteniéndome, cuando es la primera vez que me los pongo. Y sabes que vas a caer *porque vas a caer*. Y lo que no te queda muy claro es si después tendrás culo para levantarte.

Sí, lo amo. Y lo odio por ello. Si no lo amara, sería más fácil. Podría decirle: «Adiós, buena suerte, cuida de tu bebé y de tu drama». Pero no puedo. No puedo porque todo en mí se niega a dejarle ir, aunque tampoco tengo claro si quiero a Daniel con todo lo que trae consigo.

—Di algo, Charlotte, te lo ruego. —Su voz es baja, cargada de una angustia que me comprime el pecho. Pero no puedo. No sé cómo.

—Necesito… —empiezo, pero me interrumpe un *¡¡WIUUUUU!!* procedente de mi móvil y que suena como si acabara de activarse la alarma de un reactor nuclear. Me levanto rauda del sofá, me lanzo a por él sobre la cómoda y lo apago.

—¿Qué demonios es eso? —pregunta Daniel con su voz cargada.

—Mi alarma.

—¿Tu *alarma*?

—*La* alarma —especifico, y me doy la vuelta para mirarlo.

Daniel alza la mirada y me observa con ese destello de tormento que lo vuelve insoportablemente sugerente. Pero, en cuanto se da cuenta de lo que sucede, su expresión cambia. Se tensa. Es cierto, Daniel ha venido a abrirse con una herida sangrante, y yo la acabo de hurgar metiendo el dedo hasta el fondo y sin pedir permiso.

—Charlotte, ¿me has puesto una alarma?

—Ya, sí, lo sé. Suena peor de lo que en realidad es.

—No, Charlotte. No es que suene peor. Es cruel.

Y me defiendo ante lo indefendible.

—Me dijiste diez minutos, ¿recuerdas? Pues he sido generosa porque te he dado el doble.

—¿Tengo que agradecértelo?

—Te ha dado tiempo a contármelo todo.

—¿En serio? —Parece devastado.

—Mira… no… no es lo que parece. —Sí es lo que parece, pero qué le voy a hacer—. Es solo que… necesito protegerme.

Si el desastre fuera un arte, acabo de convertirme en Picasso.

—¿Protegerte? —repite, incrédulo—. ¿De mí?

Quiero decir que no. De verdad que quiero. Pero algo en mi interior grita: ¡Sí, por supuesto que de ti, Daniel! ¡Eres como un huracán nivel cinco y yo soy una sombrilla escuchimizada en una playa de Miami!

—Eh… No. —Mi voz suena débil; horriblemente débil.

Daniel suspira de forma tan profunda que percibo su derrota. Baja la mirada y, por primera vez, lo veo desarmado. No me da tiempo a nada más. Se incorpora despacio del sofá y se encamina hacia el perchero de la puerta.

—¿Qué… qué haces? —pregunto con debilidad.

—Irme. Ha sonado tu alarma. —Su tono es neutro, pero sus palabras son dinamita.

—No, Daniel, no. Espera. Es solo que… que…

«Que soy una idiota. Que mis mecanismos de defensa son peores que los consejos de un gurú de autoayuda de la tele de madrugada. Que cada vez que abro la boca, tengo la capacidad de arruinar momentos como si fuera mi superpoder secreto. Que, por alguna razón, a pesar de lo sucedido, sigo queriendo que te quedes».

Pero no lo digo y él sigue. Se inclina con esa irritante elegancia suya, se pone una bota, luego la otra. Y yo, mientras tanto, sigo bloqueada y con el cerebro en modo pánico absoluto. Porque esta calma suya, tan malditamente controlada, no es calma. Es un grito silencioso que dice que lo he roto mucho más de lo que estaba y en un momento de vulnerabilidad extrema. Ya está: oficialmente soy una villana de serie B.

—Quédate —suplico en un murmullo. Y doy un pasito hacia él—. En serio, ha sido una chiquillada. Por favor, no…

Ni siquiera levanta la cabeza. Solo se pone de pie, coge su abrigo y empieza a colocárselo. Lo hace tan despacio que parece que el mundo se hubiera ralentizado solo para castigarme.

—Daniel… —Su nombre sale de mis labios con un tono quebrado que ni siquiera reconozco.

Doy otro pasito más y extiendo mi mano, aunque sin llegar a tocarlo.

Daniel lleva su mirada hacia mí y lo que veo en sus ojos me mata un poquito más. No un dolor normal, no; eso sería demasiado fácil. Es un dolor lleno de comprensión. Y, además, lo expresa con una preciosa sonrisa cargada de tristeza.

—Lo entiendo. No te preocupes.

—Daniel, por favor… —Ya no sé qué estoy pidiendo. ¿Que se quede? ¿Que me perdone? ¿Que me rescate de mí misma?

Él, como si pudiera escuchar mi lamento, se recompone. Apaga su tormenta y deja en sus

ojos la imagen de un mar tranquilo que no me sirve. Ya ha tomado la decisión y ha aceptado que el mejor acto de amor que puede ofrecerme es desaparecer.

Da un paso hacia mí.

—Te veo mañana.

Y entonces su mano encuentra mi rostro. Es un gesto suave, pero seguro, como si sostenerme de esta manera fuera lo único que le queda. Sus dedos abarcan mi mejilla, mi mandíbula, mi nuca. Por un momento, creo que va a besarme. Siento cómo mis labios reaccionan antes incluso de que mi mente lo procese; un cosquilleo que se extiende desde mi boca hasta lo más profundo de mí. Lo quiero. Lo anhelo. ¡Dios, cómo lo necesito!

Pero no lo hace.

Solo posa sus labios en mi frente. Es un gesto lleno de delicadeza, de ternura, de cuidado, de arrepentimiento; un beso que me dice todo lo que sus palabras no pueden. Luego, baja lentamente hasta mi mejilla y me besa otra vez, pero se queda ahí unos segundos eternos en los que mi corazón se rompe.

Cuando se aparta, lo hace con tanto cuidado que casi duele. Su mejilla roza la mía en el proceso, un gesto que es más íntimo que cualquier palabra. Y, por último, me mira.

Lo sé: voy a perderlo.

Hace apenas unos minutos, lo odiaba por haberme ocultado todo. Pero, ahora mismo, me aterra la posibilidad de que Daniel desaparezca de mi vida. Por eso, actúo antes de pensarlo, antes de que las dudas me paralicen o el miedo me detenga.

Me lanzo a sus labios como si fueran mi refugio. Es un roce, apenas una caricia de piel contra piel, pero en él está contenida toda la vulnerabilidad que me envuelve y el amor que no sé cómo expresar. Daniel no se mueve, no me empuja ni me reclama. Exhala, con ese aliento suyo, cálido y lleno de un deseo contenido, y espera a que no me eche atrás.

Y no lo hago. Lo beso de nuevo, pero esta vez no hay espacio para la vacilación ni para el miedo. Pego mi cuerpo al suyo, rodeo su cuello con mis brazos y lo devoro; lo devoro aunque esto me calcine, aunque solo queden pedazos de lo que soy, aunque me consuma y sepa que no quedará nada de mí salvo cenizas. Pero, aun así, lo hago, porque arder en él es el único final que puedo aceptar.

Su boca se torna cálida y urgente. Sus brazos me envuelven, y es como si con ese gesto reclamara no solo mi cuerpo, sino también todo lo que soy, cada fragmento roto, cada rincón que guardé para mí misma. Me sostiene con una firmeza que no es brusca, sino íntima, como si temiera que al soltarme pudiera desvanecerme en el aire. Su tacto me ancla y en esa caricia hay un consuelo, una promesa muda que atraviesa las barreras de las palabras.

El beso se intensifica y siento en cada movimiento suyo una confesión silenciosa, una súplica, un eco de mi propia vehemencia. Es un lenguaje antiguo y visceral, primitivo, arcaico; el de dos almas que se buscan en el desastre, incluso en la incertidumbre. Su mano recorre mi espalda con una lentitud que me desarma y me quiebra, me enciende y me atrapa. Es como si el Universo entero hubiera conspirado para reducirnos a esto: a un latido compartido; a un momento que lo abarca todo.

Mi anhelo crece y se transforma en una pasión que lo consume todo a su paso. No puedo pensar, no quiero. Solo siento. Me aparto, apenas lo suficiente para buscar sus ojos, y ahí está: el deseo, oscuro y profundo; un océano en el que me perdería sin dudarlo.

—Quédate conmigo —susurro con voz ávida y vulnerable.

Él no responde con palabras. No lo necesita. Su boca encuentra la mía de nuevo, más apasionada, más urgente, como si esas dos palabras fueran la llave que desatara algo más grande,

algo que no podemos controlar. Su beso es la respuesta y, en él, siento todo lo que no necesita decir.

Con un movimiento rápido y decidido, Daniel me alza en sus brazos, y el mundo se detiene. Todo desaparece: la habitación, el frío de la calle, el caos que siempre me persigue. Solo quedamos él y yo. Me aferro a sus hombros, a la fuerza que posee y que siempre me estremece. Su boca no se aparta de la mía, no me da tregua, e intenta borrar con cada beso todas las veces que nos hemos perdido.

Cruzamos el salón hasta mi dormitorio en un torbellino de caricias, de respiraciones que se mezclan, de susurros que no llegan a convertirse en palabras. Cuando me deposita en la cama, lo hace con una ternura que me desarma, como si tuviera miedo de romperme. Sin embargo, no hay nada de delicado en la forma en la que me mira. Sus ojos oscuros parecen querer devorarme. Su mirada me encuentra, intensa, cargada de todo lo que no necesita decir. Y antes de que pueda siquiera respirar, ya está sobre mí.

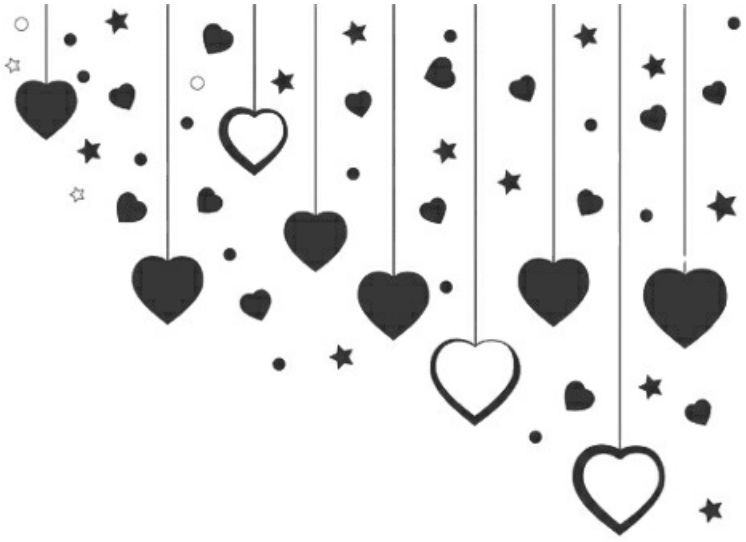
Sus labios vuelven a los míos y me reclaman con una pasión que quema. Me envuelve, me protege, me atesora, y eso también me dilapida; porque lo amo con toda mi alma, aunque debería no hacerlo; porque me hace sentir todo lo que nunca creí posible, incluso mientras todavía trato de recomponer mis pedazos; porque no puedo alejarme de él sin dejar una parte de mí en la suya.

Nuestros cuerpos se buscan con una urgencia silenciosa, una coreografía intuitiva que no necesita palabras. Él desliza su mano por mi costado, encontrando los bordes de mi ropa como si fueran un velo que aparta con delicadeza. Mis dedos hacen lo mismo, trazando líneas invisibles sobre su piel. Sus músculos se tensan bajo mi toque, como si cada caricia mía le encendiera tanto como él me consume a mí. Desabrocho cada botón, como quien deshoja un pétalo. Prenda a prenda, capa a capa, nos deshacemos de todo, y dejamos que nuestros cuerpos hablen donde las palabras no alcanzan.

—Charlotte, mi vida —murmura sobre mis labios. Y lo hace con esa voz baja, cargada de un anhelo que parece envolverlo todo.

Mis dedos se deslizan hasta el cajón de la mesilla y busco, aunque sin romper el hilo invisible que nos une. Él entiende el gesto sin necesidad de palabras y me observa mientras dejo el pequeño envoltorio en su mano. Sus ojos, aún sobre los míos, prometen cuidado, ternura. En un movimiento suave, casi reverente, lo veo prepararse, como si incluso ese acto formara parte de esta danza íntima que hemos creado, donde todo es entrega.

Daniel regresa a mí y me abro a él. Mi espalda se arquea con su primera incursión y mis caderas lo reclaman, buscándolo todo. Nuestros cuerpos se encuentran con una suavidad que no tiene prisa, como si el tiempo se desvaneciera, absorbido por la quietud de la conexión. El calor de su cuerpo se mezcla con el mío, y todo lo demás se disuelve en el deseo que se agita con cada caricia, con cada penetración. El aire se espesa y se mezcla con la calma tensa que precede al primer suspiro compartido. Cada movimiento suyo es un eco que responde al mío. Y así, entre susurros de piel y respiraciones entrecortadas, el mundo termina reduciéndose a nosotros.



11
CHARLOTTE

El silencio en la habitación es absoluto. Apenas lo rompe el murmullo suave de nuestras respiraciones acompasadas en el sueño que compartimos. La penumbra lo envuelve todo, y la luz tenue que se filtra por las cortinas dibuja sombras en las paredes, como si el Universo mismo susurrara su aprobación a nuestra quietud.

Estoy entre sus brazos, encajada en él como si fuera mi único refugio, con nuestras piernas entrelazadas, dormida. Daniel me sostiene como si su instinto se negara a dejarme ir y yo fuese necesaria para su propio descanso. Es tan íntimo, tan puro, que no quiero despertar. Mi rostro descansa en su pecho, donde el latido constante de su corazón marca un compás que resuena dentro de mí, sereno y firme. Su aliento acaricia mi sien, cálido, delicioso, mientras sus labios apenas me rozan.

Su cuerpo se ha convertido en mi refugio, en un escudo contra todo lo que una vez dolió. El tiempo parece haberse detenido, dejándonos suspendidos en este pequeño rincón, donde el mundo entero parece habernos olvidado. Aquí no hay preguntas, no hay miedos; solo este instante perfecto en el que nada puede trastocarnos.

El sonido de su teléfono, sin embargo, acaba con este remanso. Mi cuerpo se tensa al instante. Miro el despertador de mi mesilla: las dos menos cuarto. La tranquilidad que me

envolvía hace un segundo se disuelve como el humo.

Daniel también reacciona, su abrazo se afloja y se endereza con un movimiento rápido, casi automático. Se inclina, desde la cama, hacia el abrigo tirado en el suelo. Con urgencia, busca en los bolsillos hasta que lo encuentra. En la oscuridad del dormitorio, la luz de la pantalla ilumina su rostro y mi pecho se aprieta aún más. Su gesto no es el de un hombre que va a lidiar con un turno inesperado o una emergencia médica. Esto es algo personal.

Descuelga.

—¿Qué ocurre? —Una voz femenina sortea la intimidad de la llamada. Y, aunque no entiendo lo que dice, percibo el tono de angustia—. ¿Estás ya ahí? … Tranquila.

Y ese *tranquila* me retuerce las entrañas. Una idea golpea mi mente y encuentro la evidencia en la rigidez de sus hombros, en cómo su mandíbula se tensa, en la forma en que cierra los ojos por un instante antes de hablar.

—Sí, voy para allá.

Cuelga el teléfono y eleva sus ojos hacia mí. Lo leo en su mirada. Sé lo que va a decirme.

—Tengo que ir al hospital —empieza, pero sus palabras no fluyen. Se tropiezan, luchan, como si cada una abriese de nuevo las heridas—. Giselle tiene un sangrado.

Mi mundo se detiene. La habitación se torna más pequeña, más fría, más asfixiante. Trato de respirar, pero cada palabra suya sigue resonando, golpeando con una fuerza que no sé cómo resistir. Intento mantener la calma, mantenerme entera, pero dejo de escucharlo hasta que calla.

—Sí, vale… —balbuceo.

Me esfuerzo por sostenerme, por mostrarle algo que se parezca a la comprensión. Sin embargo, mis ojos le muestran a las claras el miedo que ahora mismo me golpea; porque esto es lo que me genera esta situación: auténtico pavor.

Daniel atraviesa la cama para llegar hasta mí. Envuelve mi rostro con sus manos. Busca mis labios y, desesperado, me besa como si necesitase dejarme claro lo que siente. Y eso me rompe, me despedaza porque no tendría que ser así. Deberíamos ser dos almas compenetradas, seguras. Pero no ha habido tiempo para eso, y ahora solo hay inquietud y recelo.

—Charlotte… —susurra contra mi piel. Pero su voz, cargada de amor, no puede protegernos de lo que somos, ni mucho menos de lo que hay en nuestra vidas.

—No te preocupes. Ve, corre. Date prisa —respondo. Y escondo mis ojos, porque no quiero que vea cuánto me duele.

—Charlotte, mírame. Mi vida, mírame.

Acaricia mi pelo y sostiene mi rostro con esa ternura que es su fuerza. Sus ojos me buscan, cargados de dolor y culpa. No lo soporto. No quiero que cargue con esto.

Alzo mi mano y acaricio su mejilla. Es apenas un roce, un gesto pequeño, pero contiene todo lo que no puedo decir, pero que quiero que sepa.

—Date prisa, Daniel —repito, aunque las palabras me ahogan.

Él me besa de nuevo con una promesa silenciosa que me deja sin aliento. Cuando se separa, lo hace sin apenas actitud, como si su propio cuerpo se negara a alejarse.

Baja de la cama. Yo enciendo la lámpara de la mesilla para ayudarle a encontrar su ropa. Daniel se viste con movimientos rápidos, mecánicos, firmes. Antes de salir, regresa a mí una última vez. Se inclina y me besa con una pasión que me desgarra.

—Te veo luego, ¿vale?

Asiento, porque no puedo hablar. Mi garganta está cerrada, mi corazón pesado, mi respiración desestabilizada.

Cuando la puerta se cierra tras él, me envuelve un silencio ensordecedor.

Esto es lo que va a ser. Así sería mi vida con Daniel. Podrá haber cenas románticas y escapadas improvisadas, pero siempre habrá noches como esta, en las que su teléfono suene y él tenga que salir corriendo porque hay alguien más importante que yo en su vida.

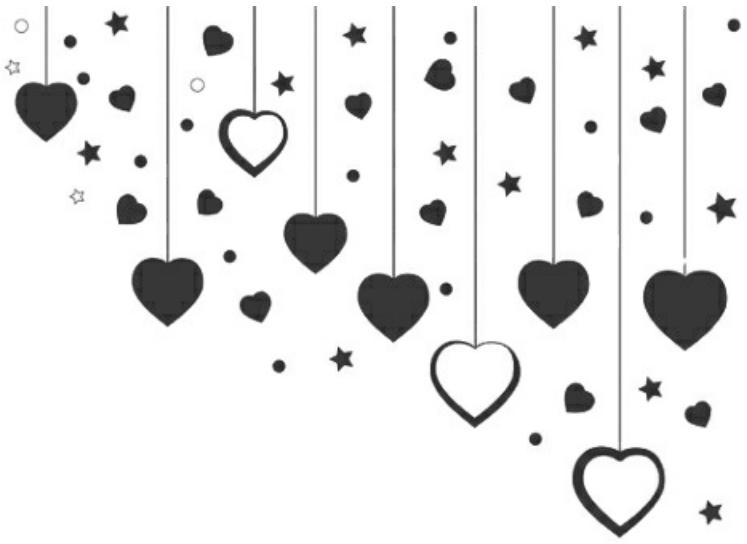
Lo peor de todo es que ni siquiera puedo quejarme. Al otro lado del teléfono, hay una mujer que realmente lo necesita, que está asustada, aterrorizada; una mujer que se enfrenta a algo tan grave como un riesgo de aborto. Y yo, sin embargo, estoy aquí, actuando como una auténtica miserable porque, en lugar de pensar en el miedo que debe estar sintiendo Giselle, en la gravedad de su situación, en empatizar con ella, solo puedo pensar en lo mucho que me duele que Daniel se haya ido.

Y lo entiendo. ¡Claro que lo entiendo! Pero no me sirve.

No quiero ser así. No quiero que el amor que siento por Daniel esté manchado por estas emociones tan perversas y mezquinas. El amor debería ser generoso, desinteresado, y yo tendría que ser capaz de soportarlo. Pero ¿y si no puedo? ¿Y si no soy esa mujer que puede lidiar con un bebé que no es suyo y con otra mujer que siempre estará en los márgenes de nuestra vida?

¿Por qué no puedo ser perfecta como esas mujeres de las películas clásicas, que enfrentan terremotos emocionales con un moño impecable y una copa de vino en la mano? O como las esposas de políticos, siempre con la palabra justa, la sonrisa a prueba de escándalos y una capacidad sobrenatural para lucir radiantes mientras sus maridos destruyen el planeta a ritmo de aplausos. Perfecta como Giselle, que ahora mismo está en el hospital, enfrentando un miedo real, con un abrigo maravilloso, que no sé de qué color será esta vez, pero que seguro que le queda de puta madre, mientras yo estoy aquí, tragándome mi inseguridad, como si fuera un galleta de mantequilla caducada al fondo de una caja.

Soy un desastre. Siempre seré un desastre. Y no sé si tengo la fuerza para lidiar con esta versión de mí misma que me decepcionará a diario, que me recordará constantemente mis flaquezas. No sé si puedo con esto. No sé si quiero esto para mí. Y, lo que más me duele, no sé si quiero esto para nosotros.



12
DANIEL

El murmullo constante de la cafetería del hospital nos envuelve mientras me siento frente a Giselle. Ella, con una calma premeditada, sostiene su vaso de zumo con ambas manos. Coloca sus dedos perfectamente alineados, como si estuviera posando para una fotografía. Siempre ha tenido una forma de comportarse que parece cuidadosamente calculada. Le gusta controlar hasta los más mínimos detalles. Esta vez no es diferente.

—Gracias por venir esta noche, Daniel.

—No iba a hacer otra cosa —respondo con una neutralidad que no sé si percibe.

Ella asiente, aunque sus ojos me observan con un brillo que no consigo descifrar.

—Fue un susto horrible. Pensé… pensé que lo perdería. —Su voz se quiebra levemente al final y su mirada baja al vaso. Pero ese gesto no termina de cuajarme. Conozco esa voz demasiado bien y hay algo de vulnerabilidad artificial en su tono.

—Todo está bien. Tranquila. Solo necesitas seguir las recomendaciones.

Ella asiente de nuevo, aunque cierta tensión cruza su gesto.

—No puedo evitarlo, Daniel. No puedo dejar de pensar en lo frágil que es todo esto. En lo fácil que sería perder a nuestro bebé. —Hace una pausa y busca mi mirada—. ¿No te da miedo?

Mi miedo no es por el bebé. Es por lo que este embarazo está haciendo a todo lo demás. Pero no puedo decirle eso. Sería como arrojarle el zumo a la cara.

—Claro que lo da. Pero tampoco puedes vivir así. No es sano para tu salud.

—Supongo que tienes razón. —Deja el vaso en la mesa y respira profundamente, como si estuviera armándose de valor—. Y por eso no voy a hacerme la amniocentesis.

Mi cuerpo se tensa.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes.

—No podemos seguir alargando esta incertidumbre, Giselle. Ya lo hablamos.

Ella me mira con sus ojos verdes desafiantes, como si esperara ese argumento.

—Daniel, he tenido un sangrado. No voy a arriesgar nada.

—El sangrado fue muy leve, escasísimo. De hecho, a tu llegada al hospital no había rastro alguno. Ni siquiera impregnaste una compresa. No hay riesgo real. Te lo han dicho.

—Daniel, no sigas. Debemos proteger a nuestro bebé. No voy a poner en peligro a mi hijo porque tú necesites certezas. Esto no es negociable.

—Esto no es solo por mí. Es por ti, también. ¿De verdad quieres vivir nueve meses en esta nube de incertidumbre? No puedes seguir adelante sin certezas. Ninguno podemos.

Giselle endurece la mirada, pero noto algo más en su expresión. Una chispa de sorpresa, una grieta en su control perfecto.

—¿Ninguno? —repite, incrédula—. ¿Por qué me parece que no sólo hablas de ti y de mí?

No me molesto en ocultarlo.

—Sí. Hay alguien más. En mi vida hay ahora mismo una persona que es importante. Y esto nos está afectando.

No esperaba mi respuesta. Su máscara de vulnerabilidad desaparece por completo, y es sustituida por una fría y carente de emociones. Su rostro se torna pétreo; sus palabras, cortantes.

—¿Y crees que eso me importa? —espeta con tono gélido—. No voy a arriesgar nada. Ni por ti, ni por ella, ni por nadie que no sea mi bebé.

—No estoy hablando solo de mi vida. Se trata de la tuya también. ¿O qué, Giselle? ¿Vas a esperar al nacimiento para enfrentar esa realidad?

Se inclina hacia adelante con sus ojos como dagas.

—Ya te lo he dicho. —Su voz es un susurro cargado de veneno—. Solo me acosté contigo. Tú eres el único culpable de esto.

La rabia que siento en ese momento no tiene palabras.

—No, Giselle. No soy el único culpable. No hice nada que pudiese propiciar este embarazo. Usamos protección. Así que, si algo falló, la responsabilidad será de los dos. —Y añado con rabia—: Esto no es por tu hijo, Giselle. Es por ti. Porque prefieres seguir escondiéndote detrás de una narrativa que solo tú controlas. Porque sabes que, si haces esa prueba, ya no tendrás ventaja. Y no se trata de proteger a tu hijo; se trata de protegerte a ti misma frente a la verdad.

—¿Qué verdad?

Lo suelto. Ya no me importa cómo caiga porque es lo que siento.

—Que no me creo que solo te acostaras conmigo esos días.

Sus ojos chispean con una mezcla de rabia y algo más; algo que no quiere que vea.

—¡Cómo te atreves a acusarme de algo así!

—¡Porque nada de esto tiene sentido! —siseo—. No tuvimos prácticas de riesgo. Te has negado a hacerte una segunda prueba de ADN fetal. Y, además, te opones a la amniocentesis. —

Llevo mi cuerpo sobre la mesa para encararla—. Dime, Giselle, ¿por qué? Dame una razón por la que deba creerte sin más; solo una.

No responde a mi requerimiento. Se inclina hacia atrás en su silla, como si estuviera ganando tiempo, y luego sonríe. Es una sonrisa pequeña, tensa, diseñada para parecer tranquila, pero no lo es.

—No pienso hacerlo. Y si crees que puedes obligarme, estás muy equivocado.

Esto debe acabar. Me levanto y ajusto mi abrigo.

—No voy a obligarte a nada, Giselle. Pero quiero que te quede clara una cosa: soy un buen amigo de mis amigos, y no me gusta que me mientan. Por eso, cuando todo esto termine, si yo no soy el padre, no habrá espacio para excusas. Y, entonces, sí estarás sola.

Me voy de allí y camino rápido hacia la salida del hospital. El aire frío me golpea como un puño en cuanto atravieso las puertas. No sé si es el invierno o el peso de todo lo que acaba de pasar lo que me deja sin aliento. Me detengo un instante y permito que el silencio de la madrugada se extienda a mi alrededor. El cielo está cubierto y no deja de caer nieve.

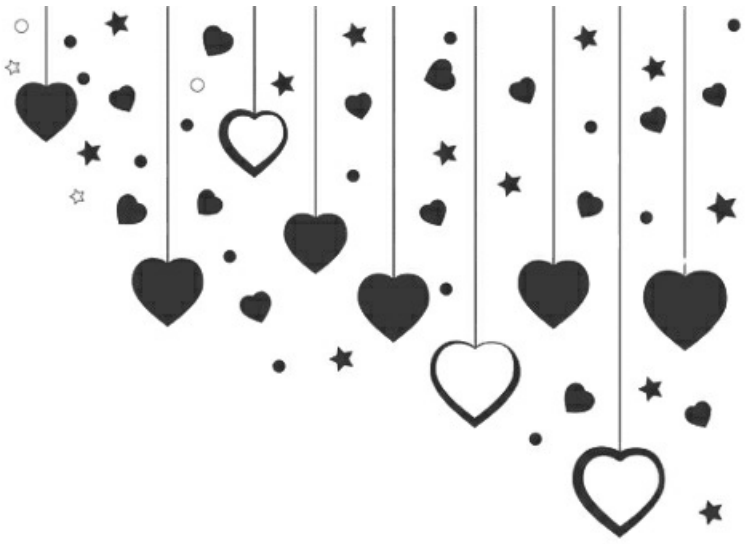
Pienso en Charlotte. Siempre termino ahí. No importa lo que pase, a quién tenga enfrente o las batallas que deba pelear. Ella es el epicentro, la constante que nunca se desvanece, aunque todo lo demás se desmorone. La veo con una claridad que duele y me pregunto si tengo derecho a hacerle esto.

El viento corta mi piel como un recordatorio de que el tiempo sigue adelante, de que no puedo quedarme aquí, inmóvil, mientras todo arde a mi alrededor. Mis manos se cierran en puños dentro de los bolsillos de mi abrigo y bajo la cabeza, derrotado.

Por mucho que me duela, no estoy siendo justo con Charlotte. Lo valiente sería soltarla antes de que mis ruinas la arrastren conmigo. Por mucho que lo intente, por mucho que la ame, no tengo claro que pueda protegerla.

Charlotte merece algo más. Merece la tranquilidad que yo nunca podré darle, una vida sin los fantasmas que arrastro, sin las sombras que dejo tras de mí. Merece una vida en la que no tenga que cuestionarse si mañana será más complicado que hoy, si mi caos arrastrará también el orden que ella tanto se esfuerza por construir. Se merece un amor limpio, desprovisto de las cargas y las dudas que me persiguen.

Pensar en dejarla ir es como arrancarme el corazón con mis propias manos. Sin embargo, eso es lo que haría alguien que realmente la ama: liberarla. Mi amor por ella no debería ser una cadena y, ahora mismo, lo es. El amor debería ser un refugio, no una tormenta. Y ese pensamiento, ese simple pensamiento, me destruye y me lleva a plantearme si en algún momento tuvimos una oportunidad real.



13
CHARLOTTE

Llego al hospital con el alma colgando de un hilo y la energía vital de un helecho mal regado. Tarde, por supuesto. Ser puntual es para personas con estabilidad emocional y ocho horas de sueño. Y yo, evidentemente, no califico. Me siento como un mal episodio de una telenovela barata, de esos en los que la protagonista siempre está despeinada y a punto de llorar en cualquier esquina (Aunque, ahora mismo, estoy literalmente despeinada y a punto de llorar en cualquier esquina).

Me arrastro por los pasillos intentando no tropezar con mis propios pies, porque la humillación tiene un límite y no quiero comprobar cuál es el mío hoy. Mi estómago gruñe como si tuviera un gremlin dentro, y mi cerebro, siempre útil en momentos de crisis, decide atormentarme con preguntas existenciales de altísimo nivel:

«¿Por qué no nací rica?»
«¿Por qué no tengo un *sugar daddy*?»
«¿Por qué, por el amor de Dios, no he desayunado?»

Y la respuesta es obvia: porque la vida es cruel, el karma me odia, y porque esta mañana

estaba demasiado ocupada hundiéndome en un bucle de autodesprecio, como para acordarme de prepararme algo decente antes de salir de casa.

Pero, sin duda, lo peor de todo es que mi falta de nutrición básica viene acompañada de otro problema mucho más grave: sigo pensando en él. Y no en un *él* cualquiera, sino en el único e inigualable *él*. El hombre cuya existencia debería estar catalogada como una amenaza para la salud pública de las mujeres con tendencia a la autoaniquilación emocional.

Empiezo a sospechar que mi vida es una comedia romántica, escrita por una escritora sádica, que no tiene otra cosa con la que divertirse que arruinar la vida de sus personajes.

Debería comprarme un libro de autoayuda. O dos. No sé.

Cuando llego al vestuario, empujo la puerta con dramatismo. Y, para mi desgracia, me topo con Casey y Reagan, sentadas como dos investigadoras con PhD en chismología avanzada, listas para diseccionar cada segundo de mi vida con un bisturí. Me caen muy bien, aunque ahora no lo parezca. La falta de azúcar, ya sabéis.

—¡Estábamos esperándote! —anuncia Casey con una sonrisa de satisfacción que no presagia nada bueno.

«Oh, qué sorpresa».

—Estuve a punto de llamarte este fin de semana, pero no quería interrumpir nada… interesante —añade Reagan, con una mirada de suficiencia digna de una Sherlock de telenovela.

Ahí está. Sabía que este momento llegaría: la auditoría de mis decisiones de vida. Y lo peor no es que estén esperando mi versión, no. Ellas ya han hecho cávalas y solo buscar confirmarlas. Y yo tampoco tengo muy claro qué decir. Porque, claro, ¿cómo iba a saber yo que una noche de Speed Dating acabaría con Daniel Hawke llevándome a su casa? Bueno, técnicamente a su cama. O, a lo mejor, sí lo sospechaba y por eso metí condones en el bolso y el blíster de la píldora. ¡Argh! ¿Por qué demonios mi cerebro solo funciona con claridad después de los hechos consumados?

—¿Interrumpir qué? —murmuro. Y abro la taquilla con una dedicación exagerada, como si ahí dentro estuviera la salvación a todas sus preguntas o, al menos, un pasaje secreto a Narnia.

—Oh, vamos, Charlotte. —Casey se cruza de brazos—. Te fuiste con él.

—Y no pasó nada.

—¿Nada? —Casey arquea una ceja con una maestría que me hace sentir desnuda emocionalmente.

«Mátame ahora mismo, Universo».

—Ya os lo dije. Éramos compañeros del instituto. Así que, aprovechando la circunstancia, fuimos a tomar algo, recordar viejos tiempos, esas cosas.

—¿*Esas cosas*? —Reagan me mira como si acabara de confesar que soy una infiltrada del FBI—. Charlotte, te fuiste con Hawke. Ni con tu primo segundo ni con un vecino random. Con el Dr. Hawke.

—Sí, vale, está buenísimo —resoplo—. Y admito que durante la adolescencia me parecía lo más. Pero, chicas, Daniel Hawke es inalcanzable. Es de ese tipo de tíos que salen con, no sé… pelirrojas esculturales con abrigos impresionantes. ¿Me explico? Yo no juego en su liga. Es más, su liga probablemente sea un torneo internacional de corazones rotos, con trofeo incluido. Es cardiólogo, por el amor de Dios. Probablemente las colecciona.

Ambas se quedan en silencio. No sé si están procesando lo que acabo de decir o si

simplemente están escogiendo el ángulo perfecto para atacarme de nuevo.

—Entonces, ¿no pasó nada? —insiste Casey—. Porque, sinceramente, la energía que desprendíais en la mesa era brutal.

—¿Nada? —repite Reagan, con ojos entrecerrados, como un halcón que ha olido la mentira desde kilómetros de distancia.

Y es en ese momento cuando mi única neurona funcional grita en pánico:

«Corre».

Porque, si sigo aquí, a este paso, acabaré confesándolo todo, mientras lloro en el suelo y en posición fetal.

Pero, entonces, mi teléfono suena con la entrada de un mensaje. La excusa perfecta. Mi salvavidas en este naufragio.

O, tal vez, no; quizá es el ancla.

Lo veo.

Es el ancla.

Daniel:

«Hola, mi vida. ¿Ya estás por aquí?».

Perfecto. Justo lo que necesitaba para este lunes: un mensaje suyo. Y no cualquier mensaje, no. Uno de esos que acarician el alma y, al mismo tiempo, te dan un puñetazo en el estómago con la fuerza de un luchador de la UFC. Voy a tener que mirar el horóscopo. En serio. Porque si hay algún planeta retrógrado torpedeando mi vida, necesito saber cuál es para lanzarle un rayo cósmico destructivo y mandarlo a otra órbita.

Leo el mensaje una, dos, tres veces. Bueno, diez. Y mientras mis neuronas intentan procesarlo sin colapsar, mis dedos, que evidentemente no han recibido el memorándum de "NO LE RESPONDAS, MALDITA SEA", ya están deslizándose por la pantalla con una inercia suicida. Afortunadamente, mi cerebro —ese traidor con tendencia a la autopreservación— reacciona y tira del freno de emergencia.

Y al final, ¿qué hago?

Exactamente: nada. No respondo. No respiro. No pienso. Solo bloqueo el móvil y lo guardo.

—¿Charlotte? ¿Estás bien? —Reagan me mira como si acabara de tragarme un ovillo de lana por voluntad propia.

«No, Reagan, no estoy bien. Estoy al borde del colapso existencial porque estoy enamorada de un hombre que, además de tener un hijo en camino, probablemente sea la causa de todas mis futuras sesiones de terapia. Pero gracias por preguntar».

—Voy a… a hacerme una coleta. A ver donde he dejado una goma del pelo…

Y, entonces, el teléfono vibra otra vez. Otro mensaje. Sé que es él. Y no quiero mirarlo porque tengo muy claro que, si lo leo, el autocontrol que me queda (que, francamente, está en coma) se desintegrará. Intento ignorarlo, pero entra otro mensaje, y otro, y otro. Y, por último, una llamada.

«¡No, Daniel, no me hagas esto! Solo quiero un día, un maldito día sin el eco de tu voz,

tu mirada, tus labios, tu vida…».

Resignada, lo saco y me preparo para encontrar su nombre en la pantalla. Pero no es Daniel. El emisor de estos últimos mensajes y la llamada no es otro que Mark Taylor.

Dudo. No sé qué hace llamándome tan temprano. Lo más probable sea que haya detectado mi aura de caos y dramatismo desde el otro extremo del hospital, y haya decidido intervenir antes de que explote.

Miro a Casey y a Reagan, y me disculpo. Me meto al fondo del vestuario y descuelgo.

—¿Mark?

—¡Por fin, cariño! Pensé que tendría que bajar a Cardiología con un megáfono.

—Me has llamado solo una vez.

—Pero con ocho tonos de por medio y cuatro mensajes. ¡Por Dios!

—Estoy terminando de cambiarme y voy mal de tiempo. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Que qué es lo que pasa? Oh, no, no, no. Esa no es la pregunta adecuada, Charlotte. La pregunta correcta es: «¿Cómo de importante es para mi estabilidad emocional lo que va a decirme Mark?». Porque la respuesta es: mucho. ¡Muchísimo!

—Mark…

—Escucha, Charlotte, necesito verte. Prometo que no te haré perder el tiempo.

—Mark, si es una tontería…

—Oh, cariño, ¿cuándo me has oído hablar de tonterías? —Casi puedo ver cómo ladea la cabeza—. Te lo digo en serio. Esto no es un capricho. Es… información sensible. Y, créeme, querrás saberla antes de que alguien, con menos clase y afectividad, decida contártela.

—¿Información sensible? —El corazón se me acelera, pero intento mantener la compostura—. ¿No puedes decírmelo por teléfono?

—No. Necesito verte. Personalmente. En privado.

—¡Dios, Mark! Me estás asustando.

—Y haces bien, mi querida Charlotte. El Apocalipsis nunca llega con flores, sino con muerte, enfermedad, plagas y guerra. Así que, ¿subes o tengo que buscar una excusa para invadir tu planta?

—Mark…

—No hay tiempo para discutir, cariño. Diez minutos. Escaleras. Prometo ser breve. Y te daré muchos abrazos. Eso por descontado.

Antes de que pueda replicar, cuelga.



Salgo corriendo hacia las escaleras, mascullando maldiciones entre los dientes. Subo los peldaños de dos en dos, con mi teléfono apretado en la mano. Y, entonces, lo veo en la

entreplanta, esperándome con los brazos abiertos como un mesías del drama.

—¡Ay, mi niña, mi niña, mi niña! —exclama Mark, y me envuelve en un abrazo que casi me deja sin aire.

—¿Pero qué sucede?

Lo que siento ya no es preocupación, sino puro pánico.

—Tú tranquila, ¿eh? Con la cabeza bien alta, ¿de acuerdo, cariño? No hay nada, repito, *nada* que pueda destruir a Charlotte Cunningham. ¿Me oyes?

—Mark, me estoy empezando a asustar.

—Pues ya verás cuando te lo cuente.

—¡Pues cuéntamelo ya!

Mark suelta un suspiro profundo, uno de esos que parece cargar con el peso del mundo.

—¿Preparada?

—¡Sí!

Mark me agarra de los brazos, me mira directamente a los ojos como si estuviera a punto de darme el peor diagnóstico de mi vida, y luego… se da la vuelta, angustiado, y se lleva una mano al pecho como si necesitara apoyo vital.

—¡Ay! No puedo. ¡No puedo!

—¡Mark! —grito, desesperada—. ¡Por Dios, dime ya lo que pasa!

Se gira de golpe. Su rostro es un cuadro de drama absoluto.

—Charlotte… —empieza, modulando su tono como si estuviera interpretando a Hamlet —. Daniel… —pausa interminable— espera un hijo de otra mujer.

Me quedo un segundo en blanco y luego suelto:

—¡Ah, eso!

Mark parpadea, incrédulo.

—¿¡*Eso*!? ¿Cómo que *eso*? ¿¡Quién te lo ha dicho!?

—Él. Bueno, en realidad, lo descubrí el sábado.

Mark retrocede como si acabara de recibir un balonazo en la cara.

—¿¡El sábado!? ¿Y no me has dicho nada? —resuelve con indignación—. ¿¡Cómo se te ocurre cargar con algo así, sola!? Esto necesita terapia grupal. Bueno, al menos terapia de dúo. ¡Conmigo!

Le clavo los ojos con la misma suspicacia que uso para evaluar a un paciente que no se toma sus medicinas.

—¿Cómo te has enterado?

—Uno de mis residentes me lo soltó. Por lo visto, esta mujer llegó anoche a Urgencias, embarazada y con un sangrado leve, y Daniel apareció poco después. Así que media planta empezó a indagar, hasta que consiguieron que uno de Obstetricia soltara prenda.

—Dios… —Pienso en lo que se le viene encima a Daniel—. ¿Sabes algo de ella? ¿Sigue en Urgencias?

—No. De alta. Se asustó porque vio unas gotitas en el papel higiénico y entró en pánico, pero no hay riesgo evidente. Y, cariño, ¿cómo demonios estás llevando todo esto?

Sonrío desgarrada.

—Es que… no lo estoy llevando, Mark. Estoy fatal.

—Ay, mi niña…

—El viernes me fui con él.

—¿Con Daniel?

—Sí, con Daniel.

—¿Adónde?

—A su casa. En medio del Speed Dating, decidimos irnos. Y, claro, todo increíble, una noche maravillosa… Y, cuando me levanté el sábado por la mañana y fui a beber agua… —Me detengo y me doy cuenta de lo que me cuesta expresarlo.

—¿Qué? —pregunta, entre horrorizado y expectante.

—Vi una ecografía. Fue por accidente. Tiré todo lo que había en la encimera y ¡zas! Su agenda salió volando y, de ella, se escapó la ecografía. —Me muerdo el labio, porque la imagen todavía me arde en la cabeza—. Daniel me confirmó que había posibilidades de que fuera suyo, y yo… Yo no pude aguantarlo, Mark, y salí de allí antes de saber nada más. Me fui, me encerré en mi casa y me pasé el sábado llorando y sin hablar con nadie.

Mark asiente lentamente, como si todo lo que acabo de decir fuera la cosa más lógica del mundo.

—Pero es que hay más —añado.

—No me digas.

—Sí. El domingo bajé a Long Beach, para ir con mi padre a comprar un abeto y ¿a quién me encuentro en la granja?

—¡Noooo!

—Sí, Mark. A Daniel.

—No puede ser.

—Sí, porque Anthony…

—¿Tu *ex*?

—Sí, mi *ex* me llamó por la mañana para tocarme las narices con lo de Daniel y, sin darme cuenta, le dije dónde iba a ir. ¿Y qué hace ese maldito traidor? Se presenta allí con sus dos hijas y con Daniel, que no sabía nada.

—Me gusta tu *ex*. —Menos mal que mi acelerón dramático no registra eso—. ¿Y Daniel…?

—Jolines, Mark, perfecto. Hecho una mierda, como yo, pero guapísimo. No veas cómo le queda ese aire atormentado… Y yo, totalmente destrozada y con las mariposas traidoras de mi vientre saltando como nunca.

—Jodida y excitada.

—A partes iguales —ratifico.

—¿Y qué hiciste? —pregunta con los ojos entrecerrados.

—Pues aguanté lo que pude hasta que nos fuimos. Aunque la despedida fue… Terminé llorando… Me fui a casa de mis padres con el corazón en la garganta. Pero, claro, cuando vuelvo a TriBeCa, ¿qué me encuentro? Que me llama por teléfono. Empiezo a hablar con él y, de pronto, lo veo frente a mi ventana, bajo la nieve… ¡Horrible!

—Bueno…

—¡Horrible, Mark! —le sanciono.

—Sí, cariño, horrible —transige—. ¿Y qué hiciste?

—¡Le dejé subir!

—Obvio.

—Soy la peor estratega del mundo.

—Las he visto peores.

—Hablamos. Me explicó por qué no me lo había confesado antes y… —Bajo mi rostro y lo miro de soslayo, avergonzada.

—Te lo tiraste otra vez —sentencia. Y yo asiento compungida—. ¿Y qué pasa con la tía

de Urgencias?

—En mitad de la noche, Giselle le llamó y le dijo lo que le sucedía…

—¿Se llama Giselle? —pregunta, fascinado.

—Sí.

—¡Qué glamurosa!

—Pues ya verás cuando veas sus abrigos. Pero Mark… yo… yo no puedo… No puedo más. —Me llevo las manos a la cara, porque ahora es cuando me desmorono de verdad—. Todo esto me está matando. Me siento una mala persona. Cada vez que lo pienso, siento que soy una especie de villana con un vestido de lentejuelas negras y un pájaro siniestro en el hombro.

—¿Pero por qué?

—Porque yo debería estar a su lado, Mark, apoyándole, siendo su roca, su faro en la tormenta, o lo que mierdas sea que hacen las mujeres perfectas en estas situaciones. Pero ¿sabes qué? No puedo. No puedo ser la mujer maravillosa que sonríe mientras dice: «¡Claro, cariño, vayamos juntos a ultrasonidos! ¡Traigamos pañales a este mundo los dos juntitos para ese bebé que tienes con otra mujer!». ¡No! ¡No soy así! ¡Y eso me hace sentirme una mala persona! ¡Un ser despreciable! ¡Un auténtico desastre!

—Charlotte, cariño, respira.

—Y encima no es solo el bebé. Es ella, Mark. Es Giselle, con su nombre de *femme fatale* y sus abrigos, que siempre va a estar ahí, como… como…

Freno mi descarga y me llevo las manos a la cara, tratando de no llorar, porque hacerlo ahora sería demasiado cliché, incluso para mí.

Mark se acerca y coloca una mano en mi hombro, con ese aire vehemente tan suyo.

—Charlotte, cariño, ¿te estás oyendo? —Lo miro, pero no sé qué responder—. No seas tan dura contigo misma. Estás cargando con un peso horrible cuando, sinceramente, ni Atlas firmó por tanto.

—No quiero ser esta persona, Mark. Pero no sé cómo no serlo. —Mi voz se reduce a un susurro, cargado de desesperación—. Estoy rota; rota de quererlo tanto y, al mismo tiempo, no desear acompañarlo en esa vida.

Él me mira, suspira y se cruza de brazos.

—Cariño, déjame decirte algo. Estás haciendo bien. Nadie es perfecto, pero esto… Esto es un berenjenal con luces de neón y carteles de peligro por todas partes. Y ni yo, con todo mi amor por el drama, me metería en esta mierda.

—No puedo más…

Mark da un paso hacia mí y me envuelve entre sus brazos. Su forma de estrecharme es cálida, segura, y me regala una burbuja que me permite desconectar del caos que me ahoga ahora mismo.

Pero, de pronto, noto cómo su cuerpo se tensa. Levanto la cabeza y busco su mirada, pero sus ojos están fijos detrás de mí.

—¿Qué pasa? —pregunto, asustada.

No responde. Me giro y ahí está Daniel, de pie en el borde mismo de la escalera, detenido en el umbral de algo que ninguno de los dos sabe cómo cruzar. No hace falta preguntar. No hacen falta explicaciones. Lo ha escuchado todo.

El aire se vuelve espeso, inmóvil, como si el mundo contuviera el aliento con nosotros. Mi corazón se acelera, no sé si por la culpa, el miedo o el simple impacto de verle ahí, con la mirada clavada sobre la mía. Me preparo para lo peor. Para su enfado. Para su reproche. Para lo que sea que venga después de que alguien escuche cómo te estás desmoronando por su culpa.

Sin embargo, lo que albergan sus ojos me golpea más fuerte que cualquier recriminación. No hay rabia. No hay defensa. Solo dolor; un dolor profundo, crudo, que se enreda con la culpa en sus pupilas y que me traspasa como un cuchillo con filo lento y despiadado.

Daniel da un paso y, luego, otro.

—Daniel… —Intento hablar, pero mi voz se rompe antes de llegar a ninguna parte.

Se acerca, sin apartar los ojos de los míos. Alza su mano y, cuando sus dedos rozan mi piel, mi aliento se queda atrapado en la garganta. Es un contacto similar a una caricia suspendida en el tiempo y la siento en cada rincón de mi cuerpo, en cada grieta que me perfora. Me mira con quietud, como si temiera quebrarme con solo tocarme; como si ya estuviera rota y él anhelara recomponerme.

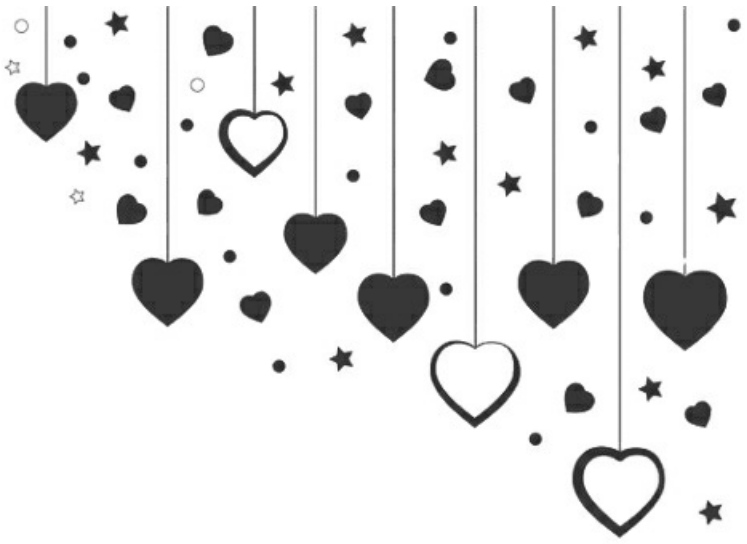
Su pulgar roza mi mejilla. Y luego, sin dudar, baja los labios hasta los míos. Me besa de una forma tan lenta, tan suave que me sacude el alma. No hay urgencia, solo una certeza desesperada. Su boca se mueve y, con cada roce, desgrana una súplica muda, como si quisiera reconstruirme, pieza por pieza, a base de caricias. Y lo peor es que, por un segundo, casi creo que puede hacerlo.

El calor se extiende por mi piel, trepa por mi columna, arde en mis venas. Mis manos tiemblan cuando suben hasta su pecho, buscando algo a lo que aferrarse, algo que me sostenga en este vértigo. Bajo mis dedos y percibo su corazón latiendo con una fuerza constante, firme.

—Os dejo —susurra Mark.

Pero apenas lo percibo. Mis ojos están cerrados y todo mi ser está focalizado en Daniel; en la forma en que me sostiene; en la manera en que su frente descansa contra la mía cuando se separa, jadeante.

Solo entonces me atrevo a abrir los ojos y lo veo.



14
DANIEL

Charlotte tiembla entre mis manos. Es un estremecimiento crudo, y se extiende como una onda que alcanza cada rincón. La siento frágil, rota de un modo que no puedo soportar. Y es mi culpa; todo es por mi culpa.

—Charlotte, mi vida, —musito sobre sus labios—, no eres mala persona. No lo eres, amor.

Sus ojos me observan anegados y, lo peor, la duda sigue ahí, grabada en su mirada, como si no pudiera permitirse creerme. Mis manos permanecen firmes en su rostro, como si sostenerla así pudiera evitar que se desmoronara por completo.

—¿Sabes lo que demuestra que no lo eres? —sigo, sin dejar de mirarla—. Esta lucha que tienes contigo misma. Estas dudas, esta culpa que sientes. Charlotte, las personas verdaderamente egoístas ni siquiera se cuestionan a sí mismas. No sufren por cómo afectan a los demás. Tú lo haces. Te castigas por no ser perfecta, por no sentir lo que crees que deberías. Pero la perfección no existe; la perfección es una mentira cruel que nos contamos a nosotros mismos para sentirnos insuficientes.

Ella cierra los ojos un momento y veo cómo una lágrima se escapa entre sus pestañas. La atrapo con el pulgar, pero no suelto su rostro.

—Eres maravillosamente humana, Charlotte. Y eso incluye tus miedos, tus inseguridades, tus deseos de quererlo todo y, al mismo tiempo, no querer nada de esto. Y está bien. Es totalmente lógico no saber cómo lidiar con algo como esto. Nadie te preparó, mi vida; yo no te preparé. Te lancé a ello a ciegas y… ¡Dios! Nunca podré perdonármelo. —Mi garganta se cierra un instante, pero me obligo a continuar—. Y, aun así, aquí estás, intentando navegar en este desastre con una fuerza que ni siquiera sabes que tienes.

Charlotte abre los ojos, me observa detenidamente y me doy cuenta de que su mirada está apagada. No quiero esto para ella. Es hora de acabar con este sueño.

—Yo te subí a este barco, mi amor. —Mis palabras son lentas, pesadas, porque sé que cada una de ellas va a doler más que la anterior—. Te estoy arrastrando a una vida que no pediste, a algo que no mereces. Y no importa cuánto quiera protegerte, cuánto desee que estés conmigo. Lo que te estoy haciendo es injusto.

Su expresión cambia. No sé si es miedo, desconcierto o ambas cosas al mismo tiempo. Pero sus labios se entreabren y sus ojos empiezan a demandar respuestas antes de que yo se las dé. Intuye lo que voy a decirle.

—El amor no debería doler. Pero esto, lo que estamos viviendo, duele. Te duele a ti y me duele a mí. Y yo… —Tomo aire, tratando de encontrar la fuerza que necesito para decir lo siguiente—. Yo no quiero hacerte más daño. Nunca lo quise y haré lo que esté en mi mano para que no vuelva a suceder.

Su mano sube temblando hasta mi pecho y me acaricia con una fragilidad perturbadora. Ese gesto, tan devastador, me rompe más que cualquier palabra que pudiera decirme.

—Daniel… —murmura con una voz apenas audible—. No me hagas esto.

La intensidad de su mirada me desarma. Por un instante, quiero decirle que todo estará bien, que encontraremos la manera de solucionarlo. Pero sé que sería mentira y ya le he fallado demasiadas veces.

—No quiero atarte a algo que ni siquiera yo sé cómo manejar.

Su dolor se transforma de inmediato y da paso a la rabia.

—¿Qué estás diciendo?

—Esto debe acabar.

Tarda dos segundos en responderme.

—¿Me estás dejando? —Su voz es apenas un hilo, cargado de tensión y a punto de romperse.

La tomó de los brazos y profundizo en su mirada.

—Charlotte, te amo más que a mi propia vida. Por eso, no puedo arrastrarte a esto.

Mis palabras, sin embargo, no tienen consuelo.

Charlotte se aparta de mí y retrocede varios pasos. Su rostro se transforma y estalla como una tormenta.

—¿Que no puedes arrastrarme…? —escupe con rabia—. ¡Ya me has arrastrado! ¡Me ha arrastrado hasta aquí, Daniel! ¡A tu vida! ¡A tu caos! Y lo has hecho sin ni siquiera decirme lo que había y sin darme una oportunidad de elegir con todas las cartas sobre la mesa. Me haces seguirte, confiar en ti, entregarte lo poco que me queda… Y ahora, cuando más lo necesito, decides que esto es demasiado para mí. ¿¡Qué te crees que he estado haciendo, entonces!? ¡Estoy aquí, Daniel! Estoy aquí porque te quiero, aunque no debería. Porque te sigo queriendo incluso cuando todo me grita que debería salir corriendo. —Su voz se quiebra, pero no para—. Y ahora, sin embargo, ¿me dices que soy demasiado frágil para estar contigo?

—No se trata de fragilidad, Charlotte. Sino de que no quiero que sufras más por mi culpa.

— No me puedo creer que esto esté pasando —masculla.

—Charlotte, esto es lo mejor para ti.

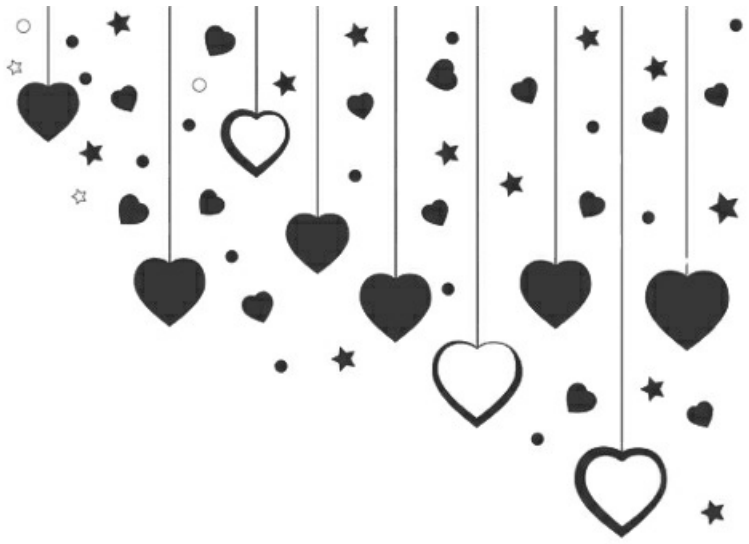
Pero ya no me escucha. Doy un paso hacia ella y retrocede, envolviéndose en sus propios brazos como si necesitara protegerse de mí.

—No puedo más. —Apenas oigo sus palabras. Da un paso hacia las escaleras y la veo tambalearse, como si la carga de esta conversación la estuviera aplastando. De hecho, necesita aferrarse al pasamanos.

—Charlotte… —intento sostenerla, pero ella se zafa con fuerza y me lanza una mirada que me hiela la sangre.

—No vuelvas a tocarme.

Se da la vuelta y se va.



15
CHARLOTTE

Mis pasos resuenan por el pasillo como golpes sordos contra lo poco que queda de mi entereza. Uno tras otro, mecánicos, sin voluntad propia. Porque seguir avanzando se ha convertido en una obligación para no derrumbarme aquí mismo. El aire se endurece. Queda atascado en mi pecho, espeso, plúmbeo, como si el simple acto de respirar fuera demasiado. Quiero llorar, quiero gritar, quiero hacer algo, lo que sea, que merme el dolor que me atraviesa.

Me llevo una mano al rostro, pero el roce de mis propios dedos me sobresalta. Lágrimas. Odio llorar. Odio la fragilidad. Porque eso es lo que soy ahora: un amasijo de emociones rotas; un intento torpe de seguir en pie cuando todo dentro de mí se ha desplomado.

Me detengo frente a la puerta del área de enfermería. No puedo entrar ahí con las lágrimas aún descontroladas y el pecho latiendo a destiempo. Me apoyo contra la pared y busco algo sólido en medio de este desastre.

Los sollozos se arremolinan en mi garganta, empujan, arañan, suplican por salir. Me cubro la boca con una mano, como si pudiera contenerlos, como si pudiera engañar al dolor y fingir que no está ahí. Pero la presión en mi pecho es como la de un océano, y me estoy ahogando.

Cierro los ojos un instante. No sirve de nada. La tormenta sigue dentro.

«Charlotte, por favor, sigue adelante».

Pero mi propia voz interna suena débil, resquebrajada.

Un sollozo escapa antes de que pueda detenerlo y me rasga por completo. Me aferro a la manga de mi bata y limpio las lágrimas con torpeza. No puedo permitirme esto. No aquí. No ahora.

Respiro hondo. Una, dos, tres veces. Tomo aire, de nuevo, y doy un paso hacia adelante.

La puerta de la sala de enfermería se abre con un chirrido que resulta ensordecedor. Al fondo, la enfermera Jefe, Jones, revisa la lista de turnos, con esa forma tan propia, impecable, eficiente. Habla a todos con su tono habitual: cálido, eficiente, como si todo estuviera siempre bajo control. Y yo, cruzando el umbral, me siento como un huracán intentando no romper nada a su paso.

Los ojos de Jones me encuentran. La lista en sus manos baja unos centímetros y el ritmo de sus palabras se detiene en seco.

—Cunningham, cielo, ¿estás bien? —Su tono es tan suave que duele. Como si de verdad se preocupara, como si pudiera ver todo lo que estoy intentando ocultar.

Intento buscar una respuesta rápida, algo convincente que no suene como un grito de auxilio.

—Reacción alérgica. —Y me esfuerzo por parecer casual, mientras señalo mis ojos—. No dejo de moquear y los ojos… bueno, ya los ve, rotísimos.

Jones frunce el ceño.

—Rápido, acércate a la farmacia y pide un antihistamínico.

—Estoy bien, de verdad. Solo es molesto, pero no grave.

—Cunningham, cariño, no seas cabezota. Ve a la farmacia. Y cuando te haga efecto, reúnete con Perlman y Reagan en el área de ingresos. Si te encuentras peor, te vas a casa, ¿vale?

—El antihistamínico me va a dar sueño —intento protestar, pero su ceja arqueada me corta de raíz—. Si me encuentro peor, lo pido. Prometido.

—Como quieras.

Jones suspira y vuelve a su lista de turnos. Me escabullo hacia el fondo de la sala, mientras Perlman me lanza una de sus sonrisas amables. Pero hay algo en su mirada, algo que me dice que no he engañado a nadie.

Me coloco a su lado y cierro los ojos por un segundo. Porque si los mantengo abiertos, las lágrimas encontrarán su camino. Y no; no aquí; no ahora.

Sigo escuchando a Jones, o eso intento. Reagan, a mi izquierda, me toca ligeramente el brazo y me pregunta en voz baja:

—¿Estás bien?

—Sí —murmuro—. Jones ha dicho que estoy contigo.

—Sí. Y con Perlman.

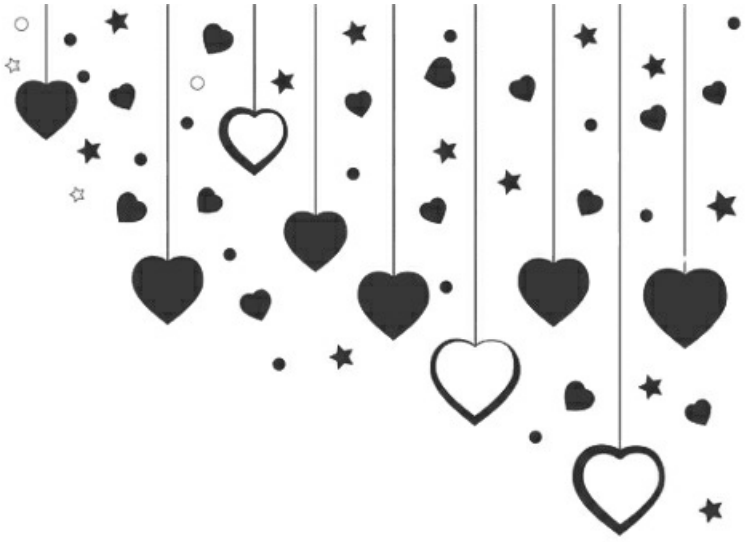
—¿Y dónde estamos?

—En ingresos. Con los pacientes del Dr. Hawke.

Cierro los ojos y suplico al Universo que me trague, que me engulla, que me convierta en nada. No puedo más. No quiero más. Por un instante, el impulso de huir se instala en mis venas, salvaje, urgente. Quiero correr hasta que me fallen las piernas, hasta que el mundo se vuelva irreconocible y su sombra no me alcance; escapar de este hospital, de esta ciudad, de esta historia que parece escrita con mi propia sangre. Pero sé que no me iré porque no tengo el sustento económico suficiente como para poder despreciar un trabajo.

Así que suspiro y tanteo en mi interior en busca de un fragmento de fortaleza, algo que

me sostenga, aunque sea por unas horas. Tal vez, algún día pueda mirar más allá de él sin sentir que el suelo tiembla bajo mis pies. Pero hoy no. Hoy, Daniel Hawke sigue siendo mi tormenta, y yo sigo sin un refugio donde guarecerme.



16
CHARLOTTE

Cinco horas. Cinco interminables e insufribles horas llevo aquí, atrapada en el purgatorio de ingresos, tratando de mantener una sonrisa profesional mientras en mi cabeza se reproduce un drama digno de Shakespeare. Y no; no es el tipo de drama que termina con un romance apasionado. Es más bien el tipo que termina conmigo arrancándome el corazón y entregándoselo a un paciente en bandeja porque, sinceramente, ya no sé qué hacer con él.

¿Y Daniel? Ausente. ¡Claro que sí! El gran doctor Hawke, el héroe trágico de su propia narrativa, parece haber decidido que la mejor estrategia es esconderse en su despacho, —o vete tú a saber—, lejos de donde estoy yo. Porque, al tener residentes a su cargo, él puede, ¿sabes? Yo no. Yo tengo que seguir trabajando, mientras intento recomponerme con cinta adhesiva. Conclusión: me toca comerme el marrón.

Estoy sentada en el control, frente al ordenador, metiendo unos datos del último paciente que he visto, cuando veo que Perlman se acerca directo hacia mí. Lo hace con su sonrisa de *estoy jodido, pero aquí seguimos*. No sé cómo lo hace; lo de sonreír, digo. Aunque se le caiga el mundo, ahí está, con la comisura de sus labios siempre alzada.

—Cunningham, el Dr. Wallace quiere hablar contigo.

El Dr. Wallace. Fantástico. Lo que menos necesito ahora es un mini-Daniel pidiéndome

que haga algo que, probablemente, él mismo podría hacer si moviera un dedo.

—Ya voy —ladro. Y una ola de rabia me sube por el pecho. No es por él; es que hoy odio a todo el mundo—. ¿Dónde está?

—Le he dejado con los familiares de la rockera.

Sí, tenemos una anciana que ha declinado ponerse el camisón de florecitas del hospital y sus familiares han tenido que traerla el pijama de Led Zeppelin que le regaló su nieto. Yo la entiendo. Las margaritas son para los muertos y ella aún está muy viva. Lástima que se vaya a ir de alta. O, bueno, no. Mejor. Mejor.

Busco al Dr. Wallace con una calma fingida que probablemente no engaña a nadie. En mi cabeza, estoy protagonizando una película de acción en la que derribo puertas y lanzo papeles por los aires mientras grito: ¡Estoy harta de todo! Pero Charlotte Cunningham, la enfermera profesional, no hace eso; solo respira hondo, pone su mejor cara y se prepara para lidiar con su día en este infierno.

Cuando llego al pasillo, Wallace está de pie junto a un dispensador de gel hidroalcohólico. Sostiene una tablet con esa expresión de concentración absoluta que podría significar cualquier cosa, desde salvar una vida hasta intentar descifrar un sudoku.

—Dr. Wallace, buenas tardes —saludo con tono neutral, e impido salir a la rabiosa catártica que no sabe lidiar con sus emociones—. Perlman me ha dicho que querías verme.

Levanta la vista y me sonríe aliviado.

«Qué raro. ¿Alguien aquí realmente quiere mi ayuda? Ojalá esto no sea un error administrativo».

—Sí, Cunningham, gracias por venir. Tenemos un caso complicado y pensé que podrías ayudarnos. Sé que trabajaste en geriatría hace unos años y necesito tu opinión.

«Mi opinión…».

Y ahí está: el reconocimiento profesional. Por un momento, olvido mis tribulaciones personales y enderezo la espalda. Alguien me valora. ¡Esto es mejor que un café!

Adopto el tono de la clara veterana que no soy y pregunto:

—¿De qué se trata?

—Tenemos un paciente ingresado, el Sr. Willis, en preoperatorio para un bypass coronario. Está aquí desde el viernes, pero antes de ingresar tuvo una caída y se golpeó la pierna, justo por encima del tobillo. Lo dejó pasar y solo la atendimos aquí, cuando ingresó. El problema es que la lesión se ha ido complicando y ahora tiene claros síntomas de infección.

No hace falta ser un genio para saber que esto no pinta nada bien.

—¿Qué habéis hecho hasta ahora?

—Se le aplicó pomada enzimática para intentar reblandecer la placa necrosada, hidrogel y un apósito polimérico. Pero la infección está avanzando y no hemos conseguido nada.

Wallace se pasa una mano por el cabello, claramente incómodo. Parece como si quisiera evitar que lo juzgue. Por supuesto, no lo hago. Bueno, no mucho.

—Necesito ver la pierna.

Y él me cede el paso hacia la habitación.

Cuando llegamos, me encuentro al paciente semitumbado en la cama, con una expresión que mezcla resignación y cansancio.

—Buenos días, Sr. Willis. ¿Cómo se encuentra hoy?

Me mira. Es la primera vez que nos vemos, por eso lanza una mirada hacia el Dr. Wallace, en busca de una explicación que se le escapa. Y él responde enseguida.

—Sr. Willis, ella es la enfermera Cunningham y ha venido a echar un vistazo a la herida de su pierna.

—Ah, mi pierna. Pues no está muy bien, bonita.

—Vamos a verla —le propongo.

Cuando descubro la pierna, confirmo mis sospechas. La piel está amoratada alrededor de la herida, con un tono púrpura y rojizo que indica inflamación. La placa necrosada cubre la superficie como una costra negra y grisácea, rígida, y claramente no va a despegarse sin ayuda. Pero lo peor no es lo que se ve; lo grave es el hueco que se insinúa debajo. Una cavidad. No puedo determinar cómo es de profundo sin retirar la placa, pero tengo muy claro que la infección ha avanzado más de lo esperado, y ahí hay unas bacterias que se están dando un banquete a base de piel y tejidos.

—Estupendo, Sr. Willis. Muchas gracias. Descanse un poquito más, ¿de acuerdo?

Me incorporo y salgo con el Dr. Wallace de la habitación.

Enseguida tomo la iniciativa:

—No está nada bien. Si la infección no se frena, no solo habrá que retrasar la cirugía. Podría derivar en algo mucho más grave.

—Ya, amputación.

—O incluso una infección generalizada, Dr. Wallace. Y con los problemas coronarios…

—¿Qué propones?

—La placa necrosada tiene que retirarse ya, aunque no se haya reblandecido. Más daño no vamos a hacer. Hasta que no veamos el alcance real de la herida, no podemos tratarla correctamente desde dentro.

—¿Y después? No tenemos mucho tiempo con el bypass, Cunningham.

—Empezaremos con un tratamiento antimicrobiano potente, como plata, limpieza, vendaje de compresión y estimulación diaria de la circulación sin moverle de la cama, dado que no es aconsejable que ande.

—¿Crees que el vendaje de compresión es el más adecuado?

—Sí, porque al comprimir la pierna aumentaremos el flujo de retorno venoso y linfático. Así, no solo reducimos el edema, sino que estimulamos la remodelación del tejido. Es mucho más rápido que cualquier otra terapia, Dr. Wallace. Podríamos tener la infección controlada en unos días, aunque luego la reparación del tejido lleve más tiempo. Para tenerle a punto para la cirugía es lo mejor. Confíe en mí.

—De acuerdo. Voy a informar al Dr. Hawke y ahora te digo.

Y ahí está: mi inevitable némesis. Respiro hondo y me cruzo de brazos.

—Claro, por supuesto. —Intento que mi tono sea neutral, pero probablemente ha salido más cortante de lo que debería.

Wallace no responde. Se aleja unos pasos y hace la llamada, mientras yo me recuesto contra la pared y miro al suelo. Pienso en el paciente y en el terrible combo que tiene montado. Visto desde esa perspectiva, mi drama parece una minucia. Al final, tener este tipo de pacientes te hace relativizar tus problemas.

Wallace regresa poco después.

—Ha dado su visto bueno. Así que, adelante.

—Perfecto. ¿Informamos al paciente?

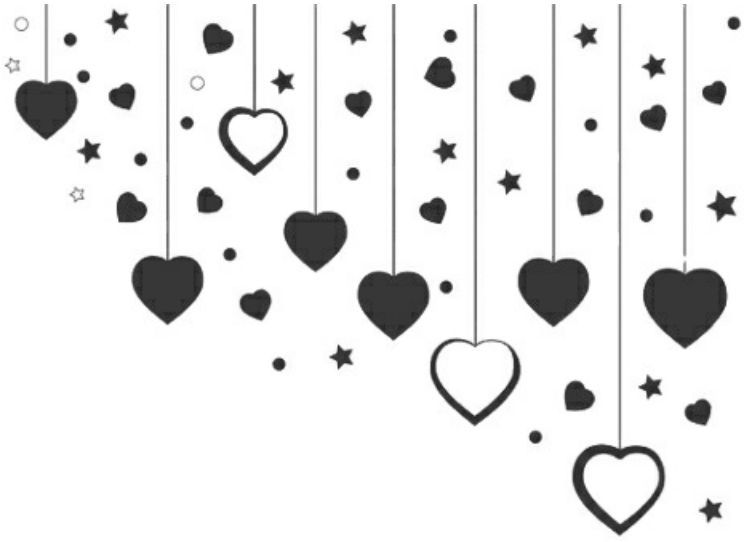
—Lo hace el Dr. Hawke.

«Ay, madre…».

—¿Viene?
—Sí.

«Genial».

Es oficial: mi día puede empeorar aún más.



17
CHARLOTTE

Salgo de la habitación del Sr. Willis y casi me tropiezo con el marco de la puerta. Me tambaleo, pero sigo caminando porque, sinceramente, si me quedo quieta un segundo más, creo que exploto y lloro. Mucho. ¡Aaaarrrg! ¿Cómo demonios sigue pasando esto, después de cómo se ha portado conmigo? ¿Cómo se las arregla Daniel Hawke para desmontarme por completo cada vez que está cerca?

¿¡Por qué no lo odio como Dios manda!?

Miro al frente, al final del pasillo, como si fuera un túnel de escape, pero todo lo que veo es un cartel de SALIDA que me parece insuficiente. Necesito algo más determinante: una catapulta, un agujero negro, un portal a otra dimensión donde no existan hombres altos, de voz grave y ojos oscuros que me persigan en mis malditos pensamientos.

Respiro hondo.

«Vale, Charlotte, cálmate. Este es tu lugar de trabajo, así que va siendo hora de que te acostumbres. No hay más. No le des más vueltas. Lo que ha pasado ahí dentro es solo un

paciente más, con una pierna, una herida necrótica y un cardiólogo intenso observándote como si fueras la protagonista de un documental de *National Geographic*. No debes darle importancia. ¡No, no y no!».

Pero no puedo calmarme. Tengo los sentimientos a flor de piel. Ni he tenido tiempo de digerir lo que ha sucedido entre nosotros. ¡Todo! Porque llevo desde el viernes como un tornillo pasado de vueltas, donde parece que la vida le puede estrujar un poco más. Y él no ayuda. Para nada. Estar con él en esa habitación ha sido horrible. Primero, su voz. ¡Dios mío, su voz! Esa forma que tiene de hablar como si estuviera narrando un audiolibro de meditación guiada.

—Cuidado con los bordes inferiores, Cunningham.

¡Cuidado con tus bordes inferiores, Hawke! ¡A ver si voy a tener que arrancártelos como sigas hablando! ¡Sé cuál es mi trabajo! ¡No necesito de tu experiencia como cirujano para decirme lo que tengo que hacer!

A lo mejor, si no me lo hubiera dicho desde tan cerca, no me hubiera molestado. ¿Era necesario que se inclinara tanto hacia la cama? ¿Que su hombro estuviera casi rozando el mío? Vale, es cierto, es el médico de ese hombre y ver una herida, desde dos metros, no es lo más encomendado para valorarla bien. ¡Pero, por Dios, confía en mí, que estoy con ello y no me despistes con esa proximidad no esperada! Porque yo sé cómo lidiar con heridas y úlceras, pero no sé cómo actuar con todo eso. Con él. Con el calor que emana. Con esa presencia que parece llenarlo todo, incluso cuando intento ignorarlo. Con ese aroma… ¡Ay, mierda! ¡Esa maldita emboscada olfativa! ¿Cómo demonios se supone que debo empezar a respirar, cuando él y su maldita fragancia apocalíptica estén en mi radio? ¿Qué debo hacer para que mis neuronas no colapsen?

Nadie me preparó para esto. Para él. Para la forma en que me ha destrozado. Para tener que trabajar a su lado, codo con codo, a pesar de todo.

Doblo otra esquina y casi me choco con un carrito de la limpieza. Me detengo un segundo e intento recordar cómo se camina sin parecer una completa lunática, pero es inútil. Mi mente sigue atrapada ahí dentro, en esa maldita habitación.

Llego al control de enfermería y me dejo caer contra el mostrador. Es lógico. Esto es similar a correr una maratón; emocional, es cierto, pero maratón. Y la línea de meta está plagada de *Daniels*.

—¡Cunningham! —saluda Perlman. Y con una risilla, añade—: ¿Otra vez Hawke?

Soy como un libro abierto para mi compañero, qué bien. Pero para qué negarlo si esta va a ser mi nueva dinámica: odiarlo, odiarme y volver a odiarlo. Un bucle eterno.

—Necesito un café. Y mi casa. Y mi manta. —La última palabra me sale casi como un suspiro. Porque, de verdad, no pido tanto.

Perlman empieza a reír. Afortunadamente, hago feliz a alguien.

—Tranquila. Ya solo queda una hora.

«Una hora…».

Una hora en mi mundo es suficiente para que caigan meteoritos, me asalten unicornios asesinos y, por supuesto, para que se ponga en marcha el Apocalipsis de los Daniels.

Y hablando de Apocalipsis… Su voz. Sus pasos. Su aroma. Su cercanía. De nuevo. ¡Qué demonios hice en otra vida para que el Universo me castigue así!

«No puedo más».

Que sí, que vale, que muy bien. Que esto es lo que toca por necesitar un trabajo y tener que pagar facturas. Pero tengo una herida abierta y gangrenada donde su presencia son como dos dedos hurgando hasta el fondo.

Intento ignorarlo y para ello, activo mi cerebro en modo supervivencia:

«No le mires, no respires, no hagas nada».

Pero no puedo evitarlo. De reojo, veo a Daniel hablando con otro médico, el Dr. Calloway, al otro lado del control. Y ahí está otra vez. Esa soberbia presencia suya que lo llena todo.

—Mierda.

—¿Qué pasa, Cunningham?

«Jolines. Ya hablo en voz alta. Esto va a terminar conmigo. Voy a volverme loca. Necesito salir de aquí, mudarme… Ey, oye».

La idea se abre en mi mente como las puertas del Paraíso (coros de querubines, incluidos).

—Perlman, ¿finalmente vas a volver a Neurología?

—No sé.

—¿Y eso?

—Bueno, *Neuro* está bien, pero tiene sus cosas.

—¿Qué cosas?

Me sonríe.

—Sus cosas. Como en todas partes.

Qué malo. No me lo cuenta.

—Pensé que te gustaba.

—Y me gusta —responde hermético. Pero sigue sin soltar prenda.

—¿Te gusta más Cardiología?

Y por fin se abre.

—Me gusta más Neurología. Pero estoy más cómodo en Cardiología.

—Mm hm.

Nota mental: Emborrachar a Perlman en la fiesta de Navidad. Con tequila. Nada de cervezas flojas.

«Eh, espera, ¿tenemos fiesta de Navidad?».

Nota mental 2: Preguntar si tenemos fiesta de Navidad.

Ahora, vamos a por lo importante.

—Entonces, allí, ¿cómo lo van a hacer?

—A qué te refieres.

—Claro. Tú te has bajado y necesitan personal que cubrir con tu pérdida, ¿no?

Perlman que no es tonto, sonríe. Se echa hacia atrás en la silla y me dice, claramente entretenido:

—¿Te gustaría?

Bajo el tono. Para qué esconderme más.

—Más bien, lo necesito.

Él entorna los ojos, como si estuviera evaluándome, pero con esa chispa de complicidad que lo hace tan fácil de tratar.

—Tú y yo tenemos que tomarnos algún día un café juntos. Y hablar —apunta—. Contarnos cosas.

—¿Intercambiar información sensible?

—¿Cómo de sensible es la tuya, Cunningham?

—Como para subir el caudal del río Hudson.

Una carcajada escapa de sus labios, ligera y espontánea, y yo no puedo evitar seguirle.

Pero, de inmediato, una sombra se cierne sobre nosotros. Miro.

«Ay, madre».

Daniel se acerca. Tenso. Muy tenso. Y esta vez no es la seriedad del médico preocupado por un paciente. No. Esto tiene otra capa, más espesa, más… dominante. A mí ni me mira. Ahora mismo tengo la misma presencia que un boli BIC metido en un cubilete.

Daniel clava sus ojos como dos balas e impacta en su objetivo.

—Perlman, —exclama con un tono cortante—, necesito el informe actualizado de los pacientes de la 412, 418 y 426.

Perlman parpadea, claramente sorprendido por el tono. Pero, a pesar de la prepotencia, mi compañero no pierde la compostura equilibrada de monje tibetano.

—Claro, *doc*. Enseguida te los busco.

—Dámelos ya.

«Oh, claro. Porque Perlman, además de enfermero, es claramente un velocista olímpico especializado en trámites imposibles».

Y se queda ahí, esperando y con ese gesto autoritario que debe practicar frente al espejo; la espalda rígida, como si tuviera un palo metido en el… No. Mejor me callo.

Lo de Perlman tiene su mérito porque a mí me habla así y ya habría tirado el café al suelo y gritado:

«¡SE ACABÓ! ¡ME VOY A NEUROLOGÍA!».

Perlman suspira evidentemente molesto.

—Vale —canturrea. Coge su café, se levanta y se encamina hacia el archivo.

Y yo huyo también. Ahí no me quedo. No es solo el pastel que compartimos, es que no sé qué mosca le habrá picado en estos últimos minutos que Daniel se acaba de convertir en…

—Cunningham.

«Mierda».

Y ahí está. Me giro y de cerca es peor. Mucho peor. Su mirada tiene algo que no debería estar ahí. Tormento. Duda. Vulnerabilidad. Parece tan destrozado que me rompe en pedazos a mí también. Incluso se pasa una mano por el pelo, un gesto desesperado que trata de recomponerlo, pero fracasa estrepitosamente.

Parece que va a decir algo importante. Lo siento en el aire, en esa pausa cargada de significado, como si estuviera buscando las palabras. Pero, al final, solo añade:

—Has hecho un gran trabajo con el Sr. Willis.

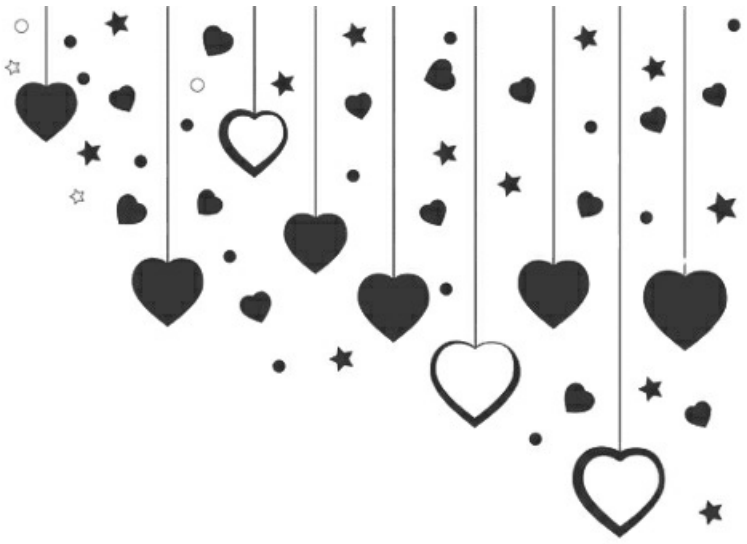
Mi corazón da un vuelco.

«No hagas esto, Daniel, por favor…».

Me obligo a respirar, a serenar mi quebranto, a alzar el mentón.

—Gracias, pero no era necesario decírmelo. Lo sé.

Me doy la vuelta y huyo como una gacela perseguida por el más terrible de los leopardos. Tengo que hacerlo porque si no me romperé ahí mismo. No he conseguido cruzar la esquina cuando el dolor vuelve a clavar sus colmillos en mi pecho. No puedo seguir así. No quiero seguir así.



18
CHARLOTTE

¿Hasta qué punto puede llorar una persona antes de deshidratarse por completo? Lo digo en serio. Alguien debería estudiarlo. Porque yo, anoche, creo que rompí un récord. Mi cuerpo, agotado de producir lágrimas, me obligó a beber tanta agua que acabé convertida en un camello humano. Pero, claro, la hidratación tiene sus consecuencias. Añade tres infusiones de tila y valeriana (por eso de evitar llamar a emergencias por un ataque de ansiedad), y obtendrás el cóctel perfecto: un horror emocional y miccional.

Así pasé la noche. En bucle: llorar, agua, tila, baño y llorar otra vez. Un círculo vicioso de desesperación y vejiga hiperactiva. Vamos, que cuando salí de casa esta mañana no estaba segura de si iba a poder sobrevivir al día y llegar hasta el hospital sin tener que hacer una paradita.

Lo único beneficioso de la noche fue bloquear el número de Anthony. En mi defensa diré que lo hice después de su tercera llamada y sus quince mensajes. Y ya que estábamos, hice lo mismo con el de Daniel, por chivato y contarle a su amigo cómo está. Lo siento. Daños colaterales.

Y, por si fuera poco, llego al hospital y me encuentro con esto.

—Entonces, ¿no hay fiesta de Navidad para los empleados?

Reagan me mira paciente, después de explicarme tres veces que lo que el hospital ha organizado es una cena benéfica, este sábado, en la que, por lo visto, debo pagar quinientos dólares por asistir. O sea, a ver, no sé en qué mundo vive esta gente. Bueno, sí, en el de los médicos facultativos, imagino, que no tienen problemas económicos para pagar su alquiler y la calefacción del maldito invierno de esta ciudad.

—¿Qué incluye el menú? ¿Inmunidad financiera? ¿Un pase directo a una cirugía VIP si me da un infarto al ver mi cuenta bancaria? Porque a este paso lo voy a necesitar.

Reagan se ríe.

—No te quejes. Es por una buena causa.

—¿Y esa causa es que yo llegue a fin de mes, al menos, comprando algún regalo para el árbol de mis padres?

—Por cierto, ya están los cuadrantes de la semana que viene. Te toca la guardia de Nochebuena y Navidad.

—Mierda.

—Al menos, no tienes Nochevieja. Podrás salir de fiesta.

—Ya, pero… Mis padres… Mi hermano, de nuevo, no viene y pensé que estaría con ellos.

—¿No tienes más familia?

—Sí, pero no me gusta dejarlos solos. Y no sé si a estas alturas a ellos les apetece ir a casa de mis tíos.

—Sales el 25 a las cuatro y, al día siguiente, no curras. Puedes pasar la tarde y la noche con ellos.

—Ya, pero no es lo mismo.

Adoro mi trabajo, pero este es el tipo de cosas que no me gustan.

—Venga, vámonos ya o llegaremos tarde.

—Vamos. —Pero, en cuanto salimos, me paro—. Reagan, ve yendo. Antes de empezar, voy a avisar a mis padres para que puedan hacer planes.

—Vale, pero no te retrases.

Apoyo la espalda contra la pared de la esquina, justo a la salida del vestuario de enfermería, y marco el número de mi madre. Mi dedo tiembla ligeramente, pero no sé si es por el frío que se filtra del pasillo o por la culpa que ya siento instalada en el pecho.

El teléfono suena dos veces antes de que mi madre conteste, como siempre, con ese entusiasmo tan suyo que consigue desarmarme.

—¡Charlotte! Qué pronto, ¿no? ¿Cómo estás, cariño?

—Hola, mamá. Bien, todo bien. ¿Tú?

—Aquí, con tu padre, mirando recetas para Navidad. ¿Estás ya en el hospital?

—Sí, sí… —Respiro hondo y cierro los ojos por un segundo—. Mamá, os llamo porque quería avisaros de una cosa.

—¿Qué pasa? —pregunta de inmediato, preocupada.

—No, no pasa nada malo. Solo que ya tengo los cuadrantes para la semana que viene y… me toca guardia el martes 24, Nochebuena. Entro a las cuatro de la tarde y salgo el miércoles 25, a la misma hora.

Un silencio. Corto, pero definido.

—¿Nochebuena y Navidad? —pregunta finalmente, con una mezcla de incredulidad y tristeza.

—Sí. Pero, después del miércoles a las cuatro, estoy libre. Podría pasarme por casa esa

tarde y quedarme el jueves. Luego, el viernes, podría venir a trabajar desde allí. No es lo ideal, pero…

—No te preocupes, cariño. Entendemos cómo funciona tu trabajo. —Su amabilidad y comprensión hacen que me sienta aún peor.

—De verdad, mamá, lo siento. Sé que no es lo mismo…

—Tranquila —canturrea—. Sabíamos que podía pasar. —Pero su voz dice lo contrario.

—¿Papá está ahí contigo? —pregunto, intentando repartir la carga emocional.

—Sí, voy a poner el manos libres.

Un clic, y la voz de mi padre resuena al instante.

—Hola, pequeña. ¿Qué pasa?

—Me toca la guardia de Nochebuena. Entro por la tarde y salgo al día siguiente, el miércoles de Navidad, a las cuatro.

Él tarda un momento en responder, como si estuviera buscando algo positivo que decir. Al final, simplemente murmura:

—Es una pena, pero es lo que hay, ¿no?

—Lo siento, papá. Sé que esto os cambia los planes.

—Tranquila, Charlotte. No te preocupes por nosotros. Lo arreglaremos. Siempre lo hacemos. —Su voz suena tranquila, pero sé que está decepcionado.

—Haremos una gran cena el miércoles por la noche, cuando vengas a casa —añade mi madre, siempre práctica.

—Eso estaría bien.

Nos despedimos después de unas palabras amables y un par de bromas forzadas que intentan llenar el vacío incómodo que ha creado mi noticia. Cuando cuelgo, dejo caer la cabeza contra la pared y cierro los ojos.

—¿Te toca la guardia de Navidad?

La voz de Daniel me alcanza desde algún punto a mi espalda, como un escalofrío que se arrastra por el pasillo y se aferra a mi nuca con dedos helados. Abro los ojos de golpe y giro la cabeza. Está ahí, a un par de metros, mirándome con cansancio y algo más en la mirada que no me atrevo a descifrar, porque sé que me destrozaría. Un estremecimiento me recorre entera y se hunde en mi vientre. Tengo que tragar.

Su rostro es la sombra de lo que habitualmente es, y habla de una noche larga, de una lucha interna que no ha logrado domar. Es Daniel, pero no el que conozco. Este parece hecho de cenizas y desvelo, como si la vida se le hubiera desmoronado entre las manos y ahora tratase de sostenerse sobre su propia ruina.

Un nudo se forma en mi garganta, pero lo domo con rabia férrea.

Mi mandíbula se tensa automáticamente, por él, por estar ahí, detrás mía y no hacerse presente. Lo ha escuchado todo. No me cabe duda. Y odio que me mire así, con esa expresión que me paraliza y llega justo donde quiero esconder mi dolor. No quiero que sepa más de mi vida de lo que quiero ofrecerle.

—Sí —respondo, corta, afilada. Mi tono es frío, como si al pronunciar la palabra pudiera congelar todo lo que siento.

Daniel parece dudar un segundo. Su postura sigue siendo erguida, pero hay una grieta. La veo en sus ojos. Es sutil, pero está ahí, como una fractura que no puede disimular.

—Lo siento —susurra.

—¿Lo de la guardia? —Y dejo que la ironía cubra mi pregunta.

Él no responde. Entorna los ojos ligeramente, estudiándome como si intentara encontrar

algo que ya he dejado de mostrarle. Por un momento, creo que va a decir algo más, pero el silencio se alarga, tenso, pesado. No voy a quedarme aquí para averiguarlo.

Obligo a mis pies a ponerse en marcha. Pero, en el momento en que voy a cruzar a su lado, Daniel da un paso hacia su derecha y se interpone en mi camino. No me toca. Se mantiene de pie, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón y observándome. Mi pecho arde y mi mente se desboca. No hay contacto físico, pero esa proximidad obligada enciende algo eléctrico dentro de mí; algo oscuro; algo que me retuerce por dentro.

Alzo la mirada y ahí está, tan cerca que mi respiración se corta. Sus ojos me buscan, me descubren, y la profundidad que imprime es tan determinante que amenaza con arrastrarme hasta donde él quiere llevarme. No dice nada. No hace nada. Solo me mira. Y ese silencio pesa más que cualquier palabra.

—¿Cómo estás? —musita finalmente.

La amargura sube por mi garganta y escupo:

—¿Tú qué crees?

Lo rodeo con un movimiento brusco y sigo mi camino. No miro atrás. No puedo. No debo. Un paso en falso y volveré a estar de nuevo enterrada.

Camino hacia el control de enfermería como si estuviera atravesando un campo minado. Cada paso es un riesgo, una explosión potencial de pensamientos que no puedo mantener bajo control. Daniel se ha convertido en un maldito virus imposible de erradicar. Su mirada, su voz, su impresionante presencia que parece absorber todo el aire de mi alrededor. ¿Es normal que alguien ocupe tanto espacio sin siquiera estar cerca? Es como un retoño invasivo de malahierba en mi jardín mental. Arranco una idea y brotan cinco más.

Llego al control y me dejo caer en mi sitio con un suspiro que podría mover papeles. Reagan me mira de reojo y amaga una sonrisa torcida. Decido ignorarla y buscar refugio en mi teléfono.

Dos mensajes nuevos.

Mark:

«¿Ya estás en el hospital o sigues luchando contra tus demonios emocionales en el metro?».

Sonrío. Mark siempre sabe qué decir. Antes de que pueda responder, llega otro mensaje.

Mark:

«Por cierto, no te llamé anoche porque no quería molestarte. Pero si te apetece, podemos comer juntos hoy. Yo invito. Prometo no hablar de Hawke más de dos veces».

Sinceramente, me apetece. Sé que Mark va a ahondar en el tema, pero también me va a escuchar y me va a dar esa dosis de vitamina que necesito.

Le escribo una respuesta rápida:

Yo:

«Gracias por la invitación, pero solo si eliges un sitio sin renos decorativos. No necesito más recordatorios de que me espera una Navidad de mierda».

Mark:

«¿Un lugar sin renos decorativos en plena Navidad? Cariño, me estás pidiendo un

imposible. Esto es Nueva York».

Yo:
«Tendré que contentarme con la cafetería».

Mark:
«No te desanimes. Hoy tienen de postre pastel de jengibre. Si quieres, podemos tomarnos ración doble».

Yo:
«De acuerdo».

Espero su emoticono de vuelta y, después, guardo el móvil y dejo que mi sonrisa dure unos segundos más de lo habitual.

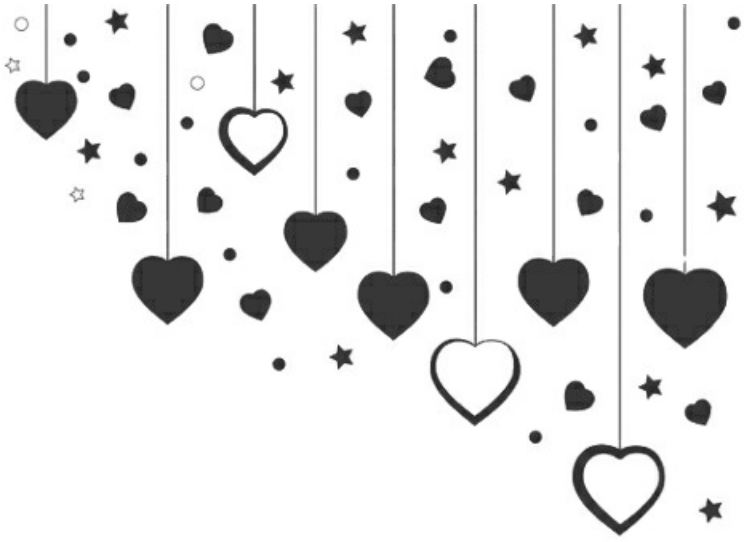
Elevo la mirada y, entonces, lo veo.

Daniel cruza el pasillo, con ese andar tenso y ese aire de tormenta contenida. No me está buscando, pero su cuerpo entero delata que sabe exactamente dónde estoy. Gira levemente su rostro y, cuando nuestras miradas chocan, el mundo se encoge hasta volverse insoportable.

El deseo es inmediato, furioso, traicionero. Me sube por la piel como una descarga eléctrica, me roba el aliento, me llena la boca de cenizas. Porque quiero tocarlo y quiero gritarle. Porque lo amo y lo odio con la misma intensidad desesperada.

Me obligo a sostener su mirada para encararlo, para mostrarle mi fuerza, aunque me esté rompiendo por dentro; como si pudiera obviar que con ese leve vistazo ha sido capaz de desmontarme, sin decir una palabra y sin mover un dedo.

Cuando desaparece por uno de los pasillos, bajo mi rostro y dejo escapar el aire de entre mis labios. Necesito un extintor o un exorcista, porque lo que siento por ese hombre no es normal.



19
DANIEL

El día termina, pero yo no sé cuándo alcanzaré esa quietud que genera el descanso. Mi cuerpo está agotado, pero mi mente sigue girando, como un reloj al que han intentado forzar las manecillas en sentido contrario y que ahora se ha quedado atrapado en un tic-tac errático, incapaz de detenerse.

Estoy en mi despacho, rodeado de un silencio que no alivia y que, en lugar de calmar, solo amplifica el caos que llevo dentro. Me cambio despacio, como si cada prenda pesara el doble, como si alargar este ritual inútil pudiera retrasar lo inevitable. Los vaqueros están fríos al tacto. Las botas de montaña —prácticas para la nieve que cubre las aceras— hoy me parecen bloques de cemento. La camiseta blanca se torna áspera contra la piel. Y el jersey de lana gruesa, de ese beige apagado que nunca destaca, cumple su función contra el invierno, pero no contra el frío que llevo dentro. Ese, ningún tejido puede aplacarlo.

Termino de colocarme la bufanda y el peso de todo me golpea de lleno. No es el cansancio físico, aunque debería serlo. Estoy acostumbrado a jornadas interminables, a pacientes que arrastran tragedias, a sostener la vida entre mis manos sin margen para el error. Sin embargo, esto es otra cosa. Es algo que me atenaza el pecho, que no afloja, que se enrosca en mi interior como un nudo demasiado tenso para deshacerse.

Levanto la mirada y me encuentro con mi reflejo en la ventana del despacho: un hombre entero por fuera, pero derrumbado por dentro. Alguien que intenta aparentar normalidad mientras su mundo se desmorona en silencio. Fuera, por el contrario, Manhattan sigue su ritmo porque, en realidad, nada ha cambiado. La nieve sigue cayendo y cubre la ciudad con su manto blanco, mientras yo trato de apagar el fuego que me calcina por dentro.

He evitado hoy a Charlotte. No de forma evidente. No con gestos torpes ni huidas visibles. Simplemente, he hecho mi trabajo, ella el suyo con mis residentes, y hemos seguido con nuestras vidas como si todo estuviera en orden. Pero nada lo está. No hemos coincidido, pero su ausencia ha sido una presencia constante, filtrándose a través de los pasillos, los informes, las conversaciones. Ella, con su tono mordaz, con esa energía feroz que siempre me ha dejado sin palabras, ahora se mueve entre sombras. Apagada. Desdibujada. Rota. Y yo soy la causa.

Me paso una mano por el cabello y exhalo de forma profunda. No sé cómo lo hace, pero incluso cuando intenta ser fría y distante, sigue consumiendo todo mi espacio mental.

La enfermera jefe Jones la ha asignado a mi equipo esta semana. Eso significa que voy a verla a diario. Y no solo durante estos días. Jones es eficiente. Sabe dónde colocar a cada persona para que rinda al máximo. Aunque rota al personal, suele mantener ciertas dinámicas: los equipos se repiten, los médicos trabajan con los mismos enfermeros, porque así aseguran un mejor conocimiento de ellos mismos y seguimiento de los pacientes. Lo que significa que Charlotte y yo coincidiremos más de lo que puedo permitirme.

Y no. No puedo ir a Jones y pedirle que la reasigne. Sería injusto para ella, podría generarle problemas, y lo último que quiero es complicarle aún más la vida. Pero tampoco puedo quedarme quieto y verla arrastrarse por el día, con la mirada vacía, con esa chispa apagada. Es como ver cómo se extingue una estrella y no poder hacer nada para evitarlo.

Hoy no ha sido complicado. No la he necesitado en mis rondas, y ella ha trabajado con Maddox y con Wallace. Pero sé que esto es solo una tregua temporal. En cualquier momento habrá un paciente, un caso, algo que nos obligue a compartir espacio. Y temo ese momento, porque no confío en mí mismo para manejarlo.

Camino hasta el perchero y cojo el plumífero. Su tacto debería reconfortarme, pero solo me recuerda que voy a enfrentarme al aire helado de la ciudad, a la nieve que se acumula en las esquinas. Y, peor aún, a una vuelta a casa y a otra noche sin descanso.

Termino de ajustarlo a mis hombros, cuando mi teléfono móvil del hospital suena.

—Joder…

Por un momento, pienso en ignorarlo. Solo un momento. Estoy demasiado agotado para una urgencia, pero al final hago lo que debo. Me acerco y miro la pantalla. Es el Dr. John Calloway, otro de los cardiólogos del área. Resoplo. Si él me llama directamente, no puede ser nada bueno.

Tomo el teléfono.

—Hawke —respondo, sin perder tiempo.

—¿Dónde te cojo?

—En Cancún, en una playa de arena blanca, aguas turquesas y un mojito en la mano.

Calloway ríe y lo hace con esa relajación tan propia de él. Es un tipo estupendo. Me gusta trabajar con él y, seguramente, me caería mejor si no fuera uno de los mejores amigos del Dr. Evans y no estuviese casado con su prima. Al final, siempre tengo ese muro de confianza con él para traspasar lo meramente profesional.

—Pues creo que voy a arruinarte las vistas.

—¿Qué me ofreces?

—Tenemos un chaval de doce años con síndrome de Marfan, que es paciente del Dr. Taylor. Disección aórtica confirmada en el TAC. Así que te quiero conmigo para la intervención.

—Genial. Perfecto para un martes a las seis de la tarde. ¿*Neuro* está metido?

—Es paciente de Taylor, sí. Lleva varios meses con complicaciones neurológicas asociadas a su enfermedad: cefaleas crónicas, convulsiones y, al parecer, insuficiencia vascular cerebral intermitente. El último episodio lo atendió el Dr. Evans. De hecho, los dos están aquí.

—¿Evans y Taylor?

—Sí. Y están en plena batalla campal.

—¿Por?

—Hay signos clínicos de un accidente cerebrovascular isquémico reciente: hemiparesia derecha, afasia leve y alteraciones visuales, lo que apunta a un compromiso en la arteria cerebral media. La RMN confirmó el infarto y la angiografía cerebral mostró una obstrucción, probablemente causada por un émbolo desprendido de la aorta.

—Ya veo. —Mascullo mientras abro mi taquilla. Esto va a ser largo—. Déjame adivinar: Evans querrá priorizar el ACV.

—¡Qué va! —responde John, sorprendiéndome—. Evans quiere priorizar la aorta.

—Esto sí que es nuevo. ¿Evans poniéndose de acuerdo con nosotros? ¿Qué demonios pasa?

—Taylor no está de acuerdo. Quiere enfocarse primero en el cerebro porque, según él, hay riesgo de daño irreversible si no actuamos rápido.

—A ver… —Me froto los ojos, porque esto empieza a darme dolor de cabeza—. Entonces, ¿quién está liderando ahora?

—Oficialmente, Taylor. Es su paciente. Pero, Hawke, no tenemos tiempo para estas discusiones. La aorta de este crío está literalmente a punto de reventar.

Cuelgo mi abrigo en el perchero. Esta noche no voy a salir de aquí.

—¿Y qué planteas?

—Tenemos que forzar una decisión. Hay que priorizar la reparación de la aorta, sí o sí. Taylor está jugando con fuego.

—Vale, venga. Me cambio y voy para allá.

—Date prisa.

Cuelgo y me quito la ropa a la carrera. Me pongo otro traje quirúrgico nuevo, mi calzado hospitalario y, con el forro polar en la mano, salgo corriendo hacia Urgencias. Cuando estoy llegando a los ascensores, Charlotte, perfectamente vestida para irse a casa, sale de la esquina de mi derecha. No me da tiempo a parar y me la llevo por delante.

El impacto es brutal. Su cuerpo, mucho más pequeño, sale disparado por el impulso. Y, aunque intento cogerla, no la alcanzo y cae de golpe al suelo.

—¡Charlotte!

Me agacho rápidamente, para intentar ayudarla. Leo la confusión en sus ojos. Pero, en cuanto toma conciencia de lo que ha pasado, se zafa de mi agarre. En ese movimiento, suelta un quejido y se lleva la mano al cuello.

—No te muevas.

—¿¡Que no me mueva!? —explota. Y su grito se ahoga con un nuevo latigazo en las cervicales—. ¿¡Que te creías!? ¿¡Que estabas en una serie médica!?

—Lo siento.

—¿¡Es que no te han enseñado que en un hospital no se corre!?

—Es que… Lo siento, iba a una urgencia.

Levanto mis manos hacia sus brazos. Quiero tocarla. Quiero acariciarla. Quiero calmar su dolor y su enfado. Pero no lo hago. Me separo y la observo en silencio.

Ella me mira de soslayo y espeta.

—Vete a tu urgencia.

—¿Estás bien?

—Adiós —me apura, cortante.

—Charlotte…

—Adiós.

—Déjame, al menos ayudarte…

No puedo ni terminar la frase.

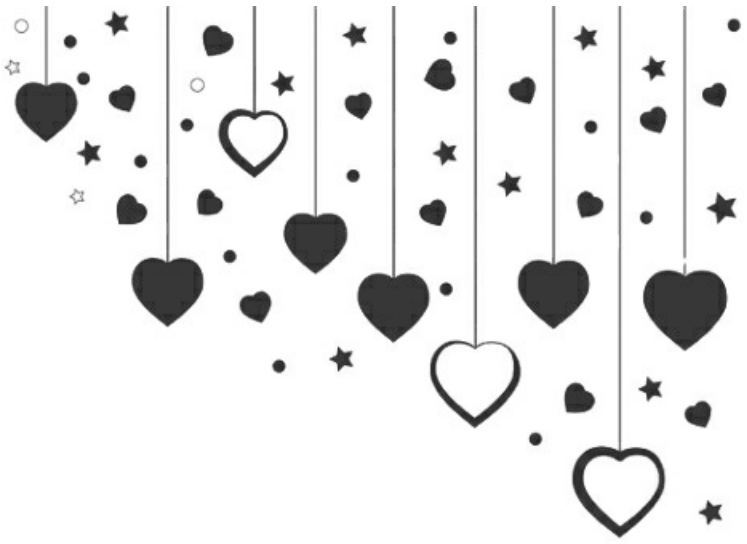
—Como me pongas una sola mano encima, el de la urgencia vas a ser tú.

Me echo hacia atrás, contengo la respiración y cierro los labios con fuerza. Me incorporo despacio, como si cada movimiento me pesara el doble. Su rechazo se clava en mi pecho, afilado y despiadado. Algo en mí quiere insistir, ayudarla a levantarse, pero lucho contra ese impulso. Ya he hecho suficiente daño.

Doy un paso atrás, luego otro. Cada uno es más difícil que el anterior. Finalmente, me doy la vuelta y me dirijo hacia el ascensor, sintiendo que dejo una parte de mí mismo tirada ahí en el suelo junto a ella.

Antes de entrar en la cabina, me detengo. No puedo evitarlo. La miro de nuevo. Charlotte está levantándose por su cuenta con esa testarudez que siempre la ha hecho más fuerte que nadie. Pero ahora… ahora también utiliza esa fuerza para alzar la muralla que ha levantado entre nosotros.

Cuando las puertas del ascensor se cierran frente a mí, me dejo caer contra la pared de acero. Estoy de pie, entero, pero por dentro estoy hundido. No importa lo que intente; parece que cada vez estoy más lejos de ella.



20
DANIEL

Llevo cinco minutos sentado en la sala de reuniones del área de Urgencias, y me ahoga la carga de tensión y enfrentamiento que ya alberga. Alrededor de la mesa redonda están los dos neurólogos, el Dr. Robert Evans y el Dr. Mark Taylor, y mi compañero de cardiología, el Dr. John Calloway, y yo. El informe del paciente descansa sobre la madera. La aorta del chico está al borde del colapso, pero su cerebro no está en mejor estado. Todos lo sabemos. Y, aun así, parece que vamos a necesitar horas para decidir qué salvar primero. El Dr. Taylor no se mueve de su postura y eso le ha llevado a tener un enfrentamiento directo con el Dr. Evans, que está con Calloway y conmigo. Son buenos compañeros y grandes amigos, pero cuando se enredan en un debate médico es mejor que no te toque cerca.

Evans sigue sin ceder ni un milímetro con Taylor. Y parece mentira que sea él, y no los dos cardiólogos que estamos en la sala, quien lidere los argumentos para priorizar la urgencia cardíaca.

—La aorta, no hay más. Si no la reparamos ahora, el paciente no tiene ninguna posibilidad. No es un debate, es una cuestión de supervivencia inmediata.

—El Dr. Evans tiene razón, Dr. Taylor —le sigo—. Debemos priorizarla. Y debemos hacerlo ya.

Mark entrelaza los brazos y levanta una ceja.

—Esto sí que es nuevo. Los dos grandes egos del hospital, juntos y de acuerdo. ¿Es por el espíritu navideño o debo preocuparme porque el Fin de Mundo está cerca?

Evans suspira, cabreado.

—Es simple lógica, algo que deberías intentar aplicar de vez en cuando.

—¿Lógica? ¿Qué demonios crees que estoy haciendo? ¡Es mi paciente!

—No estás siendo objetivo.

—Trato de determinar qué es mejor para su vida.

—No hay vida sin aorta.

—Y tampoco si tienes medio cerebro como una gelatina.

Intervengo.

—Dr. Taylor, el cerebro se puede tratar. La aorta, tal y como está, no.

—Disculpa, Dr. Hawke, pero el neurólogo soy yo.

—Te recuerdo que yo también soy neurólogo —responde, rápido, Evans.

—Ya decía yo que te conocía de algo —desdeña, Mark—. Pero te recuerdo que es mi paciente, no el tuyo.

—También lo he tratado. Conozco el caso.

—Conoces una urgencia. ¡Nada más!

Robert se cansa y lanza un ataque directo.

—¿Quieres que te pase una lista sobre cuestiones que deberías haber priorizado en el manejo de tu paciente desde que ha puesto un pie en Urgencias?

—Chicos, chicos, calma —interviene, rápido, Calloway—. Somos un equipo, no enemigos. Estamos aquí para salvar la aorta y el cerebro del paciente. Así que vamos a ello. ¿Quién está conmigo?

Taylor rueda los ojos.

—El *coach* oficial ha hablado.

—Dr. Taylor, no puedes seguir determinando la prioridad del ACV —insisto—. No entiendo tus razones.

—Pues yo te las explico, querido —ironiza—. No sé si te suenan de algo las funciones básicas como hablar, recordar o, ya sabes, *existir*.

Evans suspira, exasperado, pero mantiene su tono profesional.

—Sin flujo sanguíneo no hay cerebro. No entiendo por qué seguimos discutiendo esto.

Taylor se inclina hacia adelante, clavándole los ojos como si quisiera perforarle la frente.

—Porque lo que tú llamas *discusión* yo lo llamo evitar que dejemos vegetal a un chaval por falta de perspectiva. ¿Sabes lo que pasa si priorizamos la aorta y dejamos el cerebro para después?

—Infartos cerebrales masivos, edema cerebral y herniación—responde sin dudarlo—. Pero son posibilidades, no hechos.

—Claro, —vuelve Taylor con una mordacidad cortante—, siempre podemos confiar en que el polígono de Willis haga milagros, ¿no? ¿O los vas a hacer tú, listo?

Intervengo antes de que esto se convierta en un ataque más personal.

—Si la aorta cede, no habrá cerebro del que preocuparse. Ahora mismo, tenemos tiempo para poder tratarla.

Taylor gira la cabeza hacia mí con esa mirada que usa para destrozar residentes.

—¡Claro! Vamos a ignorar que cualquier manipulación quirúrgica de esa aorta implica alteraciones significativas. Porque, ¿qué es lo peor que podría pasar? Oh, espera, ¿quizás alterar

el flujo sanguíneo al cerebro? ¿Crear un bonito desfile de émbolos hacia arterias ya comprometidas? Sí, suena fantástico. Intervenir primero la aorta es como arreglar el tejado mientras la casa se está incendiando: muy impresionante, pero inútil si las llamas te consumen. Os pongáis como os pongáis, si intervenimos primero la aorta, le hacemos una invitación VIP a otro infarto cerebral. Convertiríamos ese daño potencial en un desastre neurológico.

Lo observo con una mezcla de paciencia y frustración.

—Lo tenemos claro, Dr. Taylor. Pero también sabes que no podemos tratar el ACV primero sin comprometer la aorta. Y sí, es cierto, eso implica riesgos para el cerebro, pero al menos habrá un paciente al que tratar después.

Taylor se endereza en la silla y señala las imágenes de la RMN proyectadas en su iPad.

—Vamos a ver si os queda claro. No estoy diciendo que ignoremos la aorta. Pero está contenida. ¿Lo veis? —Desliza el dedo sobre las imágenes—. No hay signos de hemorragia activa ni compromiso inminente. ¿Es una bomba? Sí. Pero ahora mismo no está explotando. En cambio, el cerebro de este chaval sí que está perdiendo terreno, y rápido. Hemiparesia derecha, afasia leve, alteraciones visuales… todo apunta a un compromiso severo en la arteria cerebral media. La RMN confirmó el infarto, y la angiografía cerebral mostró una obstrucción causada probablemente por un émbolo desprendido de la aorta. Si no actuamos en las próximas horas, el daño será irreversible.

—Taylor, lo sabes tan bien como yo —me repito—: si la aorta cede, no habrá cerebro del que preocuparse.

Mark suelta una risa breve, cargada de sarcasmo.

—Mira, Dr. Hawke, si arreglamos esa aorta primero, estás pidiendo al cerebro que sobreviva sin flujo adecuado durante la cirugía. ¿Y luego qué? El crío podría quedar vegetativo. ¿De verdad quieres ser tú quien explique eso a los padres? Su hijo tiene una aorta monísima. Eso sí, le van a tener que atar los cordones de los zapatos el resto de su vida. Y la baba que le cuelga, no se preocupen, ya se acostumbrarán.

—¿Y qué propones? —demandó cortante, porque hasta ahora ni siquiera ha planteado el procedimiento quirúrgico.

—Usamos trombectomía mecánica. Nada de anticoagulantes sistémicos. Es un procedimiento localizado y efectivo, especialmente si lo hacemos dentro de la ventana de seis horas. Mientras tanto, monitorizamos la aorta como si fuera un halcón. Si da signos de ruptura, cambiamos de plan en el acto.

Levanto una ceja.

—¿Y si la disección progresa durante la trombectomía?

Taylor me mira, implacable.

—Entonces intervenimos. Pero al menos habremos ganado algo de tiempo para el cerebro. De lo contrario, da igual lo buena que sea vuestra sutura en la aorta: será un cadáver funcional.

Calloway, que ha estado escuchando en silencio mientras miraba su tablet, carraspea para captar nuestra atención.

—¿Y si no tuviéramos que elegir?

—¿Te has perdido, John? ¡Aquí! ¡La Tierra! ¡Nueva York! —le fustiga Taylor.

Pero él, sin perder su calma habitual, argumenta:

—Hablo de una intervención combinada.

—¿¡Qué dices!? —se escandaliza Mark.

Gira su tablet hacia nosotros y nos muestra el artículo que estaba leyendo.

—En el Mount Sinai tuvieron un caso de un paciente con disección aórtica aguda y un ACV confirmado. No tenía síndrome de Marfan, pero eso ahora mismo no afecta. Utilizaron dos equipos quirúrgicos: uno reparó la aorta y el otro se encargó de proteger la perfusión cerebral. Fue una intervención con anestesia general y monitorización cerebral constante.

Evans frunce el ceño.

—¿No se intervinieron directamente las arterias cerebrales?

—No —responde Calloway—. Repararon la disección mientras aseguraban un flujo cerebral estable. La clave estuvo en mantener el equilibrio hemodinámico y prevenir nuevos émbolos durante toda la cirugía. Fue un éxito, pero no te voy a mentir: es extremadamente complejo.

Robert y yo intercambiamos miradas. Sé lo que está pensando. Esto suena como algo que puede salir terriblemente mal, pero es la mejor opción que ahora mismo tenemos para ese chico. Al menos, da esperanza a los dos órganos.

—Pero para eso necesitaríamos control absoluto de la presión arterial durante todo el procedimiento —planteo—. Cualquier variación súbita podría agravar tanto la disección como el daño neurológico.

—Exacto —Calloway asiente—. Por eso el anestesiólogo jugó un papel crítico. La presión arterial estuvo bajo control estricto. Hubo que ajustarla en tiempo real para mantener la perfusión cerebral sin sobrecargar la aorta.

Taylor no tarda en saltar con su habitual mordacidad.

—¡Pan comido! Controlar un sistema circulatorio que ya está al límite, mientras evitamos un infarto cerebral y reparamos la aorta. Seguro que hasta un estudiante de primer año podría hacerlo.

—Taylor, nadie ha dicho que sea sencillo —responde Calloway con calma—. Pero es posible. Y con este chaval, tal vez sea nuestra mejor opción.

—¿Y cómo piensas manejar los riesgos de émbolos durante la reparación aórtica? —dispara, porque esa es la piedra angular de toda la discusión.

Calloway asiente, como si esperara la pregunta. Avanza unas páginas y agranda el texto de esa pantalla.

—El equipo del Mount Sinai usó un filtro arterial durante la cirugía. Ayudó a atrapar cualquier fragmento que pudiera soltarse de la aorta y prevenir que alcanzara el cerebro. Además, la monitorización transcraneal les permitió ajustar el flujo cerebral en tiempo real.

Evans se cruza de brazos. En su mirada veo que ya está dibujando ese procedimiento en su mente. Pero a mí me preocupa otra cosa:

—¿Y los resultados? ¿El paciente recuperó sus funciones?

—Con mínimas secuelas neurológicas —responde Calloway—. Nada es perfecto, pero estamos hablando de evitar lo peor: una ruptura aórtica o un daño cerebral irreversible. Si nos coordinamos bien, puede funcionar.

Taylor deja escapar una risa breve, cargada de sarcasmo.

—Por supuesto, porque todos nosotros somos expertos en cirugías dobles de este tipo, ¿verdad? —Nos mira, uno por uno—. Nadie en esta sala lo ha hecho antes. ¿Sabéis lo que significa? Lo primero que tenemos que encontrar es un anestesiólogo suicida que se quiera tirar del puente con nosotros. Y, si lo encontramos, necesitamos la aprobación de la Dra. MacKallister, y, por supuesto, del Comité Ético. Esto no es algo que podamos decidir aquí entre cuatro cafés y miradas intensas. Y además, están los padres. ¿Cómo planeáis explicarles que vamos a realizar un procedimiento experimental en su hijo? Porque, honestamente, yo no estoy

del todo convencido de que esto sea lo mejor.

Evans no tarda en responder.

—Yo estoy de acuerdo.

—Yo también —le sigo.

Calloway se une enseguida.

—Creo que es la mejor opción.

—¿¡Estáis locos!?

Es Evans el que le plantea la situación con crudeza.

—¿Qué prefieres, Dr. Taylor? ¿Un paciente muerto o un procedimiento con posibilidades?

Taylor lo mira con frialdad.

—Prefiero que las cosas se hagan bien. Esto no es un concurso de héroes, Robert. Es la vida de un chaval...

—De un paciente —insiste él.

—Tú y tu maldita frialdad profesional.

—No se trata de frialdad, Mark —exclamo en defensa de Evans—. O establecemos distancia o no actuaríamos en la mayoría de las ocasiones.

—Esa distancia salva vidas. Lo sabes —se une Calloway.

—¡Qué profesionales soy todos! Y como me gusta que lo tengáis tan claro —ironiza—. Pero yo no estoy tan seguro. Y si yo no estoy convencido, ¿cómo creéis que voy a convencer a los padres?

—Es la mejor opción que tenemos —respondo, firme—. Y, si no actuamos ahora, no habrá nada que salvar.

Taylor me mira durante un largo segundo. Está empezando a valorarlo por primera vez.

Calloway suspira.

—Entonces, qué, Mark. ¿A por ello?

—No lo sé. Dadme unos minutos.

—Dr. Taylor… —intento hablar. Pero él me interrumpe cabreado.

—¡Unos minutos, Dr. Hawke! ¡Y solo! Así que largaos de aquí. Si esto sale mal, seré yo quien tenga que mirar a los padres a la cara para decirles por qué fracasamos.

—Y si sale bien, serás tú quien se lleve todo el mérito —replica Evans, con ironía.

—Por supuesto. Eso ni lo dudes.

Nos levantamos pesarosos de nuestros asientos y, en silencio, nos dirigimos hacia la salida. La puerta se cierra tras nosotros con un leve chasquido, y dejamos a Mark en la sala, sentado frente a sus pensamientos, con los codos sobre la mesa y las manos entrelazadas frente a su rostro. A través del cristal, puedo ver cómo su mirada se pierde en el expediente del paciente. Sus dedos, además, tamborilean con un ritmo nervioso, un gesto inusual en él. Entiendo su preocupación. Es su paciente, su responsabilidad, y le estamos pidiendo que acepte un procedimiento experimental que, aunque sea nuestra mejor opción, conlleva un riesgo inmenso. Nadie quiere cargar con ese peso.

—Mark necesita tiempo —dice John, ajustándose la bata mientras caminamos por el pasillo. Su tono es conciliador, como siempre. Pero a mí me preocupa otra cosa.

—Tiempo que no tenemos.

Robert resopla suavemente.

—Mark cederá. Ya lo conocéis. Es cabezota, pero no irresponsable. Solo necesita cuadrar las piezas en su cabeza y convencerse de que esta es la mejor opción. Y lo es. —Su mirada se

posa un segundo en mí antes de añadir, con cierto filo—: Aunque me preocupa más lo que opine MacKallister. Sabemos cómo le gusta complicarnos la vida.

—Eso no será un problema —interviene John—. Mientras sigamos el protocolo y tengamos todo listo, no puede decir mucho. Pero el Comité Ético sí que puede liárnosla. Espero que no duden en darnos su apoyo.

—Lo tendremos —respondo, seguro—. Pero necesitamos a Mark a bordo para presentar un frente unido. Si hay dudas en nuestro equipo, las percibirán.

Robert asiente.

—Es cuestión de tiempo. Y Hawke, aunque sé que no es tu fuerte —continúa con una sonrisa irónica—, vamos a necesitar un poco de paciencia.

—Claro, Evans. Y yo puedo intentar tener paciencia si tú intentas dejar de ser tan… tú.

Robert, divertido, arquea una ceja.

—Eso sería un milagro quirúrgico.

—Perfecto, entonces estás en el lugar indicado.

—Chicos, —nos reprende John—. Sabemos que esto puede funcionar. Pero para eso, todos tenemos que estar a una.

Robert zanja el tema y saca su teléfono, mientras ya camina.

—Voy a avisar a Olivia de que no me espere despierta.

John asiente y hace lo mismo.

—Y yo a Annie.

Ambos se alejan, sumidos en sus propias llamadas. Me quedo inmóvil un momento, observándolos. Dos hombres con vidas construidas, con mujeres que entienden y comparten este caos que llamamos trabajo porque ellas mismas lidian con él día a día desde sus propios puestos. Me atraviesa una punzada de envidia, de vacío, y pienso en Charlotte; siempre en Charlotte. El golpe, su caída, la forma que tuvo de apartarme, como si mi mera presencia fuera un peso más que no está dispuesta a cargar.

Antes de darme cuenta, mi mano busca el teléfono en el bolsillo. Necesito llamarla, solo para asegurarme de que está bien, para cumplir con una cortesía mínima. Pero, sobre todo, porque necesito escuchar su voz, aunque sea para confirmarme que no quiere saber nada de mí.

Tomo aire y pulso su contacto. El tono ni siquiera llega a sonar. La llamada se corta al instante. Frunzo el ceño y reviso la pantalla. Miro la cobertura. Completa. Lo intento de nuevo. Nada. Se apaga otra vez. Vuelvo a intentarlo. Una, dos, tres veces. Mismo resultado. Miro la barra de señal en la esquina de la pantalla. Perfecta. Ni un fallo.

Algo no encaja.

—¿Estás llamando a Charlotte? —me susurran a la oreja.

La voz de Robert me golpea como un jarro de agua fría. Giro mi rostro y lo veo ahí, pegado e inclinado por encima de mi hombro, y leyendo en la pantalla el contacto; como no, con esa maldita sonrisa burlona que lo hace insoportable.

—¿Qué? ¡No! —La negación me sale automática y escondo el móvil en mi bolsillo, como si eso pudiera borrar lo que acaba de ver.

—¿No?

—Bueno, sí. Pero no es lo que crees.

—¿Y qué pasa, entonces?

—No pasa nada. ¿Por qué no te metes en tus asuntos?

—Cuéntame, venga. Mark no me ha actualizado la información desde hace días.

John nos alcanza y lee la tensión en mi rostro.

—¿Qué sucede?

Robert no pierde el tiempo y, como un crío, canturrea:

—Daniel está llamando a Charlotte.

—¿Qué Charlotte?

—Cunningham, de tu departamento.

—¡Joder, Robert! —gruño , furioso. Y él, como respuesta, sonríe con suficiencia.

Miro a John, que parpadea, aunque lo hace claramente divertido.

—Es verdad, Daniel. Algo me ha llegado. ¿Qué pasa con ella?

—No pasa nada —reitero con rabia—. Es solo que hemos tenido un accidente —me apresuro a explicar—. Me la llevé por delante antes de venir aquí y creo que le hice daño en el cuello. Solo quiero saber cómo está, nada más.

—¿Solo eso? —Robert arquea las cejas dos veces. Capullo.

—Sí, Robert. Solo eso.

—Ya sabes, John, solo eso —repite, mordaz.

John deja escapar una carcajada y me golpea el hombro con cierta camaradería.

—No te preocupes, Daniel. Tu secreto está a salvo conmigo.

—¿De qué vais? ¡Solo estoy preocupado por ella!

—Por supuesto —responde Robert, con una sonrisa cargada de malicia—. Es solo una pequeña preocupación… profesional, ¿verdad?

—Exacto. —Les lanzo una mirada de advertencia, pero eso solo parece divertirlos más.

John insiste.

—¿Entonces? ¿Qué te ha dicho? ¿Está bien?

—No… lo sé.

—¿La has llamado o no?

—Sí, pero no da señal.

—¿No da señal? —se ríe Robert.

—Ni siquiera da el primer tono. Se corta al instante.

—Oh, Dios… —susurra.

—La cobertura.

—No, Daniel, no es la cobertura.

—Este hospital tiene zonas muertas por todas partes. No es la primera vez que pasa.

Evans entorna sus ojos azules y su voz se tiñe con un velo de ternura.

—Te ha bloqueado, tío.

—¿Qué? ¡No! —Sacudo la cabeza con vehemencia.

—¿Habéis discutido? —pregunta John.

Y yo me lío.

—No… O sea, sí… Bueno, no discusión, pero… Charlotte nunca me bloquearía.

John suelta una risa suave.

—Suena a bloqueo —añade, como quien confirma un diagnóstico clínico.

—No, no… Imposible. —Saco el teléfono del bolsillo y, nervioso, lo sostengo en mi mano—. Charlotte no haría nada de ese estilo. Ella no es así —reitero.

—Hawke, —suspira, Robert, dramáticamente—, créeme, sé de lo que hablo. Olivia me tuvo bloqueado durante semanas.

—Annie también me lo hizo —confiesa John.

El peso de la evidencia me cae encima como una losa. Trago saliva e intento controlar el nudo que me sube por la garganta.

—No… no puede ser… —murmuro, casi sin voz.

—Haz una cosa —propone Robert, con esa sonrisa irónica que me dan ganas de borrar de un puñetazo—. Mándale un mensaje por WhatsApp. A ver qué pasa.

Mi pulgar ya está moviéndose antes de que pueda pensarlo. Abro la aplicación y busco su nombre. La ventana de chat aparece, pero algo no está bien. Ya no puedo ver su foto de perfil. Mi pecho se hunde, el aire se me escapa y el peso de la evidencia me golpea como una tonelada de ladrillos.

Escribo un «hola», un simple «hola». Lo envío, pero no llega. Se queda con un único check muerto y en tierra de nadie.

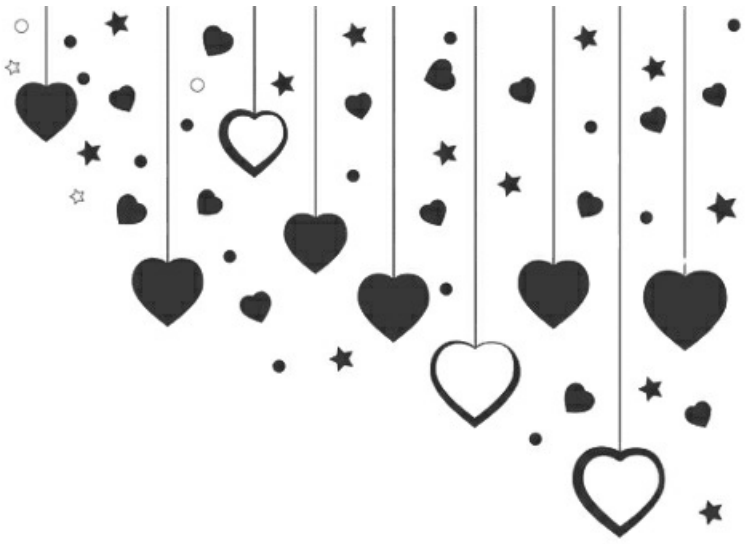
Robert pone una mano en mi hombro y me sacude ligeramente, como si intentara animarme.

—Bienvenido al Club, Daniel. Es una mierda. Así que reza para que se le pase pronto el cabreo.

—No… no…

Apenas puedo hablar y mis dedos, temblorosos, son incapaces de sostener el teléfono.

No puedo decir nada. Ellos ríen, despreocupados, como si esto fuera una broma más entre amigos, pero yo no puedo seguirles. Mis ojos permanecen fijos en la pantalla, atrapados en el vacío donde antes estaba su imagen. Esa ausencia pesa más que cualquier palabra, más que cualquier burla o intento de consuelo. Es un silencio que se clava profundo, más hondo de lo que me atrevería a admitir.



21
DANIEL

Mark sale de la sala con expresión grave, pero resuelta. Ya lo ha decidido. La intervención doble se hará.

Salimos al área principal de Urgencias juntos, con ese silencio espeso que solo ocurre cuando todos estamos procesando lo que acaba de acordarse. El murmullo del hospital —monitores, timbres, voces al fondo— parece aún más presente cuando nadie dice nada. Seguimos caminando hacia el control, donde una residente discute con el coordinador. Al fondo, las puertas batientes de una sala se abren y cierran con rapidez.

Mark es el primero en romper el silencio, con su tono clínico y directo:

—Bien, ¿quién habla con MacKallister? —Su tono anticipa su propia resistencia a encarar ese marrón.

—¿Cómo que quién habla con ella? Vas tú —respondo enseguida.

Mark ladea la cabeza y me fulmina con la mirada.

—¿Perdona?

—Es tu paciente. Tu responsabilidad.

—Efectivamente —me sigue Robert—. Y además, ya sabemos lo persuasivo que puedes llegar a ser cuando te lo propones.

Mark entrecierra los ojos.

—¿Persuasivo? ¿Con MacKallister? ¿En qué universo paralelo?

—En este no —responde Robert con sarcasmo—. Pero, como te ha dicho Hawke, es tu paciente.

—Perfecto. Y cuando empiece a preguntar por riesgos cardiovasculares, ¿quién se lo explica?

—Precisamente por eso deberías llevar a un cardiólogo contigo —sigue Evans, y me clava la mirada. Pero parece que Mark tiene otra idea en mente, cuando posa los ojos en John.

Mi compañero levanta las manos en su defensa.

—¿Yo? No, no. Que vaya Hawke. Tiene más experiencia en disecciones.

—¿Ah, sí? —respondo, y me cruzo de brazos—. Tú no, ¿verdad?

—Tú eres el especialista en aortas, Hawke. Yo solo voy a ser tu cirujano asistente. Lo mío es la Cardiología intervencionista y los procedimientos mínimamente invasivos.

—Pero tú eres el que lo ha propuesto.

—Sí, pero tú tienes claro lo que hay que hacer, ¿no?

—¿Eres cardiólogo o te has cambiado a Dermatología sin avisar?

Mark, exasperado, alza ambas manos.

—¡Por Dios! Sois como niños, escondiéndoos de la *profe*.

—¡Mira quién habla!

— ¿Y si vais los dos? —propone Evans.

—¿Los dos?

—Es eso o seguir viéndoos jugar al ping-pong con la responsabilidad.

Mark zanja la discusión:

—Mira, ya está. Vamos los cuatro.

—¿Los cuatro? —me quejo.

—Efectivamente —se impone Mark—, como una Boy Band, sí. —Y bufa de forma sonora para todos—. A ver si, al menos, podemos colaborar con los argumentos y no nos matamos entre nosotros antes de entrar. —Y nos señala a Evans y a mí—. Sobre todo vosotros dos.

—No prometo nada —responde Robert.

—Ni yo.

Robert me sonríe de lado.

—Ahora, lo importante —sigue Taylor—. ¿A quién queremos en Anestesia?

Evans se adelanta como un rayo.

—Adler.

—¿Y qué tiene Adler que no tengan otros? —cuestiono.

—Es preciso, calculador, impecable y es Neuroanestesista —exclama Robert—. Si vamos a monitorizar el cerebro durante toda la intervención, necesitamos a alguien que pueda leer hasta la más mínima variación en la perfusión cerebral sin pestañear.

—Prefiero a Heather Kim —rebato yo, sin ceder ni un milímetro—. Ha manejado disecciones aórticas de alto riesgo sin perder un solo paciente en todo el año. Controla la hemodinámica como nadie y sabe mantener la presión estable en situaciones críticas.

—Sí, pero no está tan familiarizada con casos neurológicos complejos —retruca Robert, entrecerrando los ojos—. Adler tiene más experiencia con monitorización transcraneal y tiempos de oclusión cerebral. Necesitamos a alguien que pueda anticiparse a edemas y microembolismos.

—¿Y Adler con aortas inestables? —replico, frunciendo el ceño—. ¿O vas a explicarle tú

cómo manejar un clampado sin mandarnos al paciente al suelo?

—Adler puede manejar la perfusión cerebral mejor que Kim, y lo sabes. La prioridad es no dejar secuelas neurológicas permanentes. Estamos hablando de un ACV activo.

—La prioridad es que la aorta no se desgarre en la mesa. ¿O piensas que un cerebro perfectamente perfundido le servirá de algo si el resto de su sistema circulatorio colapsa? —cuestionó a Evans directamente, incapaz de contener la frustración—. No es solo cuestión de monitorizar. Necesitamos a alguien capaz de maniobrar bajo presión cuando la aorta esté abierta y cada segundo cuente.

—Si no tenemos un anestesista que sepa leer un EEG como un mapa, da igual lo intacta que quede su aorta. No estamos priorizando un órgano sobre otro. Estamos priorizando al paciente completo.

—¿Y tú crees que Adler puede manejar la presión de una doble intervención cuando la aorta esté clampeada? ¿O se va a quedar paralizado en cuanto los niveles de hemoglobina empiecen a caer?

Mark suspira con pesadez, mientras se apoya en el mostrador del control de enfermería. Alguien ha dejado un café medio vacío junto al ordenador y, por la forma en que lo mira, parece considerar si merece la pena robárselo.

—En serio, chicos. Bajad el nivel de testosterona. Es como ver un maldito anuncio de desodorante.

—No es un debate de egos —responde Robert con fingida indignación—. Es una discusión técnica sobre quién puede manejar mejor la situación.

—Ya. Lo que tú digas. —Taylor levanta las manos con dramatismo—. Que alguien me avise cuando termine el concurso de a ver quién tiene la subespecialidad más grande.

John, más calmado, intenta zanjar el asunto.

—Podríamos llamar a los dos. Que ambos evalúen la situación y trabajen juntos. Lo que menos necesitamos ahora es más debate.

—Gracias, Dr. Calloway, por recordarnos que todavía hay alguien aquí que actúa como un adulto —masculla Mark.

Robert sonríe con suficiencia.

—Bueno, algunos tienen más dificultades que otros, ¿verdad, Hawke?

—Tranquilo, Dr. Evans, tu narcisismo es funcional cuando llevas la bata puesta.

—¿Terminasteis ya? —gruñe Mark—. Tenemos un paciente en estado crítico, por si lo habíais olvidado.

Pero ya no le escucho. Mi mirada se va más allá y se clava en ella, como si el resto del pasillo hubiera desaparecido.

Charlotte.

El abrigo negro cubriéndola.

El pelo recogido de cualquier manera.

Demasiado pálida.

Demasiado agotada.

Demasiado frágil.

Y con un collarín blando rodeándole el cuello como una pista evidente de lo que ha pasado.

El golpe que siento en el pecho es tan físico que me tengo que recordar cómo respirar. El estómago se me encoge, los músculos se me tensan y el bullicio del hospital se convierte en un

murmullo sordo. Todo se difumina. Todo, menos ella.

—Mierda.

—¿Y ahora qué? —exclama Mark de malas maneras. Incluso me mete el codo en el costado para despertarme. Y lo hago, sí. Pero solo para ponerme en marcha.

—Id yendo. Enseguida os alcanzo.

Troto hacia Charlotte con el pulso martilleándome las sienes.

Ella avanzaba despacio, con ese collarín blanco oprimiéndole el cuello y la barbilla alta, rígida, como si mantener la compostura fuese lo único que la mantiene en pie. Pero la conozco demasiado bien. No es solo el dolor físico. Hay algo en la forma en que camina, en esa tensión contenida, cada paso calculado, como si hasta respirar le doliera. Como si intentase no llamar la atención cuando todo en ella grita lo contrario. Cada paso, cada respiración forzada, parece un esfuerzo titánico.

Cuando estoy lo bastante cerca, su nombre me escapa de los labios:

—Charlotte.

Ella se gira demasiado rápido, por instinto, y el gesto se le congela al instante. Aprieta los labios y cierra los ojos con un espasmo de dolor.

—Ey, cuidado… —Doy un paso hacia ella y alzó las manos, aunque sin llegar a tocarla. Quiero hacerlo. Siento esa necesidad brutal de asegurarme de que está bien. De acariciarla, de cuidarla. Pero sé que no es lo que ella desea. De hecho, retrocede al instante para evitar que la toque.

—Estoy bien —Su voz es áspera, tensa, cortante.

—No, no lo estás.

—Sí, lo estoy.

—Charlotte…

—Daniel, por favor.

Y ese *por favor* no es un ruego. Es una barrera. Un *no sigas*.

Me paso una mano por el pelo, frustrado. No puedo dejarlo así.

—¿Qué ha pasado?

—Me he contracturado el cuello.

—¿Ha sido por el golpe? ¿Cuando hemos chocado?

—No —ironiza enseguida—. Ha sido cuando intentaba hacer el pino puente. Me he resbalado con las manos. La edad no perdona.

—Charlotte… —la suplico, sin saber ya ni qué decir—. Lo siento. Lo siento de veras.

Aparta la mirada y niega con la cabeza, como si la disculpa le doliera más que el golpe. Está al borde de romperse.

—Me voy, Daniel. Quiero llegar a casa y pasarme los tres días que me han dado de baja durmiendo con los relajantes musculares, a ver si, además de acabar con el dolor, termino con todo lo que no debería ocupar más tiempo de mi vida.

Sin más. Directa, como una cuchilla bien afilada.

—Charlotte, fue un accidente, no quise hacerte daño.

—Lo sé, pero al final me lo has hecho.

Y no puedo evitar que mi pecho se comprima al leer el mensaje velado de esas palabras.

—Déjame ayudarte —mi voz es un ruego, apenas un susurro. Mi última rendición.

—No puedes hacer nada. O, bueno, sí. ¿Sabes de qué modo me puedes ayudar? —Me preparo para la siguiente daga—. Dejándome en paz.

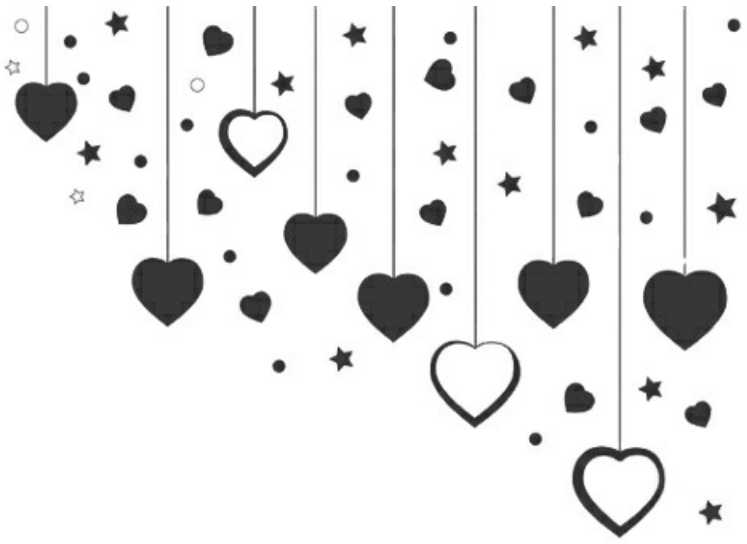
La dureza de su tono no encaja con lo que me transmiten sus ojos. No es rabia lo que leo.

Es el dolor de alguien que se está rompiendo. Charlotte se está desmoronando, pero no me deja sostenerla. Y eso… Eso es lo que más duele.

—Adiós, Daniel.

Y se va. Me quedo ahí, quieto, en mitad de ese pasillo sin perderla de vista, hasta que gira la esquina y desaparece. Y aun así, sigo mirando, como si pudiera traerla de vuelta solo con desearlo lo suficiente.

El eco de sus pasos se disuelve en el aire y me deja solo con este vacío que se instala en mi pecho, con este peso insoportable que me hunde. Me encantaría pensar que, algún día, en algún momento, volverá a mirarme como antes. Pero tengo claro que no. Hoy, Charlotte me ha cerrado la puerta. Y me temo que es para siempre.



22
CHARLOTTE

Tres días.

Setenta y dos horas.

Cuatro mil trescientos veinte minutos.

Doscientos cincuenta y nueve mil doscientos segundos desde que un narcisista emocional con complejo de superhéroe y alma de protagonista de serie médica me embistió en el pasillo del hospital como si estuviéramos en un crossover épico entre *Urgencias* y *Anatomía de Grey*. Todo muy dramático, con mi cuerpo cayendo al suelo a cámara lenta y Daniel con esa expresión de horror grabada en la cara; que, ahora que lo pienso, igual era más *The Good Doctor*. Resultado: contractura cervical, baja médica y un collarín blando, que no solo es incómodo, sino que me hace parecer la prima lejana y ligeramente amargada de Frankenstein. O una lámpara de salón. Depende del ángulo.

Por supuesto, nada de esto sería tan humillante si no estuviera acompañando a mi nuevo look con un estado mental digno de un telefilm de domingo por la tarde. A estas alturas, mi único logro vital ha sido conseguir tumbarme decentemente. No te creas. Me ha costado horrores salir del embotellamiento con *pose de cuello rígido supina* en el sofá, porque, por lo visto, si giraba tres grados hacia la izquierda, mi trapecio decidía declararse en huelga general y lanzar un

piquete de dolor directo al cerebro.

Y aquí estoy, después de tres días. Es cierto, estoy bastante mejor. Ya no tengo la movilidad de un Playmobil, pero aún me quedan rastros del glamour de un extra de *The Walking Dead* y la moral enterrada en la fosa de las Marianas. Y, encima, pensando en él.

Tres días sin verlo.

Tres días sin escuchar su voz.

Tres días sin que ni siquiera haya intentado ponerse en contacto conmigo.

Y yo debería estar bien contenta con eso, ¿eh? ¡Mejor que bien! Debería estar celebrando este triunfo con una copa de vino blanco (que, por cierto, no puedo beber por culpa de los relajantes musculares, así que mi nivel de frustración está en máximos históricos). Porque, seamos sinceras, esto es lo que quería, ¿no? Espacio. Distancia. Olvidarme de su cara perfecta, de su estúpido aroma que me traslada a la imagen de un bosque después de la lluvia y de ese maldito pecho que parece esculpido a martillazos por los dioses nórdicos del CrossFit en su día de máxima inspiración.

Y sin embargo, aquí estoy, enterrada bajo una manta peluda con los restos de las chocolatinas de anoche, las lágrimas secas de mi dignidad, y un aroma a suavizante de marca blanca que prometía lavanda, pero que ahoga a química.

¿Y si lo que de verdad necesito no es un collarín sino un exorcismo? Porque ¿qué clase de brujería es esta que me tiene dando vueltas a su recuerdo, con banda sonora de Taylor Swift incluida? Y no de las canciones optimistas, no. Estoy en modo *All Too Well*, versión de diez minutos, con los violines y el trauma emocional a todo volumen.

¡Es absurdo!

¿Será un efecto secundario de los relajantes musculares o realmente me han poseído los fantasmas de mis decisiones románticas fallidas? Lo peor es que ni siquiera puedo echarle la culpa al collarín. Porque el dolor de cuello, después de estos tres días, es bastante soportable comparado con este agujero demoníaco y palpitante que tengo en el pecho.

Mi plan de recuperación era simple. Infalible. A prueba de bombas sentimentales:

PRIMER PASO:

Tumbarme como una morsa drogada por los relajantes musculares y dejar que la química hiciera su trabajo.

Objetivo: mínimo movimiento, cero pensamientos profundos y un estado de letargo digno de documental de la Segunda Guerra Mundial.

SEGUNDO PASO:

Evitar todo contacto humano, excepto con el repartidor del Starbucks de la esquina, que ya ha dejado de preguntarme mi nombre. Ahora simplemente deja el frappuccino venti —con todo el azúcar que permita la ley—, me dedica una mirada de lástima y se va. Sospecho que cree que soy una acumuladora de tazas de plástico con problemas emocionales. No va desencaminado.

TERCER PASO:

Ver todas esas series que siempre dejo a medias.

Resultado: fracaso absoluto.

Empecé cinco y no he pasado del segundo capítulo de ninguna. Entre otras cosas porque me quedo dormida a los diez minutos. Ayer me desperté convencida de ser una detective victoriana, cazadora de fantasmas, con corsé, lupa y un acento escocés tan forzado que hasta

William Wallace habría gritado *¡Libertad!* solo para librarse de escucharme. Y ni siquiera era parte de la trama de lo que estaba viendo. Creo.

Y el más importante:

PASO CUATRO:

Olvidarme de Daniel.

No pensar en su cara.

Ni en su voz.

Ni en cómo dice mi nombre con esa maldita intensidad que parece una escena eliminada de *Orgullo y Prejuicio*.

Ni en cómo se alteran mis poros cada vez que me roza.

Ni en sus labios cálidos y seductores.

Ni, por supuesto, en la forma en la que me miró la última vez, cuando intentó acercarse y yo… *Dios*… Yo fui tan borde que hasta el collarín se sintió incómodo.

Resultado: De pena.

He intentado leer. Mal. Probé con un libro de autoayuda que, no sé por qué razón, me regaló mi amiga Sophie. El título: *Sanar el corazón roto en diez pasos*. Apuntaba fuerte, la tía; como una pitonisa de Williamsburg, en Brooklyn. Pero el primer capítulo era 'ACEPTA TU DOLOR', y yo, sinceramente, lo que quiero es meter ese dolor en un tarro de cristal, etiquetarlo como *biohazard* y lanzarlo al Hudson a ver si se lo come Godzilla.

Y luego está el hecho de que todo vuelve a él. A recordar cómo me miraba cuando me dijo *lo siento* en mitad de Urgencias. A esa forma en la que sus ojos me buscaban, oscuros, vulnerables, como si quisiera sostenerme, repararme, recomponer las grietas que él mismo había abierto. A cómo me sonreía, con una mueca rota, imperfecta, como si al hacerlo quisiera demostrarme que aún quedaba algo hermoso entre tanto desastre, y que tal vez —solo tal vez— podríamos salvarnos. A los días previos, en los instantes antes de besarme, cuando su aliento rozaba mi piel y parecía contener la respiración, como si ese microsegundo, frágil y suspendido en el tiempo, fuera todo lo que le quedaba. A la última noche que me hizo el amor, lento, suave, casi reverente, como si cada caricia fuera una disculpa, una súplica muda, una forma desesperada de decir *te amo* sin palabras.

Menuda mierda.

Porque sigo aquí, sin superar nada y dándole vueltas a todo; aferrándome a esos recuerdos como si pudieran cambiar algo, como si no dolieran tanto; cómo si el hecho de llevar tres días sin saber nada de él no me afectara.

¿Que no me ha llamado? Vale. Lógico. Yo bloqueé su contacto. Lo sé. Soy la única causante de interrumpir la línea telefónica que nos unía. Además, le dije que me dejara en paz. Pero, a una parte de mí le hubiera gustado que hubiese insistido. A ver, no espero un Heathcliff obsesionado y torturado, hasta niveles tóxicos. Ni un Edward Cullen vigilando mi ventana de madrugada. ¡Mira, tú, qué repelús! Pero un intento menos fantasmagórico con un mínimo de insistencia dramática no le habría matado.

«No sé, quizá llamarme desde otro número, pulsar mi telefonillo, como hizo hace semanas, lanzar piedras desde la calle a mi ventana; proyectar un ‘PERDÓNAME, CHARLOTTE’ con luces LED gigantes desde un dron o alquilar uno de esos cañones láser de conciertos, para que mi nombre parpadease en el techo de mi dormitorio, y yo lo viese en mitad de la noche cuando despertase de una pesadilla; o contratar un coro góspel que entonara *I Will*

Always Love You bajo mi balcón; o, qué sé yo, tallar un maldito *LO SIENTO* en la Estatua de la Libertad con fuegos artificiales. ¡Tampoco pido tanto!».

Por otro lado, Anthony, el metomentodo oficial del Universo, ha decidido que mi drama sentimental es su misión de vida. Y claro, como buen héroe sin capa (pero con una falta total de límites), ha pasado los últimos dos días acosándome telefónicamente con la intensidad de una suegra ofendida.

Como lo tengo bloqueado, ha tirado de conspiración conyugal. El muy genio ha decidido llamarme desde el móvil de Hanna, como si eso fuera a engañarme. Por lo visto, los matrimonios ahora comparten teléfonos como si fueran calcetines. O almas. Romántico y asfixiante a partes iguales.

Primera llamada: Ignorada.

Fácil. Profesional. Digna de un Oscar a la indiferencia. Si tengo a Hanna dentro de los contactos, es fácil sacar conclusiones de quién está al otro lado.

Segunda: Ignorada de nuevo, con un elegante susurro al aire: *¡Vete al cuerno, Anthony!*

Tercera: Ya harta, contesté solo para colgarle en la cara. Y sí, lo hice con la satisfacción de una diva de telenovela. *Clic seco y dramático.*

¿Y creéis que eso lo detuvo? *¡JA!*

Cuarto intento: No, aquí ya se superó. Me envió un audio de seis minutos. ¡Seis minutos! ¿Y para decir qué? Primero, la pregunta mamporrera: ¿Qué tal tu cuello? Y, después, los reproches: Que Daniel lo está pasando fatal, que si soy injusta, que si sabes que te ama de verdad, que si está loco por ti, que si es el hombre de tu vida, que si lleva años enamorado en silencio; que si mira el sacrificio que hizo cuando nosotros dos estábamos saliendo, callar y aguantar su dolor, solo para respetar tu decisión y cuidarte…

Ahí fue cuando sentí que mi garganta se estrechaba y mis ojos enjugaban unas lágrimas no bienvenidas. No llegué al final. Cerré el teléfono y lo metí debajo de un cojín.

Y no, no ha servido de nada porque la parte masoquista y ridículamente enamorada, quiere escuchar ese audio hasta el final. No lo voy a hacer. No, os lo aseguro, porque me conozco. Y si lo hago, lo siguiente será desbloquear a Daniel (a Anthony, no) y abrir su WhatsApp.

Y luego buscar su foto.

Y luego recordar cómo me miraba.

Y después… Después estaré llorando como una idiota, mientras me como los Choco Krispies de Kellogg a puñados. Y NO. PIENSO. HACERLO. (Otra vez).

«Mantente firme, Charlotte. Como una roca. Una roca emocionalmente inestable y con un collarín, pero una roca».

Porque sí, lo tengo claro. No necesito a Anthony para saber que Daniel está sufriendo. Lo sé. Lo siento en cada maldito latido. ¿Pero yo qué? ¿Yo no tengo derecho? Porque yo también estoy rota. No, rota no. ¡Destrozada! Como si me hubiera dejado caer desde un sexto piso emocional y ahora estuviera aquí, tirada en el suelo. Porque eso es lo que ha hecho Daniel:

romperme por dentro. No solo con su maldita manía de «*te protejo de todo aunque no me lo pidas*», sino con esa mezcla letal de amor y culpa que lleva sobre sus hombros y con la que me ha dejado aplastada.

Tengo derecho a protegerme. De él. De su vida. De Giselle. Y del bebé. ¡Joder! ¡Sí! ¡Del maldito bebé que no ha nacido, pero es como un arma de destrucción masiva!

«¡Jolines, mierda! ¿por qué demonios tiene que haber un bebé? Sí únicamente hubiera una mujer, llevaría esto de otra manera… Con, al menos, un grado más de moralidad… ¡Oh, mierda!».

No quiero que haya un bebé.

No quiero que haya el bebé de otra mujer entre nosotros.

No quiero que haya el bebé de otra mujer que, cuando nazca, las noches en vela, los biberones y los papeles del maldito acuerdo de paternidad lo absorban tanto que se olvide de mí; que yo me convierta en un recuerdo secundario; que pase a ser esa mujer con la que estuve antes de ser padre y con la que podría haber tenido algo, pero mira ella no quiso porque es una…

—¡Cobarde! ¡Soy una auténtica cobarde! ¡Mierda!

Sí, queridas, dadme una ovación, por favor, porque ser una mujer adulta y emocionalmente equilibrada es exactamente esto: ponerte a gritar sobre tu drama al techo.

—Idiota… —mascullo. Y me hundo más bajo la manta como si pudiera eludir mi propia miseria.

Pero la verdad es que no estoy enfadada con el bebé. Ni con Giselle. Ni siquiera con Daniel. Estoy enfadada conmigo por no poder pasar página, por estar tan enganchada. Porque, por mucho que intente enterrarlo bajo capas de sarcasmo y chocolates del Starbucks, lo añoro. Lo echo tanto de menos que, aunque me esfuerce por odiarlo, no lo odio. Aunque intente convencerme de que esto es lo mejor, sigo deseando que llame. ¿Y mientras tanto, él, qué? ¿Qué hace? ¿En qué piensa? ¿Cómo estará? ¿Por qué percibo su quebranto de forma tan evidente? ¿Por qué hay algo dentro de mí que me impulsa a correr hacia él y abrazarlo para consolarlo y prometerle que todo irá bien? Aunque sé que nada va a ir bien. Nada.

«Maldita sea, Daniel. Por qué todo tiene que ser tan difícil».

Suena el teléfono. ¡Aleluya! Las llamadas de la gente me están ayudando mucho a eludir la obligación de soportarme a mí misma. El móvil está en la mesa de centro del salón y, con el nivel mínimo de dignidad compatible con este maldito collarín (y mi existencia actual), vuelvo los ojos hacia la pantalla.

Mark.

¡Qué bien! Mi dosis diaria de terapia emocional. Aunque hoy ya es la tercera vez que me llama. Raro.

Deslizo el dedo para aceptar la llamada y me acomodo en el sofá con la gracia de una estatua de mármol que ha perdido la voluntad de vivir.

—¿Taylor? —respondo, ya esbozando una media sonrisa.

—¿Cunningham?

—¿Tres veces hoy? ¿Ocurre algo?

—Nah. Es que me aburría y he pensado: Voy a comprobar si mi reina del drama sigue viva o ha sucumbido bajo el peso de su propia autocompasión.

—Pues aquí sigo, aferrándome a la vida. Apenas.

—Bien. ¿Estás muy dolorida?

—No demasiado. Los relajantes musculares, los antiinflamatorios y el responso a Santa Ibuprofena están haciendo milagros. Solo me falta un masaje de Henry Cavill para estar oficialmente recuperada.

—¿Con final feliz?

—Por supuesto. ¿Es que existe otra forma de imaginar a Henry Cavill dando un masaje?

Mark se ríe al otro lado del teléfono, pero noto un eco raro, como si estuviera en una catedral vacía.

—Te oigo raro.

—Estoy con el manos libres. Tengo las manos ocupadas… hidratándome.

—¿Hidratándote?

—Sí, echándome crema. —Su tono es tan solemne que parece estar confesando un pecado capital—. Ya sabes, el invierno no perdona a los que tenemos una piel sensible y delicada.

— Te creo. La piel fina y yo somos otro drama.

—¿Has podido dormir algo más?

—No. Pero los relajantes musculares me nockean tanto que técnicamente estoy a medio camino entre la consciencia y el coma. Así que me sirve.

—¿Te has planteado levitar?

—Creo que podría. Lo propondré como efecto secundario.

—Eres toda una inspiración para la Medicina moderna.

—Gracias. Por cierto, —me quito el collarín con un suspiro dramático—, no te pregunté, ¿Cómo fue lo del paciente de la aorta? El chico del síndrome de Marfan. No terminaste de contármelo.

Silencio.

Mark tarda un segundo en responder. Un segundo que se percibe como un siglo.

—Oh… eh… Bien. Todo bien. Vivo y coleando. Bueno, no literalmente, sigue intubado… Pero todo evoluciona bien.

—¿Y…? —Levanto las cejas, aunque sé que no puede verme.

—¿Y qué?

—La tensión, Mark. Esa *vibra* de circo romano con gladiadores sudorosos que mencionaste de…

—¡Aaaaah! Ya, ya, ya…—balbucea—. Nah, una tontería…

—¿Mark?

—¿Qué? No, nada, nada. Solo… ya sabes, lo típico. Estrés. Tensión de quirófano. Cosas de la presión.

Frunzo el ceño.

—Eso no fue lo que dijiste ayer.

—Bueno, ya me conoces, digo muchas cosas sin sentido a veces. Falta de sueño. Cansancio. El exceso de cafeína…

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿No me mientes?

—No te miento.

Lo veo claro.

—No me lo quieres contar, ¿verdad?

—Es que no hay nada que contar.

—Estás raro.

Y ahí empieza a liarse.

—Es que… Es que… Estoy… Estoy en la sala de médicos. Solo. Con… una ensalada.

—¿Una… ensalada?

—Sí. —Hace una pausa dramática—. Una de esas tristes, con demasiada rúcula. Odio la rúcula. Es como si estuviera masticando césped con pretensiones. ¿Quién demonios decidió que la rúcula era comestible? Porque no lo es, Charlotte.

—¿De verdad estamos hablando de la rúcula?

—¡En serio! Esto es un insulto culinario. Estoy aquí, con las manos llenas de crema, solo, enfrentándome a esta abominación verde mientras tú me acusas de… yo qué sé. De conspirar o algo. No hay nada más que mi miseria con la rúcula, ¿vale?

Silencio.

—No te acuso de nada. Pero estás raro, aunque imagino por qué.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —su tono sube media octava, y no de forma convincente.

—Porque me estás protegiendo.

—No te sigo.

—Ayer largaste de todo. Que si Evans. Que si Calloway. Que si el *Doctor Acelga*. Pero hoy… —Hago una pausa, calibrando sus evasivas—. Hoy suenas como si hubieras hecho un voto de silencio. Estás esquivando el tema porque no quieres hablarme de Daniel, ¿verdad?

—Ay, Dios —musita.

—Mark, vamos. En serio. Ya lo tengo superado, ¿vale? Lo que haga ese idiota no me afecta. De hecho, es como si ni existiera. Un holograma de testosterona con bata; eso es lo que es. Así que desembucha. ¿Qué han hecho ahora esos tres?

—Eeee —titubea.

—Sé que te la han vuelto a liar. Pero no es necesario que te lo guardes solo por no hablarme del Dr. Tengo-Un-Palo-Metido-En-El...

—Cha… Charlotte, cariño…

—Ha pasado algo, ¿verdad?

—No…

—Puedes contármelo.

—No ha pasado nada. En serio.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—¿Segurísimo nivel *puedes mirarme a los ojos sin parpadear* o segurísimo nivel *me estoy inventando lo de la rúcula para no hablar de esto*?

—¡No ha pasado nada! Solo… estoy cansado. Día largo, mucho caos, ya sabes. Vamos a cambiar de tema. De hecho… —Se aclara la garganta, notoriamente forzado—. ¿Vas a la fiesta benéfica mañana?

—Pues claro. Mañana terminan mis tres días de baja y, con lo que me ha costado el cubierto, pienso comerme hasta la servilleta. —Hago una pausa dramática, dándole énfasis—. Y, si mi cuello me deja, voy a ponerme el vestido más sexy que tengo. De los de alto riesgo cardiovascular. Como me cruce con alguien interesante, igual me animo a pegarme una buena noche. ¿Alguna recomendación? ¿Algún soltero irresistible por ahí?

Silencio.

Incómodo.

Extraño.

—¿Mark?

—Eh… sí, sí. Perdón. Es que… —Su tono cambia. Ya no tiene ese sarcasmo fácil, esa ligereza que lo hace tan él. Suena raro. ¿Preocupado?—. Escucha, me alegra que estés mejor. En serio. Te mereces pasarlo bien y… —Titubea, lo que es básicamente como ver a Mark Taylor tragarse su propio orgullo con cuchara de postre—. No te preocupes por nada, ¿vale? ¡Uy! ¡Me llaman! ¡Una urgencia! ¡Luego hablamos!

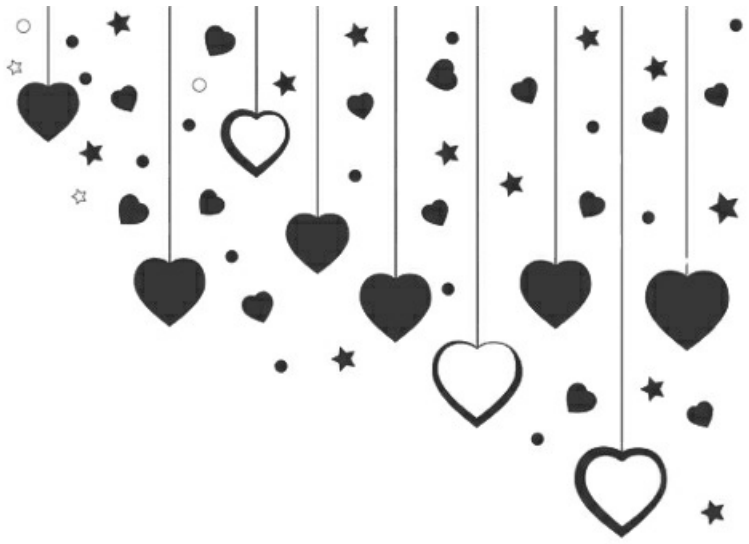
Y cuelga. Así, sin más. Sin despedirse. Sin darme tiempo a decir una sola palabra.

Me quedo mirando el móvil, perpleja, como si esperara que el cacharro me diera una explicación por sí solo.

—¿Pero qué…?

Algo no cuadra. Algo va terriblemente mal.

Y no tengo ni idea de qué es.



23
DANIEL

—¿Contento?

El tono de Mark es afilado, implacable. No es una pregunta, sino un juicio afilado, un reproche con esa carga de irritación sorda que se siente como un golpe directo, seco, bajo las costillas y sin previo aviso.

¿Que si estoy contento? Claro que no. Pero la alternativa era peor. Porque la otra opción habría sido coger mi teléfono del hospital, saltarme ese maldito bloqueo y llamarla. Forzar un contacto que ella misma ha dejado claro que no quiere. Desoír su *«Déjame en paz»*, y pasar por encima de ese límite que, a estas alturas, tengo claro que me merezco.

Han sido tres días sin ella. Tres días de silencio, de imaginarla sola, dolorida por mi culpa. Tres días con la cabeza hecha un caos, obligándome a respetar su deseo; repasando cada palabra de nuestra última conversación, cada centímetro de distancia que ella puso entre nosotros. Tres días en los que su ausencia ha sido un vacío insoportable, un eco martilleante que no cesa. Y, aun así, he mantenido la distancia. He intentado respetar lo que me pidió. Lo he intentado.

Pero hoy no puedo más.

No, no estoy contento, pero *necesitaba* oír su voz relajada, su risa, solo para decirme a mí

mismo que Charlotte, a pesar de todo, sigue adelante, que no está hundida. Como si escucharla bromear al otro lado del teléfono pudiera aliviar, aunque fuese un segundo, esta presión sofocante que llevo en el pecho.

No. No estoy contento. Estoy jodido. Pero era eso o perder la cabeza.

Mark me fulmina con la mirada, cruzado de brazos y con ese tono de hartazgo que utiliza cuando está a punto de perder la paciencia.

—Ya has escuchado lo que querías. ¿Y ahora qué, Daniel?

Me quedo en silencio y no respondo porque, entre otras cosas, no tengo ni idea. Porque lo que siento no encaja en ninguna de esas soluciones prácticas y quirúrgicas a las que estoy acostumbrado. Porque no debería estar así. Porque no debería sentirme tan roto, destrozado. Pero lo estoy.

Miro al suelo, luego al techo, exhalo y cruzo las manos.

Mark me imita y suspira, hondo y dramático.

—¿Piensas decir algo o vas a seguir ahí, con esa cara de funeral en un culebrón barato?

Me sale sin pensar.

—Me ha llamado Dr. Acelga.

Silencio.

Mark parpadea. Y, luego, parpadea otra vez, como si le costara procesarlo. Entonces, una sonrisa, lenta y absolutamente insufrible, empieza a curvar los labios.

—¿En serio?

Asiento, todavía con la mandíbula tensa.

—En mitad de la conversación. Así. Como si nada. Como si… —sacudo la cabeza, intentando ordenar ese nudo de pensamientos—. Como si yo fuera un chiste. Como si…

«… ya no le importara».

Mark tarda un segundo en responder; Un instante en el que parece que está a punto de estallar en carcajadas, pero se contiene.

—¿Y no se te ha ocurrido que, tal vez, es solo Charlotte? Ya sabes, sarcasmo, dramatismo y motes ridículos, todo en el mismo pack. Viene con la chica. Y tú, entre otras cosas, te has enamorado de eso también.

Y lo peor es que tiene razón. Es tan Charlotte; tan certero y afilado. Y no es más que su manera de procesar el daño y de soltar ese veneno en pequeñas dosis para no ahogarse. Pero, aun así, duele escucharlo de su boca.

Frunzo el ceño y me paso la mano por la nuca.

—Me jode.

Mark rueda los ojos con teatralidad.

—Dios, pareces un crío de ocho años que se queja porque la niña del cole que le gusta le ha llamado idiota en el recreo.

—No es lo mismo.

—No. Claro que no es lo mismo. Es peor. Porque tú no tienes ocho años, Daniel. En fin. —Se aparta, sacudiendo las manos como quien termina una conversación incómoda—. Supongo que ya has tenido tu dosis diaria de auto-tortura. ¿Algo más o puedo recuperar la exclusividad de mi teléfono?

—Mark…

—No, Daniel. —Me corta, y esta vez no hay sarcasmo, solo cansancio—. Hasta aquí. Te he dejado escucharla porque sé lo jodido que estás. Pero, dime, después de esto, qué.

Y ahí está la maldita pregunta de nuevo.

«No puedo acercarme más sin destrozarla. No puedo alejarme más sin destrozarme a mí».

Así que no respondo. Porque, *joder*, no tengo ni idea. Pero hay algo más que me tortura.

—Mark, ¿crees que lo ha dicho de verdad?

—¿El qué?

—Lo de que ha pasado página, que ya no le importo, que quiere conocer a alguien…

Mark gira la cabeza lentamente hacia mí. La expresión es de manual: sarcasmo, incredulidad y un toque de *¿en serio, tío?* Pero decide no darme ese consuelo.

—¿Y qué más da? Es *su* vida, Daniel. ¿O acaso no lo recuerdas?

—¡Lo sé! Lo que me jode es que parezca que no le importo.

Mark resopla.

—Claro. Seguro que no le importas…

—Mark…

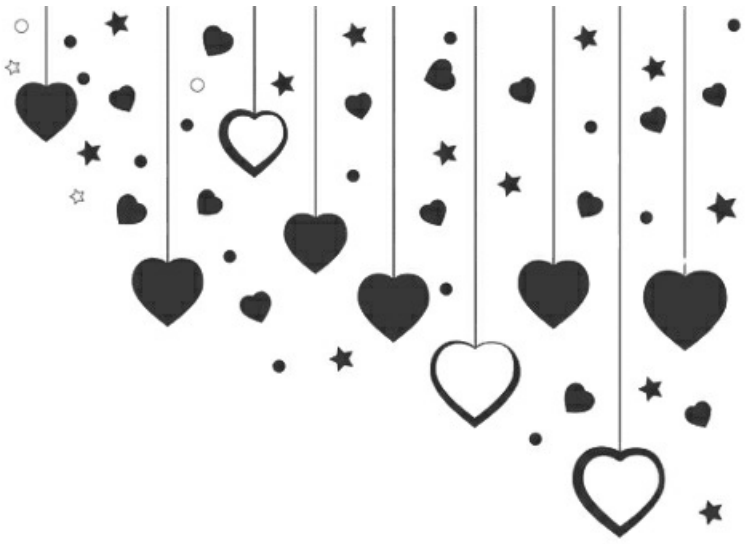
—No, Daniel. Tú tomaste la decisión de apartarte. Asúmela.

Tenso la mandíbula y pierdo la mirada fija en un punto cualquiera del suelo.

—No lo entiendes…

Mark me sostiene la mirada, y por una vez, su sarcasmo se desvanece por completo. Lo que queda es crudo, honesto, un destello de algo que no suele permitir que nadie vea.

—Créeme, Daniel, sé lo que es perder a alguien sin haberlo perdido del todo. Sentir que está ahí, tan cerca que casi puedes tocarlo, pero saber que ya no es tuyo. Saber que lo dejaste ir, que fuiste tú quien echó a perder lo único que importaba… Y vivir con eso. Con esa ausencia que no es un vacío, sino un eco constante, un peso que se cuelga del pecho y no te suelta. Es despertarte cada día y, por un segundo, pensar que todo sigue igual. Hasta que la realidad te golpea y recuerdas lo que has hecho. Y lo peor no es el dolor, sino la certeza de que, difícilmente, habrá vuelta atrás. Lo entiendo perfectamente, Daniel. Y eso arruga más que la peor crema del mercado.



24
CHARLOTTE

Me observo en el espejo y ajusto por enésima vez la falda, como si recolocarla un milímetro más a la izquierda fuera a hacerme sentir menos… No sé… ¿expuesta? Porque, seamos sinceras, este vestido es demasiado espectacular. La joya de mi corona. La estrella indiscutible de mi armario. Mi obra maestra de la moda. Azul medianoche, con un escote palabra de honor que parece diseñado para desafiar todas las leyes de la física. Ceñido en la cintura, drapeado en la parte superior, con la falda cubierta de lo que parecen pétalos de rosa en múltiples capas de tul. Magnífico. Letal. Insoportablemente elegante.

Y, sin embargo, también el vestido con la peor historia de mi vida.

Lo compré para la boda de Lorraine, convencida de que necesitaba algo digno de un evento «elegante, inolvidable y mágico», tal y como lo denominaba ella meses antes. Y sí, inolvidable fue. Sobre todo porque Lorraine decidió fugarse con su instructor de yoga justo antes del vals, provocando una escena digna de reality show que incluyó lloros, un ramo lanzado con violencia pasivo-agresiva y a la madre del novio desmayada. Todo un *clásico*, pero que pocas veces se ve en escena.

Pero, a lo que vamos, mi vestido es perfecto. Letal. Y hoy pienso sacarle todo el partido que merece. No por Daniel, no. En serio, que no. ¡Que no, hombre ya! ¡Ni hablar! Me estoy

poniendo esto porque quiero sentirme bien, sexy, fabulosa. Porque me lo merezco. Porque es una gala benéfica y me niego a ser la pobre enfermera con cara de cachorro abandonado en la esquina del cóctel. Porque este vestido es mi escudo, mi armadura. Y si de paso puedo hacer que Daniel se atragante con sus canapés, pues mejor para mí.

Me doy otro repaso crítico en el espejo.

¿Zapatos? Altísimos. Negro brillante. La *venganza* necesita altura. Ey, espera, que yo no venía a vengarme. A ver si me centro…

¿Maquillaje? Impecable. Un ahumado oscuro, labios nude. Seductora, pero sin pasarse.

¿Confianza? Bueno… Técnicamente bajo mínimos, pero hoy vamos a fingirla como una profesional.

Respiro hondo y me lanzo un último discurso interno.

«Charlotte, estás increíble. Eres increíble. No es por él. Es por ti».

¡Vamos allá!

El taxi viene a buscarme a la puerta de casa y, después, avanza a trompicones por las calles heladas de TriBeCa. Y yo… Bueno, intento no hiperventilar como una adolescente con complejo de telenovela. No es fácil cuando la radio del conductor ha decidido arruinarme la noche con la playlist más deprimente de clásicos navideños jamás creada.

El estribillo de *Last Christmas* me golpea con toda su ironía. Perfecto. Porque claro, lo que necesito ahora mismo es que George Michael me recuerde que el año pasado le dio su corazón a alguien que lo rompió. Por favor, ¿cuánta humillación emocional puede tolerar una persona en una sola semana?

Aprieto mi *clutch* con tanta fuerza que temo romperlo, pero es la única forma de mantener las manos ocupadas y no empezar a comerme las uñas.

«Estoy bien. Más que bien. No sé por qué lo dudo».

Dejo la mirada perdida a través de la ventanilla. Fuera, las calles están completamente decoradas para la Navidad. Una parte cínica de mí se burla. Pero la otra, la que lleva tres días enterrada bajo una manta llena de restos de chocolate, siente una punzada. Porque, a pesar de todo, es bonito. Es Nueva York en Navidad. Y si no estuviera yendo a un evento, donde probablemente tendré que enfrentarme al hombre que me ha roto el corazón en mil pedazos, tal vez incluso lo disfrutaría.

Me regaño:

«No pienses más en él, Charlotte. ¡¡No pienses más en él!! Esta noche no va sobre Daniel Hawke y su maldita capacidad para arruinarme la estabilidad emocional con una sola mirada. Esta noche va del Hotel Levanoir, del evento benéfico navideño del hospital John Knox y de mi habilidad sobrehumana para fingir que no tengo el corazón hecho papilla, mientras sonrío con una copa de champán en la mano».

Doscientos médicos, enfermeros y administrativos vestidos de gala y fingiendo que no estamos al borde del colapso por culpa de la gripe. Sonrisas postizas, discursos interminables y una cena que, con un poco de suerte, compensará el sufrimiento. Y Daniel. Por supuesto. Porque el Universo no solo me odia, sino que lo hace con un nivel de ensañamiento digno de estudio clínico. Solo espero que esta noche esté mirando hacia otra parte y no se fije en mí; el Universo,

me refiero, que ya nos conocemos.

Media hora después, la Novena Avenida se extiende frente a mí como una postal de luces navideñas, reflejadas en el asfalto mojado. En la entrada del Time Warner Center, un árbol de dimensiones brutales brilla con más luces que un plató de televisión. Está rodeado de turistas que hacen fila para sacarse la foto perfecta que arruinará el tráfico de la acera. En Columbus Circle, los copos de nieve artificial caen con sincronización milimétrica de algún sistema infernal oculto entre las farolas, mientras en los escaparates titilan con estrellas doradas y guirnaldas colocadas por algún elfo con síndrome obsesivo compulsivo. Veo unos renos que parecen haber tomado anabolizantes. Suena música de villancicos, interpretado por un violinista callejero. Y, por supuesto, hay un Santa Claus freelance que debería replantearse sus hábitos de higiene.

Todo parece sacado de una comedia romántica navideña en Manhattan, de esas donde al final la protagonista termina besándose con su *ex* al ritmo de *All I Want for Christmas Is You*.

«No. Eso no va a pasar. Mantén la dignidad».

Pero, claro, la dignidad es difícil de mantener cuando tu estómago está tan revuelto que parece que hayas desayunado mariposas con espresso doble.

Respiro hondo.

«Vale, Charlotte. Es solo una fiesta. Un evento formal. Un cóctel con canapés ridículamente pequeños. Y Daniel estará allí, sí. Pero no tiene poder sobre ti. No. Porque tú estás espectacular. Tienes tu vestido de gala azul medianoche, tus tacones que desafían las leyes de la física y tu actitud de mujer independiente que no necesita la validación de ningún cardiólogo sexy y emocionalmente dañino».

El taxi se detiene y ahí está: el Hotel Levanoir. Impresionante, iluminado como un maldito palacio, con ventanales de suelo a techo reflejando las luces doradas de los candelabros del vestíbulo y un portero con frac abriendo la puerta a los invitados como si aquello fuera la Met Gala.

El taxista se aclara la garganta.

—Ya hemos llegado.

Pago, me abren la puerta del taxi y salgo con todo el dramatismo de una estrella de cine.

«Cabeza alta. Postura impecable. Y, por el amor de Dios, no busques a Daniel con la mirada en cuanto cruces esa puerta».

Pero, claro, no es tan sencillo.

Otro portero abre la puerta del *Levanoir* con un gesto elegante y, en cuanto pongo un pie dentro, el golpe de calor del vestíbulo me da de lleno en la cara y derrite, instantáneamente, el frío acumulado en mis mejillas. El contraste es tan brusco que mi cerebro, ya de por sí colapsado, tarda dos segundos de más en procesar mi entorno. Y, cuando lo veo, lo flipo. El árbol de Navidad del centro del vestíbulo es tan enorme que bien podría albergar una familia de ardillas y, seguramente, no se habrían dado ni cuenta. A lo lejos, se escucha un piano tocar una versión instrumental de *Let it Snow*. Y yo, en mitad de todo ese despliegue de lujo y terciopelo navideño, me siento como un ciervo a punto de ser atropellado por un trineo.

«Vale. Control. Postura. Eres un maldito cisne de la elegancia. Una diosa del

glamour…».

O eso quiero creer porque, ahora mismo, mi corazón está golpeando con tanta fuerza que estoy considerando llamar a Cardiología y pedir una revisión de urgencia.

«Ay, no mierda, a Cardiología no».

Me niego a seguir así.

«No, Charlotte. No estás así por él. Es porque hace calor. Y… y… y hay demasiada gente. Y porque este vestido es muy apretado y no debería haber cenado esa porción de pizza congelada antes de salir de casa».

Estoy dejando el abrigo en el guardarropa, cuando me llaman:

—¡Charlotte!

Giro la cabeza tan rápido que, por un segundo, el cuello me avisa con un *crack* muy poco prometedor. ¿Otra contractura? Fantástico. El Universo quiere acabar conmigo y yo le ayudo.

—¡Mark! —exclamo, tal vez con un poco más de euforia de la debida, porque un par de invitados me miran raro.

Mark Taylor se acerca a abrazarme. Está impecable. Lleva un esmoquin negro, con una pajarita blanca perfectamente colocada. Me sonríe con esa mezcla de sarcasmo y ternura que solo él puede equilibrar. Sus ojos marrones brillan con esa chispa de *sé exactamente lo histérica que estás ahora mismo, pero no pienso comentarlo… aún.*

—¡Madre mía, Cunningham! —Me recorre con la mirada y alza una ceja—. ¿Vamos a robar corazones o a devastarlos por completo?

—Ambas.

—Por favor, por favor, dime que llevas un plan maestro.

—El plan es: llegar, sonreír y no desmoronarme.

—Ajá… Lo que yo decía. —Se acerca y me ofrece el brazo—. ¿Cuello?

—Mejor.

—¿Seguro? Porque vas más tensa que una película de Nolan.

—¡Que sí! —Hago un gesto con la mano—. Está todo bien. Fantástico. Sigo entera. Mira, puedo girar la cabeza y todo… —Intento girar el cuello un poco más y un espasmo traicionero me hace soltar un gemido que claramente no pretendía sonar tan dramático.

Mark alza una ceja, escéptico.

—Claro.

—¿Ha venido Alfred?

Mark suspira y niega con la cabeza.

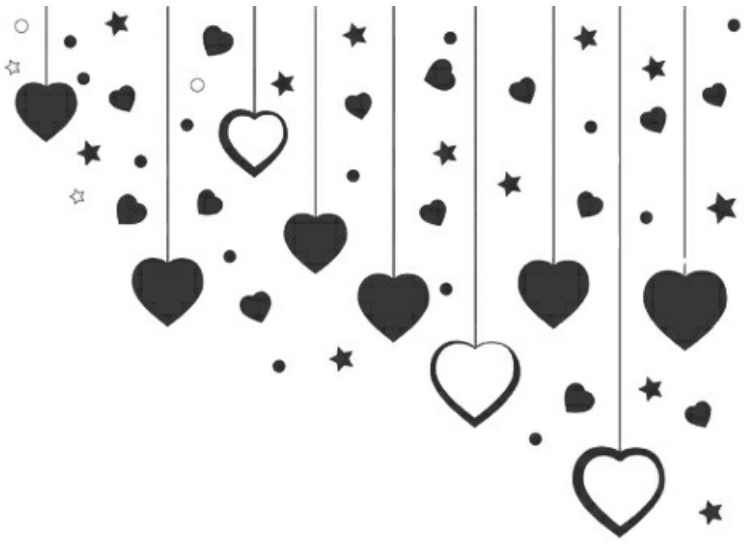
—No. Pobrecito. Está acurrucadito en la cama con 39 de fiebre y hecho un desastre. Así que lo he dejado tapado con el edredón, sopa de fideos y suficientes pañuelos para un apocalipsis gripal.

—Oh… —Mi expresión se suaviza.

—No te preocupes, además, he dejado a su madre en alerta máxima, lo cual implica que tendrá más vigilancia que la Reserva Federal. Ahora, vamos a por una copa antes de que te dé un infarto.

—No puedo beber alcohol.

—Pues ya lo hago yo por ti.



25
CHARLOTTE

Mark y yo avanzamos hacia el salón principal. Él habla. O eso creo. Mueve la boca, usa palabras. Probablemente está diciendo algo causal. Pero yo no escucho nada. Mi corazón está martilleando tan fuerte que apenas puedo procesar. Mi pulso se ha convertido en un metrónomo caótico y solo tengo un pensamiento claro mientras recorremos la sala:

«¿Dónde está Daniel?».

El salón del *Levanoir* parece sacado de un catálogo navideño de lujo. Candelabros resplandecientes, mesas decoradas con centros de velas y ramitas de acebo, y un abeto descomunal presidiendo la sala, tan cubierto de luces que amenaza con provocar un apagón general en Manhattan. El aire huele a canela, a clavo y champán caro. La música de jazz, con una versión lenta de *Have Yourself a Merry Little Christmas*, está flotando en el ambiente y le da ese toque de fiesta elegante donde probablemente no debería beberme tres copas en menos de una hora.

Y yo, enfundada en mi vestido de alta traición emocional —porque, seamos sinceras, este escote no está diseñado para inspirar calma, sino caos hormonal descontrolado—, sigo

recorriendo la sala con la mirada, escaneando cada rincón como una perturbada.

El pulso me martillea en las sienes desde que puse un pie aquí. Intento parecer tranquila, elegante, pero por dentro mi cerebro es una alarma de incendios descontrolada. Porque sé que está. Puedo sentirlo. No lo he visto aún, pero es como si tuviera un radar para detectar su existencia, aunque fuese a kilómetros.

Pero, de pronto, pierdo el hilo de mi complejo de vigía cuando Mark se suelta de mi brazo con un gritito agudo digno de alguien que acaba de ver a Lady Gaga entrar con un traje hecho de luces LED.

—¡OH, DIOS MÍO! —exclama, y, antes de que pueda reaccionar, sale disparado como si le hubieran activado un resorte invisible.

«¿Pero qué…?».

Sigo su trayectoria visual y entonces la veo. Una chica menuda viene *trotando* (sí, trotando) hacia él con una sonrisa tan luminosa que casi necesito gafas de sol. Tiene ese brillo de ilusión en los ojos que solo he visto cuando mi padre descubre que han repuesto su cerveza de edición limitada en el supermercado.

—¡Aaaaaaah! ¡Al final has venido! ¡Estás increíble! —exclama Mark, sujetándole las manos y extendiendo sus brazos para evaluarla de arriba a abajo—. ¡Monísima! ¡Perfecta! ¡Eres un sueño con piernas!

Vale, lo está diciendo demasiado en serio. ¿Quién es esta mujer y por qué, con ese vestido de raso verde, parece que acaba de bajarse de un anuncio de perfume caro?

—¡Mark! ¡Mírate! Estás… ¿más alto?

—Por favor, cariño, no me subestimes. Es el efecto combinado de mi elegancia natural y unos zapatos italianos con un tacón *marginalmente* superior a lo habitual.

Ella ríe. Él ríe. Y luego dan una maldita vuelta sobre sí mismos como si estuvieran ensayando para el remake de *Dirty Dancing.*

Yo, apenas a unos pasos de ellos, me siento más fuera de lugar que una croqueta en una gala vegana.

Mark se separa de la chica con un suspiro dramático y, sin soltarla del brazo, me señala con un gesto teatral.

—¡Charlotte! —canta, arrastrando mi nombre—. Ven, ven. Quiero que conozcas a Olivia.

Ella sonríe. Y, para mi sorpresa, no es una sonrisa falsa de mira qué bien finjo ser maja, sino cálida, sincera; de las que te acarician el alma en una tarde de otoño. Parece de esas personas que huelen siempre a galletas recién horneadas y que probablemente abracen muy bien. A lo mejor tengo el placer de probarlo luego.

Me extiende la mano y yo la estrecho, intentando recordar que tengo modales.

—¡Charlotte! He oído hablar tanto de ti que es casi como si ya te conociera.

—Ah… ¿sí?

—¿Cómo estás? —pregunta con genuina amabilidad—. Mark me dijo que tuviste que estar de baja por el cuello.

—Oh… bien. Perfectamente. Viva. Entera. Funcional, más o menos…

Mark levanta las cejas con ese brillo en los ojos que grita *la reina del drama se ha manifestado.*

—Solo te ha preguntado por tu cuello, querida, no por tu estado emocional. Aunque lo segundo es fascinante.

—¿Pero cómo fue exactamente? —sigue Olivia—. Mark me dijo que chocaste…

—Mm hm, algo así. —Dibujo una sonrisa tensa.

«Algo así, si por ello entendemos un cardiólogo de metro ochenta y cinco, y cuerpo esculpido, estampándome contra el suelo en plan placaje de la NFL. Pero, eh, detalles».

—Bueno, lo importante es que te hayas recuperado.

—Sí, aunque, creo que he desarrollado una relación tóxica con mi sofá.

—Oye, las relaciones tóxicas con sofás son a veces necesarias y reconfortantes.

A lo que Mark añade:

—Sí, la tuya sumando Netflix, también fue de caso clínico.

Olivia trata de meterle un codazo, pero él lo esquiva.

—¿Y el hospital? —me pregunta después—. ¿Estás contenta en el John Knox?

—Sí. Bueno, estrés, turnos eternos, monitores pitando a todas horas… lo normal. Pero está bien. Es un hospital grande, pero manejable. No sé si lo conoces.

—Oh, sí, lo recuerdo perfectamente. Hice allí una subespecialidad.

—¿Ah, sí?

—Sí, hace un tiempo. En Neurocirugía. Fueron años intensos. —Hace una mueca simpática, como si de verdad lo recordara con cariño y no como una experiencia traumática que te convierte en un zombi por las guardias—. Estás en Cardiología, ¿verdad?

«Mark, por Dios. Esta mujer me tiene totalmente fichada».

—Sí, en Cardiología.

Y entonces, lo veo. No, a Daniel, no. Lo que aparece es otro muro, este de metro noventa, de imagen letal, bajo un traje impecable, y una presencia que domina cualquier escena. Robert Evans atraviesa la sala con la elegancia serena de quien no necesita imponerse para destacar. Su presencia lo llena todo: la espalda recta, la barbilla alzada, ese control perfecto en cada gesto, como si hasta el aire a su alrededor se sintiera obligado a moverse a su ritmo. Impecable. Intimidante. Inalcanzable.

Hasta que la mira a ella, a Olivia, y entonces, se vuelve más humano, vulnerable.

El cambio es sutil, pero se percibe a simple vista. Se detiene a su lado y la observa con un anhelo puro y devastador. Le pasa una mano por la cintura con una delicadeza abrumadora, con la que parece decir *Estoy aquí y quiero estar siempre.* Luego se inclina y besa su sien en apenas un roce. Ella cierra los ojos. Se abandona a ese beso, como si ese mínimo contacto bastara para devolverle el equilibrio.

Es tan íntimo, tan desbordante, que siento la necesidad de apartar la mirada. Y, sin embargo, no puedo. Por un segundo, me pregunto si alguna vez conseguiré que alguien me contemple así, sin fisuras.

—Hombre, mira quién está aquí —exclama Mark—. Ya decía yo que no debías andar muy lejos.

—Mark. —Evans le estrecha la mano con un leve gesto de asentimiento. Su voz es igual de grave, pero tiene ese deje de cordialidad sincera.

Luego se gira hacia mí.

—Charlotte. —Me sonríe ampliamente—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Deseando que nos sentemos. ¿Y tu cuello?

—Casi recuperado.

Y sé que me dice algo más, pero ya no acierto a escucharlo. Mi mente acaba de hacer *clic* y encaja las piezas de golpe de todo lo que me contó Mark.

Olivia es la pareja de Robert Evans.

Olivia es la razón por la que Evans odia a Daniel.

Olivia se lio con Daniel.

«Oh, Dios. Entonces, ¿se supone que tengo que odiarla por haberse liado con mi *ex-ni-siquiera-sé-lo-que-has-sido* Daniel?».

Porque, sinceramente, parece demasiado adorable; pequeñita, simpática, amable y con unos ojos verdes impresionantes que parecen salidos de una novela victoriana. ¿Cómo demonios se odia a alguien así?

Pero, entonces, algo cambia. La sonrisa de Olivia se transforma. Sigue siendo cordial, sí, pero ahora tiene un matiz distinto. Un brillo. Un destello casi eléctrico. Y tiene la mirada fija detrás mía.

«Oh, no».

No, no, no, no.

Vuelvo ligeramente el rostro y…

«¡¡Mierda!!».

Daniel, jodidamente espectacular, por cierto, avanza hacia nosotros con esa maldita elegancia de macho alfa coreografiado por los dioses del CrossFit. Se mueve como si el suelo lo respetara más que al resto de la humanidad, con la confianza de alguien que nunca ha tropezado con una baldosa floja en su vida. El esmoquin negro le queda tan perfecto que me dan ganas de denunciarlo por exceso de premeditación. La tela se adapta a su cuerpo con esa facilidad insultante, como si hubiese nacido dentro de él y no tuviera que pasar por el trauma de probadores minúsculos y espejos que deforman la autoestima. La pajarita está tan perfectamente anudada que sospecho la presencia de un pacto demoníaco o, mínimo, de un asistente personal oculto en algún rincón. Y el pelo… oh, el pelo. Peinado con precisión quirúrgica, como si hubiera calculado cada ángulo con un transportador de 180 grados. Ni un mechón rebelde, ni una sombra de encrespamiento. No. Da la impresión de que se ha pasado horas frente al espejo perfeccionando el look intachable que ya de por si tiene, mientras el resto de los mortales intentamos con toneladas de laca no parecer mapaches desvelados.

Está de escándalo.

«¡No! No voy a caer en eso. No voy a hacer el numerito. No voy a dramatizar. No voy a imaginarme absurdas situaciones. Solo que… Solo que… ¿Hola? ¿Por qué me ignora? ¿Por qué va directo a Olivia? ¿Y por qué demonios le sonríe *ASÍ*?»

—¡Olivia! ¡Cuánto tiempo! —exclama con un murmullo seductor y con esa sonrisa de anuncio de pasta de dientes, perfecta, reluciente, sincera.

Y ella —¡ELLA!— se ilumina. Literalmente. Como una maldita bombilla de Navidad edición premium, de esas que titilan al ritmo de *Jingle Bell Rock*. Y antes de que pueda

procesarlo, se lanza a sus brazos con toda la emoción que tuvieran dos almas gemelas que acaban de reencontrarse tras años trabajando en misiones humanitarias con pingüinos del Ártico.

«¿Qué. Estoy. Viendo?».

No sé qué es esto, si una gala benéfica o un especial de reencuentros emocionales de Oprah. Pero mi cerebro colapsa, mi ego grita, mi estómago hace una pirueta mortal y me quedo petrificada, sonriendo como una estatua de cera mientras mi dignidad empaqueta sus cosas y se va por la puerta de atrás.

—¡Daniel! —le responde ella con un entusiasmo que, sinceramente, me está empezando a provocar urticaria emocional.

Se abrazan.

Se. Abrazan.

Así, con confianza, con risas, con felicidad.

Y lo peor de todo es que no hay tensión. No hay incomodidad. No hay esa chispa que grita «*aquí pasó algo turbio, chicos*». No. Lo que hay es afecto. Genuino. Limpio. Pulcro. Como si fueran grandes amigos.

Pero eso le da lo mismo a mi cerebro. Mi pecho se aprieta con tanta fuerza que empiezo a plantearme si el escote de este vestido tiene vida propia y ha decidido cortarme la circulación. Pero no. No es el vestido. Es…

«Ey. Espera… ¡Ay, mi madre! ¡Robert, qué miedo!».

Robert Evans, ese coloso con pinta de haber salido de una escultura renacentista, está —¡oh, sí!— mirando a Daniel como si le hubieran servido sushi caducado. La mandíbula tensa, los ojos entrecerrados, pura dinamita silenciosa, y con ese brillo letal de *voy a destruirte, pero con clase.*

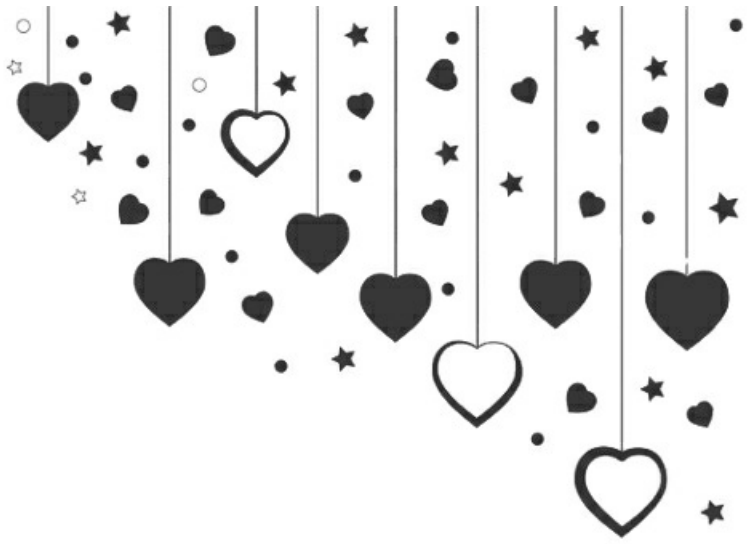
Robert y yo somos el mismo reflejo distorsionado, los dos mismos idiotas celosos, aunque él más acojonante, todo hay que decirlo. Porque mientras ellos siguen abrazándose con la alegría radiante digna de un anuncio de reencuentros felices sin tensión sexual, aquí estamos nosotros:

Dos ceños fruncidos.

Dos mandíbulas tan apretadas que probablemente necesitemos fisioterapia después.

Dos polos negativos mirándolos como si estuvieran cometiendo un delito de exceso de cordialidad.

«Jolines, Daniel. ¿Por qué demonios tienes que sonreírle *así*? ¿Por qué tienes que parecer tan… tan… perfecto? ¿¡Y POR QUÉ NO DEJAS DE ABRAZARLA YA!?».



26
CHARLOTTE

«¿En qué momento me he convertido en la presidenta honorífica del club de los celos irracionales?».

No es para tanto. Solo es un saludo; un maldito saludo cordial, con un abrazo más largo de lo socialmente admitido, pero cordial.

—¿Cómo estás?

—¡Hace tanto que no te veo!

—¿Un año?

—Yo creo que más. Aun así, siempre pregunto a Robert.

Todo es perfectamente civilizado, perfectamente amable. Y, sin embargo, yo estoy aquí, sintiendo cómo mi estómago se pliega sobre sí mismo, como si acabara de tragarme un plato de espaguetis sin masticar. Y me pregunto: por qué Olivia sonríe a Daniel con esa calidez adorable; y por qué él inclina ligeramente la cabeza para hablarla con su sonrisa más magnética.

Después de un interminable minuto, la parejita decide abrirse al mundo y Daniel lanza su mano al hombre que ha gruñido dos veces, a mi izquierda.

—Robert. —Le sonríe, aunque con un tono de voz varias notas más bajas.

La respuesta es tensa. Juraría que hasta las luces del árbol navideño han parpadeado.

—Daniel.

Ya está. Se acaba de congelar el champán de la fiesta.

Y mientras tanto, Mark, que normalmente es la encarnación del caos, parece haber decidido que esta noche va a practicar la contención. Daniel se vuelve hacia él y lo saluda no solo con la mano, sino con el afecto de un apretón en el brazo.

—¿Cómo estás?

Y, de ahí, me llega el turno. Él me mira. Y yo colapso.

No es un simple vistazo. No es un reconocimiento casual del tipo ah, mira, una persona con la que tengo un historial emocional del tamaño de una bilogía dramática. Es esa clase de mirada la que me lanza; la que pesa; la que se clava; la que te arrastra como un ancla y te deja sin oxígeno, con el estómago encogido y una sensación incómoda entre quiero besarle y quiero lanzarle un canapé a la cara. Sus ojos caen sobre mí con una lentitud insoportable, como si me estuviera desnudando capa por capa, descifrando cada centímetro de piel expuesta en este maldito vestido.

Abre los labios y dice:

—Hola, Charlotte.

«¿*Hola, Charlotte*? ¿Eso es todo? ¿Después de tres días de silencio, de ignorar mi existencia, de dejarme llorando en casa con un collarín y más drama emocional que en la Boda Roja de *Juego de Tronos*? ¿Después de romperme el corazón con ese maldito discurso de «Es lo mejor para ti» ¿¡HOLA, CHARLOTTE!? ¡A Olivia le has dado un abrazo, pedazo de…!».

Y lloro; un pelín, nada más.

Todos se dan cuenta de la tensión nuclear que acaba de explotar entre nosotros. A Evans se le tuerce sutilmente la sonrisa. Mark se mueve dos pasitos de mi lado, como si quemara. Y Olivia, que hace tres segundos estaba sonriendo como un ángel de película navideña, decide aplicar su plan de: *Cómo escapar de un momento incómodo en tres pasos simples*.

PASO 1: *La excusa.*

—Ehm… Bueno. Tengo que… hacer una llamada antes de entrar.

«¿A quién? ¿A los elfos de Papá Noel?».

PASO 2: *Despeja la zona.*

Olivia lleva sus ojos sobre Mark y los mueve rápido hacia un lado. Después, agarra a Robert de la mano y, sin darle ni medio segundo para reaccionar, le mete un tirón firme.

PASO 3: *La despedida.*

—Encantada de conocerte, Charlotte. Luego nos vemos, ¿vale?

Y Mark, mi supuesto apoyo emocional, mi ancla en esta fiesta, la sigue como un corderito.

—Sí, yo también… esto… voy.

«¡¿A dónde vas, traidor?!».

Y se van. Los tres. Abandonan el Titanic justo antes del impacto con el iceberg.

¿Y yo…? Yo me quedo aquí. Sola. Frente a él. Con sus ojos todavía sobre mí, clavados

con esa intensidad sofocante que me hace sentir como si la tela de mi vestido se encogiera un poco más. ¿Y mis neuronas? Efectivamente, en huelga.

«Genial, Charlotte. Simplemente genial».

Lo miro. Me mira.

El silencio es tan espeso que podría considerarse un tercer invitado a esta fiesta. De esos incómodos que se quedan de más, beben de tu copa de champán y miran tu escote con descaro. Porque, sí, así me siento ahora mismo: expuesta. Él sigue ahí, enfrente mía, y observándome con esos ojos tan oscuros y tan intensos, que deberían venir con un maldito manual de supervivencia.

«Que no. Que no, Charlotte. Ni se te ocurra flaquear. No estás aquí para colapsar emocionalmente. Eres un roble. Un huracán de dignidad y tacones caros. Estás divina. Tienes un vestido mortal. Y si no puedes aplastarlo con tu indiferencia, al menos que tus tetas lo distraigan.»

Y entonces, abre la boca. Porque, claro, Daniel no puede limitarse a existir y ya. No. Tiene que hablar.

—¿Qué tal, Charlotte? ¿Cómo está tu cuello? —Su voz es grave, profunda, y tan jodidamente melódica que desarma mi cerebro y arruina mi cordura.

Mi dignidad da un respingo y se pone en pie. Bueno, más bien se tambalea, pero aquí estamos. Levanto la barbilla y cruzo los brazos con la elegancia de un cisne que ha bebido demasiado.

—Perfectamente, doctor Hawke.

Su mirada se enturbia aún más.

—No buscaba molestarte. Solo me preocupaba cómo podías encontrarte.

«Ah, no, no, no, no. No vamos a caer en eso».

—Me alegro de que estés bien —sigue.

—¿Bien? Oh, estoy fantástica. Mejor que nunca. De hecho, estos días de retiro forzoso en mi sofá, envuelta en una manta y con la dulce compañía de mi collarín ortopédico, han sido toda una experiencia transformadora. Casi espiritual, diría. Nada como un cóctel de relajantes musculares y películas de Navidad para redescubrir… —Ladeo la cabeza, fingiendo pensarlo— … lo increíblemente reconfortante que es estar sola.

Su ceño se frunce y aparece esa pequeña arruga milimétrica entre sus cejas que lo hace desbordantemente atractivo. Sí, pero hoy no estoy para ello.

Y, entonces, entorna la mirada y musita:

—¿Va a ser así?

—¿Así qué?

—Toda la noche, todos los días, a partir de ahora —responde contenido—. ¿Vamos a volver a la misma dinámica de antes, de yo me acerco y tú me recibes con brusquedad y sarcasmo?

—El caso es que no se estaba tan mal…

—Charlotte, por favor —me acaricia a susurros—. Para mí tampoco está siendo fácil.

—Oh, pobrecito. ¡Vamos, Daniel! ¿Vas a usar la baza del mártir incomprendido? —Sonrío y me inclino levemente hacia él—. ¿Se te está haciendo muy cuesta arriba? Está siendo

todo un reto existencial, ¿eh? ¿Quieres que te pase algún relajante? Me han sobrado.

Daniel comprime la mandíbula más si cabe y afila su mirada, pero se contiene de nuevo. Porque él es así, control y dominio. Sin embargo, sus ojos me gritan todo lo que su boca retiene. Me hablan de tormento, de dolor, me hablan de una contención que soporta a duras penas, me hablan de lucha, me hablan de un amor sometido a condena.

«Cuidado, Charlotte. No flaquees».

Su tono suave, intenta, de nuevo, perforar mi escudo.

—No me alejé por egoísmo.

—No. Lo hiciste para protegerme, ¿verdad? La clásica técnica de romperle el corazón a alguien por su bien. Muy altruista, doctor Hawke. ¿Quieres que te aplauda?

Él cierra los ojos un segundo. Sus hombros suben con una respiración lenta, profunda. Y cuando vuelve a abrirlos, ese dolor está ahí. Esa herida que lleva arrastrando. Pero no voy a ceder. No, esta vez. Ya no flaqueo ante montañas de testosterona con esmoquin. Y, además, yo también llevo la mía y es sangrante. Y duele… Duele más de lo que estaba preparada para asumir.

Debería sentirme victoriosa por plantarle cara. Pero lo único que siento es esta presión en el pecho. Así que, antes de que la vulnerabilidad asome un milímetro, me obligo a retroceder. Levanto la barbilla. Fría. Distante.

—Disfruta de la fiesta, doctor Hawke.

Me doy la vuelta y me voy.

Mis tacones repiquetean con más fuerza de la necesaria contra el suelo mientras avanzo por el salón. Cada paso es una declaración de guerra. Estoy cabreada con Daniel, cabreada conmigo misma, cabreada con esta fiesta, con el maldito Universo. La ira burbujea. ¿En qué momento me he convertido en una protagonista de drama victoriano con sobredosis de emociones reprimidas?

«No pasa nada, Charlotte. Dignidad. Eres una mujer adulta, fuerte, independiente… Y absolutamente fabulosa. Solo estás ligeramente… alterada. Eres una mujer bella, con un vestido espectacular, así que la cabeza bien alta, el pecho firme y el rencor bien ajustado al escote».

Objetivo: el panel de asignación de asientos. Allí está.

Justo al lado del abeto navideño gigante, hay una mesa enorme, con corazones y confeti plateado, y con un cartel dorado que, en lettering de Pinterest, dice *SEATING ARRANGEMENT*. Todo muy navideño. Todo muy festivo. Todo muy *traidor*.

Avanzo. Directa. Firme. Controlada.

«Mmm… ¿Cómo se busca una misma en estos carteles? ¿Por orden alfabético? ¿Por categoría profesional? ¿Por nivel de desdicha emocional? Ah. Ahí está. Cunningham, Charlotte. Yo. Mesa 14. Silla 1: Bien. Liderando. Independiente. Fabulosa. Como debe ser».

Respiro un poco más tranquila. No se han olvidado de mí. Sí, yo y mis paranoias, qué pasa. Deslizo la mirada hacia el resto de nombres en mi mesa. A la izquierda…

Silla 2: La Dra. Fitzgerald, una cirujana de Aparato Digestivo de sesenta años, a punto de jubilarse, y que usa más perfume que oxígeno.

Silla 3: El Dr. Patel, un traumatólogo adorable que solo habla de senderismo extremo y

rodillas dislocadas.

Silla 4: La Dra. Anderson, anestesista. Puede que hasta tenga algún sedante en el bolso.

Silla 5: Mr. Anderson, que imagino será el marido de la Dra. Anderson. No me interesa, pero bienvenido a bordo.

Y Silla 6, a mi izquierda: *¡UNCH!*

Mi dedo se detiene.

Mi estómago también.

Vuelvo a leer.

—Mierda.

Silla 6: El jodidamente perfecto, sexy, arrogante y atormentado Dr. Daniel Hawke.

—Esto no me puede estar pasando…

Me froto los ojos. Quizá es un error. Un espejismo. Tal vez estoy tan cabreada que mi subconsciente está proyectando su nombre para torturarme. O quizá algún Elfo Travieso maquiavélico ha decidido sabotearme por no haber donado más dinero al hospital que el mínimo que costaba el cubierto.

Parpadeo.

Dr. Daniel Hawke.

No. Está ahí. Imborrable. Implacable. Imposible de ignorar.

—¿Problemas?

«¡AAAAAAH!».

Doy un respingo. La azafata, una chica rubia con moño tirante y sonrisa de azucarillo, me mira con profesionalismo robótico.

—¿Todo bien, señora?

—Eh… sí. Sí. Todo *perfecto*. Solo estaba… comprobando. —Intento sonreír, pero siento que me empieza a temblar el párpado derecho. ¿Será tarde para fingir un desmayo?

—¿Su mesa?

—Ajá. La mesa 14.

—Oh, qué bien. Es una de las mejores. Muy céntrica.

«*Céntrica.*… Como el epicentro de un desastre nuclear».

—Genial. Gracias.

Me giro. No sé muy bien hacia dónde, porque mi cerebro ha entrado en modo *error 404*.

Mesa 14. Con Daniel. A mi izquierda.

«Tranquila, Charlotte. Es solo una cena. Solo un asiento. ¿Cuántas veces puede cruzarse tu mirada con la suya en una mesa redonda sin que la tensión sexual destruya el Universo? ¿Cinco? ¿Seis? ¿Diez mil?».

Lo peor es que él ya lo sabe. Lo siento en el aire. Me llega el calor de sus ojos a mi espalda. Su presencia. Ese odioso magnetismo y letal que tiene la osadía de seguir ahí, a escasos metros míos.

Giro levemente mi rostro y ahí está, justo detrás, con ese maldito porte impecable y

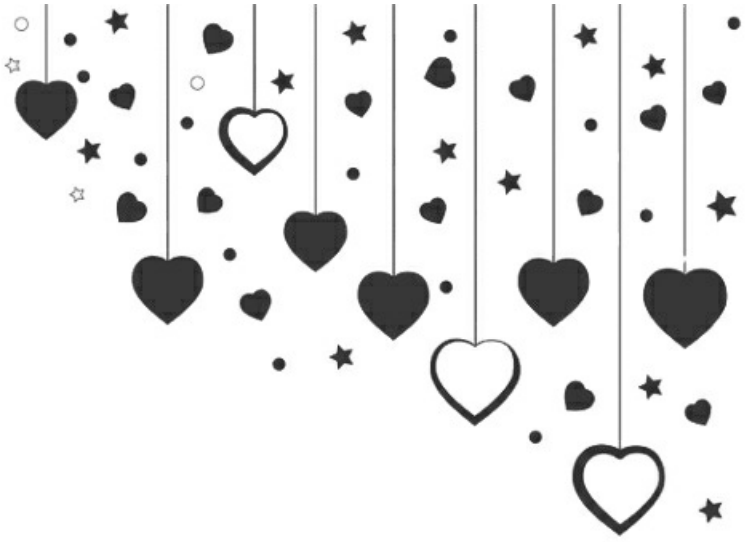
observándome cómo si yo fuera Gretel guiando el camino. Lo hace con intensidad, pero también con un brillo atormentado en los ojos. Parece el alma en pena del CrossFit. Y eso no puede ser porque me hace querer gritarlo y desearlo al mismo tiempo.

No dice nada.

No digo nada.

Respiro hondo.

«Vale. Es solo una noche. Una. Puedo manejarlo. Puedo sobrevivir a ella sin caer en la tentación de usar un canapé como proyectil dirigido a su cara. Puedo hacerlo, ¿verdad?».



27
CHARLOTTE

Avanzo hacia la mesa 14 con la dignidad de quien está a punto de enfrentarse a su propia ejecución. Y lo peor no es eso. Lo peor es que Daniel va justo detrás de mí. Tan cerca que puedo sentir la sombra de su presencia; ese magnetismo insoportable que parece envolverme incluso sin tocarme.

Sin embargo, el Universo, por aquello de que estamos en época navideña, decide darme un respiro y un tío se cruza con Daniel para saludarlo.

«Qué bien. Mesa 14… Mesa 14… Ahí está».

Los primeros en llegar han sido la Dra. Anderson y su marido, un hombre de unos cincuenta, elegante, con gafas de montura fina y un aire que grita *"soy la pareja y me han arrastrado a este evento"*. Ambos están ya sentados y acomodados, y charlan tranquilamente con sus copas de vino medio llenas.

—¡Charlotte!

Ella me saluda con una sonrisa cálida al verme. La conozco porque, en mi periodo de formación, hubo un problema con un paciente de su cirugía y terminó en cardiología. Nunca

confesaré por qué. Bueno, vale, sí. La Dra. Anderson la cagó y a lo grande. Pero al final todo fue bien para ambos. Y yo estuve con él hasta que le dieron de alta.

Está guapísima. Lleva un vestido granate elegante y el pelo recogido con un moño perfecto.

—Dra. Anderson —respondo, pero ella alza una ceja con simpatía.

—Marianne, por favor. Nos pasamos media vida en el hospital. Ya podemos relajarnos una noche, ¿no?

—Por supuesto, Marianne. —Sonrío, forzada. No porque ella me caiga mal. Es adorable. Pero los labios amagan solos por la presión emocional que llevo encima.

—Este es mi marido, Paul. —Él se levanta, me tiende la mano con cortesía y yo la estrecho.

—Encantado, Charlotte.

—Igualmente.

Perfecto. Todo normal. Civilizado. Sin dramas. Hasta que él entra en escena.

Daniel llega con su aplomo habitual, esa calma imperturbable y su sonrisa educada.

—Marianne. Paul. —Su tono es cordial, grave, con esa maldita voz profunda que me eriza la piel. Se inclina ligeramente para estrechar las manos de ambos. Lo hace con cortesía y elegancia, aunque con una familiaridad que me deja claro que los conoce bien.

Decido sentarme y, justo cuando voy a hacerlo, Daniel se adelanta y…

«¿¡QUÉ. ESTÁ. HACIENDO!?».

¿En serio?

Se coloca detrás de mi silla, con calma, como si esta fuera una escena sacada de un libro de Jane Austen. Sus manos fuertes sostiene el respaldo con firmeza y desliza la silla ligeramente hacia atrás para que yo me coloque. Lo miro. Me mira.

«¡QUÉ COÑO HACES, DANIEL!».

Pero mi grito mental no llega hasta su mente. O sí, pero le da lo mismo.

Decido plegarme porque es eso o montar una escenita delante de los Anderson. Y, mira, no es plan. Musito un gracias cortante y dejo que él acompañe el movimiento de la silla para acomodarme.

Daniel se sienta a mi lado y yo tiemblo porque es como si se hubiese alterado hasta la maldita gravedad. Y no sé, pero floto.

«Mierda, Charlotte. No puedes babear por un gesto arcaico digno de un drama de época. Da lo mismo que tu estómago parezca haber hecho un triple salto mortal y tu cerebro esté colapsando como si Mr. Darcy hubiera resucitado en esmoquin. Contrólate, por el amor de Dios».

Pero, a pesar de todo, lo siento demasiado cerca. Su calor. Su aroma. Su seguridad innata. Llevo mis ojos hacia él y me quedo eclipsada por esa belleza tan masculina que define su rostro.

¿Por qué tiene que ser tan jodidamente perfecto?

Afortunadamente, llegan los otros comensales.

La Dra. Fitzgerald hace su entrada envuelta en una nube de perfume floral tan densa que podría catalogarse como arma química por Naciones Unidas. Lo bueno, me anula las notas que

me llegaban de Daniel. De algo tendrá que servir ahogarse en rosas. Le sigue el Dr. Patel, sonriente y con ese aire de «He escalado tres montañas antes de venir. Buenas noches». Se sientan, saludan y todo es un despliegue de cortesía educada.

El murmullo de la conversación fluye a mi alrededor. Marianne habla con la Dra. Fitzgerald sobre un congreso en Chicago. Patel está comentando las bondades de las rutas de senderismo en los Apalaches. Y yo… Yo escucho, sonrío, pero estoy en otro plano existencial.

Porque él está demasiado cerca anulando mis sentidos y desmoronando mi dignidad a nivel molecular con su simple presencia.

Maldito seas, Daniel Hawke.

—… Charlotte?

«*Psst, psst*. Alguien te llama».

—¿Eh?

Elevo mi rostro y me encuentro a todos mis compañeros de mesa mirándome fijamente. No, a él no lo miró. Cordón sanitario.

—Decíamos, Charlotte, que estuviste de baja unos días, ¿no? —pregunta la Dra. Anderson con una amabilidad profesional que me recuerda que estamos en un evento formal.

Parpadeo y proceso con retraso la pregunta.

«Ah, sí. La contractura».

Enderezo la espalda con una sonrisa tensa.

—Sí. Un pequeño… percance en el hospital. Pero ya está mucho mejor.

—¿Y cómo ocurrió? —pregunta la Dra. Fitzgerald con ese tono trivial de quien no tiene ni idea de que está pisando un campo minado.

Abro mi sonrisa glacial y respondo:

—Me crucé con un torpe que me llevó por delante.

—Fue un pequeño accidente —replica Daniel, a mi izquierda.

—Un placaje digno de la NFL, más bien.

—Por favor, no seas exagerada.

—¿Exagerada? ¡Me arrollaste, Daniel! ¡Me tiraste al suelo por el golpe que me diste!

—Te arrollé porque no te vi. ¿O acaso crees que lo hice aposta?

—No lo sé, Daniel. Eres bastante bueno arrasando con lo que no te gusta.

El silencio que se instala en la mesa es tan denso que hasta el sonido de las copas parece amortiguado.

Levanto mi mano y, con un movimiento relajado, desdeño frente al resto de comensales:

—Oh, no se preocupen. Llevamos así desde el instituto.

—Charlotte…

—¿Ya os conocíais? —pregunta Marianne.

—Éramos amigos —responde Daniel.

Pero yo puntualizo:

—Compañeros, más bien. Coincidimos los dos últimos años. Fue ahí donde aprendió a hacer este tipo de placajes, ¿verdad? ¡El quaterback del Westbrook High School?

—Jugabas al rugby, Daniel —pregunta entusiasmado el Dr. Patel.

Pero el hombre de mis desvelos le ignora olímpicamente. Daniel deja la copa despacio, medido, y con un leve *clink* sobre el mantel. Su mirada oscura se clava en la mía y, joder, me

cuesta no apartar los ojos.

—Iba a Urgencias. Fue un encontronazo. Y, si no recuerdo mal, me disculpé.

—Hombre, era lo mínimo.

—Varias veces —incide cortante. Su voz es grave, baja y tan malditamente controlada que casi duele—. No te vi salir.

—Imagino. Si no, empezaría a sospechar.

—Sabes que fue un simple error de cálculo.

—Error de cálculo, dice —río con una dulzura venenosa—. Claro, un error que terminó con una contractura cervical y tres días de baja. Pero, eh, todo bien. Me ha encantado pasar estos días con un collarín y tragando relajantes musculares. Casi un retiro espiritual.

—Lo importante es que ya te has recuperado, Charlotte —interviene Marianne, con un tono forzadamente ligero. No sé ni por qué intenta apaciguar esta tensión.

—Casi recuperada. —Inclino la cabeza con una sonrisa impecable.

—Nada que un buen tratamiento y descanso adecuado no pueda solucionar —media el Dr. Patel.

—La inactividad tiene sus ventajas —añade el señor Anderson, claramente buscando desviar la conversación.

—Sin duda. —Mi mirada se clava en Daniel—. Permite *reflexionar*.

Sus ojos, oscuros y demasiado intensos, se estrechan levemente.

—¿Sobre accidentes inevitables? —me reta.

—Y sobre decisiones… precipitadas.

Su mandíbula se contrae.

—Por supuesto. Pero, bueno, Charlotte, piensa que lo importante es que ahora *todo está en su sitio.*

Silencio.

«¿En su sitio…?».

Su mirada es puro acero. Fría y colérica a la vez. Como si ese comentario lo cerrara todo. Como si lo nuestro fuera un asunto archivado, corregido y sellado. Como si yo fuera un error del que ya se ha deshecho.

En su sitio.

Siento el calor subir por mi pecho. La rabia. La decepción. El dolor que intento negar desde hace semanas y que se abre paso como un nudo en la garganta. Aprieto la copa entre los dedos. Sonrío. Pero, por dentro, estoy a punto de estallar.

La Dra. Fitzgerald, que claramente ha olido la tensión por encima de su perfume de rosas, decide que es momento de intervenir antes de que alguien acabe apuñalado con un tenedor.

—¿Hace tres días? Oh, Daniel, ¿no el día de la intervención conjunta con Neurología? ¿Era esa la urgencia a la que ibas? —Daniel asiente, pero está claramente cargado—. Me comentaron que fue un caso bastante complejo… ¡Enhorabuena por el resultado!

«¿En serio? ¿Vamos a hacerle la ola ahora? Genial. Fantástico. Perfecto».

Daniel sonríe, pero no le llega a los ojos. Utiliza esa expresión atormentada, que ya podría haberse dejado en casa porque, sinceramente, le hace demasiado sexy, y yo no estoy para ello.

—Sí, la verdad, fue un éxito. El paciente salió de quirófano estable… —responde con ese

tono bajo, tan contenido y tan jodidamente controlado, que parece estar leyendo un parte médico y no hablando de una cirugía al borde del desastre—. Fue un procedimiento complejo, pero todo el equipo trabajó a la perfección.

«*¿A la perfección?* Oh, venga ya. Si ese día casi se arrancan las batas».

—Fue una intervención tremendamente innovadora —alaba la Dra. Anderson.

—Así es. —Daniel entrelaza las manos sobre la mesa con la rigidez de quien se ha tragado una barra de acero inoxidable—. Un abordaje combinado. Cirugía aórtica y monitorización neurológica simultáneas.

Suena casi indiferente y distante. La tensión en su cuello, la presión en la mandíbula, el brillo apagado en sus ojos…

«No es tu problema, Charlotte. No te afecta. No te importa.»

—Todo un desafío, sin duda —añade el Dr. Patel, claramente encantado con la charla médico-heroica—. Imagino que la coordinación entre Cardiología y Neurología tuvo que ser… intensa.

«A este le han contado el rifirrafe».

—Lo fue —responde Daniel, más bajo, más ronco—. Pero cuando la gente pone de su parte, no hay nada que no se pueda solucionar.

Mierda.

«¿Eso lo ha dicho por mí? ¡Será idiota! ¿Acaso se cree que no estoy poniendo de mi parte porque le haya respondido con el arma desenfundada cada vez que hemos cruzado una frase?».

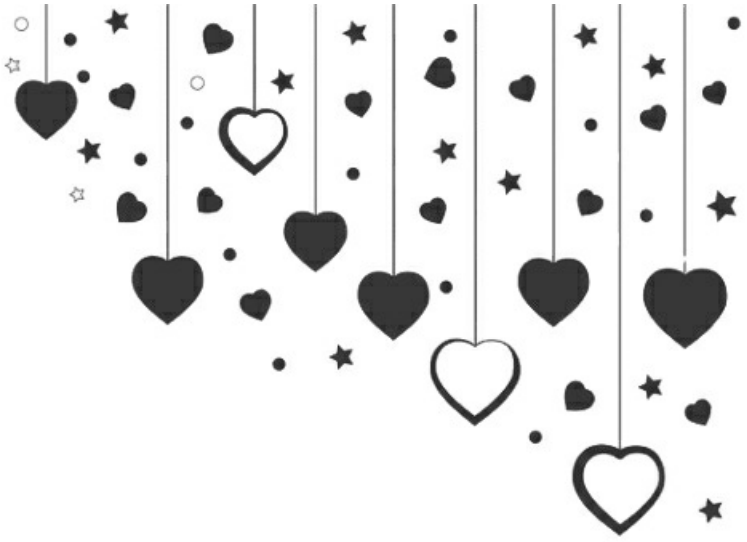
Y, encima, vuelve su rostro y me mira.

«¡Ah, no! ¡No, no, no! ¡Daniel Hawke, que no se te ocurra mirarme con esa intensidad de alma torturada!».

Mi garganta se cierra. La copa parece más pesada. Mi estómago da un vuelco. Mi garganta se estrecha.

—Me alegro de que todo haya salido bien —añade la Dra. Fitzgerald.

Claro. Perfecto. Todo divino. Excepto que él no está bien. Y yo, tampoco. Pero aquí estamos, pretendiendo que lo estamos. Porque si algo nos sobra, es orgullo.



28
CHARLOTTE

La velada transcurre con esa sofisticación forzada que solo un evento benéfico puede lograr. Ya sabes, copas que se rellenan solas, sonrisas perfectamente calibradas y conversaciones tan insustanciales que podrían usarse como terapia para el insomnio: el tiempo, el tráfico, lo monísimas que están las servilletas, la gripe, el hospital.

Todo podría ir bien, si no fuera porque a mi izquierda está él: Daniel, silencioso, impecable, y tan irritantemente perfecto con su esmoquin y esa expresión de autocompostura infinita, que tengo que recordarme cada cinco minutos que *no* está tan tranquilo como aparenta y que bajo esa fachada de hombre impecable hay alguien que también está intentando sobrevivir a esta noche.

Pero, claro, su versión de *sobrevivir* implica mantenerse callado, tensando la mandíbula cada vez que nuestras miradas se cruzan, mientras yo me esfuerzo en parecer la imagen de la indiferencia. Porque si él va a jugar a ser una estatua griega de culpa contenida, yo puedo ser perfectamente la Reina del Desprecio Casual.

Todo muy adulto, sí.

La performance gastronómica no va mal. El primer plato ha sido descrito con tanto lirismo que casi pido un diccionario para entenderlo: *Crema de castañas con esencia de humo de*

haya. ¿Traducción? Puré marrón con aroma a bosque en llamas. En serio, aún sigo buscando las castañas.

El segundo ha sido un *filet mignon* estratégicamente posado sobre lo que solo puedo describir como una lágrima artística de puré trufado y una mini zanahoria y un mini espárrago, que parecía más decoración que comida. Mira, en serio, ¿qué más les hubiera dado poner más guarnición, oye?

Pero, claro, el segundo plato de Daniel no es ese. Ya sabéis que él es vegano. En su caso, eso implica recibir un plato diseñado no por un chef, sino por un arquitecto de la verdura: una torre perfectamente simétrica de quinoa con remolacha, un círculo de crema blanca (que sospecho más yeso que coliflor) y una flor de calabacín rellena de… Sinceramente, ni idea: algo beige con textura de almohadilla desmaquillante.

Y, por supuesto, el tema no tarda en explotar.

—¿Eres vegetariano? —pregunta la Dra. Fitzgerald.

Daniel, al que ya le noto la tensión hasta en la forma de sostener el tenedor, responde con su impecable tono de *he tenido esta conversación mil veces y aún no he matado a nadie, pero dadme motivos.*

—Sí.

Pero eso nunca es suficiente. Y tras ello va el clásico interrogatorio nutricional, al que Daniel responde de forma mecánica y monótona.

—Las proteínas vegetales son bastante completas…

Vale. No puedo. Me atraganto con el champán. Literalmente. Y lo peor es que le entiendo. Tiene que ser agotador convertirte siempre en el centro de la conversación culinaria. Imagínate intentar cenar tranquilo y que cada vez que pides algo sin carne se convierta en *El Gran Debate de las Proteínas.* Y no es que sienta pena, exactamente. Pero verlo ahí, tan rígido, tan contenido, con esa expresión de estar a dos preguntas más de perder la compostura, hace que la sombra de una sonrisa me suba a los labios.

Casi me da ternura.

Casi.

Por eso, decido meterme.

—¡Qué giros inesperados da la vida! —Todos vuelven su atención sobre mí—. El insaciable devorador de hamburguesas del instituto ahora sobrevive a base de tofu y brotes de soja. —Me llevo la copa a los labios y le dedico mi mejor sonrisa inocente—. Disculpad, pero necesito un momento para procesar este giro argumental.

Daniel suelta un suspiro breve, de esos que en realidad significan te voy a dar un minuto para que te contengas. Y, con calma ensayada, argumenta:

—Era joven.

—¡Joven y un carnívoro salvaje! —exclamo con teatralidad.

—Se llama crecimiento personal.

Le ignoro y me dirijo al resto de comensales:

—No sé si lo sabéis, pero este hombre se metía en el cuerpo hamburguesas dobles con extra de *bacon* y queso *cheddar*. Era como ver a un leopardo devorando una gacela.

Daniel se reclina levemente en su silla y ladea la cabeza.

—Ya que estamos, ¿les vas a contar también lo de tus ensaladas? —Y hace unas comillas en el aire. Después, le explica al resto—: Consistían en un kilo de crotones, medio litro de salsa ranch y, en algún punto, una hoja de lechuga ahogada, pidiendo auxilio.

Levanto una ceja.

—Primero de todo, la lechuga estaba perfectamente integrada en la receta. Segundo, no estamos aquí para hablar de mí, sino para analizar tu impactante transformación de depredador carnívoro a mártir del seitán.

—¿Impactante transformación? —Daniel deja los cubiertos sobre el plato con un movimiento calculado—. Curioso, viniendo de la mujer que, la semana pasada, juró que la cafeína era su combustible vital y, entonces, sólo sobrevivía a base de tés porque —Y me imita, el mamón— «el café me altera demasiado».

—¡Ja! No es lo mismo.

—No, claro que no. Lo mío tiene sentido.

Y me señala sonriendo, como si acabara de meter un punto en nuestro partido improvisado.

—¡Oh, claro! Ahora eres un hombre sofisticado. Espiritual. Elevado.

—O simplemente alguien que no convierte cada plato en un debate existencial.

—¿Así que ahora resulta que no puedo hablar de comida?

—Lo que digo es que te encanta sacarle punta a todo.

—Me estás llamando puntillosa.

—Sólo cuando me das motivos.

—¿Sabéis si mañana nieva? —interviene la Dra. Fitzgerald. Y, rápidamente, el Dr. Patel la sigue, casi a la desesperada.

Acribillo a Daniel con la mirada, pero él hace que me ignora y vuelve a su *lo que sea* con una suave sonrisa.

Daniel pierde el foco y la conversación en la mesa se deriva hacia el Dr. Patel que se pasa los siguientes diez minutos relatando sus aventuras en no sé qué montaña con no sé cuánta nieve. Y, afortunadamente, ese tiempo sirve para reducir el nivel de tensión y volver de nuevo a la relativa calma previa. O al postureo sereno, que más o menos es lo mismo.

La música de jazz suena de fondo, suave, elegante, casi tanto como este *filet mignon* perfecto que, por una vez, no parece diseñado para alimentar a un colibrí. Todo vuelve a fluir perfectamente con una conversación equilibrada, desenfadada. Daniel y yo nos ignoramos, no hablamos ni nos miramos. Hasta que lo siento.

El brazo de Daniel cae, despacio, sobre el respaldo de mi silla. No me toca, pero es como si lo hiciera. Es esa maldita presencia suya, ese calor contenido que siempre parece envolverlo todo. Y luego se inclina, demasiado cerca, con ese control perfecto que es peor que si me acariciara. Sus labios apenas rozan mi oído y mi capacidad pulmonar decide declarar una huelga indefinida.

Con voz grave y bajo un susurro rasgado, que parece diseñado para hacer colapsar mi sistema nervioso, me dice:

—Tu teléfono está sonando.

«¿Qué?»

Alargo la mano hacia mi *clutch,* que está encajado entre mi espalda y el respaldo de la silla, y lo intento abrir. No puedo. El broche no cede. ¿Qué clase de tecnología militar han usado para este cierre?

Por fin, consigo forzarlo y el móvil cae en mis manos. Miro la pantalla: Mark Taylor.

Cuelgo. Me aclaro la garganta y lo dejo con disimulo sobre mi regazo, esperando que el tema muera ahí. Pero, claro, no. Para Daniel no muere nada.

—¿Mark? —Sigue inclinado de tal forma que su aliento roza levemente la piel sensible

de mi hombro. Me estremezco y él lo percibe, pero no se aparta ni un centímetro. Maldito Hawke.

—Sí. Es Mark.

—¿Y no vas a responder?

—No.

—Está justo enfrente. —Su voz se suaviza, seductora, deslizándose sobre mi piel—. De hecho, ahora mismo, nos está mirando.

Levanto los ojos, y, efectivamente, ahí está Mark, observándonos con una ceja alzada y la mirada fija como si estuviera evaluando mi nivel de autodestrucción emocional. Y Daniel, muy cómodo, alza la mano izquierda en un saludo casual, casi como si estuviera divirtiéndose.

Giro mi rostro y lo fulmino con la mirada. Daniel, sin embargo, me responde con una media sonrisa. De esas suyas. Suaves. Letales.

—A lo mejor es importante —añade con ese tono que es todo menos inocente.

—No lo creo.

—¿Cómo lo sabes?

—Imagino que solo quiere saber cómo me va… contigo al lado.

Su sonrisa se curva. No debería ser tan malditamente atractivo. No debería.

—¿Y qué le vas a decir?

—¿Tú qué crees?

Su risa, grave, se escapa de sus labios y recorre mi columna vertebral como un eco.

Abro la mensajería de WhatsApp y busco el contacto de Mark, decidida a zanjar esto. Pero *es imposible hacerlo con un mínimo de coherencia.* Daniel sigue inclinado sobre mí. Demasiado cerca, con su brazo extendido sobre el respaldo, su aliento rozándome, sus ojos fijos en la pantalla de mi teléfono, como si no pudiera evitarlo.

Y mi cerebro grita: «¡Pide espacio! ¡Por Dios!».

—¿Te importa? —disparo, cortante, sin apartar la vista del móvil.

—Depende.

Levanto los ojos.

«Oh, Dios».

Está tan cerca que puedo sentir la tentación escalando por mi piel como una descarga eléctrica.

—¿Depende de qué, Daniel?

Su mirada no se aparta. No parpadea. No cede.

—¿Qué vas a decirle?

Respiro hondo e intento no delatar mi pulso acelerado a este maldito cardiólogo.

—Que no me va mal. Que sigo viva. Y que me reserve el primer baile.

Y entonces cambia*;* un matiz; un ligero oscurecimiento en sus ojos.

—No.

—¿No?

—No. El primer baile es para mí.

No es una petición. Es una garantía. Y eso me calcina entera.

—Ni lo sueñes.

Pero él no recula. Se inclina aún más, y juro que puedo sentir el calor de su cuerpo abrasando el mío.

—Charlotte Cunningham, el primer baile es para mí. No vamos a discutirlo.

«¿¡Que no vamos a discutirlo!?».

Me río.

—¿Te estás escuchando?

—Por supuesto.

—¿Y puedes explicarme por qué demonios quieres bailar conmigo? ¿*Ahora*?

Él me sostiene la mirada y su tono baja.

—Sabes perfectamente por qué.

Su intensidad me desarma un segundo. No quiero que me afecte. No puedo dejar que me afecte. Y, por eso, le lanzó un ataque directo.

—Ten cuidado, Daniel.

—¿Por qué?

—Antes de ofrecerme algo así, deberías recordar si ya se lo has prometido antes… a otra mujer.

Y ahí está el golpe. Certero y cruel. Su rostro se endurece. Su mandíbula se tensa y su expresión se vuelve férrea, como si lo estuviera conteniendo todo. Pero la siento. La veo. Hay una grieta. Le he dado donde duele y, por un instante, me siento casi victoriosa. Casi. Porque luego, su voz ronca y susurrante, acaba conmigo.

—Quiero bailar contigo, Charlotte. Dámelo, solo esta noche.

«Maldito él».

Porque no son las palabras. Es lo que me hace sentir. Es ese calor bajo la piel, el temblor en mis dedos, el nudo en la garganta. Y lo sabe. Claro que lo sabe.

Intento afilar la mirada y contener el caos que me genera, pero es imposible.

—¿Y qué más, Daniel? ¿Quieres también que te pase mi lista de reproducción de Spotify?

Tuerzo la sonrisa y él no responde. Solo me mira con la potencia de mil bombas nucleares—. ¿A qué viene esto ahora? —musito.

Se humedece los labios y su expresión se enturbia, como si le costara encontrar las palabras.

—Porque necesito llegar a un punto intermedio.

—¿Un punto intermedio? ¿Eso crees que necesitamos?

Él se inclina aún más.

—No quiero más enfrentamientos, Charlotte.

—¿Y qué quieres entonces? ¿Que finjamos que no ha pasado nada? ¿Que nos convirtamos en lo que no hemos sido nunca?

—Quiero poder estar cerca de ti sin esta tensión insoportable; este dolor que sigue colgando entre nosotros como un maldito hilo invisible.

Me quiebro un poco más, pero no cedo. No puedo.

—Pues lo siento, Daniel. —Mi sonrisa se vuelve ácida, mordaz, mientras mantengo su mirada como un desafío—. Pero ya no me apetece.

—No te creo.

—Es tu orgullo el que no te deja creerme.

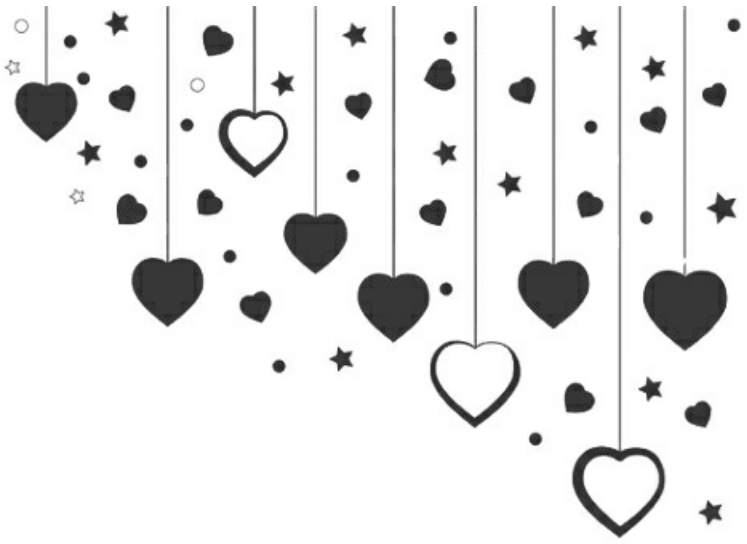
Él traga, y en su mirada veo esa mezcla insoportable de frustración, deseo y arrepentimiento.

Sin embargo, no da tiempo a más. El teléfono de Daniel comienza a sonar. El hechizo se

rompe. Su mandíbula se tensa. Se aparta. Y yo siento, literalmente, cómo el vacío se expande en mi pecho cuando su brazo ya no está detrás de mí.

Daniel se levanta ya respondiendo y camina hacia la salida con una rigidez controlada. Pero antes de desaparecer, gira un instante la cabeza. Su mirada… Su maldita mirada.

Por mucho que finja lo contrario, todavía me tiene. Y odio que sea así.



29
CHARLOTTE

Han pasado ya veinte minutos desde que Daniel se fue con su teléfono. O treinta. No sé. A lo mejor son solo cinco, pero se me está haciendo eterna su vuelta. Ya me vale.

Da igual. El caso es que sigue sin volver.

El postre ha llegado, se ha servido y ha sido *El Postre*(con mayúsculas)*:* Ganache de cacao ecuatoriano con reducción de frutos rojos y crujiente de pistacho dorado. Casi me da un orgasmo.

El postre de Daniel, en versión vegana, sigue intacto. Lleva una mousse de lo-que-sea que tiene buena pinta, con fresas laminadas y algo blanco que no identifico.

Lo miro. Parece… delicioso.

«¿Se enfadará si le robo un trozo?».

No, en serio. Está ahí. Sin tocar. Llama a gritos mi nombre. Y él ni siquiera está. Sería casi un desperdicio no probarlo.

«Pero, Charlotte, vamos a ver. Eres una mujer adulta y, hasta con este vestido, pareces

sofisticada. No vas a robarle el postre a Daniel delante de todo el personal médico del hospital, ¿verdad?».

Hago un inventario mental de los presentes. La Dra. Fitzgerald sigue hablando de su jardín. El Dr. Patel ahora debate sobre si las caminatas en nieve mejoran el rendimiento cardíaco. El Sr. Anderson parece más centrado en descifrar la carta de cócteles que en la gente.

Podría hacerlo sin que nadie me vea. Llevo disimuladamente el tenedor hacia la mousse, como quien no quiere la cosa. Pero entonces, la Dra. MacKallister, la directora médica del hospital se pone en pie al otro lado de la sala y las luces se atenúan con un elegante *clic*.

«¡Oh, vaya!».

Discurso.

Alza su copa y todos la imitan. Incluida yo, aunque lo único que tengo delante es una copa de agua.

«No pasa nada, Charlotte. *Chin-chin* con agua, como una reina».

—Estimados compañeros y amigos del Hospital John Knox…

«Uf, va para largo».

Hago el esfuerzo de sonreír y asentir con atención. MacKallister empieza a explicar en qué se destinarán las donaciones de la noche; algo sobre un parque infantil en la terraza de la octava planta. Un espacio lúdico y seguro para los niños hospitalizados, con cubierta acristalada para el invierno, columpios, zona de lectura y —atención— un pequeño huerto educativo.

El discurso termina con un aplauso que dura exactamente tres segundos más de lo socialmente aceptable.

La Dra. MacKallister, que parece haber nacido para este tipo de eventos, donde se equilibra la filantropía con el postureo, alza las manos pidiendo de nuevo atención.

—Y ahora, si me lo permiten, iniciamos la ronda de donaciones.

«¿Cómo?».

Nadie me advirtió sobre esto. Se encienden unas pantallas al fondo del salón con un termómetro gigante que indica la recaudación total de la noche. Y, si pensaba escaquearme, los camareros nos dejan unos *iPads* sobre la mesa, listos para ser usados como si estuvieras comprando en Amazon, pero con mucha más presión social.

Y sí. Claro. Todo muy moderno y eficiente, salvo por el detallito de que el termómetro digital ahora parpadea con un gráfico animado que parece gritar: *¡Vamos, tacaños, donad más o ese parque infantil no tendrá columpios!*

No soy millonaria. Aun así, con la dignidad de quien todavía está pagando su préstamo universitario y viviendo de alquiler, tecleo una cantidad razonable en la pantalla. Un número lo suficientemente generoso para no quedar mal, pero lo bastante modesto como para que mis finanzas no sufran un infarto.

Piiiiiiiiip.

Perfecto. Soy oficialmente una persona decente. Ahora puedo dedicarme a fingir interés en las conversaciones banales de la mesa mientras mi mente sigue atrapada en ese postre vegano

sin tocar.

Alzo la mirada y veo a Mark, en su mesa, echando un vistazo al iPad como si le acabaran de pedir que donara un riñón.

«Venga, Taylor. Por los niños. Ya sé que te dejan sin terraza para fumar, pero hazlo por ellos».

La sala sigue vibrando con conversaciones sueltas y la gente empieza a moverse entre mesas. Yo, por mi parte, pienso en lo mucho que odio los eventos sociales prolongados. Así que decido que es el momento perfecto para un poco de *autocuidado*.

—Voy al baño.

Lo digo bajito, solo para mí. Me levanto con la gracia de una reina —no me hace falta ni ajustar el vestido— y, clutch en mano, me abro paso entre las mesas con el porte de quien definitivamente no está pensando en un *ex-lo-que-sea-que-fue-y-no-volverá-a-ser*, que deja postres veganos y mujeres abandonados por igual. Cruzo el salón con la cabeza alta, salgo y avanzo por el pasillo que desemboca en los aseos.

Una vez en el baño me dejó mecer por las luces suaves, la fragancia floral y las toallitas de algodón. Muy *la experiencia premium del pipí.* Me miro en el espejo y me digo:

—Cálmate.

Tres respiraciones profundas después, decido que es momento de volver. Pero, al salir, la cosa se complica para volver a mi destino. Primero, me cruzo con Perlman, que es encantador, pero también tiene ese radar incorporado que detecta cuando las cosas no están del todo bien. Y no están nada bien. Lo sé porque me lanza *esa* mirada de «*¿Todo bien, Cunningham?*». Pero, gracias al cielo, se dedica a comentar la fiesta y no el hecho de que esté sentada al lado de Daniel.

Cuando cruzo la puerta de la sala, me topo con O'Brian, que me saluda con una inclinación de cabeza formal. Nos echamos unas risas y sigo mi camino. Tras él, me acerco a la mesa de Reagan y Casey, y no se cortan:

—¡Estás sentada con el Dr. Hawke!

—Vaaaale.

Esbozo una sonrisa, las doy dos besos en la mejilla, y me largo de allí echando leches. Para salvaguardar mi dignidad maltrecha, decido cambiar de estrategia. Voy a estar con quien me apetece. Sin más. Localizo a Mark al otro lado del salón. Está sentado en una mesa, y charlando con Olivia y con Robert Evans.

Voy para allá.

—¿Puedo sentarme o hay que pagar un extra?

Mark sonríe como un gato de Cheshire y mueve la silla de su lado.

—Por supuesto, reina del drama. Estamos despellejando a la mitad de esta sala, así que, si te animas…

—¿Qué tal, Charlotte? —pregunta Olivia—. Se te ve cansada.

—El cuello empieza a no dar más de sí.

Mark se entromete, abruptamente.

—Lo que mi querida mejor amiga quiere decir es si, el hecho de estar sentada con ese cardiocirujano emocionalmente complejo te está tensando más de lo normal.

Me quedo callada. Vale, todos lo saben y hasta Evans espera mi respuesta con una naturalidad pasmosa. Pero me niego a abrir ese melón.

—¿Podríamos… hablar de otra cosa?

—¡Claro!

—Por supuesto, sí.

Pero Mark no cede.

—Por cierto, ¿dónde se ha metido?

—Ni idea. Le llamaron por teléfono.

—¿Quién?

—¡Oh, vamos, Mark! ¿Qué quieres? ¿Que le mire el móvil?

No responde, pero me deja claro que él sí lo hubiera hecho. Y quizá, mi yo más pendenciero también, pero hoy ando falta de reflejos. Los relajantes musculares hacen que mi cerebro vaya a paso tortuga. Y, por esa razón, ahora estoy así, con una punzada constante. Porque Daniel sigue sin volver. Y lo peor es que no puedo dejar de preguntarme si, entre las cientos de opciones, ha salido a toda prisa por *ella*.

—¿Y crees que habrá salido a toda prisa por Giselle?

«¡Qué bien! Mark ya hasta me lee la mente».

—¡Jolines, Mark! —soltamos Olivia y yo al mismo tiempo.

—¿Quién es Giselle? —pregunta Robert.

—¿Podemos dejar el tema, por favor?

—La *femme fatale* embarazada —me ignora mi amigo.

—Mark, déjalo —zanja Olivia—. Y tú, Charlotte, siéntate de una vez. Vamos a relajarnos y a pasarlo bien.

—Eso quiero —me quejo mientras me desplomo sobre la silla.

—Es un nombre bonito —suelta Robert como si nada.

Tremendo error. Olivia le lanza una mirada que podría congelar el núcleo de la Tierra. De hecho, prácticamente lo entierra en la silla. Creo que voy a aplaudir.

Mark, sin embargo, no tiene ese instinto de autoconservación.

—¿Bonito? —resopla con teatralidad—. Por favor, Robert. Es de villana de telenovela; de las que caminan vestidas de rojo, con un chal de zorro y con un cigarrillo de boquilla larga.

—La primera vez que la vi, iba de rojo —confieso.

—¡Lo ves!

—Bueno, vale ya, Mark, por favor. —Mi voz es tensa, aunque la fatiga pesa más que la rabia—. Deja el tema. Al menos, por esta noche.

—Pero *ella* lo ha sacado —se defiende, señalando a Olivia con el tenedor.

—¿Yo?

—Sí, tú. Yo estaba aquí con los restos del postre de Robert, y metiéndome con los calcetines de duende navideño que lleva el Dr. Kuznetsov. Pero vosotras dos me habéis vuelto a recordar el chisme.

—¡Yo no he dicho nada! —protesto.

—No con palabras, querida. Pero ese ceño fruncido y tu mirada perdida al infinito son prácticamente una pancarta luminosa con *¿Por qué Daniel no ha vuelto? ¿Estará con ella?*

Aprieto la mandíbula.

—Mark, cielo, —Apoyo las manos en la mesa muy despacio y le sonrío con toda la calma que soy capaz de reunir—, ¿tienes un límite o simplemente estás improvisando?

—Oh, tengo un límite.

—No, no lo tiene —masculla Robert.

Mark le lanza una mirada rápida de reproche, pero, después, vuelve a posarla sobre mí.

—Todavía no he llegado a él. Y eso es todo culpa tuya, Drama Queen. No haces más que recargarme la pila.

—Voy a dejar de contarte cosas.

—Eso solo alimentará sus ansias —responde Olivia.

Desesperada, tiro de chantaje emocional.

—¿Es que acaso no te doy pena?

—¿Pena? ¡Vamos, Charlotte! Estamos entre amigos. Si no puedes desahogarte aquí, ¿dónde si no?

—En un monasterio tibetano, probablemente —mascullo, y me cruzo de brazos.

—Vale, ya está bien —interviene Olivia, y se gira hacia él con el ceño fruncido—. Mark, basta.

Él se encoge de hombros.

—¿Qué? No he dicho nada que no sea verdad.

—No es el momento.

—Nunca lo es.

—No la estás ayudando. Mírala. —Y me señala—. ¿Has visto qué cara tiene?

—¡Eh, oye! He venido aquí para que me subáis el ánimo, no para que me hundáis más en mi propia miseria.

Pero nadie me escucha y a Mark no hay quién lo pare.

—Yo solo digo que ha salido hace mucho tiempo. ¿Cuánto? ¿Media hora? ¿Tres cuartos? Y que la *femme fatale* ya tuvo el otro día un sangrado. Y, no sé, teniendo en cuenta la hora, que John está de guardia, no es lógico que hayan llamado a Daniel.

—¿Pero quién te dice a ti que han llamado del hospital? —interviene Robert.

—Si tanto te preocupa dónde está Daniel, —zanja Olivia—, ¿por qué no le llamas tú?

—¿Y parecer desesperado? Por favor, tengo una reputación que mantener.

—Claro, la del *metomentodo profesional* — termina Robert. Y bebe de su copa de vino, mirando a Mark con ironía.

Mark ignora a ambos y vuelve a mí con ese gesto serio y levemente ofendido que no engaña a nadie.

—Lo que intento decirte, Charlotte, es que, si ese hombre sigue provocándote nudos en el estómago, a lo mejor deberías, no sé, *hablarlo* con él.

—¿Y decirle qué, Mark? —salto, cansada de la insistencia.

—Habla, cariño. Estamos entre amigos.

Y lo peor es que me deshago y expulso todo lo que llevo dentro.

—No puedo con su vida, tal y como está ahora mismo.

—Pero es que eso es una verdad a medias, ¿no, cariño?

—Esto, Mark, me está volviendo loca. Y sí, efectivamente, no puedo dejar de pensar si se ha ido corriendo a por ella, mientras yo me siento aquí intentando recomponer los pedazos de algo que ni siquiera sé si alguna vez fue real. Y eso acentúa mi propio dolor, porque no solo estoy lidiando con lo que siento por él, sino también con lo que odio sentir. Y lo que debería sentir por mí misma y no siento. Me pregunto qué demonios estoy haciendo; por qué no puedo ser más fuerte, más digna, más indiferente… Y luego me doy cuenta de que ni siquiera quiero serlo. Porque lo que quiero, Mark, es a él. Pero no puedo tenerlo. Al menos no así. Y eso… Eso me está destrozando.

Robert deja la copa en la mesa y murmura:

—¿Y qué tal si te dejas llevar?

A lo que Olivia responde, imitándolo, con tono irónico:

—¿Y qué tal si te das cuenta de que para ella no es tan fácil?

—Yo no digo que sea fácil —protesta él—. Solo digo que, a veces, se dan demasiadas vueltas a las cosas.

—¿Qué tu pareja esté esperando un hijo de otra mujer te parece que es dar demasiadas vueltas a las cosas? —le reprende ella.

—¿Y por qué no puede salir bien?

Olivia toma el mentón de Robert y fija su mirada a la suya:

—Robert, cariño, eso no sale bien.

—Solo digo que…

—No sale bien —reitera muy despacio. Después, se vuelve hacia mí—. Charlotte, cariño, tú ahora respira. Y vosotros dos, cerrad vuestras bocazas, al menos, para que ella pueda disfrutar un rato.

Pero Robert, mirando al fondo, advierte:

—Pues ve tomando aire rápido, Charlotte. Daniel acaba de volver.

Me quedo rígida.

—¿Qué?

—Ahí está —añade, señalando con la cabeza hacia la entrada.

Me giro y lo veo. Su esmoquin impecable, su porte elegante, el ceño ligeramente fruncido mientras escanea la sala. Su mirada se cruza con la mía, la enlaza y mi estómago hace ese maldito salto mortal que tanto odio.

Daniel no se acerca directamente porque la directora médica se cruza en su camino. Saluda a Lisa MacKallister con esa sonrisa suave y encantadora de *cardiólogo perfecto*. Luego estrecha la mano de uno de los tipos de la Junta y le dice algo que provoca una carcajada excesivamente sonora. Seguro que no tenía tanta gracia.

Y yo. Yo solo puedo pensar que él es un completo imbécil y yo una boba de manual.

—Toma, cariño, un vaso de agua —me ofrece Mark y me lo bebo entero.

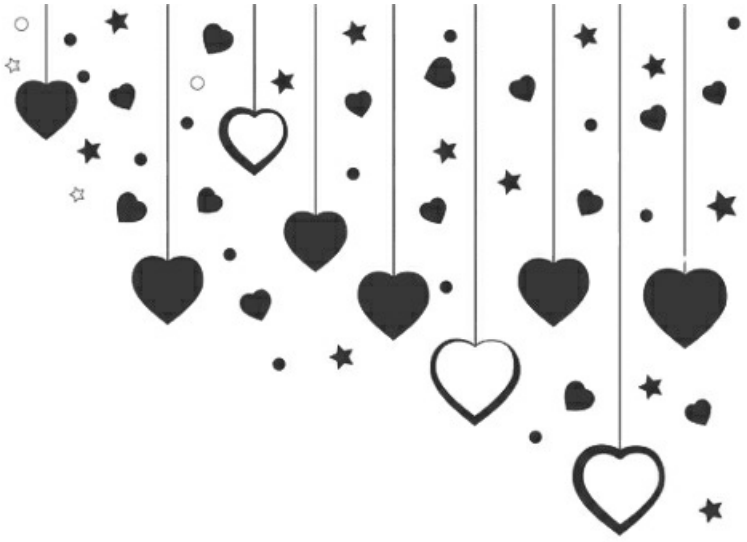
—Os apuesto lo que queráis a que ahora mismo está planeando cómo acercarse sin parecer desesperado —musita Robert.

Olivia le da unos toquecitos en el muslo para que se calle. Pero ya no tengo que apostar. Porque Daniel viene y no como ha supuesto Robert. Qué va. Todo lo contrario. Se aproxima sin un ápice de duda. Directo. Sin medias tintas.

—Mierda.

Y Mark, que no puede dejar pasar una, susurra:

—Uuuuh, *drama time*.



30
DANIEL

El ambiente a mi alrededor parece desdibujarse cuando me acerco a la mesa donde está sentada. Las luces tenues, los acordes de villancicos en versión jazz, las risas contenidas... Todo se reduce a ella.

Mi calma es una fachada. Cada paso que doy es un desafío a mi autocontrol. Sé que está molesta, que no quiere verme, y que, probablemente, desea que hubiera desaparecido en esa llamada que recibí. Y yo, sin embargo, lo único que quiero es rodearla entre mis brazos y besarla hasta morir extenuado.

—Vaya, vaya. Mira quién nos honra con su presencia. Pensábamos que te habías esfumado.

Robert es el primero en darme la bienvenida con una media sonrisa que destila suficiencia.

—Estaba hablando fuera.

Me coloco entre Mark y Charlotte. Podría girar levemente su cuello para mirarme. Pero no lo hace y no precisamente por sus cervicales. La excusa perfecta para no prestarme atención. Al menos, con la mirada, porque el resto de su cuerpo está en máxima alerta. Puedo verlo en cómo su postura rígida traiciona su aparente indiferencia. Y cuando apoyo la mano sobre el

respaldo de su silla, percibo cómo su cuerpo se estremece y la piel de sus brazos se altera.

Mark, por supuesto, no se resiste.

—Has estado mucho tiempo hablando. ¿Quién te llamaba?

—Sabéis lo que es una llamada de Urgencias, ¿no? A lo mejor os suena de algo.

Robert se inclina hacia adelante, claramente divertido.

—¿Y esta vez qué era? ¿Salvar un corazón roto o detener un latido rebelde?

—Nada tan poético —respondo, aunque mi tono lleva una pizca de cansancio que no puedo ocultar—. Pero todo está ya bajo control.

—Ah, vaya. Qué decepción —ironiza Mark—. Pensábamos que habías estado lidiando con algo épico, tipo… no sé, disección aórtica tipo 3.

—Espero estar muy lejos si eso llega a Urgencias.

—Por favor, —añade Robert—, sabemos que no puedes resistirte a una aorta en problemas. Es como si te llamaran por tu nombre.

Levanto una ceja y dejo que una sonrisa cargada de sarcasmo se dibuje en mi rostro.

—Claro. Nada como una disección aórtica para animar la noche.

—Sabes, en tu honor, deberíamos renombrar las disecciones aórticas como *El síndrome Hawke*. Tu habilidad para detectarlas es casi sobrenatural.

—Gracias por la sugerencia, Evans. Seguro que el Comité Médico estará encantado de considerarlo.

Mi atención vuelve a deslizarse hacia Charlotte. Está inmóvil, con sus ojos fijos en la copa que hay frente a ella.

—¿Te sientas o vas a seguir ahí de pie como una estatua? —pregunta Robert, con una sonrisa que ya intuye mi respuesta.

—En realidad, venía a robaros a Charlotte. —Ella se gira y por fin me mira. Su expresión es una mezcla de sorpresa e incredulidad, tan afilada que podría cortar cristal—. ¿Vamos a por ese baile?

Silencio. O casi. Mark se lleva una mano al pecho con un suspiro exagerado. Se lo reprocho con una mirada, pero él no se corta.

—No… No… No me van esas cosas, ya te lo dije —responde Charlotte, vacilante—. Además, la pista está vacía. De hecho, ni siquiera hay una…

—¿Y? —replico, y me inclino ligeramente hacia ella. Es un simple gesto, pero suficiente para notar cómo su respiración se altera. Me encanta.

Mark, por supuesto, no se puede quedar callado.

—En serio, Charlotte. Mírale. Está siendo adorable. Es como Bambi. No puedes rechazarlo.

—Pues baila tú con él.

—¿Y qué todos estos empiecen a conspirar? No, cariño, no. Medio hospital está invitado a mi boda y no quiero que empiecen las dudas. Que luego, no sé cómo organizar las mesas.

Robert decide echar más leña al fuego.

—Mira, si el problema es que no hay nadie bailando, Olivia y yo os acompañamos. —Se gira hacia ella con una elegancia exagerada—. ¿Me harías el honor?

—Por supuesto —responde ella con una sonrisa cómplice. Posa su mano sobre la de él y le permite que la ayude a levantarse. Y, si más, se dirigen con naturalidad hacia un hueco que hay delante de la orquesta.

Se me abre la sonrisa. A Charlotte no. Ahora mismo está que explota.

—Baila conmigo, Charlotte.

Ella me mira como si acabara de pedirle que me siguiera a la guillotina. Su boca se abre, pero no dice nada. Su cuerpo está tenso, su mirada, atrapada en la mía.

Mark murmura, divertido:

—Para evitar que me conviertas en una excusa voy a llamar a Alfred, a ver si todavía sigue agonizando con los mocos.

Y se levanta con parsimonia. Se aleja tranquilo, pero no lo sigo. Todo mi enfoque está en Charlotte, en sus ojos, en esa maldita mano que parece tener el poder de derribar todas mis barreras, pero que sigue tensa sobre su regazo.

—Vamos, —Mi voz es baja, casi un susurro—, dame una tregua. Solo esta noche.

Ella duda. Lo veo en sus ojos, en la forma en que aprieta los labios. Pero entonces, su mano se levanta, vacilante, y finalmente se posa en la mía. Y ahí está. Ese maldito calor que siempre me recorre cuando la tengo cerca. La química. La conexión. Todo lo que nunca he podido superar.

Caminamos hacia la pista improvisada, donde ya hay otras dos parejas que han decidido seguir a Robert y a Olivia. La música suena suave, pero mis latidos son un eco ensordecedor en mis oídos. Porque sé que este baile será mucho más que un simple movimiento bajo las luces. Es un paréntesis. Un suspiro en mitad de una contienda que no sé si podré frenar.

La orquesta desliza las primeras notas de *"It's Beginning to Look a Lot Like Christmas"* en versión jazz, lenta y susurrante, como si cada instrumento hablara en voz baja. El ritmo nos envuelve en un fluir íntimo, y parece diseñado para que nuestros cuerpos se encuentren, para que nuestras respiraciones se mezclen en un compás tranquilo, aunque devastador.

Su cuerpo se acopla al mío con una facilidad que me desarma. Mi mano se mueve hacia su cintura y el primer el roce contra la tela se convierte en un martirio delicioso. Ella no lo sabe, pero ese simple contacto me consume. La suavidad de su piel, justo donde el vestido cede al vacío, es un recordatorio cruel de todo lo que una vez fue mío.

Charlotte respira profundamente y mis ojos, traidores, bajan a su pecho, a la manera en que se eleva con cada inhalación. Su perfume, dulce y provocador, se mezcla con la calidez de su piel, y yo me deleito al inhalarlo de nuevo. Su clavícula, sus brazos desnudos, el delicado arco de su cuello… ¡Dios! Todo en ella grita sensualidad, desde la forma en que ladea la cabeza hasta el leve rubor que se extiende por sus mejillas. No puedo contener todo este deseo; no, cuando ella está aquí, tan cerca, tan malditamente perfecta.

Ese vestido es un arma de seducción en forma de azul medianoche. Es una trampa perfectamente diseñada para un hombre como yo, que ya está demasiado cerca del abismo. Apenas me quedan defensas contra él.

Su mirada sube y ahí está el desafío. Pero también algo más: una chispa de vulnerabilidad que me desarma por completo. Trago e intento mantenerme cuerdo, cuando todo lo que quiero es inclinarme y perderme en el sabor de sus labios.

—¿Cómo estás, Charlotte? —Mi voz baja es casi un susurro, porque temo romper este frágil equilibrio entre nosotros.

Ella ladea la cabeza apenas un centímetro y, aunque su expresión permanece neutral, sus ojos traicionan una mezcla de emociones que no logro descifrar del todo. Finalmente, responde:

—Ahora mismo, incómoda.

Dibujo una leve sonrisa en mis labios.

—No quiero que estés incómoda.

—Pues me lo estás poniendo bastante difícil.

Su tono es cortante, como una cuchilla, pero noto el temblor en el filo.

—Te lo dije: solo quiero que la tensión desaparezca entre nosotros.

—Me alegra que mantengas las esperanzas intactas. Pero creo que te vendría bien abrir los ojos y entender que eso es prácticamente imposible.

—Nada es imposible, Charlotte, siempre que ambos pongamos de nuestra parte.

Ella suelta una risa baja, casi amarga, que me perfora.

—Imagino que para ti será más fácil llegar a esa meta. A fin de cuentas, eres tú quien maneja los hilos.

Mis pasos vacilan ligeramente ante sus palabras frías e incisivas.

—¿Eso crees? ¿Que soy yo el que controla todo esto?

—¿No es así? —Tensa su mirada, retándome, mientras su cuerpo no deja de moverse al compás de la música—. Todo gira a tu alrededor, Daniel. Tú decides cuándo hablar, cuándo callar, cuándo dar la información vital para ambos, cuándo quedarte, cuándo irte…

—Eso no es justo, Charlotte.

—¿Que no es justo? ¿En serio? —arquea las cejas y su voz se empapa de sarcasmo—. Porque desde aquí parece que siempre tienes la última palabra.

—Si de verdad tuviera tanto control —murmuro, y me acerco un poco más—, no estaría aquí, intentando arreglar lo que rompí por miedo a perderte definitivamente.

Porque eso es lo que me atormenta. Que ya no haya vuelta atrás. Que el daño que hice sea irreparable. Me aferro a la esperanza de que todo se alinee, de que Giselle ceda y acepte hacerse la amniocentesis y confirme lo que sé en lo más profundo de mi ser: que ese niño no es mío. Pero el tiempo juega en mi contra en esta prisión de incertidumbre, donde cada día parece una cuenta regresiva. No puedo esperar hasta el final del embarazo para saber la verdad, pero tampoco puedo obligarla. Los riesgos son reales, y no soy el tipo de hombre que jugaría con una vida así.

Mientras tanto, Charlotte se desliza entre mis dedos un poco más cada día. Sus ojos ya no me sostienen igual, su sonrisa está más lejana. Estoy perdiéndola. No de golpe, sino de la forma más cruel: lentamente. Como si se me castigara por haber tomado la decisión errónea.

Necesito que no se aleje más; que, cuando llegue ese momento —cuando se confirme lo que creo, lo que siento—, todavía esté aquí y que aún exista algo que podamos salvar.

—¿Cómo está tu cuello?

—Mal. Siento la carga del día. Además, no me he tomado el relajante muscular de la noche. No era plan de dormirme en mitad de la fiesta. Pero, tranquilo, sobreviviré.

—Luego te llevo a casa. He venido en coche.

—No es necesario. Cogeré un taxi.

—Charlotte… —suspiro y me inclino un poco hacia ella para que aquellos que se han animado a bailar alrededor nuestra no nos escuchen—. No seas cabezota. Acabaremos tarde, hace frío y estás dolorida.

—¿Y qué pasa? ¿Crees que soy incapaz de subirme a un taxi yo solita? Porque, si es eso, te informo que he superado con éxito el curso avanzado de pedir taxis y llegar sana y salva.

—No he dicho eso. Solo intento ayudarte.

—¿Ayudarme? ¡Por favor! ¿Qué clase de ayuda implica meterme en un coche contigo durante treinta minutos?

—¿De verdad estamos discutiendo esto?

—No estoy discutiendo. Solo estoy estableciendo un principio básico: puedo volver sola.

—Claro que puedes. Pero no quiero que lo hagas.

—¿Y por qué no? ¿Temes que me pierda entre la puerta del hotel y el maldito taxi?

—No. Charlotte… —suspiro, mientras me armo de paciencia—. Con tu cuello como está,

no tiene sentido que vayas dando tumbos en un taxi.

—¿Dando tumbos? ¿Qué clase de taxis coges tú? Porque los míos van por carreteras asfaltadas.

—Sabes a qué me refiero. No quiero que te esfuerces más de la cuenta. —Aunque sigue bailando, establece más distancia y entorna la mirada—. ¿Qué pasa? ¿Está mal preocuparme por ti?

—¿Y si lo está? —replica, alzando la barbilla—. ¿Y si me parece invasivo? ¿Y si creo que es solo otra manera de demostrar que tienes que tenerlo todo bajo control?

—¡Por Dios, Charlotte! ¡Es solo un maldito paseo en coche! —susurro.

—Claro, claro. Porque todo lo que tú haces tiene que ser *solo algo*. Solo un paseo. Solo un café. Solo una vida entera que desmontar y romper con tus decisiones.

—Quiero asegurarme de que llegues bien a casa, Charlotte. Sin más dolor en el cuello.

—Y yo quiero asegurarme de que tú entiendas que no soy tu responsabilidad.

—No se trata de responsabilidad. Se trata de ti —musito en voz baja—. ¿Tanto te cuesta entender que…?

Me desespero y mis palabras se pierden en mis labios. Desvió la mirada al fondo de la sala. No puedo más.

—¿Qué, Daniel? ¿Qué? —espeta, cortante.

Vuelvo a sus ojos, a ese azul tormenta que, ahora, me observan ahogados.

—Que necesito…

Pero no lo expreso. Mi frase se pierde en un susurro rasgado por la impotencia. Porque sé que si me atrevo a decirlo, si le confieso que solo busco cuidarla, protegerla, lo retorcerá hasta convertirme en el villano que invade su independencia. Y no puedo soportarlo. Porque no es eso. Nunca lo ha sido.

Ella puede valerse por sí misma. Lo sé perfectamente. Pero cuidarla, preocuparme por ella, es lo único que me queda. Es mi única forma de decirle lo que siento, de demostrarle cuánto la amo, cuando las palabras están condenadas a quedarse atrapadas. Cada intento por acercarme se estrella contra ese muro que ha levantado, y cada rechazo suyo duele más porque, en el fondo, entiendo de dónde viene. Y aun así, no puedo evitarlo.

La necesito tanto que duele. Se me clava de una forma que no sabía que podría, como si la ausencia de su cercanía me arrancara la piel a tiras, como si su distancia fuera un vacío que se traga todo lo que soy. Y lo peor es que no sé cómo parar, cómo hacerla entender este impulso de querer cuidarla, incluso cuando sé que ella no lo quiere. Que soy yo el que más lo necesita de los dos porque, sin ella, no sé ni cómo andar en este mundo.

Charlotte deja escapar el aire en un suspiro que no sé si es rendición o resignación. Su mirada no se cruza con la mía, pero algo en su postura se ablanda. Y, antes de que pueda comprenderlo del todo, avanza un poco más hacia mí y cierra la distancia que quedaba entre nuestros cuerpos. Pega su rostro contra mi pecho y se vence en él.

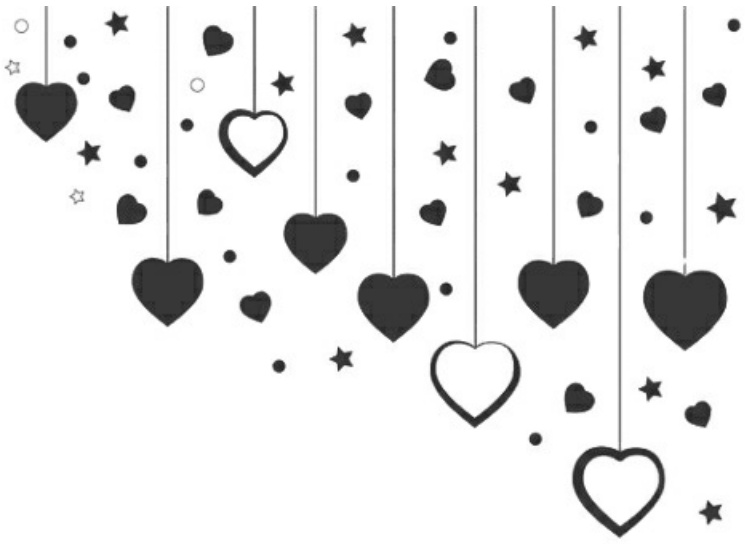
El impacto es devastador. Suave, pero desgarrador. El mundo entero parece detenerse. Los villancicos de jazz, las risas ahogadas de las mesas cercanas, incluso las luces del salón, todo. Solo siento el calor de su piel a través de la tela de mi camisa, su respiración cálida rozándome.

Instintivamente, la rodeo con mis brazos. Despacio. Con cuidado, como si fuera a romperse. Mis manos descansan sobre su espalda, y la presión de su cuerpo contra el mío es tan íntima y tan desesperadamente perfecta, que duele.

Seguimos moviéndonos, aunque eso ha dejado de ser un baile. Es algo más primitivo,

más puro. Un vaivén lento que no busca seguir el ritmo de la música, sino calmar un dolor que no tiene nombre. Un refugio improvisado en medio de una tormenta que ninguno de los dos sabe cómo detener.

Cierro los ojos y trato de atrapar este momento como si pudiera guardarlo para siempre. Porque quizás esto sea lo más cerca que vuelva a tenerla. Porque quizás este pequeño abrazo sea el único lugar donde aún podemos protegernos del dolor que ambos llevamos dentro.



31
CHARLOTTE

Me rindo a él. A sus brazos. A este instante que parece ajeno al tiempo, suspendido en un espacio donde todo lo demás deja de importar. Mi frente descansa contra su pecho y el calor de su cuerpo atraviesa las capas de tela como una promesa de refugio. Escucho el latido de su corazón, constante, profundo, como si pudiera resonar en el mío y calmar el caos que llevo dentro.

El aire parece más denso, cargado de esa intimidad que no necesita palabras. Es como si el Universo, en su infinita crueldad, nos hubiera concedido este pequeño paréntesis; un momento de tregua donde mis fragmentos rotos no duelen tanto y sus brazos se convierten en el único lugar donde quiero existir. No sé cuánto durará. No sé si debería permitirlo. Pero no puedo apartarme. No quiero.

Cierro los ojos y dejo que el peso de su abrazo me envuelva. Sus manos se posan en mi espalda, seguras, cálidas, como si intentaran sostenerme de un abismo que ni siquiera él puede comprender del todo. Me derrito contra él, no solo porque lo deseo, sino porque necesito este ancla. Porque, aunque sé que debería protegerme, no puedo. No quiero levantar muros cuando lo único que quiero es quedarme aquí, pegada a él, escuchando ese ritmo bajo su pecho que me dice que todavía estamos vivos; que todavía somos algo.

Pero, a pesar de la calma aparente, hay una tormenta rugiendo dentro de mí. La siento en cada fibra de mi cuerpo, en el peso de las palabras no dichas, en los silencios que se acumulan entre nosotros como una barrera insalvable. Porque, entre estos pasos, entre este vaivén de nuestros cuerpos, hay verdades que no quiero enfrentar. Está ella. Está ese bebé que no es mío, que nunca será mío y que, sin embargo, lo reclamará todo. Su tiempo. Su atención. Su vida. Ese bebé que me obliga a enfrentar esta versión de mí misma que no sabía que existía, la de la mujer egoísta, que se siente desbordada solo de imaginar lo que implicaría su presencia.

Me aferro a él con más fuerza, como si este abrazo pudiera detener el tiempo. Como si este instante pudiera borrar todo lo que nos separa. Sus brazos se ajustan y mi respiración se quiebra. Su calor se filtra más allá de mi piel, tocando algo dentro de mí que había olvidado cómo sentir. Por un segundo, deseo que no haya final, que la música nunca se detenga, que podamos quedarnos aquí, balanceándonos entre luces suaves y un jazz melancólico, lejos de todo lo que duele.

Porque este instante, este pequeño respiro de lo que alguna vez tuvimos, es lo único que me queda. Y, aunque sé que no es suficiente, me aferro a él como si pudiera sostener el mundo entero. Como si, por un momento, todo lo roto pudiera desaparecer.

—Estás temblando —susurra Daniel, acariciando mi oído.

—Lo sé.

—Tienes frío.

—Sabes que no es eso.

Su abrazo se intensifica y me rodea como si intentaran sostenerme, frente a las grietas que me amenazan, o protegerme de un mundo que no puede controlarse. Su calor es un refugio y, al mismo tiempo, una tortura. Cada segundo en él es un recordatorio de lo que podría haber sido, de lo que nunca será. Su pecho contra mi rostro late con fuerza y percibo el peso de su culpa, de su desesperación, filtrándose en cada respiración. Es un eco silencioso, un canto que parece decirme *no te sueltes*. Pero sé que, tarde o temprano, tendré que hacerlo.

—Lo siento, Charlotte; lo siento, mi amor.

Su voz es un susurro quebrado, como si el dolor hubiera moldeado cada palabra. No intento esconderme. No hay lugar para eso aquí. Me aferro a él con más fuerza, pero mi resistencia se quiebra en mil pedazos. Respiro hondo y lucho contra las lágrimas que insisten en escapar. Porque sé que si lloro, no habrá forma de detener este desbordamiento.

—No te vayas de mi vida —suplica, con una suavidad cargada de dolor profundo—. Sé que te estoy pidiendo demasiado, pero, te lo ruego, no te alejes.

Quiero responder. Quiero decirle que no puedo prometerle algo que sé que es imposible. Pero las palabras se atascan y se ahogan en el nudo que aprisiona mi garganta. Porque lo que Daniel no entiende es que yo tampoco sé cómo quedarme. No con Giselle. No con ese bebé. No con la sombra de lo que somos.

No existe término medio para nosotros. No lo ha habido nunca. Daniel y yo no estamos hechos para ser amigos, ni compañeros de trabajo, ni conocidos que se cruzan por los pasillos del hospital con una sonrisa educada. Nuestra esencia es otra. Está tejida de amor desbordante, de pasión y fuego. Estamos hechos para amarnos o destruirnos, pero nunca para quedarnos a medias. Y, aunque ahora mis labios no puedan pronunciarlo, aunque mi alma esté en guerra conmigo misma, lo sé: su propuesta es tan imposible como pedirle al Sol que deje de brillar.

Necesito aire. Necesito huir de este fuego que me consume. Pero ¿cómo podría cuándo sus brazos son mi refugio, cuando ese amor, ahora mismo, amenaza con llevarse lo que queda de mí?

Pero el final llega como siempre, sin piedad.

—Señoras y señores.

La voz amplificada de la Dra. MacKallister retumba en el salón, cortando cualquier intento de seguir ignorando la realidad que nos consume. La orquesta se detiene y deja un eco vacío que me devuelve a ella. Daniel y yo dejamos de movernos, pero no nos soltamos. Su mano sigue firme en mi cintura, cálida y envolvente, como si temiera que este contacto pudiera desvanecerse si aflojara el agarre. Yo, por mi parte, mantengo mi rostro apoyado en su pecho, escuchando el eco de su respiración. No quiero moverme. No quiero que esto termine.

MacKallister, con su vestido de lentejuelas que parece competir con las luces del techo, sonríe desde el escenario.

—Hemos recaudado una cantidad récord, lo que nos permitirá hacer realidad el nuevo proyecto de nuestra octava planta: ¡un parque infantil en la terraza!

Los aplausos llenan el salón como una ola. Pero yo no aplaudo. Mis manos están atrapadas entre el calor de Daniel y no tengo intención de soltarlas. Su pulgar, rozando mi cintura, se mueve en un gesto casi imperceptible, pero suficiente para que todo mi cuerpo se tense bajo su toque.

—Ahora, antes de que todos vuelvan a casa, quiero invitarles a un último brindis en honor a nuestra increíble comunidad médica. Por favor, levanten sus copas y acompáñenme en este cierre especial.

—Creo que eso significa que la fiesta ha terminado —murmuro, alzando la vista hacia Daniel.

Él no responde de inmediato. Me aferra con más fuerza y murmura:

—Parece que sí. ¿Lista para el brindis?

—No lo sé.

Y, por una vez, no es una excusa. No lo sé de verdad.

Antes de que pueda añadir algo más, una sombra se cierne sobre nosotros.

—¿No tenéis manos libres o qué? —Mark nos tiende dos copas de champán, sonriendo con esa mezcla suya de suficiencia y travesura.

—Gracias, Mark. —Daniel ríe mientras coge una copa y yo hago lo mismo.

—No sé qué haríais sin mí. —Y, con un giro teatral, desaparece entre la multitud.

Alzo la copa al unísono y bebo, pero el champán que burbujea en mi garganta no disipa el nudo que tengo en el pecho. Después, con dificultad, nos separamos. Ni siquiera entiendo por qué.

Daniel me mira y rompe el silencio:

—¿Qué quieres hacer? —No respondo—. ¿Quieres que te lleve a casa? —pregunta, aunque su tono revela que no espera otra respuesta que la de siempre.

—No, mejor cogeré un taxi.

Esta vez no insiste. Asiente levemente y acepta mi decisión con una serenidad que casi duele.

Antes de que pueda procesar cómo lidiar con la incomodidad del momento, Robert aparece detrás de nosotros, se coloca en medio y nos rodea, colocando un brazo sobre el hombro de cada uno.

—Vamos a *Le Mirage*. ¿Os apuntáis?

—¿*Le Mirage*? —repito.

Daniel fija sus ojos sobre los míos y espera. Yo le devuelvo la mirada y me encojo de hombros.

—Vale, pues en marcha —declara Robert.

Deja que yo pase primero, pero su brazo permanece un segundo más sobre el hombro de Daniel, como si estuviera recordándole algo. Daniel le dedica una mirada de advertencia y Robert sonríe, satisfecho consigo mismo.

Camino hacia Olivia y Mark, que están unos pasos más adelante. Olivia pregunta si vendrá alguien más. Robert asiente y añade:

—Sí, pero me han dicho que ya van yendo y nos esperan allí.

—Vamos, entonces.

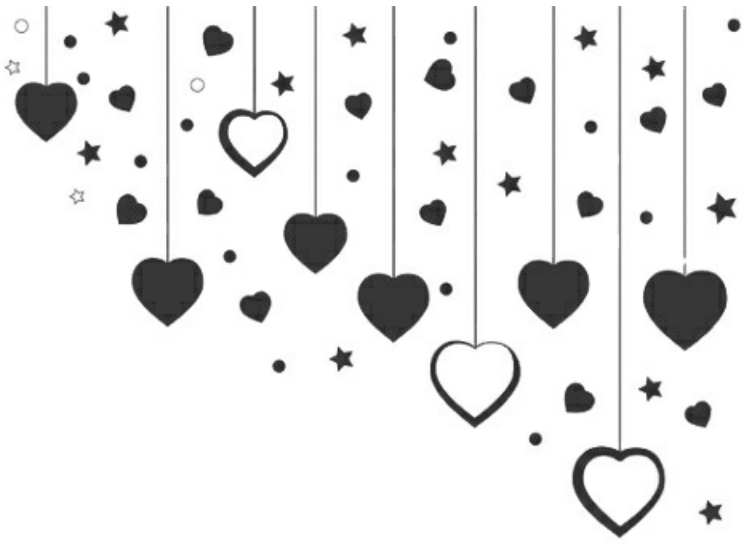
Daniel, sin embargo, se disculpa.

—Ahora os veo fuera. Necesito hacer una llamada. —Antes de alejarse, su mano roza mi cintura; una caricia breve, pero suficiente para desestabilizarme por completo—. No tardaré —musita con esa voz que parece contener mil promesas.

Lo observo mientras se va. Pero, en cuanto está lo suficientemente lejos, Mark llama mi atención y exclama:

—Charlotte, querida, creo que hablo en nombre de todo el hospital cuando digo: Gracias. En la media hora que habéis estado bailando juntos, Daniel y tú nos habéis garantizado entretenimiento por los pasillos hasta mayo.

Dejo escapar el aire con fuerza y Olivia pone los ojos en blanco, pero a él le da lo mismo. Amplía su sonrisa con un toque de maldad.



32
CHARLOTTE

Los baños deberían ser un refugio sagrado. Un santuario. Un búnker inexpugnable contra el caos del mundo exterior. Pero no. Por alguna razón cósmica inexplicable, cuando se termina una fiesta, todas las mujeres de la sala decidimos iniciar una peregrinación en masa al lavabo más cercano, como si nos guiara un instinto ancestral.

Y ahí se acaba la paz. Porque los baños, en plena desbandada post-evento, se convierten en una mezcla entre centro de operaciones de una misión de rescate y confesionario de reality show. Hay grupitos conspirando frente al espejo, amigas arreglándose el eyeliner con precisión quirúrgica, alguna que llora (siempre hay una que llora) y otra que da un discurso motivacional sobre lo poco que se merece ese capullo con el que ha estado perdiendo el tiempo. Y en medio de todo esto, yo, que solo quiero un minuto de silencio y un lavabo que no parezca el epicentro de una cumbre del G20.

El que está junto a la sala de la fiesta parece un casting para *Los Juegos del Hambre*. Así que, con mi dignidad colgando de un hilo y una falda de tul que ocupa más espacio que mi paciencia, decido buscar alternativas. Pregunto a un miembro del personal, un chico muy amable que parece no entender mi creciente urgencia. Tras indicaciones poco claras —algo de «gire a la derecha después de la gran escalera» y «siga el pasillo hasta la estatua de la sirena» (¿Hay una

sirena? ¿En serio?)— me encuentro vagando por los pasillos como si estuviera buscando un tesoro perdido.

Finalmente, tras girar una esquina me meto por un recodo que corre paralelo a una especie de biblioteca, con estanterías de madera oscura llenas de libros, una chimenea que proyecta un brillo cálido, y sillones de cuero que invitan a sentarse con una copa de brandy y una novela de espías. Las paredes son ventanales de cristal, así que se puede observar lo que ocurre dentro.

Y, claro, lo veo.

Daniel está allí sentado, frente a la chimenea y con el teléfono pegado a la oreja. Su postura parece relajada. Él no es consciente de mi presencia porque está de espaldas. Pero yo sí. Y lo escucho porque la puerta acristalada está, además, abierta.

—Sí, Giselle, sí. Lo entiendo. Pero entiéndeme tú a mí…

La frase me golpea como un mazazo en el estómago. Ella; otra vez, ella.

No debería afectarme. No debería doler así. Pero lo hace porque, por mucho que intente ignorarlo, su sombra está en cada rincón, en cada pausa, en cada espacio entre nosotros.

¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Fingir que no me importa? Lo haría si no fuera porque tengo muy claro que, aunque intente borrar su huella, ella siempre estará ahí, entre nosotros, invisible pero tan palpable como el aire que respiro.

«Soy una idiota, una ilusa absurda con vestido de tul, de pie en una puerta, escuchando a escondidas como una cotilla».

Decido irme y no oír más. Pero, claro, si algo puede salir mal, saldrá mal.

Mi equilibrio y yo tenemos una relación complicada, lo sabéis. Así que, cuando intento retroceder un paso, el maldito tul de la falda decide rebelarse. Se engancha con mi tacón y, antes de que pueda procesarlo, mi otro pie pisa mal la alfombra. ¿Resultado? Un desastre en tres actos.

Primer acto: *El tambaleo*.

No elegante, tipo cisne deslizándose sobre un lago. No. Esto es más como un flamenco borracho tratando de hacer yoga sobre un monociclo.

Segundo: *El intento desesperado*.

Mis brazos se mueven como aspas de molino, intentando contrarrestar la fuerza de gravedad mientras mi falda de tul se convierte en mi peor enemiga. ¿Y qué hace? Pues lo típico, se enreda entre mis piernas como un villano de dibujos animados. Por un momento, creo que he conseguido salvar la situación, pero entonces…

Tercero: *La catástrofe*.

Me voy al suelo. De culo. Con un ruido seco y rotundo que hace eco en el pasillo y, probablemente, en toda la planta.

El dolor es secundario. Lo peor es la dignidad. Eso, y que, al levantar la vista, me doy cuenta de que mi gloriosa caída ha llamado la atención de Daniel, que ahora me observa por encima del respaldo del sofá. Su ceja está arqueada en esa mezcla de incredulidad y preocupación que solo él puede llevar con tanta elegancia. En serio, este tío es guapísimo hasta con cara de flipado.

Intento levantarme rápido, desesperada y avergonzada a partes iguales, y lidiando por

salvar lo poco que queda de mi integridad honorable y humana. Pero, por supuesto, mi falda malvada vuelve a hacer de las suyas. Se enreda en mis piernas y se infla como si fuera una medusa varada. Termino atrapada en una prisión de capas. Estoy a punto de rendirme y quedarme a vivir en el suelo del pasillo cuando, con horror, veo cómo Daniel cuelga el teléfono y corre hacia mí.

«No, no, no, no…».

Quiero gritarle que se detenga, que finja que no me ha visto, que me deje pudrirme en este rincón del pasillo, pero las palabras se atascan en mi garganta. Y llega, sí. Se agacha a mi lado y me envuelve con esa mirada, mezcla de preocupación y ternura.

—¿Charlotte, estás bien? —Su voz es suave, demasiado aterciopelada, como si estuviera hablando con una niña que acaba de caerse del columpio.

—¡Sí, sí! Estoy bien. Perfectamente. —Me retuerzo, e intento salir de la maraña de tul y excusas, pero nada funciona. Mis manos se mueven frenéticas, mientras intento arreglar lo irremediable—. Es solo… la alfombra, ya sabes. Traicionera. Y… bueno, el tacón. Y la falda de este vestido, y… En fin, no importa. ¿Tu llamada? ¿Qué tal? Todo bien, ¿no? Porque, bueno, ya veo que estás aquí y eso significa que todo está bien, ¿verdad? —Me doy cuenta de que estoy hablando como un loro desquiciado, pero no puedo parar.

—Charlotte, —Su tono cambia, más firme, más centrado—, ¿y tu cuello?

Ese maldito cuello. Mi orgullo herido es el que responde, no mi sentido común.

—¡Mi cuello está perfecto! Mejor que nunca. Es mi trasero el que ahora necesita cuidados, pero gracias por preguntar.

Daniel frunce el ceño y, antes de que pueda decir nada más, me agarra suavemente por los brazos y me ayuda a levantarme. Sus manos son firmes y, por un momento, el calor que emana de él me desconcierta más que la caída, y eso hace que mi cerebro entre en cortocircuito.

—Lo siento —me excuso. Trato de recuperar algo de control, aunque mi voz suena más como un balbuceo avergonzado—. Solo estaba buscando el baño. Los que había junto a la sala estaban llenos, y… bueno, me perdí. Y te vi. Y… siento mucho haber interrumpido tu llamada… —Pausa dramática, y mi veneno fluye sin más—… A Giselle.

Él no titubea. No se esconde. Ni siquiera me lo reprocha, y mira que podría. Su respuesta es directa, porque no tiene nada que ocultar.

—Sí, la he llamado. Tenía que hablar con ella de un asunto importante.

—Ya. —Mi respuesta es corta, afilada, como un cuchillo lanzado al aire.

Él me lee. ¡Claro que me lee! Porque es Daniel y siempre ha tenido esa habilidad irritante de desentrañar cada uno de mis pensamientos con una sola mirada. Y porque ahora mismo, además, estoy hiperventilando de miedo.

—Charlotte…

Pero no le dejo terminar. Mi caos interior toma el control y mi mente se convierte en un torbellino verbal.

—¡No pasa nada! ¡De verdad! Lo entiendo perfectamente. Tenías que hablar de… ¿pañales? Claro, los pañales son importantes. ¿Y qué pasa con la habitación? ¿Ya habéis elegido el color? ¿Algo neutro o vais a tirar por lo clásico? ¿Y la cuna? ¿De colecho o no? Porque hay pros y contras, ya sabes. ¿Y el moisés? ¿O vais directamente a la minicuna? ¿Muselinas? ¿Ya habéis comprado muselinas?

—Charlotte…

—No quería molestar… No… Lo siento, de veras, me voy… Me voy rápido, si logro

recordar por dónde he venido…

No termino la frase. Porque de repente, él cierra la distancia entre nosotros. Su mano se posa en mi nuca, firme pero suave, y, de inmediato, posa sus labios sobre los míos.

El beso es lento, sensual, implacable. Es un gesto que corta de raíz mi caos, que apaga mi tormenta interna y la reemplaza por un calor que me consume por completo. Su boca se mueve con una seguridad que me desarma y sus dedos, enredados en mi cabello, me mantienen atrapada, sin posibilidad de escapar. Y, aunque podría resistirme, aunque debería revelarme, no lo hago. Porque lo quiero. Porque lo necesito.

Me pierdo en él. En la forma en que me reclama, en cómo me obliga a callar con cada movimiento. Y, por primera vez en toda la noche, dejo de pensar.

Daniel se aparta, pero solo lo justo, como si el acto de romper del todo el contacto fuera demasiado para soportarlo. Apoya su frente sobre la mía y, de ese modo, crea un refugio donde el mundo deja de existir. Nuestros alientos se mezclan, cálidos y trémulos, y ese intercambio parece contener palabras que apaciguan mi miedo. Sus labios, todavía rozando los míos, se mueven apenas lo suficiente para dejar escapar un susurro con una confesión cargada de promesas y nostalgia.

—Le he pedido de nuevo que ceda y se haga la amniocentesis para determinar la paternidad. Sé que soy un egoísta, que hay riesgos. Pero no puedo seguir perdiéndote, Charlotte. No puedo.

Sus palabras se clavan en mí. Resuenan con un peso que no sé cómo sostener. Pero no tengo tiempo de procesarlo, de encontrar respuestas o siquiera de respirar, porque él vuelve a besarme. Y, esta vez, lo hace con una intensidad que desborda cualquier palabra, cualquier promesa.

Daniel me envuelve por completo, no solo con sus brazos, sino con su cuerpo. Su calor es abrumador, envolvente, como si estuviera construido para ser un refugio impenetrable; como si quisiera protegerme de todo lo que nos amenaza y su abrazo pudiera detener el mundo entero. Sus dedos trazan caricias lentas y reconfortantes sobre mi espalda, mi pelo, pero su beso… Su beso es otra cosa. Es una súplica, un juramento, una promesa. Es un beso lleno de todo lo que teme, de todo lo que no sabe cómo contener. Y yo no puedo hacer otra cosa que perderme en esa fe que muestra sin fisuras.

Mis manos se aferran a su cuello como si fueran mi única conexión con la realidad, pero en el fondo sé que este momento es más real que cualquier otra cosa.

Pero, entonces, un carraspeo dilapida ese cobijo.

—Disculpen… —Una voz masculina, incómoda, irrumpe en nuestra burbuja.

Ambos nos congelamos con nuestras bocas aún entrelazadas. Nos separamos con una torpeza que hace que el rubor me suba desde el cuello hasta la raíz del cabello. Daniel no suelta mi cintura, ni siquiera se inmuta mientras gira ligeramente la cabeza hacia el hombre que intenta pasar por el estrecho pasillo enmoquetado.

—Perdón —murmura con su voz grave.

Cuando el pasillo vuelve a estar vacío, Daniel baja la mirada hacia mí. Sus ojos me trasladan a ese mar oscuro, cálido y profundo. Eleva su mano lentamente por mi cintura hasta mi rostro. Acaricia mi mejilla con el dorso de sus dedos, con una cadencia lenta, ferviente.

—Vamos a *Le Mirage*.

Asiento, aunque por dentro, todo me grita que quiero quedarme aquí, en este pasillo enmoquetado, perdida en su abrazo y en sus labios para siempre.

Sin soltar mi cintura, toma mi mano con firmeza y me insta a caminar hacia la zona

donde estaba la fiesta y el ropero. Sus pasos son tranquilos, relajados, y el roce de su mano en la mía es un ancla, una conexión que no quiero soltar. El silencio entre nosotros es cómodo, pero él lo rompe.

—¿Seguro que no te has hecho daño con la caída? —insiste con una sonrisa traviesa que ilumina su rostro.

—Estoy bien.

—¿Segura? Porque lo que vi fue un aterrizaje espectacular. —Frunzo los labios, para ocultar mi vergüenza, y él se ríe—. Si lo prefieres, podemos buscar un cojín antes de bajar al parking. Ya sabes, por si acaso.

Lo miro de reojo, pero la curva de su sonrisa me desarma. No hay burla malintencionada, solo ese tono entre encantador y molesto que lo hace imposible de ignorar.

—Gracias por la sugerencia, pero mi trasero está bien.

—Bueno, al menos tengo que reconocer que caíste con estilo. —Y se inclina hacia mí y susurra—: Aunque el aterrizaje podría mejorar.

—Oh, por favor, no empieces. —Intento sonar cortante, pero su proximidad me desarma por completo. Ese hombre podría dictar un manual entero de cómo convertir una sonrisa banal en un arma de seducción masiva.

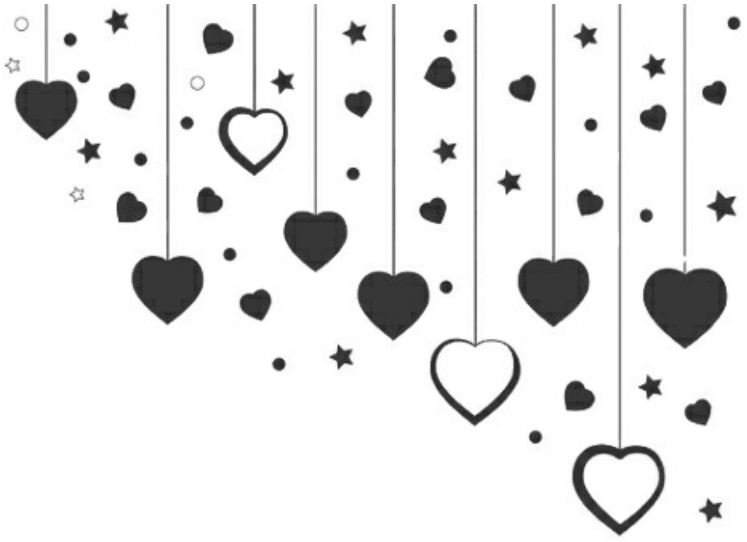
—¿Qué? Solo estoy diciendo que, para la próxima, intenta no pelearte con la falda. Creo que ganó esta vez. —Sus ojos chispean de diversión, y no puedo evitarlo: una risa interna se abre paso en mi rostro.

—De verdad, ¿puedes dejarlo ya?

—No, no creo que pueda. Además —añade, entrelazando sus dedos un poco más con los míos—, me encanta verte luchar por tu dignidad. Es entrañable.

«¡Maldito seas!».

Su pulgar roza el dorso de mi mano, un gesto tan sutil que apenas lo percibo, pero es lo suficientemente efectivo para que mi corazón se enrede en un latido torpe y un estremecimiento trepe por mi columna. Trago e ignoro el pequeño terremoto que ha provocado en mi interior. No quiero pensar en lo que significa. No quiero pensar en nada que no sea este momento, con sus dedos entrelazados a los míos y su risa llenando el aire. En que me encanta que siga agarrándome la mano. En que odio que haya tanto entre nosotros. No quiero pensar en lo inevitable. En que estoy más perdida de lo que pensaba. Porque lo único que deseo ahora mismo es que este momento no termine.



33
DANIEL

La fila del ropero es un caos organizado: gente riendo, ajustándose los abrigos, hablando en voz alta sobre pacientes, turnos y proyectos del hospital. Reconozco varias caras, colegas con quienes comparto horas interminables en quirófanos o reuniones. Pero, ahora mismo, todo eso es ruido de fondo. Mi atención está en otra parte.

Reviso las dos fichas del ropero entre mis dedos y las giro despacio mientras mi mente sigue ahogada en un torbellino de desasosiego. El rostro de Charlotte todavía está grabado en mi mente, esa mezcla de sorpresa, miedo, cuando la levanté del suelo. Tengo claro lo que pasó por su cabeza y ese recelo me flagela. No quiero que desconfíe de mí, pero entiendo sus razones.

Giselle es una mujer que, a primera vista, puede generar inseguridades. Y aún no he podido ofrecer a Charlotte unos cimientos sólidos donde sentirse segura. Ni siquiera mis promesas la inspiran la confianza suficiente, y eso es solo culpa mía.

Hasta que no tenga los resultados de la prueba de paternidad es imposible crear nada. Comprendo a Giselle y su negativa a la amniocentesis. Lo entiendo, los riesgos están ahí, pero también está mi vida. Nuestra vida. Necesito cerrar esa puerta de incertidumbre porque, aunque todo en mí grita que ese bebé no es mío, su sombra sigue colándose en cada rincón. Pero es que, además, no puedo iniciar nada con Charlotte mientras la duda nos azote.

La fila avanza y entrego las fichas. El encargado desaparece por unos segundos y vuelve con los dos abrigos. Suelto un agradecimiento automático mientras cuelgo el de Charlotte sobre mi brazo y me pongo el mío. Justo entonces, la veo regresar por el pasillo. Camina recta, altiva, con esa postura que parece una declaración de fuerza.

—No has tardado mucho —la recibo.

—Apenas había gente.

—He mandado un mensaje a Mark. Le he dicho que vayan yendo.

—Perfecto.

Su tono debería sonar casual, pero no lo es. Hay algo en su voz, algo medido, que me hace entrar en alerta.

«¿Qué está pasando por tu cabeza, Charlotte?».

Me acerco y le tiendo su abrigo. Ella deja que se lo coloque sobre los hombros y no puedo evitar que mis dedos rocen su cuello mientras retiro su pelo hacia fuera. Es un contacto breve, pero mi pecho se aprieta con esa mezcla familiar de deseo y necesidad.

Caminamos juntos hacia los ascensores. Nuestras pisadas resuenan amortiguadas en la alfombra mullida del pasillo. Charlotte pulsa el botón y las puertas se abren directamente al estar en planta. Entramos solos y volvemos a presionar el botón para bajar al garaje.

El silencio entre nosotros no es incómodo, pero está cargado. Como si el aire mismo esperara que algo ocurriera.

Y ocurre.

Las puertas se cierran y, antes de que pueda reaccionar, ella se gira hacia mí. No hay aviso. No hay titubeo. Enreda sus brazos alrededor de mi cuello y sus labios chocan con los míos con un hambre feroz que me arranca el aliento. El impacto me arrastra como una corriente de lava a la que ni me planteo resistir. El mundo desaparece y todo se reduce a ella; a su boca ardiente contra la mía, al sabor de su desesperación, que también comparto, a nuestro deseo enredado. La envuelvo entre mis brazos y la atraigo hacia mí, hasta que su cuerpo encaja perfectamente contra el mío.

Ese beso es fuego, es caos, es una súplica muda que no necesito traducir. Cada movimiento de sus labios, cada roce de nuestras lenguas expresa todo lo que no se puede decir con palabras. La intensidad de este momento me consume, pero también me salva, porque, por primera vez en días, siento que ella está aquí, completamente conmigo. Y eso, por ahora, me es suficiente.

El ascensor da un pequeño aviso antes de detenerse. El sonido metálico del sistema anunciando la llegada al parking subterráneo nos arranca de ese instante, pero no apaga la llama. Nuestras bocas se separan apenas unos milímetros, pero nuestros alientos siguen entrelazados, cálidos, irregulares, cargados de una tensión que no puede disiparse. Su mirada, oscurecida y llena de deseo, se clava en la mía, y no puedo evitarlo: me inclino de nuevo y rozo su labio inferior como una promesa.

Las puertas se abren y la fría realidad del parking nos recibe. Sin embargo, ni siquiera la percibo. Todo lo que siento ahora es el pulso de Charlotte resonando contra mi pecho, sus labios hinchados por nuestros besos, y ese ligero temblor en su cuerpo que me dice que está tan perdida como yo en esto.

Caminamos, pero el espacio entre nosotros no dura ni un segundo. Mis manos buscan su cintura, su boca vuelve a reclamarme, y nuestros pasos, tambaleantes, avanzan entre besos y caricias. Cuando llegamos al coche, Charlotte se queda contra el lateral y, antes de que pueda

procesar lo que ocurre, la tengo atrapada entre el metal frío y mi cuerpo, hambriento.

—Daniel… —murmura, como un lamento y una súplica al mismo tiempo.

—¿Qué ocurre, pequeña? —susurro.

Mis labios se deslizan por su mandíbula, bajando hasta su cuello, donde dejo un rastro de besos. Charlotte deja escapar un gemido apagado. Enreda sus manos en mi cabello y me atrae aún más cerca. Su cuerpo se curva hacia el mío con una necesidad que me desarma por completo.

Abro la puerta trasera. Charlotte recoge la falda de su vestido y se cuela dentro. La sigo y, cuando cierro tras nosotros, el aire se carga de una tensión que amenaza con consumirlo todo. Charlotte se acomoda sobre mí y apoya sus rodillas a cada lado de mis caderas. Deja caer su abrigo de sus hombros, que se desliza hasta el escaso espacio que hay en el suelo del vehículo.

Mi control, ya frágil, se desmorona por completo. La poca luz que se filtra a través de los cristales tintados roza a Charlotte con una suavidad etérea. Actúa como una caricia temblorosa, que apenas se atreve a tocarla, aunque dibuja su silueta entre sombras y destellos apagados.

Deslizo la mirada por su torso. Ese maldito vestido, que parece diseñado para torturarme, se ajusta a su cuerpo como una segunda piel. Su escote deja al descubierto la línea delicada de su pecho. Y mis manos, como si tuvieran voluntad propia, suben hasta uno de ellos. Lo aprieto entre mis dedos y vuelo de nuevo a su boca.

Cuando nuestros labios se encuentran, es como si el tiempo se desvaneciera. No hay pasado, no hay futuro. Solo este momento, donde ella es todo lo que necesito, todo lo que siempre he querido. Mis manos se aferran a su cintura, y la ajusto más a mí, mientras su boca explora la mía con urgencia.

No puedo detenerme. Muerdo su cuello, lamo su piel suave y cálida, y dejo un rastro de besos que baja lentamente hasta la curva de su clavícula. Siento cómo tiembla bajo mi tacto y el sonido de su suspiro, entrecortado y cargado de deseo, es todo el incentivo que necesito.

Con cuidado, deslizo mis dedos hasta el borde del escote y tiro de la tela hacia abajo, revelando sus deliciosos pechos. Mi aliento se acelera mientras inclino la cabeza, permitiéndome adorarla de la única forma que sé: con mi boca.

El contacto es eléctrico. En cuanto mi lengua roza su pezón, sus dedos se hunden en mi cabello y un gemido, suave y quebrado, resuena en el silencio del coche. Sus caderas comienzan a moverse contra mí y todo en mi interior grita por ella. La presión de su cuerpo contra el mío, el roce rítmico, la forma en que se rinde completamente en mis brazos… Es demasiado.

—Dios, Charlotte… —murmuro contra su piel. Mi voz, densa de deseo, le revela algo más hondo, más puro.

Charlotte me busca con la mirada, y en sus ojos estalla una emoción que me desarma y me reconstruye en el mismo latido.

Quiero todo de ella. Todo.

Mis manos se deslizan lentamente bajo la falda de tul, que se siente ligera y etérea entre mis dedos, pero también es un maldito obstáculo que parece multiplicarse con cada capa. Tras unos segundos lidiando con ella, encuentro la suavidad de sus piernas desnudas, un contraste absoluto con la textura del vestido, y mis dedos trazan un camino firme hacia su ropa interior. La tela de su tanga es deliciosamente suave y cuando tenso ligeramente la tira, arquea su pelvis hacia mí y deja escapar otro gemido.

Busco su entrada y la encuentro tan mojada que mi erección se revela. Meto dos dedos y Charlotte deja escapar un suspiro bajo que ahoga mordiendo sus labios. Sus caderas endurecen el ritmo que marco, y me hundo una, y otra y otra vez en ella. Muerdo su pezón con mis dientes y

lo sano repetidas veces con mi lengua. Meto un tercer dedo y la estrechez de su entrada se pliega a mí.

—Te quiero dentro —implora sobre mi oído—. Te quiero dentro, Daniel, por favor, te necesito…

Busco sus ojos. Ahora mismo, su habitual tormenta se ha transformado en un ardor absoluto. Y la forma en que sus manos se clavan a mis hombros solo alimenta el fuego que amenaza con consumirnos.

Charlotte tira de mi abrigo y de la chaqueta con una urgencia que comparto, pero el maldito espacio conspira en mi contra. Me retiro de ella y me esfuerzo por conseguirlo. Arqueo la espalda, intento deslizar los brazos fuera de las mangas, pero estoy atrapado como un pez enredado. Gruño, forcejeo, casi le doy un codazo en el proceso. Charlotte deja escapar una carcajada suave y no puedo evitar sonreír contra su cuello, derrotado por mi propia ropa.

—No te rías —murmuro divertido, y aferro sus caderas para clavarla en mi erección.

Charlotte abre la camisa y acaricia mi pecho. Lame mi cuello y desliza su lengua hasta alcanzar el lóbulo de mi oreja. Suelto un jadeo ahogado y su risa se mezcla con un gemido cuando empiezo a moverla sobre mí con firmeza, una y otra vez. Apenas puedo aguantar más.

Beso su cuello desesperado, mientras busco mi cinturón bajo las capas de tul que me cubren. Ella intenta ayudarme, pero la situación se vuelve caótica. La cantidad de tela que nos rodea convierte cada intento en un pequeño desastre.

—Esto es… imposible —exclama entre risas, mientras intenta despejar la zona.

—Nada es imposible. —Y la beso.

—Este maldito vestido está conspirando contra nosotros.

—Voy a hacer que pierda.

Pero el espacio estrecho no ayuda. Su falda se acumula de tal forma que, aunque ella intenta apartarla, cada movimiento parece crear aún más tela.

—¿Cuántas capas tiene? —pregunto, cuando por fin las sorteo y llego a la hebilla.

—Demasiadas.

Abro el cinturón, los botones del pantalón, la cremallera, y libero mi erección bajo el maldito tul que ahora mismo estorba demasiado.

La miro a los ojos.

—Lo siento, Charlotte.

Cojo la tela de su tanga con fuerza y de un empellón la rasgo.

—Dios —gime ella.

Lleva su cadera hacia la mía y se coloca de tal forma que mi glande roza su entrada.

—Ah, joder… No me hagas eso… —me derrito.

—¿El qué? ¿Esto? —Y presiona para dejarme entrar. Cierro los ojos y me deleito con su juego. Esta es la Charlotte que me enamora, la que sabe cómo rendirme, mientras se burla de mí.

Presiona, mueve su cadera en círculos y mi glande se desliza poco a poco.

—Espera, espera… —Y ella ríe sobre mis labios. Tanteo mi abrigo en busca del maldito bolsillo donde guardo la cartera, pero el lío no me permite encontrarla.

—En mi bolso tengo.

—¿Dónde está tu bolso?

Charlotte gira su cabeza de un lado a otro del habitáculo.

—No sé dónde ha caído.

Su boca deja escapar un lloriqueo frustrado.

—Esto es un desastre.

—No. —Acaricio su mejilla con mis dedos—. Esto es perfecto.

Sus ojos se clavan en los míos, profundos y desnudos, como si buscaran perderse en mi alma. Por un instante, el tiempo parece detenerse y el mundo se reduce a ese espacio diminuto que compartimos. Luego, con un suspiro ahogado, vuelve a mis labios y sus besos, breves pero voraces, son como llamaradas que devoran todo a su paso. Cada uno de ellos es una promesa, un incendio que crece entre nosotros, amenazando con consumirnos en un fuego que solo el otro puede apagar.

Yo sigo tanteando la tela de mi abrigo, buscando la maldita cartera en el bolsillo interno, cuando ella murmura contra mi boca:

—Puedes confiar en mí, Daniel.

Y en el mismo instante, su cadera se mueve con un roce que me arranca un gemido bajo. Apenas puedo mantener el control. Lo único que me grita mi mente es que la penetre de un solo impulso y hasta el fondo. La tensión en mi cuerpo es insoportable, como si cada músculo estuviera conteniéndose a duras penas.

—Confía en mí, Daniel.

—Tú también puedes confiar en mí, Charlotte. Te lo prometo. —Mis palabras son un murmullo contra sus labios, pero ella insiste.

—Además, tomo la píldora, lo sabes. —Sus caderas se mueven de nuevo, rozándose contra mi erección con una precisión devastadora—. Aunque un dos por ciento de tus espermatozoides sean especialistas en sortear barreras.

Tenso la mandíbula y atrapo su mirada. Está cubierta con esa chispa traviesa que me vuelve loco. Ella sonríe y lo hace con malicia.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Lo sé.

Antes de que pueda pronunciar una sola palabra, Charlotte se inclina hacia mí, captura mi labio inferior y lo muerde. Gruño. Su sonrisa, traviesa y seductora, se dibuja en sus labios mientras lame con la punta de su lengua la zona dolorida, hasta que logra sacarme un jadeo. Mis manos se cierran alrededor de su cintura, firmes, posesivas, y sostengo mi erección. Charlotte se desliza hacia mí y me desgarra las venas. En el momento en que la siento ceder, permitiendo mi entrada, todo lo demás desaparece. El aire se carga de un gemido ahogado, y no sé si es el suyo o el mío, pero no importa. Lo único que existe ahora es este momento, el calor, la conexión, la profundidad de las penetraciones, el choque de nuestros cuerpos, sus movimientos en círculos, sensuales, deliciosos.

—Joder, me encanta…

Me pierdo completamente en ella y mi control se desmorona entre sus manos. La aferro con dureza y comienzo a golpear con mi pelvis. Siento cómo se entrega por completo, cómo recrudece su propia exigencia, cómo se abandona al placer, confiando en mí para llevarla al abismo más absoluto con una solidez enloquecedora. Y yo me lanzo con ella. Porque es ella; porque siempre ha sido ella.

Su respiración se vuelve errática y, de inmediato, siento la primera contracción alrededor de mi miembro. Charlotte se estremece y su cabeza cae ligeramente hacia atrás, su cabello desordenado enmarca su expresión de pura euforia y sus labios, entreabiertos, dejan escapar el eco perfecto de mi propio anhelo.

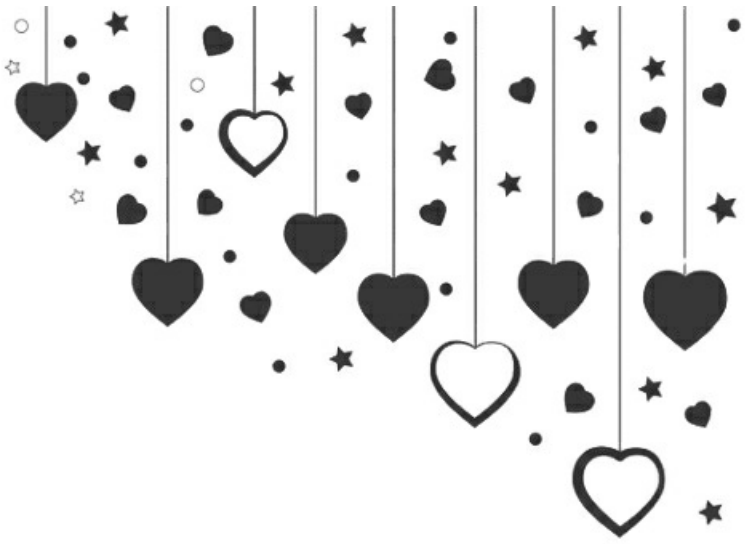
La tensión en su cuerpo se rompe y alcanza el clímax con una belleza que me deja sin aliento. Los músculos de su cuerpo se arquean y cada suspiro se convierte en un canto primitivo que resuena en lo más profundo de mi ser. La luz tenue de un coche se cuela a través de los

cristales tintados y acaricia sus pechos desnudos, cada una de sus curva, cada movimiento, mientras sus ojos se cierran y sus labios pronuncian mi nombre como si fuera una oración.

Es perfecta. Es mi vida. Es todo lo que he deseado y no quiero renunciar a ella.

No sé en qué momento pierdo el control, porque verla así, tan pura, tan desbordada, me arrastra con ella y mi propio deseo sucumbe.

Cuando finalmente su cuerpo se relaja sobre el mío, temblando, la abrazo. Siempre lo he intuido; nunca he dejado de saberlo: jamás podré amar a nadie como a Charlotte. Porque ella no es solo mi pasión; es mi refugio, mi tormenta perfecta, mi hogar.



34
DANIEL

La música en *Le Mirage* es un monstruo que devora todo a su paso. Los bajos retumban como un latido desbocado, reverberando en las paredes, en el suelo, en mi pecho. Las luces estroboscópicas desgarran la penumbra con destellos efímeros, revelando cuerpos enredados en el ritmo, sudor resbalando por pieles encendidas, miradas hambrientas que se cruzan y se olvidan al segundo siguiente. Todo es frenesí, caos, una tormenta de sonido y movimiento que amenaza con arrastrarme.

Pero yo solo veo a Charlotte.

Se mueve frente a mí, dentro de este remolino de luces y sombras, como si el mundo entero girara en torno a ella. Sus manos descansan sobre mis hombros, cálidas, seguras, y las mías encuentran su cintura, para sostenerla en un equilibrio precario entre la contención y el deseo. Nos balanceamos en un vaivén lento, buscado; un juego que no necesita reglas, solo miradas. Cada mínimo gesto es deliberado, calculado para prolongar esta tensión insoportable que arde entre nosotros.

La música cambia. El ritmo es más oscuro, más profundo, como un pulso primitivo que nos envuelve. Charlotte se acerca un poco más, su aliento se desliza por mi mandíbula antes de que sus labios apenas rocen los míos. Es un contacto fugaz, una insinuación, aunque suficiente

para que el calor me recorra la columna como una corriente eléctrica.

Me sonríe, no con los labios, sino con los ojos. Brillan con un desafío silencioso, una provocación tan cruel como hipnótica. Se da la vuelta y clava su espalda sobre mi torso, y su trasero sobre mi pelvis.

Me inclino hacia ella y mi boca encuentra la piel de su cuello con la delicadeza de un suspiro. El perfume me envuelve y la calidez de su cuerpo me ancla. No hay nadie más. No hay música, ni luces, ni otras voces. Solo el compás de nuestras respiraciones entrecortadas y el lenguaje mudo de nuestros cuerpos enredándose en esta danza que es mucho más que un baile.

Charlotte me tienta sin necesidad de palabras. Mueve su cadera, de modo que su trasero se roce contra mí repetidas veces. Ladea su rostro y su mirada se encuentra con la mía, oscura, expectante. No es solo deseo lo que leo en ella. Es algo más peligroso. Es rendición y dominio al mismo tiempo. Un abismo al que, sin remedio, estoy a punto de saltar.

La música se acelera. Las luces giran. Clavo mis dedos en sus caderas, mi erección en su culo y me pierdo en ella; en cómo ese roce buscado endurece aún más mi polla; en cómo me gustaría follarla ahora mismo y correrme entre sus pliegues cálidos, mientras ella grita mi nombre.



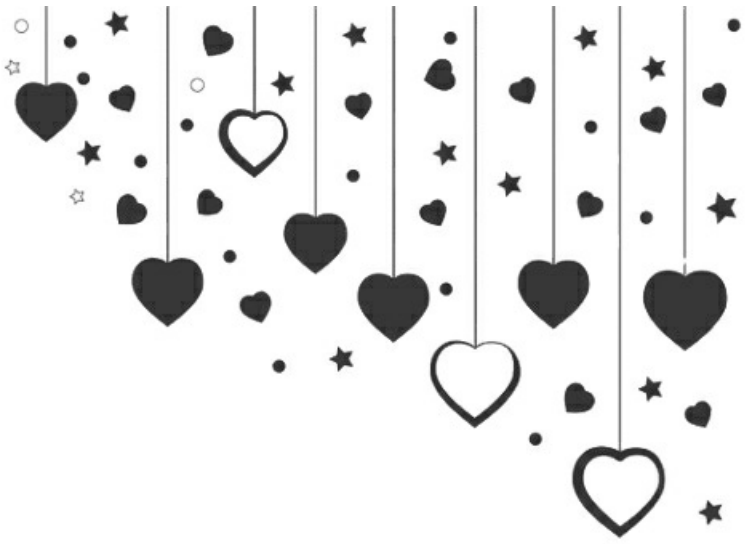
El cubículo del baño es asfixiante, un espacio mínimo donde el aire se vuelve denso, cargado de calor y deseo. Las paredes parecen encogerse a nuestro alrededor, pero ni siquiera nos detenemos a notarlo. Charlotte está anclada a mí, y su espalda queda atrapada entre la pared y mi cuerpo ardiente. Mis manos se aferran a sus caderas con una urgencia que roza la desesperación, sosteniéndola, reclamándola, como si soltarla significara perderla para siempre. Su pierna está subida sobre el borde del inodoro, dándome el ángulo perfecto para hundirme en ella una y otra vez, sin piedad, sin pausa. En este momento, no hay espacio para la ternura.

Sus gemidos, aunque intentan ser contenidos, son un eco salvaje que rebota en las paredes. Cada empuje mío arranca un jadeo de su garganta que solo consigue avivar el fuego en mis venas. Mis movimientos son rápidos, desesperados, como si cada embestida pudiera fundirnos más. El sonido de su respiración y de nuestros cuerpos chocando, llena el espacio diminuto. Y no paro. No puedo. La necesito aquí, así, envuelta en mí, tan rendida como yo estoy a ella.

Charlotte me agarra del pelo y me arranca un gruñido bajo, gutural. En respuesta, mis dientes rozan la curva de su cuello. Ella se arquea, presionando su cuerpo contra el mío como si buscara devorarme, como si no hubiera suficiente contacto entre nosotros, como si la profundidad y la firmeza de mis penetraciones no fueran suficientes para sosegar su hambre. Su mirada, oscura y perdida, encuentra la mía un instante antes de que cierre los ojos. Y es,

entonces, cuando se deja llevar. El clímax la sacude con violencia. Se agarra a mis hombros y mueve sus caderas contra mí, exigiendo más. Su cabeza cae hacia atrás y golpea ligeramente la pared, pero no parece importarle. Abre sus labios y, de ellos, escapa un gemido ahogado que hace que mi autocontrol se rompa por completo.

Me dejo llevar con ella, hundiéndome en ese placer crudo. Su cuerpo se estremece a mi alrededor mientras mi propio orgasmo me atraviesa. Todo lo demás se desvanece. No hay mundo fuera de este instante; solo nosotros, atrapados en este torbellino de deseo que nos consume, jadeantes y temblorosos; como si el Universo se hubiese contraído hasta caber en este abrazo febril, en este caos de anhelo extremo, que ninguno de los dos está dispuesto a soltar.



35
CHARLOTTE

El coche se desliza por las avenidas semidesiertas de Manhattan, atravesando la quietud espectral de la madrugada. Las luces de los semáforos parpadean con un brillo fantasmal sobre el asfalto húmedo, y se refleja en los escaparates cerrados y en los ventanales de los edificios que duermen por unas horas antes de que la ciudad vuelva a rugir.

Apoyo la frente contra la ventanilla. El frío del cristal se filtra a través de la manga de mi abrigo, templando el calor que aún arde bajo mi piel. Mi cuerpo está pesado, agotado, pero mi mente sigue enredada en pensamientos que giran en círculos lentos, arrastrándose como las luces de neón que titilan a nuestro paso.

Daniel rompe el silencio. Su voz es baja, tranquila, como si no quisiera perturbar la fragilidad de este momento. Dice algo sobre el tráfico a estas horas, sobre cómo Nueva York parece contener el aliento antes de despertar de nuevo. Palabras sencillas, casi intrascendentes, pero que llenan el aire con algo más que el eco de lo que acaba de ocurrir entre nosotros.

No le respondo. No porque no quiera, sino porque cualquier palabra me parece insuficiente. Aún llevo su sabor en mis labios, el eco de su aliento en mi piel. Mis manos, inmóviles sobre mi regazo, parecen conservar la memoria de su cuerpo, del modo en que lo he amado en estas últimas horas. Pero todo eso queda suspendido en un limbo extraño, un

paréntesis que no sé si debo abrir o clausurar para siempre.

Daniel sigue hablando. Su voz navega entre el peso de lo que no decimos y es extraño. Él nunca ha sido de los que necesitan llenar silencios. Y, sin embargo, aquí está, aferrándose a palabras sin importancia. Un gesto mínimo, pero suficiente para entender que está nervioso; que lo que acaba de ocurrir en las últimas horas tiene una trascendencia con la que ninguno de los dos sabe lidiar.

Mi mirada se pierde en la oscuridad de las calles, en las luces de los semáforos que parpadean sin prisa, en los reflejos dorados que el asfalto mojado devuelve como un espejismo. Mi barrio está a solo unas manzanas, y la idea de llegar a casa me llena de una inquietud sorda, pegajosa. Porque sé lo que me espera al otro lado de la puerta: el vacío de mi propio caos; la certeza de que este instante, este espacio íntimo y extraño entre Daniel y yo, se desvanecerá en cuanto cruce el umbral.

No quiero pensar en Giselle, en el bebé, en el abismo que sigue entre nosotros, insalvable, a pesar de todo. Pero ahí está, latiendo en el fondo de mi mente, como un reloj de arena que nunca se detiene. Y por más que mi piel aún conserve la memoria de sus caricias, por más que su olor siga anclado a mi ropa, la realidad se impone, fría, silenciosa, implacable, y me recuerda, con cruel precisión, que nunca podré tenerlo del todo.

—¿Estás bien? —Su voz rompe la quietud del coche, baja, cargada de algo que no sé si es preocupación o cautela. Me lanza una mirada fugaz antes de volver a fijar la vista en la carretera.

Asiento sin mirarle.

—Sí. Estoy bien.

La mentira se desliza con facilidad, envuelta en una calma que no siento. Es automático. Un reflejo aprendido, una forma de disfrazar el caos que se enreda en mi pecho.

El silencio se instala entre nosotros, espeso, incómodo. Se alarga tanto que me empieza a oprimir. Respiro hondo y trato de disiparlo. Y, entonces, sin pensarlo demasiado, las palabras salen antes de que pueda atraparlas.

—Daniel, sé que estamos cerca, pero no quiero ir a mi casa.

Él gira el rostro un segundo, lo justo para mirarme con desconcierto, antes de volver a la carretera.

—¿Dónde quieres ir?

—A la tuya.

Veo cómo la tensión en sus hombros se disuelve por un instante, apenas un respiro antes de que el peso regrese. No responde de inmediato. Está procesando mis palabras, tratando de leer entre líneas, de comprender qué significa realmente lo que acabo de decir. Y lo entiendo. Porque ni siquiera yo lo sé del todo.

Decido explicarme antes de que su mente rellene los vacíos con esperanzas que no sé si puedo sostener.

—Quiero ir a tu casa y estar contigo unas horas más. Pero quiero poder irme cuando mi miedo aparezca.

«No quiero tener que echarte cuando la realidad me flagele».

—Y quiero irme sin que me reproches nada —finalizo.

No me atrevo a mirarlo, pero siento su reacción como si la viera. El golpe de mis propias palabras me alcanza, brutal, como si las hubiera dirigido contra mí misma. Pero necesito decirlo. Porque esto —lo que sea que estamos haciendo— es una tregua frágil, y fuera de ella, la realidad

sigue acechando.

Daniel asiente lentamente. Su silencio está cargado de significados que no sé si quiero descifrar. No protesta, no intenta convencerme de lo contrario. Pero la forma en que aprieta el volante, la tensión sutil en su mandíbula… Todo en él grita lo que sus labios no dicen. Sé que está dolido; que, aunque no lo haya dicho, esperaba más. Algo que, quizá, sin darme cuenta, yo misma he alimentado; algo que ahora estoy destrozando.

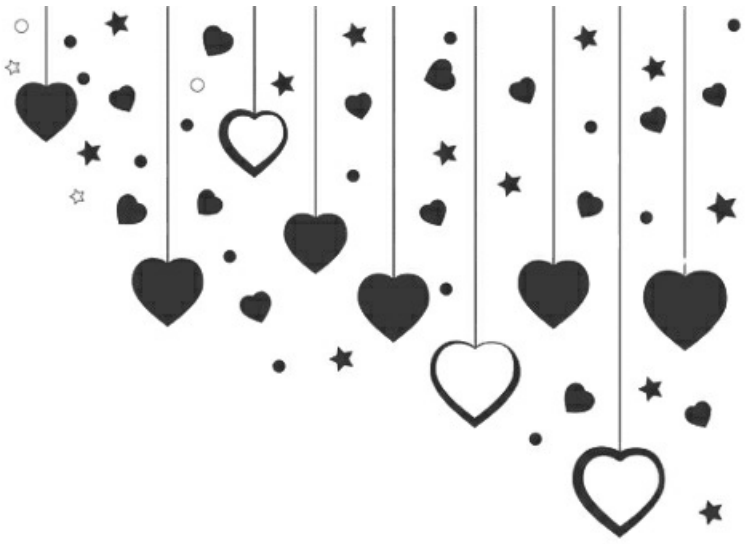
—De acuerdo.

—Gracias —susurro, aunque sé que la palabra se queda corta.

Daniel desliza la mano hasta mi pierna y la acaricia con una calidez firme, como si intentara anclarme a él sin retenerme. Su toque es suave, casi reverente, pero en su silencio pesa todo lo que calla.

—Lo entiendo. No tienes que agradecerme nada, Charlotte.

Su voz suena serena, aunque no tanto como pretende. Hay un filo en ella, una gravedad que me atraviesa. Y lo veo; percibo su dolor, ese que esconde incluso cuando me da lo que le pido. Ese dolor que se cuela entre nosotros, silencioso y cruel, haciéndome preguntarme si esta tregua no es solo otra forma de destrozarnos lentamente.



36
CHARLOTTE

La habitación está inundada por la luz tímida de este mediodía nublado. La bandeja de frutas se ha desplazado hacia un lado de la cama, olvidada entre risas y caricias que no parecen tener fin. Estoy tumbada boca arriba, pero no puedo moverme mucho porque Daniel está medio apoyado sobre mí, con su cabeza enterrada en mi cuello, y dejando pequeños mordiscos y besos que me arrancan carcajadas que no consigo contener.

—¡Daniel, para! —rio, y trato de empujarlo, aunque sin mucha iniciativa.

Pero él, en lugar de detenerse, me atrapa las muñecas con facilidad y las sujeta sobre mi cabeza, sin dejar de besarme el cuello.

—¿«Para» qué? —pregunta con esa sonrisa que puedo sentir contra mi piel. Su voz es un ronroneo bajo que me desarma, incluso mientras intento fingir una pizca de indignación—. Esto es ciencia, Charlotte. He confirmado que tienes cosquillas en el lado derecho y ahora debo comprobarlo en el lado izquierdo.

—¡No soy un experimento! —protesto, pero mi reclamo pierde peso en cuanto él desliza su lengua hasta a mi clavícula.

Daniel alza la mirada, aunque no me suelta.

—Quizá tienes razón. No eres un experimento, sino Arte; una deliciosa obra de Arte. —

Suelto una carcajada—. Creo que podría pasarme toda la vida estudiándote.

—Qué original.

—¿No me crees?

—No.

Daniel me observa con esa intensidad que siempre parece atravesarme. Libera mis muñecas solo para pasar sus dedos por mi mandíbula. Traza líneas invisibles con una delicadeza que me enciende las mejillas. Baja por mi cuello, serpentea por mis pechos, se desliza por mi vientre. Y, antes de que pueda decir algo más, su mano encuentra mi cintura y me hace cosquillas.

Mis carcajadas explotan.

—¡Para! ¡Para!

Es inútil. Sus dedos no tienen piedad y yo no tengo la suficiente fuerza para apartarlo.

—Dilo. —Sonríe, inclinándose para rozar mi nariz con la suya mientras sigo riendo. Sus ojos chispean con esa mezcla de diversión y ternura que me derrite por completo—. Vamos, dilo.

—¿Decir qué?

—Que me crees. Que eres una de las nueve maravillas del Mundo.

—Siete.

—Pues, contigo, ocho.

Mi risa se suaviza y se transforma en algo más íntimo. Resbalo mis manos por su espalda y me deleito con cada uno de sus músculos marcados. Enredo los dedos en su cabello. Daniel se tensa ligeramente. Acerco su rostro al mío y, con una sonrisa, murmuro:

—Eres insoportable.

Frunce el ceño.

—Eso no es lo que te he pedido que digas.

No me deja responder. Su boca encuentra la mía en un beso que no busca permiso, que me arrastra con una lentitud feroz, como si quisiera desmontar cada una de mis resistencias desde dentro.

Sus labios son suaves, pero firmes, y la presión de su cuerpo contra el mío me roba el aliento. Se separa unos milímetros y me advierte:

—No vas a ganar esta discusión, Charlotte.

—¿Ah, no? —Alzo una ceja y no le doy tiempo a reaccionar. Aprovecho su distracción y, con un movimiento rápido, lo empujo de espaldas contra el colchón y escalo sobre él con una sonrisa triunfante.

Daniel, riendo, me lo permite y no hace el menor intento de resistirse. Al contrario, sus manos vuelan a mis caderas con una familiaridad que hace que mi piel arda bajo su tacto.

—¿Qué haces, pequeña?

—Demostrar que puedo ganar, pequeño.

—Esto no va a quedar así.

Su expresión cambia al instante. La sonrisa ladeada, el destello travieso en sus ojos. Y, antes de que pueda anticiparlo, se incorpora con un movimiento ágil y gira conmigo sobre la cama. Ahora soy yo la que queda acorralada entre sus brazos, con su cuerpo sosteniéndome contra el colchón y su boca peligrosamente cerca de la mía.

Daniel sonríe, despacio, de esa forma peligrosa que siempre anuncia problemas. Por un segundo, creo que va a besarme de nuevo, pero en su lugar, desliza la mano hasta la bandeja de fruta y toma una fresa entre los dedos.

—Vamos a ver si cambiamos ese humor. Creo que el problema es que te falta azúcar.

—Eres imposible.

Aun así, tomo la fresa entre los dientes. Lo hago desafiándolo en silencio y sin apartar la mirada de la suya. Y él acepta el reto. Porque apenas un instante después, su boca captura la mía con una mezcla de dulzura y deseo. Me deja sin aliento, y odio que lo sepa y que se aproveche.

—Te odio —susurro contra su boca.

—Lo sé.

Sus labios se funden con los míos con una lentitud delirante; como si tuviera todo el tiempo del mundo para saborearme, para dibujarme en su memoria con cada caricia. Mis manos recorren su cuello y se deslizan por su pecho, con la necesidad desesperada de memorizarlo también. Su piel, cálida y firme bajo mis dedos, es un recordatorio innegable de que esto, lo que sea que hemos creado, es real.

Daniel se separa unos centímetros, toma otra fresa de la bandeja y la desliza por el borde de mi mandíbula. Deja un rastro frío que contrasta deliciosamente con el calor que aún arde en mi piel.

—Podría acostumbrarme a esto —ronronea. Y, después, lame el jugo de la fruta que ha marcado.

—¿A qué? ¿A alimentar a alguien como si fuera la Reina de Saba?

Él sonríe, pero no responde de inmediato. En su lugar, desliza la yema del pulgar por mi mejilla y traza el mismo recorrido que antes hizo con su boca.

—A verte así. Relajada. Feliz.

Sus palabras tienen un peso devastador. Y, sin embargo, no puedo evitar sonreír.

—No hagas que sea tan fácil caer en tus encantos. Me gusta pensar que soy difícil de impresionar.

—No te preocupes, Charlotte. —Su sonrisa se amplía y vuelve a aparecer ese destello travieso en su mirada—. Si no caes ahora, tengo toda una vida para seguir intentándolo.

La risa que se escapa de mis labios es inevitable, ligera, como si al fin hubiese soltado un peso que ni siquiera sabía que cargaba. Daniel se gira para que pueda quedar sobre él. Recuesto mi rostro contra su pecho y dejo que sus brazos me envuelvan con una calidez sanadora. Cierro los ojos un instante y me entrego al latido constante de su corazón.

Los minutos se alargan y, sin embargo, no hay premura que nos agite. Daniel y yo hemos logrado entrelazar nuestros silencios sin necesidad de que nada los enturbie. No hay prisa ni expectativas, solo el simple hecho de estar aquí, juntos, sin que nada más importe.

Después de un rato, susurra:

—¿En qué piensas?

—En lo absurdo que es todo esto. Tú y yo. Aquí. Como si el mundo real no existiera.

—¿Quieres que volvamos a la realidad?

—No. Todavía, no.

—Entonces, nos quedamos.

Su respuesta es sencilla, pero esas palabras tienen más peso del que aparentan. No está hablando solo del momento, sino de algo más, algo que él sabe que no estoy lista para enfrentar.

Busco sus ojos. Necesito que me confirme que entiende que esto, lo que sea que tenemos, no es tan simple como él quiere que parezca. Pero antes de que pueda decir algo, Daniel toma mi rostro entre sus manos y me besa, lento y suave, como si, de esa forma, pudiera ofrecerme una promesa que ni siquiera tengo la certeza de que pueda cumplir.

Mis dedos se entrelazan a los suyos y me dejo llevar a este pequeño refugio que hemos creado.

—No quiero que este momento termine —murmuro sobre sus labios.

Pero él ya no responde porque es muy consciente de que cualquier sueño que alberguemos se nos puede deslizar de las manos.

Aun así, lo expreso.

—Haces que todo parezca tan fácil.

—Porque contigo lo es.

Se gira, para colocarse sobre mí, y me besa. Sus labios se mueven sobre los míos como si estuvieran memorizando cada línea, cada curva, y siento que, de alguna manera, me está prometiendo algo más grande de lo que puedo aceptar.

Cuando se separa, enlaza su mirada a la mía.

—Charlotte, contigo siempre hay luz —musita—. Aunque todo lo demás sea oscuridad.

No puedo responder. Un nudo inesperado se instala en mi garganta. Me quedo callada y escondo mi rostro mirando hacia la ventana.

—¿Qué ocurre? —pregunta con voz suave, como si supiera que estoy caminando sobre un hilo invisible.

—Nada.

—Charlotte… —Susurra mi nombre con esa cadencia que me estremece.

—No es nada importante, de verdad.

Por un instante, parece que va a insistir. Pero, entonces algo en su expresión se relaja y el brillo travieso vuelve a sus ojos. Antes de que pueda anticiparlo, sus dedos recorren mi cintura con una caricia distraída, apenas un roce. Hasta que, de repente, el gesto se convierte en un ataque inesperado de cosquillas

—¡Mierda! ¡Daniel, no!

Pero ya es demasiado tarde. Sus manos encuentran con precisión cada punto vulnerable, y me ataca con una destreza cruel hasta que estallo en carcajadas.

—¡No! ¡No! ¡Daniel, para! ¡Para!

Intento escapar, pero él me atrapa con facilidad. Es más fuerte, más rápido, y, maldita sea, más terco.

—¿Decías algo de «nada importante»?

—¡Para, por favor!

Siento que me voy a quedar sin aire si sigo riéndome de esa manera.

—¿Estás segura de que no es «nada importante»?

Aprovecho un momento para girarme y escapar, pero él me agarra y, en un movimiento torpe, ambos rodamos hacia el borde de la cama. No tengo tiempo de pensar. Caemos al suelo juntos en un enredo de sábanas, risas y cuerpos desnudos.

Daniel me ha frenado el golpe, pero ahora se gira y me atrapa debajo de él. Sus ojos brillan con diversión, aunque albergan algo mucho más profundo.

—¿Estás bien? —pregunta.

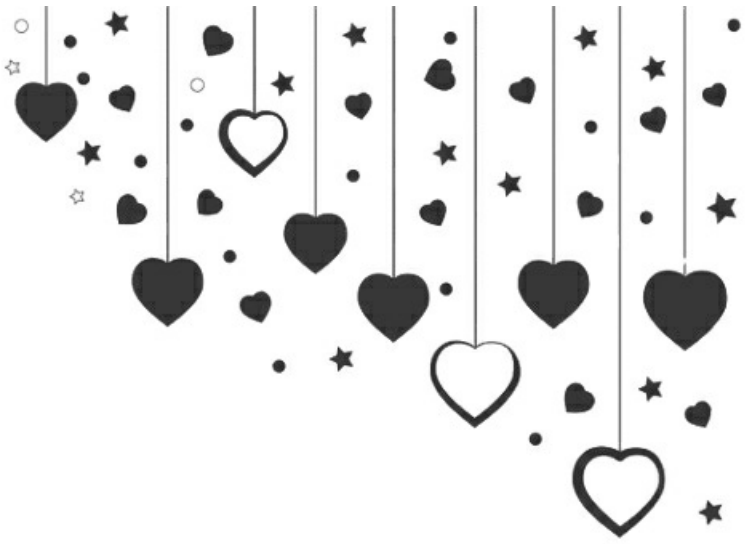
—Sí… creo.

Las palabras se me quedan atrapadas en la garganta y no puedo apartar la mirada de la suya.

Daniel baja la cabeza lentamente y sus labios rozan los míos. Esta vez no hay risas, no hay bromas. Solo hay ternura y una conexión silenciosa que parece envolvernos por completo. Sus manos se deslizan por mis costados y me acaricia con una delicadeza que contrasta con la intensidad de nuestra caída. Me abro a él y Daniel me penetra despacio.

Y ahí, en el suelo, con su cuerpo sobre el mío y nuestras respiraciones mezclándose en

cada acometida, me siento como si no importara lo que pase después, porque este momento es nuestro. Solo nuestro.



37
CHARLOTTE

Veinte horas.

Veinte malditas horas desde que crucé la puerta de su casa, desde que me alejé con un nudo en la garganta y la certeza de que algo dentro de mí se quedaba allí, atrapado. Desde que lo besé por última vez. Desde que sus brazos me envolvieron, firmes pero cargados de una ternura que parecía no tener fin.

Cierro los ojos y dejo que el agua hirviendo se derrame sobre mí, implacable, intentando arrastrar lo que queda de Daniel en mi piel. Pero su rastro es obstinado, impermeable, y se aferra a cada poro como si se hubiera fundido conmigo. Cuanto más caliente el agua, más nítido es su recuerdo, más se clava en mí su aroma, su tacto, su aliento. Como si mi propio cuerpo se negara a olvidarlo; como si la ausencia, en lugar de borrar, solo intensificara su presencia.

No me fui enfadada. No hubo gritos ni despedidas amargas. No hubo portazos que sacudieran las paredes ni palabras que dejaran heridas abiertas. Solo un abrazo. Solo una sonrisa temblorosa. Solo un beso que me derritió tanto que, por un instante, me hizo tambalearme, y me tentó con la mentira de que tal vez podríamos construir algo juntos.

Pero no lo hice. No podía. Porque quedarme con él habría sido una farsa para ambos. Giselle y su bebé pesan demasiado. Están clavados en mi mente. Aparecen en cada momento que

me siento segura, en cada pausa, en cada instante en el que mi corazón, idiota y testarudo, quiere olvidar lo imposible.

Apoyo la frente contra los azulejos fríos, mientras el agua cae sobre mí en un intento inútil de apagar el incendio que me consume. Veinte horas. Veinte malditas horas ahogándome en un torbellino de rabia y tristeza. Rabia conmigo misma, por no ser más fuerte, por no tener el coraje de quedarme. Pero, sobre todo, porque esto no debería ser tan difícil. Porque si de verdad quiero a Daniel, si de verdad esto es amor, ¿no debería ser capaz de soportarlo? ¿No debería encontrar la manera de asumir su vida sin sentir que me estoy traicionando?

Pero no puedo. No quiero. Porque sé lo que pasaría: me perdería a mí misma. Me convertiría en alguien que no reconoce su propio reflejo, en una mujer que mide cada palabra, cada gesto, cada pensamiento, temiendo el momento en que la realidad termine por aplastarla. Y no. No voy a ser esa persona. No voy a quedarme para ver cómo lo inevitable me destroza. No quiero vivir con miedo.

Han pasado esas malditas veinte horas y, lejos de calmarme, solo han abierto más grietas. Porque lo amo; lo amo de una forma que me desborda, que me ahoga, que me hace temblar. Porque anhelo sus labios con desesperación. Porque mi piel aún recuerda el mapa de su cuerpo y mis manos siguen buscándolo en la nada. Porque lo único que quiero es rendirme a él, olvidarme del mundo y dejar que nuestros pasos nos lleven a cualquier lugar donde la realidad no pueda alcanzarnos.

Necesito verlo. Y aunque la idea me llena de una mezcla caótica de deseo y ansiedad, sé que esta semana será casi imposible. Si hoy no coincidimos en el hospital, probablemente no lo haré hasta la próxima semana, a menos que alguna urgencia lo requiera expresamente. Y esa posibilidad me desgarra más de lo que estoy dispuesta a admitir. No quiero que pase tanto tiempo. No quiero que la distancia empiece a teñirme de un mero recuerdo.

Hoy es lunes. Entro al hospital a las tres de la tarde y Daniel saldrá entre las cinco y las seis, así que, con suerte, lo veré por allí un par de horas. Mañana martes, en mi guardia de 24 horas, no le veré ni un minuto, porque él no trabaja ni mañana ni el día de Navidad. Y el jueves, que también lo tiene libre, yo estaré en Long Island, intentando aprovechar lo poco que me quede de las fiestas con mis padres. El viernes vuelvo al hospital, a las tres, pero ese día Daniel suele irse temprano para empezar su fin de semana. Así que, en total, esta semana veré a Daniel… nada. O casi nada.

¿No debería agradecer la distancia? ¿Tomármela como un respiro? Pero no lo hago. No puedo. Lo único que siento es un vacío creciente, una inquietud punzante que se parece demasiado al miedo. Temo que, cuanto más tiempo pase sin él, más real se haga la idea de perderlo.

Suspiro, salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla. Mi reflejo en el espejo me devuelve una imagen que apenas reconozco: ojos opacos, vacíos; sonrisa inexistente; piel sin vida. Quiero creer que esto pasará, que este dolor se desvanecerá. Pero cómo hacerlo cuando lo que siento por él parece no tener fin; cuando lo que arrastro dentro es una sombra inmensa que me consume.

Mientras seco mi pelo, el reloj avanza implacable, y cada segundo me empuja más cerca de ese momento en que llegaré al hospital. La idea de ver a Daniel, incluso si solo son unas pocas horas, me emociona y desalienta a partes iguales. Y no sé qué hacer con este nudo que me desgarra por dentro, con esta angustia que se enreda en mi pecho y me ahoga. No sé cómo mirarle sin que cada fibra de mi ser se rebele, sin que mi corazón grite desesperado que lo amo, que lo necesito más que al aire que respiro. Y aun así, aquí estoy, obligada a alejarme, a

romperme en pedazos porque quedarme a su lado sería como destruirnos a los dos poco a poco.



—¡Vamos, Cunningham, mueve el culo que se nos va! —grita Perlman desde el control de enfermería, con el tono de quien acaba de ver la escena final de *Titanic* y pretende rescatar a Jack.

Salgo disparada tras él, intentando no tropezarme con mis propios pies ni con los cables de los monitores que cruzan el pasillo como trampas improvisadas. Habitación 407. Ahí está: el paciente más pocho que tenemos hoy en el turno.

Entramos y lo veo. Pálido, *palidísimo*. Parece un fantasma que ha decidido quedarse por cortesía. Lo primero que noto es el monitor: un desastre. El electro muestra lo que parece el garabato de un niño en pleno subidón de azúcar. Y lo siguiente, el sonido: un *bip-bip-bip-biiiiiiiiiiip* que hace que el corazón se me encoja. Irónico, ¿no? Su corazón está dando el espectáculo y el mío casi se detiene por empatía. Bien jugado, Murphy.

—¡Está en fibrilación ventricular! —exclama Perlman, como si yo tuviera alguna duda al respecto.

Perlman toma el control, literalmente, de la situación. Y, sinceramente, agradezco tenerlo a él porque, teniendo en cuenta el historial del paciente, esto es el preludio de una tragedia a lo *New Amsterdam*, versión *low-cost*. Perlman empieza con las compresiones. Genial; no por el paciente, que también, sino por mí. El hombre es muy corpulento y creo que, si hubiese tenido que hacerlas yo, me hubiera tenido que subir a la cama. Así que, agradecida, en parte, corro para preparar el desfibrilador. Los *electrodos* van directo al pecho del paciente. Siempre me da un poco de cosita, como si estuviera pegando calcomanías en una persona que claramente no está para juegos.

—¡Llama al Dr. Maddox! —ordena Perlman mientras cuenta las compresiones.

Yo, obediente como nunca, agarro el teléfono que hay en la pared y marco rápido. El Dr. Maddox no debería tardar. Siempre está cerca. Es como un cuervo que sobrevuela la planta esperando su momento para intervenir.

—Dr. Maddox, habitación 407. Fibrilación ventricular. Corre.

Cuelgo antes de que pueda contestar, porque no tengo tiempo para charlas de cortesía.

Perlman sigue con las compresiones y ya empieza a sudar como si estuviera entrenando para los Juegos Olímpicos de Reanimación.

Preparo el monitor para la carga. Mis manos no tiemblan, pero mi mente sí. Todo es automático: ajustar los joules, colocar las palas. Lo tengo. Pero nos falta uno para la ventilación, así que como nadie aparezca por esa puerta, estamos jodidos. Bueno, el paciente, quizá, un poco más.

Dicho y hecho, el Dr. Maddox entra al box como un vendaval.

—¿Qué tenemos? —pregunta, porque, claro, es lo que los médicos hacen: preguntar obviedades mientras tú estás al borde del colapso nervioso. ¡Acaso no te lo he dicho ya!

—Fibrilación ventricular —respondo.

El Dr. Maddox, que es muy listo y diligente —no va con segundas—, toma el ambú y se prepara para la ventilación.

—¿Estamos listos?

—Listos.

—¡Fuera! —grito.

Descarga.

El cuerpo del paciente salta como si estuviera interpretando un truco de magia. Miramos el monitor.

Nada. A ese corazón se le ha acabado la fiesta.

—¡Reanudad compresiones! —ordena Maddox.

Perlman no pierde ni un segundo y vuelve a colocar las manos sobre el pecho del paciente para seguir con el ritmo. Mientras, Maddox sigue ventilando con el ambú. Yo, por mi parte, intento ignorar el sudor que me resbala por la frente y la sensación de que La Muerte está detrás mía, sentada en un sofá y con los pies subidos sobre la cama, mientras observa cada uno de nuestros movimientos.

—¿Tiempo? —pregunta Maddox, sin dejar de ventilar.

—Treinta segundos más —respondo.

El cronómetro avanza y, cuando los dos minutos se cumplen, Maddox se endereza y lanza otra orden.

—Cunningham, prepárate para la siguiente descarga.

Centro la atención en las palas y espero, mientras observo el monitor que sigue mostrando el mismo caos.

—¿Estamos listos?

—¡Fuera!

Otra descarga. El cuerpo del paciente salta de nuevo. Pero nada, como si le hubiéramos intentado revivir con un secador de pelo.

Por la puerta entra Daniel. Y, sí, lo sé, estamos en plena reanimación, con un paciente al borde del Más Allá, pero ¿qué hace mi cerebro? Escanearlo de arriba abajo como si fuera un algoritmo de reconocimiento facial diseñado para detectar irresistibles problemas emocionales.

La bata impecable, el cabello un poco revuelto, y esa expresión de concentración absoluta que, por alguna razón injusta y cruel, le queda endiabladamente bien. Si la OMS no lo ha declarado una amenaza para la estabilidad cardíaca, es porque no lo han visto así.

Vale, lo de la sensualidad abrumadora en plena emergencia médica probablemente es cosa mía. Pero ¿qué queréis que os diga? También soy humana. Profesional, sí. Pero humana.

Lo miro un segundo. Apenas un parpadeo. Es la primera vez que lo veo desde que puse un pie en el hospital hace dos horas. Y, de repente, a mi corazón le da por olvidarse de la reanimación y centrarse en algo mucho peor: en él.

—¿Cómo va? —pregunta Daniel con esa voz grave que podría detener huracanes, calmar océanos y apagar volcanes.

Se acerca a Maddox sin perder un segundo, centrado, eficiente, impecable. El Dr. Maddox empieza a soltar un resumen técnico mientras sigue ventilando al paciente, pero yo… yo no oigo absolutamente nada. En teoría, debería estar absorbiendo cada dato de la reanimación.

Pero, en la práctica, mi cerebro ha decidido colapsar como si fuera un ordenador del 2003 con quince pestañas abiertas.

«Concéntrate, Charlotte. Es una parada cardíaca, no una audición para el calendario benéfico de personal médico sensualmente empotrable».

Pero entonces, Daniel me mira. Es apenas un segundo, aunque es suficiente para que mi temperatura corporal se dispare como si hubiera metido la cabeza en un horno industrial.

—¿Cunningham? —canturrea Perlman.

—¡Sí! ¡Estoy aquí! —respondo demasiado rápido, demasiado alto, y sí, demasiado ridícula.

El Dr. Maddox está a punto de darme la orden de otra descarga, pero Daniel le frena y se acerca al monitor. Su movimiento es tan fluido que todo parece ralentizarse. Ajusta la ganancia del trazado con precisión y el cambio es inmediato. Las líneas caóticas del monitor se vuelven más definidas, más claras.

—Hay actividad —dice Daniel, con una calma que hace que todos en la sala nos detengamos por un momento. Sus ojos están fijos en la pantalla.

—¿Otra descarga, entonces? —pregunta Maddox, claramente dispuesto a cederle el control.

Daniel asiente.

—Cunningham, prepárate para lanzar otra. Esta vez a 200. Pero espera mi orden.

Y se concentra en el trazado. Unos segundos después, ordena:

—Vamos a ello. ¡Preparada! —grita Daniel, con esa voz que no admite réplica.

—¡Fuera!

Descargo. El cuerpo del paciente se eleva otra vez y todos contenemos la respiración mientras el monitor parpadea. Por unos segundos, que parecen una eternidad, la pantalla muestra asistolia. Mi estómago cae. Esto no puede estar pasando. El Dr. Maddox está a punto de ordenar que sigamos con la RCP, cuando, de pronto, se abre paso un latido; uno solo, aislado, débil. Luego otro. Y otro. Y otro más. El monitor empieza a mostrar esos primeros golpes y, poco después, alcanza un ritmo constante. Pero no podemos respirar todavía.

—¿Pulso? —pregunta Daniel con voz firme y sin apartar sus ojos del monitor.

Perlman coloca los dedos en el cuello del paciente. Hay una pausa demasiado larga. Cada segundo cae como un peso sobre mis hombros.

«¡Vamos!», quiero gritarle al monitor, pero Perlman se me adelanta:

—¡Lo tengo! Débil, pero presente.

El aire en la sala cambia, como si todos exhaláramos a la vez. Pero no hay tiempo para sacar el champán. Daniel, por supuesto, toma el control.

—Vamos a trasladarlo a la UCI. Cunningham, verifica la vía central y prepara una perfusión de adrenalina a 0.1 microgramos por kilo y ajusta según respuesta. Perlman, presión arterial cada minuto.

Mis manos vuelan hacia la vía intravenosa. El Dr. Maddox sigue ventilando al paciente con precisión casi mecánica.

—Presión en 70/40. Gasto bajo —informa Perlman.

Daniel asiente, como si ya lo hubiera anticipado. La línea tensa en su frente sigue ahí, pero su voz sigue siendo un ancla.

—Cunningham, carga inicial de 150 miligramos de amiodarona en bolo. Después,

perfusión a 1 miligramo por minuto durante seis horas. Y asegúrate de que la UCI tenga la información y continúe la perfusión.

Mis dedos vuelan a preparar la dosis en la jeringa. Es un proceso que requiere concentración extrema: calcular, cargar el bolo, conectar la línea de perfusión. Todo al tiempo que mi cerebro intenta no derretirse ante Daniel y su rollo de cardiólogo alfa cuando habla con el equipo de traslado.

«Concéntrate, Charlotte. Ahora no es momento para… eso»

—Saturación —ordena Daniel, cortando la llamada y mis pensamientos.

—Ochenta y cinco por ciento con ambú —responde Maddox, ajustando la máscara.

—Preparaos para el traslado a la UCI. Perlman, acompaña al paciente y sigue monitorizando la presión. Dr. Maddox, tú también vas: presiones, respuesta a la medicación, estado neurológico. Avisad al intensivista. Esto aún no ha terminado. Estad atentos.

Perlman ajusta las conexiones con rapidez, Maddox sigue ventilando, y yo me encargo de la bomba para la perfusión de amiodarona, y me aseguro de que todo esté listo para el traslado. Pero, para ello, tengo que cruzar entre Daniel y el carro de medicación para conectar la bomba al paciente. El espacio es tan estrecho que ni siquiera soy consciente de lo cerca que estamos, hasta que me aproximo a él. Daniel no se aparta, no puede. Está atrapado por la escasez de anchura, pero también está sumido en la concentración de su tarea, y no voy a molestarlo. Cuando paso, mi pecho roza con el suyo y él posa sus dedos en mi cintura. Es un toque fugaz, casi etéreo, pero suficiente para que una descarga recorra mi cuerpo, como si cada nervio se despertara de golpe, a la espera de más.

«Cálmate, Charlotte. Es solo un gesto obligado por las circunstancias, ¿verdad? ¿No? Creo que no».

El monitor suena con su ritmo implacable y me recuerda que hay un paciente entre la vida y la muerte, y que ahora no es momento para tonterías. Me muevo con rapidez y termino de conectar la perfusión.

Por la puerta de la habitación entra el equipo de traslado a la UCI. Dos enfermeros empujan un carrito equipado con todo lo necesario para estabilizar al paciente durante el trayecto. Sus movimientos son rápidos, eficientes, como si fueran una extensión más de este caos perfectamente organizado.

—Cunningham, ¿todo listo para la perfusión? —pregunta Daniel.

—Sí, ya está configurada —respondo, y ajusto la última conexión en la bomba.

—Perlman, Dr. Maddox, id con ellos —les recuerda Daniel—. Dr. Maddox, quiero un informe completo desde la UCI en cuanto lleguéis. Y recuerda: mantén la ventilación estable hasta que lo intuben, si es necesario.

Maddox asiente mientras ajusta el ambú con movimientos precisos.

—Entendido, Dr. Hawke.

—¿Baja, doctor? —le pregunta uno de los enfermeros del traslado.

Daniel sacude la cabeza.

—Después. Tengo otro paciente que necesita seguimiento inmediato. Informad de cualquier cambio en cuanto lo estabilicéis en la UCI.

La camilla comienza a moverse, Maddox y Perlman la escoltan fuera del box. El sonido de sus pasos y el traqueteo de las ruedas se alejan mientras Daniel se gira hacia mí.

—Ve al control de enfermería e inicia la coordinación con UCI. Asegúrate de que todo esté documentado y que el intensivista reciba un informe completo.

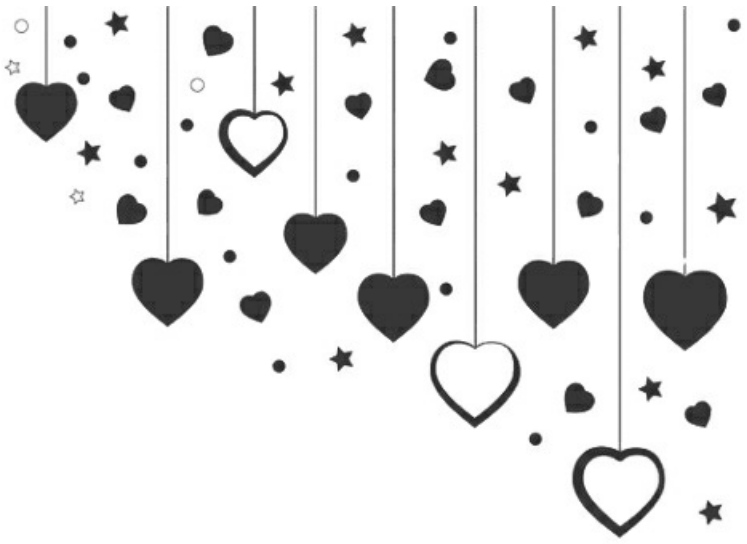
—Sí, doctor Hawke.

Salgo de la habitación y me dirijo al control de enfermería. Daniel vuelve a la habitación de al lado, donde otro paciente está esperando la misma dedicación impecable que acaba de mostrar.

Abro la historia clínica electrónica para cargar los datos de las perfusiones y contactar con la UCI. Mis dedos se mueven automáticamente sobre el teclado, pero mi mente… Mi mente está atrapada en él. No puedo evitarlo. Echo un último vistazo por encima del hombro, como si un imán invisible me obligara a buscarlo.

Allí está, inclinado sobre el monitor del paciente, con su ceño ligeramente fruncido y su perfil recortado por la luz blanca de la sala. Su postura transmite concentración absoluta, pero también algo más: esa dedicación inquebrantable que tanto me fascina. Todo en él parece hecho para desafiar al caos, para imponer un orden que el resto solo podemos intentar seguir.

Enamorarse de alguien así es un desastre profesional de proporciones épicas. De alguien que, incluso en medio del caos, eclipsa todo lo demás con una facilidad insultante. Suspiro y esbozo una sonrisa resignada. Quizá amar a alguien así, tan arrollador, tan imposible de olvidar, sea la peor locura en la que me he metido. Pero, si es un desastre, al menos es el más hermoso en el que podría perderme.



38
CHARLOTTE

Salgo de la habitación con la tablet en una mano y el tensiómetro en la otra. Camino hacia el control de enfermería para actualizar los registros de los pacientes de la ronda y seguir fingiendo que mi mundo no se tambalea cada vez que pienso en él.

Estoy a punto de llegar cuando levanto la vista y ahí está. Daniel aparece por uno de los pasillos que desembocan en el control, con una carpeta en la mano y esa expresión de agotamiento, que a los demás nos dejaría con cara de hámster trasnochado; pero que a él, por algún tipo de pacto secreto con los dioses, le da un aire terriblemente sexy. Aun así, lleva los hombros ligeramente caídos, la mandíbula tensa, los ojos oscuros y perdidos en pensamientos que, conociéndolo, probablemente incluyan a algún paciente. Pero, en cuanto nuestras miradas se cruzan, algo en él cambia. La dureza se disuelve, la concentración se fragmenta y, en su lugar, surge una sonrisa. No es grande ni arrolladora, apenas un leve alzamiento de labios, pero es bella y golpea directa en mi pecho.

Y lo peor —o lo mejor, quién sabe— es que se la devuelvo. Sin pensar, sin calcular. Una tregua silenciosa que flota entre nosotros desde… bueno, desde lo de la otra noche.

Él llega primero al control de enfermería y deja la carpeta sobre el mostrador con un suspiro que podría escucharse desde la otra planta. Sus movimientos son más lentos de lo

habitual y parecen cargados de ese cansancio que no se permite demostrar del todo.

—¿Todavía por aquí, Dr. Hawke? —pregunto cuando llego junto a él.

—Sí. Aunque creo que ya todo está más o menos bien.

Entro al control, dejo las cosas sobre la mesa y me lanzo al ordenador, lista para introducir las mediciones de los pacientes que acabo de revisar. Con los ojos en la pantalla, sigo hablando:

—Está siendo un día complicado, ¿verdad?

—Algo. Pero he vivido lunes peores.

—¿Aún tienes mucho pendiente?

—En realidad, no. Podría haberme ido ya.

—¿Entonces? —levanto la vista hacia él, intrigada—. ¿Ha habido cambios con el paciente de la UCI?

—No. Permanece estable —responde tranquilo.

Daniel cruza los brazos sobre el mostrador y se inclina ligeramente hacia adelante. Esa postura, combinada con la sonrisa que se dibuja en sus labios, me desarma un poco. Es cálida, pícara, como una caricia disfrazada de gesto casual, y me recuerda por qué es tan peligroso.

—Quería esperar a tu descanso para que me invitases a un café.

Parpadeo mientras intento procesar lo que acaba de decir. Su voz, además, tiene ese tono bajo y despreocupado que altera cada poro de mi cuerpo.

—¿Que te invite a un café? —repito, riendo y sin poder ocultar la sorpresa.

—Sí —reitera. Y profundiza su mirada de tal forma que activa un revoloteo en mi vientre —. Después de la última vez que intenté invitarte a uno, ya no me atrevo.

Dejo escapar una carcajada suave.

—Qué tonto eres.

—Entonces, ¿qué dices? —insiste.

Relajo mi gesto y, en el reflejo de su mirada, veo una complicidad inesperada. Su sonrisa se expande, cálida y sincera, y en ella encuentro un refugio, un motivo para arriesgarme de nuevo. Por un instante, me atrapa y me enamoro un poco más.

—Sí, Daniel. Me apunto a ese café.



No puedo parar de reír. Tengo que soltar los cubiertos sobre la bandeja porque necesito agarrarme la barriga por las carcajadas. Daniel me observa con esa mezcla de diversión y falsa indignación que es su especialidad.

—Vamos, no era tan gracioso —exclama, mientras se apoya, relajado, contra el respaldo de la silla.

—¿No? —jadeo—. ¿Te has escuchado? «Sr. Lincoln, este marcapasos es la última tecnología: regula su corazón, le hace más fuerte contra un ataque alienígena y además evita que le espíen con microondas». ¿¡Quién demonios dice algo así a un paciente!?

Daniel se encoge de hombros y sus labios se curvan en una sonrisa ladeada.

—A mí no me mires. Fue Maddox. Ese es el encanto que muestra con pacientes conspiranoicos.

—No me lo puedo creer.

—Te juro, Charlotte, que fue surrealista. Creía, fervientemente, que cualquier hacker, con el número de serie del marcapasos, podría alterar su corazón a voluntad.

Su risa, profunda y cálida, se cuela en mi pecho y provoca que mi corazón se acelere. Se impregna de ese magnetismo que tanto me atrae y que me empuja a acercarme más, mucho más de lo que debería y de lo que soy capaz de controlar.

Intento recuperar algo de serenidad, pero es inútil. Respiro hondo, como si el aire pudiera calmar la tormenta que se desata dentro de mí cada vez que me relajo a su lado. Mis dedos empiezan a jugar distraídamente con la comida del plato, pero es solo un intento vano por centrarme, porque en cuanto levanto la vista, ahí está él con esa mirada que siempre parece desnudarme por completo; que me hace querer olvidarme de todos los límites que hemos acordado en nuestro pacto de silencio.

—¿Qué? —pregunto. Y trato de sonar casual, aunque mi corazón esté haciendo un triple salto mortal hacia atrás y sin manos.

—Nada. Solo que… Me gusta verte reír así.

Lo dice en un tono tan bajo y tan íntimo, que reacciono igual que si me lo hubiera susurrado al oído. Es increíble como su voz es capaz de deshacerme sin ni siquiera tocarme.

Me muevo en mi asiento, incómoda, y hago lo único que sé hacer: romper el momento con un comentario sarcástico.

—Bueno, pues disfrútalo mientras dure, porque esta comida está a punto de arruinarme el humor. —Señalo mi plato—. ¿Cómo me has convencido para que pida esto?

—No te he convencido. Solo te he dicho que el jackfruit tiene una textura similar a la carne, nada más. Y tú has dicho: «¡Voy a probarlo!» —me imita con una voz demasiado aguda y entusiasta.

Le fulmino con la mirada.

—No sé qué habrás comido tú a lo largo de tu vida, pero te aseguro nunca he probado carne que se asemeje a… esto.

Pincho un trozo con el tenedor y lo observo como si fuera un experimento de laboratorio que ha salido terriblemente mal.

Daniel reprime una sonrisa y apoya un codo en la mesa, para inclinarse levemente hacia mí.

—Lo que pasa es que tu paladar está sesgado.

—Lo que pasa es que me has engañado — canturreo, imitándolo. Pincho otro trozo con el tenedor y lo observo con suspicacia—. Esto no sabe a carne. No sabe a nada. Es como si alguien hubiera intentado recordar cómo era la carne y se hubiera rendido a mitad de camino.

—Dale otra oportunidad.

—¿No me has visto darle la primera?

—Tal vez el problema es que lo estás comiendo con escepticismo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué sugieres? ¿Que lo coma con fe ciega y el fervor de una conversión religiosa?

—Sugiero que dejes de buscar carne en donde no la hay y simplemente lo disfrutes como un plato más.

Lo miro con suspicacia. Luego, sin apartar la vista de él, me llevo el bocado a la boca. Mastico. Trago.

—Sigue sin saberme a carne.

—Porque no lo es.

—Pues, entonces, que no pretenda serlo.

Daniel se ríe, bajo y con ese brillo en los ojos que siempre me pone en peligro.

—Eres un caso perdido.

—Y tú un farsante culinario.

Su sonrisa se ensancha y, como si no fuera ya lo bastante desestabilizador, se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. Sus antebrazos se tensan bajo la tela del traje quirúrgico y, por un segundo, mi cerebro deja de procesar información útil y se centra en lo innecesario: lo fuerte que es, lo cerca que está, lo mucho que me está costando no dejarme arrastrar por esa mirada fija en la mía.

Mis dedos juegan nerviosos con el borde de la servilleta, hasta que decido hacer lo único que sé cuando la tensión me supera: acabar con ella. Disparo la pregunta con tanta brusquedad que casi puedo oír el chirrido de los neumáticos derrapando en mi cabeza para salir de aquí quemando rueda.

—Entonces, ¿qué vas a hacer mañana?

—Mañana… —Se pasa una mano por el pelo, despeinándolo aún más, y juro que si sigue haciendo eso, voy a olvidarme de todo lo que es moralmente correcto en un lugar público—. Pues estar con mi familia, sobrevivir a las preguntas de mi madre sobre por qué sigo soltero y tratar de no estrangular a mi hermano pequeño. Lo típico.

No puedo evitar sonreír. Recuerdo a su familia del instituto. Su madre, siempre impecable, con esa habilidad inquietante de sacarte información sin que te dieras cuenta. Sus hermanos, clones de su padre, como Daniel. Todos eran Hawkes: guapos, atléticos e insoportablemente encantadores. Un auténtico cliché andante de superioridad genética.

—¿Pasas la noche en casa de tus padres?

—Sí. Me quedo allí hasta el día de Navidad.

—¿Y tú? —me demanda, e inclina ligeramente la cabeza—. ¿Cómo te planteas la guardia?

Ahí está: el recordatorio de que mi Navidad consistirá en turnos interminables, luces de fluorescentes y el sonido de monitores cardíacos como villancicos de fondo.

—¿Con alcohol intravenoso?

Daniel se ríe, bajo y cómplice, y su sonrisa se vuelve aún más peligrosa.

—Si no estuvieras de guardia, te lo proporcionaría personalmente.

Y justo en ese momento, el jackfruit me parece menos terrible.

—No me la planteo —resuelvo sin más—. Solo voy a pasar la Nochebuena con un puñado de enfermeros, un par de residentes y algún que otro paciente que probablemente preferiría estar en cualquier otro lugar.

—¿Y después?

—Después, directamente a la estación para coger el tren hasta Long Beach, a casa de mis padres. Llegaré justo a tiempo para ver cómo mi madre finge que no le importa que no haya estado con ellos ese día, mientras mi padre intenta meterme un plato de comida en la boca antes de que me siente. Ya sabes, Navidad en estado puro.

—¿Te quedarás allí?

—Sí, hasta el viernes. Vendré directamente a trabajar.

—Suena… agotador.

—Lo es. Pero también es reconfortante. Quiero estar con mi familia. Es importante para mí y me aporta mucho equilibrio. —Hago una pausa y, antes de pensarlo demasiado, añado—: Aunque no tan reconfortante como esto.

Daniel eleva una ceja, intrigado.

—¿Esto? ¿A qué te refieres?

—A esta conversación. —Trazo círculos en la bandeja con el tenedor para evitar encontrarme con su mirada. Sin embargo, al final, levanto la vista y me anclo a sus ojos, a pesar de que mi corazón parece querer escapar de mi pecho—. A ti. A que hayamos llegado a este punto. Gracias.

La fuerza de sus ojos se intensifica y me empiezo a plantear si no estoy caminando por el filo de una navaja.

Antes de que pueda decir algo más, su mano se desliza por la madera de la mesa. Por un instante, pienso que va a coger la mía. Pero, en el último segundo, no lo hace. Se queda ahí, cerca, a escasos centímetros, como si supiera que cruzar esa línea sería peligroso.

—Charlotte… —susurra, pero no completa la frase.

—¿Qué?

—Nada. Solo… Gracias también a ti.

Nos quedamos ahí, mirándonos mientras ese silencio nos susurra palabras de anhelo.

—¿Te has dado cuenta? —musita de repente.

—¿De qué?

—De que hemos hablado de todo menos de nosotros.

—No creo que sea necesario.

—No, claro que no. Pero a veces siento que hay tanto aquí… — Señala el espacio entre nosotros—. Y no sé cómo manejarlo.

Sonríe, pero con un gesto cargado de melancolía, de tristeza, de frustración… No sé qué decirle, así que hago lo habitual: me refugio en la ironía.

—Pues manéjalo rápido, Dr. Hawke. Estamos en un hospital y aquí no se permiten demoras.

Él se ríe, bajo y cálido, y algo en esa risa hace que todo dentro de mí se relaje, aunque solo sea por unos segundos.

—Deberíamos volver al trabajo —murmuro, aunque no quiero irme.

—Sí —responde, pero tampoco se mueve.

—Gracias por invitarme a cenar, Cunningham.

—Gracias a ti por cenar conmigo, Hawke. —Le devuelvo la sonrisa, aunque la mía está teñida de algo que no me gustaría que viese.

Nos levantamos al mismo tiempo, recogemos las bandejas en silencio y las llevamos al área de devolución. Caminamos juntos hacia el ascensor, yo con la vista en el teléfono, como si la pantalla pudiera absorber la maraña de pensamientos en mi cabeza; él con la mirada en el hall, buscando una distracción.

Las puertas del ascensor se abren y, al entrar, nuestras miradas se encuentran. A pesar de este silencio, esta vez no me escondo de él. No quiero. Porque, aunque sé que no puedo tenerlo, también sé que no puedo dejar de desearlo.

El ascensor asciende con un zumbido leve, aunque no sé si es la maquinaria o el latido

frenético en mi pecho. Todo va demasiado rápido y, al mismo tiempo, siento que estamos atrapados en una burbuja donde el tiempo se dilata, donde esta despedida inminente pesa como una tormenta que se cierne sobre nosotros.

—Dicen que nevará en Navidad.

—Sí, lo vi en la previsión. Aunque dudo que haga más fácil tu guardia.

—No. Supongo que no. —Me encojo de hombros—. Pero es bonito.

Daniel ladea la cabeza y me observa curioso.

—¿Te gusta la nieve?

—Me gusta cuando nieva en Navidad, sí.

Una sonrisa fugaz brilla en sus labios.

—Entonces, espero que puedas disfrutarla desde la ventana.

—Lo dudo. Pero, si me saca la sonrisa, me lo tomaré como un milagro navideño.

Salimos del ascensor y caminamos por el pasillo hasta su despacho. Daniel se detiene frente a la puerta y saca las llaves del bolsillo con una calma que se vuelve conscientemente demorada; como si cada movimiento fuera una forma de ganar tiempo. No parece tener prisa por entrar y yo no tengo prisa por despedirme.

Todo está en silencio, como si el hospital entero supiera que este momento nos pertenece y nadie debería interrumpirlo.

—Bueno… —empiezo, aunque las palabras se me atragantan—. Supongo que… Espero que lo pases muy bien estos días.

Me cruzo de brazos como si eso pudiera protegerme del peso que empieza a acumularse en mi pecho. Él me mira y hay algo en sus ojos que hace que el aire se torne más denso, más difícil de respirar. Y me responde con una suavidad que me abruma:

—Yo también espero que disfrutes, aunque tengas que estar de guardia.

—Un ratito. Luego me voy bajo el abrazo de mi padre. —Intento bromear, pero mi voz tiembla ligeramente, y no estoy segura de si él lo nota. Bueno, claro que lo nota. Es Daniel. Lo nota todo.

Su mirada se intensifica y el aire entre nosotros se espesa.

—Feliz Navidad, Charlotte.

—Feliz Navidad, Daniel.

Da un paso hacia mí y el aire se pliega sobre sí mismo, denso, vibrante, como si el Universo entero hubiese detenido su curso para presenciar este instante. Su mano se alza con una delicadeza casi sagrada, como si tocara algo frágil, algo que podría desvanecerse entre sus dedos si se atreviera a apresurar el gesto. Cuando su piel encuentra la mía, un estremecimiento me recorre, como una ráfaga de fuego en mitad del invierno. Su pulgar traza un sendero lento sobre mi mejilla, dejando tras de sí un rastro de calor indeleble, un mapa de caricias dibujado sobre mi piel con la devoción de quien teme olvidar lo que ama.

No me muevo. No respiro. Me quedo suspendida en este instante, atrapada en la gravedad de su cercanía.

Su rostro desciende, y el tiempo se desliza y se ralentiza en un compás imposible. Me da unos segundos para apartarme, para romper el hechizo. Pero no lo hago. No quiero hacerlo. Porque todo en mí se inclina hacia él, como si mis huesos, mi piel, mi aliento supieran que pertenecen aquí.

Sus labios encuentran los míos. Es un roce sutil, un murmullo aterciopelado, aunque, también, una implosión de todo lo que ha estado contenido en estas horas. Su beso es una promesa suspendida entre la duda y la entrega, una caricia que no avanza, que se queda en el

borde, saboreando la anticipación, como si al precipitarse todo pudiera desmoronarse para cobrar sentido.

Su boca explora la mía con una lentitud delirante, con la paciencia de quien dibuja su amor con los labios. No hay urgencia en su beso, sino la devoción de alguien que quiere descubrir, degustar, atesorar cada matiz, cada temblor. Su aliento se mezcla con el mío en una danza silenciosa, en un susurro ardiente y delicioso que me desborda.

Mis manos, vacilantes, ascienden hasta su cuello. Deslizo los dedos con cautela por la línea de su mandíbula, y me llega la tensión que late bajo su piel. Él exhala contra mi boca, un sonido bajo, áspero, como si estuviera conteniendo algo inmenso; algo que lucha por liberarse.

Y entonces su otra mano me encuentra. Reposa en mi espalda, y la recorre con una lentitud insoportable, como si quisiera borrar el espacio entre nosotros. Me sostiene como se mantiene algo irremplazable, con la reverencia de quien teme perder lo que más ansía.

Es un beso que arde y consuela, a la vez que hiere y cura. Es un beso que no pide nada, pero lo entrega todo. Un lenguaje sin palabras, donde nuestros cuerpos entienden y comparten el mismo mensaje.

Daniel se separa unos milímetros, jadeante, solo para implorar mi nombre:

—Charlotte…

Pero le freno.

—No digas nada.

Porque sé que, si dice algo, todo se romperá y la realidad nos alcanzará. Nos recordará quiénes somos, qué nos separa, y nos mostrará lo inevitable de todo esto. Nos arrancará de este refugio efímero. Si dice algo, pondrá un final donde yo aún quiero un instante.

Sin embargo, la burbuja se rompe de inmediato en cuanto mi oído capta unos pasos apresurados en el pasillo.

—¡No veo nada! ¡No he visto nada! —canturrea Perlman detrás nuestra.

Daniel y yo nos separamos, y lo vemos alejarse a toda prisa por el pasillo con las manos levantadas y cubriéndose los ojos de manera teatral, pero con una sonrisa en los labios que traiciona su intención.

—Solo estoy pasando. No os preocupéis. ¡Seguid a lo vuestro! —exclama y desaparece por una esquina.

Mi cara se enciende como un árbol de Navidad.

Miro a Daniel. Una suave sonrisa asoma en sus labios. Lo sigo en el gesto, pero impongo el final.

—Me tengo que ir —susurro.

Él no dice nada al principio. Solo me mira, y en sus ojos se arremolinan un millón de palabras que nunca serán dichas, deseos que se desmoronan en silencio, anhelos que arden sin consumirse. Entre nosotros queda suspendido un océano de todo lo que no puede ser.

Finalmente, asiente, pero el gesto no es una simple respuesta. Es un suspiro contenido, una rendición silenciosa. Y, aun así, algo en su manera de hacerlo me arrastra con él. Me sumerge en una desesperanza espesa, palpable; como si, en ese pequeño movimiento, dejara escapar todo lo que intenta ocultar. Como si, con solo inclinar la cabeza, se resignara a perderme.

—Adiós —murmuro, y la palabra se me queda atascada en la garganta, como un nudo que no puedo deshacer.

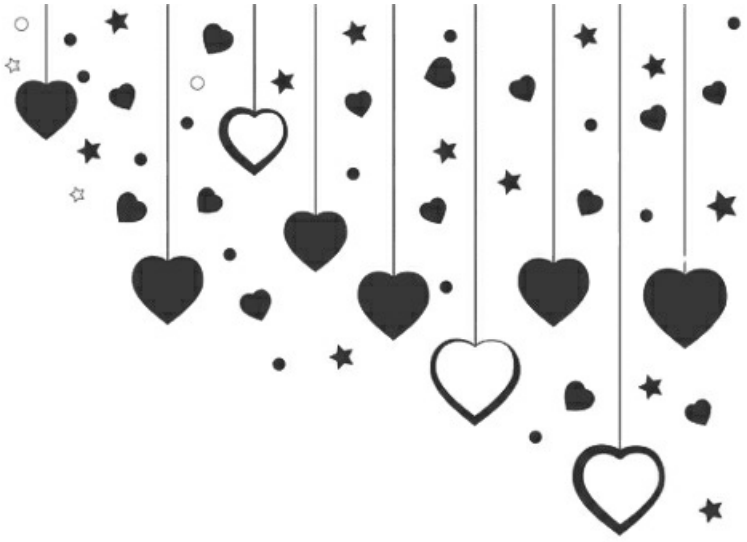
—Adiós, Charlotte —responde él. Y su voz suave, aunque cargada de algo profundo y doloroso, me perfora el pecho.

Me doy la vuelta y comienzo a caminar hacia el vestuario de enfermería. Cada paso

resuena en el pasillo como un golpe que retumba en mi alma. El aire frío que llena mis pulmones parece pesado, denso. Todo a mi alrededor es un reflejo del vacío que Daniel ha dejado atrás. Cuando llego a mi destino, cierro la puerta con un sonido hueco. Dejo escapar el aliento y mis manos, temblorosas, se aferran a los bordes del mármol, buscando algo que me mantenga anclada a la realidad.

Miro mi reflejo en el espejo. Los ojos rojos, vidriosos. Las mejillas, encendidas por la huella de su beso, por el ardor de lo que jamás debimos haber repetido. Intento contener algo que ya está roto dentro de mí, pero es inútil. El eco de su nombre aún tiembla en mis labios. El peso de su mirada sigue atrapado en mi piel. Y sé que no hay forma de salir ilesa de esto.

No respiro. No parpadeo. Solo me quedo ahí, atrapada en el reflejo de una mujer que ha perdido la batalla contra lo que siente. Y cuando la primera lágrima cae, sé que no será la última.



39
CHARLOTTE

Me abro paso por los pasillos abarrotados de Urgencias, apretando los dientes para no perder la poca paciencia que me queda. En mi mano llevo el historial de un paciente que, con todo respeto, merece una nominación a los premios Darwin si esta noche pincha en Urgencias.

Hace solo dos semanas, este señor salió de Cardiología tras una intervención complicada de doble bypass. Dos semanas. ¿Y qué hace para celebrarlo? Beber como si el mundo fuera a acabarse, devorar media mesa navideña y acompañarlo todo con, atención, dos puros. Dos. Puedo oler el humo y el colesterol desde aquí. Ahora está en un box, con una crisis hipertensiva que casi lo deja en el suelo.

Y, por supuesto, me llaman a mí porque *conozco su caso*; y porque, cómo no, el personal de Urgencias está desbordado. Lo entiendo, de verdad, pero eso no hace que esté menos cabreada. Es Navidad y aquí estoy, intentando no gritarle a un hombre que podría haber evitado todo esto si hubiese seguido, no sé, el 10% de nuestras recomendaciones.

«¿Por qué no elegí algo tranquilo? Floristería, Charlotte, floristería. Podrías estar rodeada de rosas y tulipanes ahora mismo, no de monitores cardíacos y gente que parece haberse propuesto morir en fechas señaladas».

He salido del box con un portazo contenido y un gruñido que, espero, no haya llegado a los oídos del personal de recepción. Voy cruzando el pasillo de entrada a Urgencias, con mi historial bajo el brazo y una lista interminable de tacos rodando en mi cabeza, cuando algo capta mi atención.

Una camilla entra a toda velocidad desde la puerta principal, la de descarga de ambulancias. Está rodeada de paramédicos que hablan rápido. Mientras, el médico de Urgencias que les recibe les hace preguntas. La mujer que va en ella está llorando, gritando con un tono agudo de vulnerabilidad, de terror, con el rostro pálido y una compresa ensangrentada pegada a la frente.

Y entonces la reconozco. Es imposible no identificarla.

Giselle.

—¡Mi bebé…! ¡Por favor, mi bebé!

El caos en Urgencias parece detenerse por un instante, o tal vez soy yo la que se congela. Mi cerebro tarda unos segundos en procesar lo que estoy viendo: Giselle, esa mujer imponente y aparentemente inquebrantable, ahora apenas puede respirar entre sollozos desgarradores.

Mis piernas se mueven solas y, antes de darme cuenta, estoy junto a la camilla.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con voz más firme de lo esperado.

—Accidente de tráfico —responde un paramédico mientras empuja la camilla—. Iba en el coche de un familiar. Chocaron contra otro vehículo debido a la nieve. Llevaba el cinturón, pero tiene una brecha en la frente.

—¿Y el bebé? —Mi pregunta sale atropellada, como si yo misma fuera incapaz de contener el pánico.

—Sangrado vaginal y contracciones intensas. El sangrado, además, ha empeorado en el camino.

Mis manos tiemblan al escuchar las palabras. Se me cierra la garganta. Quiero gritar. Mis ojos buscan los de Giselle y, cuando finalmente me mira, su rostro está desencajado, empapado en lágrimas. No hay reconocimiento en su mirada. Para ella, solo soy otra enfermera en medio de esta tormenta.

—Todo va a ir bien —exclamo con firmeza, aunque algo en mi interior no deja de tambalearse—. Vamos a hacer todo lo que podamos por tu bebé, te lo prometo.

La cojo la mano y su agarre se torna feroz, como si yo fuera su último anclaje a algo parecido a la esperanza.

—Por favor… —suplica con voz rota, mientras las lágrimas le recorren el rostro—. Por favor, no dejes que le pase nada.

—Confía en mí, en nosotros. Estamos contigo y con tu bebé, te lo aseguro. —Le aprieto la mano con una fuerza que espero que compense todo lo que no puedo garantizarle.

Giselle no me suelta, no aparta los ojos de los míos, y algo en esa conexión me hace olvidarme de quién es, de lo que significa para mí. Ahora solo es una mujer aterrada, desesperada por lo que pueda sucederle a su hijo.

El personal la traslada rápidamente a un box en Obstetricia. Mientras cruzamos los pasillos, noto cómo Giselle tiembla con cada contracción, y su rostro se desencaja por el dolor y por el miedo.

—Duele mucho… —jadea por las contracciones—. Mucho…

Al llegar al box, el obstetra ya está allí, organizando el equipo con movimientos rápidos pero precisos. Giselle sigue aferrada a mi mano como si de ello dependiera su vida. Y, aunque

intento apartarme para no estorbar, ella no me suelta.

—Señora, necesito que intente mantenerse lo más quieta posible —ruega el obstetra con voz calmada, pero firme. Se dispone a revisar las constantes vitales en el monitor—. ¿Dolor abdominal?

—Sí… muchísimo. —Giselle jadea con voz quebrada por el dolor y los sollozos.

—¿Se golpeó el abdomen durante el accidente?

—No… creo que no.

El obstetra asiente y gira ligeramente la cabeza hacia una de las enfermeras.

—Monitorización continua y presión arterial cada cinco minutos. Quiero acceso venoso bilateral. Preparen 10 miligramos de nifedipino oral para estabilizar las contracciones.

Giselle me aprieta la mano con más fuerza mientras la enfermera comienza a colocar las vías. Su respiración es superficial, como si el terror la estuviera ahogando más que el dolor.

—Giselle, respira conmigo —le ruego, inclinándome hacia ella—. Lenta y profunda. Así, muy bien. Lo estás haciendo muy bien.

Ella me obedece a medias, pero el miedo en sus ojos no disminuye. El obstetra coge el ecógrafo portátil y el silencio se instala en el box. Es tan denso que parece llenar cada rincón de la habitación.

—Voy a comprobar el latido fetal —anuncia, y coloca el transductor sobre el abdomen —. Necesito que me avise si siente alguna punzada o aumento en el dolor.

El tiempo parece detenerse. Los segundos se alargan mientras todos en la sala contenemos la respiración. Entonces, el sonido nos golpea: un latido. Fuerte, claro, rítmico.

—Latido fetal presente. Frecuencia cardíaca de 150 latidos por minuto —anuncia el obstetra con tono profesional, pero aliviado.

Giselle suelta un sollozo que me atraviesa. No sé si es alivio, miedo o ambas cosas a la vez.

—¿Mi bebé… está bien? —pregunta, quebrada.

El médico asiente, pero su expresión es seria.

—Sí, pero las contracciones son preocupantes. Mantendremos la monitorización constante y repetiremos la ecografía en una hora para reevaluar el estado fetal. Vamos a intentar detenerlas y minimizar el riesgo de un parto prematuro.

Porque con dieciocho semanas, la vida de un feto no es viable. Aunque no lo dice, el tono del obstetra es claro, directo. Y ella lo sabe. A pesar del latido fetal, su rostro está pálido, perdido en un mar de terror.

—Giselle —susurro, apretándole la mano—. Lo estás haciendo muy bien. Ahora toca dejar que los médicos hagan su trabajo. Yo estoy aquí contigo, ¿vale?

Ella asiente, pero sus lágrimas no cesan. Sus dedos, todavía firmes alrededor de mi mano, tiemblan.

—¿Quieres que llame a alguien? —le pregunto con voz baja, aunque cargada de intención.

Ella levanta la mirada hacia mí y algo cambia en su expresión. La duda y el desconcierto pasan por su rostro como una tormenta.

—¿Quieres que llame a Daniel? —preciso.

Su respuesta no llega de inmediato. Giselle me mira y sus labios tiemblan antes de hablar. Finalmente, asiente, y lo hace con una vulnerabilidad que me rompe por dentro.

—De acuerdo. Lo haré ahora mismo. Volveré contigo enseguida.

Le doy un último apretón en la mano antes de soltarla. Giselle no me aparta la mirada

mientras retrocedo hacia la puerta.

—Confía en nosotros. Vamos a hacer todo lo posible, ¿vale?

Asiente otra vez, y aunque sigue aterrorizada, parece haber encontrado algo de calma en mis palabras.

Salgo del box con el corazón latiendo con fuerza. Tengo que llamar a Daniel. Mis dedos tiemblan mientras busco el móvil en el bolsillo. Lo desbloqueo y, al hallar su contacto, me detengo en seco. Todavía lo tenía bloqueado.

«Mierda».

Resoplo y, con un gesto brusco, elimino la restricción. Pulso sobre su nombre y el sonido del tono empieza a taladrarme los oídos. Suena, suena, suena y nadie lo coge. La llamada se corta.

«Vamos, Daniel, ¿dónde estás?»

Lo intento de nuevo, lanzando miradas nerviosas a mi alrededor mientras me alejo por los pasillos. La pantalla del móvil muestra la conexión y el sonido del tono se repite como un eco infinito en mi cabeza. Hasta que alguien descuelga. Pero no es Daniel.

—¡Charlotte Cunningham! —La voz es inconfundible, cálida y llena de energía. Me congelo, como si un balde de agua fría acabara de caer sobre mi cabeza—. Cuando he visto tu nombre en la pantalla del teléfono de Daniel, no he podido resistirme. ¿Sabes quién soy?

Un segundo de silencio. Luego respiro profundamente e intento que mi voz no tiemble.

—Sí, señora Hawke. Qué tal. ¿Cómo está?

—¡Oh, me alegra tanto que te acuerdes de mí! Estoy estupendamente, gracias. Y tú, querida, ¿cómo estás?

Esto no está pasando. Giselle está en Urgencias, el bebé sigue en peligro, y aquí estoy yo, lidiando con un ataque verbal e intrusismo materno.

—Bien, todo bien —murmuro, tragándome el temblor de mi voz.

—Daniel me lo contó hace unos días, ¿sabes? Que habías empezado a trabajar en su mismo departamento. ¡No es maravilloso!

Su tono es tan entusiasta que casi puedo imaginarla agitando las manos al hablar.

—Sí… maravilloso.

—La de vueltas que da la vida, ¿verdad?

—Increíble, desde luego.

—Me alegra tanto, Charlotte, de veras. ¡Qué bonito es pensar que, después de todos estos años, seguís encontrándoos por el camino! —Hace una pausa, como si estuviera buscando el momento perfecto para seguir. Y yo, mientras tanto, siento cómo el sudor frío empieza a recorrerme la espalda.

—Sí, bueno… —intento cortar, pero ella sigue como un vendaval.

—Y tus padres, ¿cómo están? ¡Hace tanto que no sé de ellos! Se mudaron a Long Beach, ¿verdad?

Antes de que pueda responder, una voz masculina y ligeramente exasperada, irrumpe de fondo.

—Mamá, ¿qué haces?

—Estaba hablando con Charlotte Cunningham. Te ha llamado.

—¿Mamá, me has cogido el teléfono? —La incredulidad en la voz de Daniel es palpable.

—Es que vi su nombre y pensé…

—¡Mamá, dame el teléfono!

—¡Ay, Daniel, cómo te pones! —Se escucha un forcejeo suave, pero ella no parece dispuesta a soltarlo todavía—. Charlotte, me ha encantado hablar de nuevo contigo.

—Y yo con usted, señora Hawke.

—Daniel, cariño, —sigue su madre, ignorando toda la tensión—, tráetela un día a casa y…

No termina la frase. La línea se corta brevemente y, entonces, escucho por fin su voz.

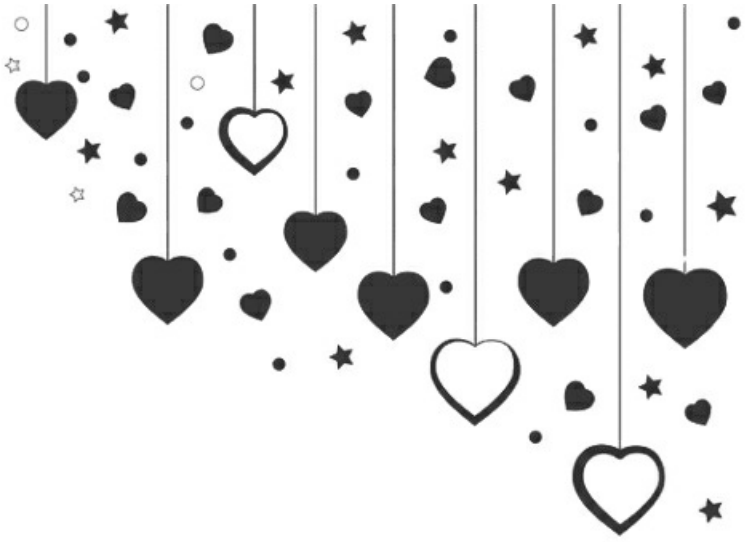
—Charlotte.

—Daniel —respondo, ahogada.

Hay un breve silencio al otro lado, pero no porque él no sepa qué decir. Es porque ya lo sabe. Mi tono lo dice todo.

—No me llamas para felicitarme la Navidad, ¿verdad? El peso de sus palabras me aplasta.

—No, Daniel. Se trata de Giselle.



40
CHARLOTTE

Giselle está en un box de obstetricia, conectada a más monitores que un astronauta en la NASA. El bebé se aferra a la vida con uñas y dientes. Es algo bueno. Es lo que debe pasar. Y que quede claro: es lo que quiero. Los obstetras han hecho su trabajo y han conseguido estabilizarla, al menos por ahora. Aun así, el riesgo de parto prematuro todavía sigue ahí y, con dieciocho semanas, la vida de un feto no es viable.

Afortunadamente, la medicación ha empezado a reducir las contracciones y una matrona, que es la serenidad hecha persona, se ha encargado de establecer un ambiente equilibrado para que Giselle (y yo) deje (dejemos) de hiperventilar.

Sinceramente, estas tías son la hostia. Un aplauso lento para todas ellas.

Sin embargo, por algún motivo que nadie ha querido explicarme, parece que el papel de *ancla emocional* me ha tocado a mí. El obstetra que la atiende, consciente de que me he convertido en la valeriana personal de Giselle, me ha pedido que me quede con ella hasta que venga alguien de su familia. Incluso ha llamado a mi planta para decir que me tienen retenida contra mi voluntad en su área. Bueno, eso no lo ha dicho. Él ha sido más técnico.

Lo que no entiendo es qué parte de *Soy Enfermera de Cardiología* no ha entendido este hombre. ¡Que allí tampoco andamos sobrados! Y no solo eso sino que, claro, ¿quién mejor para

esta función que la enfermera de Cardiología, que tiene un rollo raro con el progenitor de ese bebé, y que no tendría que estar aquí? Mira, esto me va a costar una semana entera de drama bajo mi manta. ¿Seguro que no hay nadie más en este hospital? ¿En serio?

Afortunadamente, Daniel está en camino. Porque, aunque me duela, es él quien debe quedarse con ella.

Giselle, por otro lado, ha decidido que mi mano es lo único en el Universo que puede evitar que se desmorone por completo. De hecho, ya no sé si tengo una mano o una pasa. A veces aprieta con tanta fuerza que empiezo a sospechar que, además de monitorizarla, deberían incluirme a mí en las gráficas. Mi corazón va a mil. Lo siento hasta en la garganta. Y las respiraciones en las que la guío, cada vez que la azota una contracción o el desasosiego, me las aplicó también a mí misma.

La matrona está encantada conmigo. O sea, a ver, entiendo que la estoy descargando de todo el agobio emocional. Pero ya ha pasado de dedicarme miradas de aprobación, como si acabara de ganar el premio a la Enfermera del Año, a acariciarme el hombro cada vez que consigo que Giselle deje de llorar. Y vale, sí, es mi cometido. Pero es raro. Muy raro. Su mirada de conmiseración y su sonrisa compasiva me están mosqueando bastante.

A ver, no soy tonta. Nadie debería saber quién es Giselle. Técnicamente, es solo una paciente más, una mujer embarazada con un caso complicado.

Pero, en realidad, todos lo saben.

El murmullo no se ha detenido desde que la camilla cruzó las puertas de Urgencias y yo me lancé a ella; no me cabe duda. En Obstetricia, como en los demás departamentos, habrán hecho lo que se hace en todas partes: compartir la información sensible que ayuda a crear espíritu de grupo. Es decir, cotillear. Desde lo de Giselle, la vida amorosa de Daniel Hawke se habrá convertido en un drama de la que todos hablan. Y, con mi llegada, habré echado un churrete de sirope al pastel.

Es cierto. Nadie debería saber cuál es mi papel en esta historia, pero, lo cierto es que ni Daniel ni yo hemos sido muy discretos en este tema. Y el sábado por la noche, en la gala benéfica, me puse el cartel de neón sobre la cabeza. Así que solo han tenido que unir hilos. No me queda duda de que estoy divirtiendo a mucha gente en este turno hospitalario de Navidad. Me han mirado más en la última media hora que en mis tres semanas trabajando en este hospital. Supongo que el título de *La enfermera que ha tenido la osadía de respirar el mismo aire que Daniel Hawke y que ha decidido coger la mano a la mujer que espera un hijo de él* es una etiqueta lo suficientemente jugosa como para justificarlo. Hombre, siendo sinceros, tiene su gracia, no te creas… Si no fuera tan jodidamente incómodo, hasta me estaría riendo.

Llevo ya tres cuartos de hora aquí, al lado de Giselle, ayudándola a respirar en cada contracción y proyectando una calma que, honestamente, no siento ni un poco. La medicación está empezando a hacer efecto. Tiene menos contracciones y, en los últimos minutos, el agarre de mi mano se ha aflojado ligeramente. Su respiración se ha vuelto más pausada y sus ojos, que hace apenas una hora estaban llenos de pánico, parecen más claros.

La matrona se acerca y me dedica otra de esas sonrisas llenas de luz y buena energía. Y con una cadencia de anuncio de tés orgánicos, me dice:

—Ahora vengo.

«¡Pero dónde vas!».

Vale, sí, a echar un vistazo a las dos tías que tienen metidas en los otros boxes.

«No puedo seguir más tiempo aquí. No puedo. ¡No puedo! Maldita sea, Daniel, ¿dónde demonios estás? ¡Oh, mierda! ¡Estoy completamente atrapada en este desastre!».

La puerta se cierra tras la matrona con un leve chasquido. Me quedo sola en el box con Giselle y este taburete que, por su nivel de incomodidad, podría haber salido directamente del museo de los horrores medievales. El aire se torna denso, como si alguien hubiese sellado la habitación con una capa invisible de amenaza. Tengo el trasero dormido, las manos heladas y un nudo en el estómago que grita: *deberías irte.*

Levanto la vista hacia Giselle, con la esperanza de que el cansancio haya hecho mella y esté durmiendo. Pero no. Sus ojos están abiertos, dos pozos oscuros que me perforan con una intensidad que no cuadra con alguien en su estado. Esa mirada no es la de una paciente. Es la de un cazador.

—No trabajas en Obstetricia —exclama de repente.

Un escalofrío me recorre la espalda. Su voz no es alta ni agresiva, pero tiene un filo malrollero que se huele a distancia.

—No —respondo.

Ella ladea la cabeza y, por un instante, parece un ave de rapiña evaluando si el ratón frente a ella merece la pena.

—¿Por qué me conoces, entonces?

La pregunta me cae como una piedra. Intento mantener la compostura, pero mi cerebro ya está en modo evacuación.

«*Corre, Cunningham. Corre antes de que te coma viva*».

Pero mi instinto de supervivencia anda flojera ese día. Le doy unos toquecitos cariñosos en el dorso de la mano y murmuro:

—Intenta dormir un poco. Te vendrá bien.

Sin embargo, Giselle no no se inmuta. ¡Ni pestañea, amigas! Todo lo contrario. En ese preciso momento, su sonrisa se tuerce como un sable.

—Eres tú, ¿verdad?

El mundo se detiene. Mi corazón salta y se estampa contra mis costillas con tanta fuerza que estoy segura de que ella puede oírlo.

—No sé a qué te refieres.

—Daniel me dijo que había alguien en su vida. Imagino que otra enfermera de otro área no estaría aquí, cuidando de mí, si no fuera por él.

No respondo. Me quedo clavada, mirándola. Nunca he servido para mentir. Intento apartar la mano, pero Giselle la aferra más fuerte. Es un agarre frío, firme.

—Te llaman Cunningham, pero ¿cuál es tu nombre?

«No respondas. ¡No respondas!».

—Charlotte.

«Ya te vale…».

—Charlotte. Es muy bonito.

—Gracias.

—Charlotte, —continúa sin escucharme y con una tranquilidad que gotea veneno—, sé que me odias.

—No, qué va.

Giselle sonríe con suavidad.

—Pues lo harás. Porque voy a hacer lo que sea necesario para proteger a mi hijo. *Lo que sea.*

«Vaaale. Hora de irse».

Pero mi cerebro no lanza las órdenes a mis pies porque decide que es mejor seguir escuchando amenazas suaves, con esa dulzura regalada en envoltorio podrido.

—Sé cómo me ves. Piensas que soy una manipuladora, que estoy aquí para arruinarte la vida.

—No, no, no —balbuceo.

—Oh, claro que sí —musita, inclinándose levemente—. No importa lo que pienses. No importa lo que sientas. Porque, al final, esto no es sobre ti. Es sobre él. ¡Sobre *mi* hijo! Y si tengo que ser la villana en tu historia para asegurarme un padre para él, lo seré. Así que, si eres una chica lista, apártate cuanto antes.

El aire en mis pulmones se congela. Sus ojos brillan con una intensidad casi sobrenatural, como si el dolor, el miedo y la rabia que lleva sobre sus hombros la hubieran transformado en una depredadora.

Pero, de pronto, su rostro se tensa, cierra los ojos y aguanta la respiración. Una contracción.

Aprovecho para soltarme de su mano y me levanto a toda velocidad. No pienso quedarme un minuto más en este maldito box. Mi rato de gurú zen se ha terminado. Y, por muy mal que esté Giselle, no voy a permitir que me utilice como saco de boxeo.

—Voy a buscar a la matrona —farfullo.

Abro la puerta y me choco. ¿Con la matrona? No, por supuesto. Al Universo, ya sabéis, le gusta retorcer las cosas. Me estampo de bruces contra Daniel.

Como voy como un convoy, el encontronazo es soberbio y mi cuerpo rebota con la fuerza del impacto. Pero sus manos, grandes y firmes, me sostienen por los brazos y me estabilizan. Su mirada alberga una potencia demoledora y está llena de preguntas.

—Charlotte.

Mi nombre suena casi como una súplica, pero no me dejo llevar. Lo único que quiero es salir de allí. Intento apartarme, pero sus manos no me sueltan.

—Está ahí dentro.

Mi voz suena fría y él entiende la razón al instante. Sus ojos se dirigen hacia el interior, desde donde los gritos de Giselle empiezan a abrirse hueco por el pasillo. Sin embargo, no entra y vuelve a mirarme.

No me lo pienso. Ahora mismo, yo no soy la prioridad, sino ese bebé que lucha por su vida.

—Ve con ella. Te necesita —zanjo.

Daniel me sostiene la mirada un segundo más; un instante que parece contener una vida entera. En sus ojos está todo: el amor que no sabe cómo retener, la culpa que lo desgarra, la promesa silenciosa de que lo nuestro no ha terminado. Pero ambos sabemos que ahora no hay tiempo para nosotros. Ahora, él debe estar ahí, con ella.

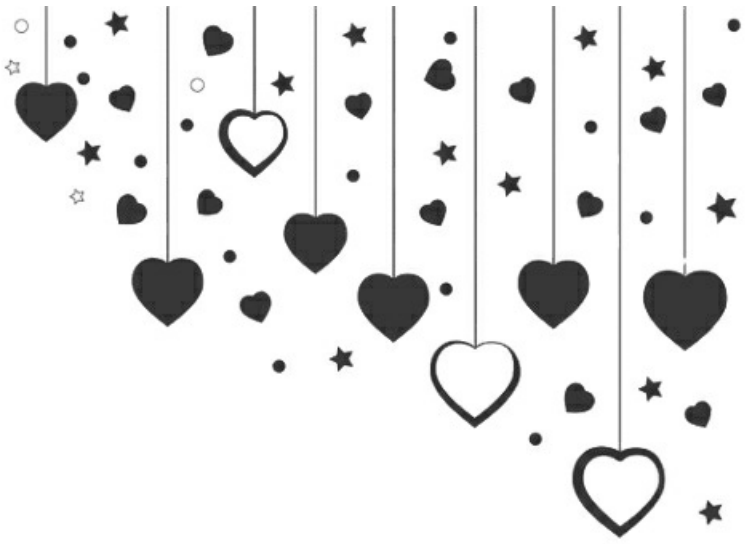
Doy un paso a un lado y sus manos, finalmente, me dejan ir. Pero antes de romper del

todo el hilo invisible que nos une, alzo la mano y, con una caricia suave, rozo su mejilla.

—Ve.

No sé si soy yo quien lo suelta o si es él quien me pierde. Pero hay una cosa que tengo clara con la certeza desgarradora de quien se rompe en silencio: este instante nos quiebra a ambos.

Lo miro una última vez y atrapo su rostro en mi memoria; el único lugar donde nunca podrá desvanecerse. Y entonces, antes de que el dolor me encadene, doy un paso, y otro, y otro más. Siento su mirada ardiendo a mi espalda, aferrándose a mí con la desesperación muda de quien no quiere dejar ir lo que anhela. Pero sigo avanzando, hasta que el pasillo me traga; hasta que la distancia se convierte en abismo; hasta que dejo atrás lo que más amo; hasta que pierdo lo que nunca podrá ser mío.



41
CHARLOTTE

Cruzo las puertas automáticas del hospital con la mochila al hombro y los pies arrastrándose como si fueran de plomo. Cada paso que doy hacia la calle es una hazaña digna de epopeya griega, porque mi cuerpo entero está gritando: «¡Tírate al suelo y hazte la muerta. Nadie te culpará!».

No he llamado a Daniel. Tampoco he preguntado por Giselle. Y no porque no me importe; es que no quiero interferir. Él tiene que estar con ella. Y, además, si lo hago, hay un 87% de probabilidades de que me desmaye de verdad y acabe ingresada en Urgencias por colapso emocional severo. Y, sinceramente, no creo que mis compañeros necesiten más entretenimiento en esta Navidad, ya de por sí catastrófica.

El aire helado me golpea la cara como una bofetada cósmica, pero lo agradezco, porque cumple una función inesperada: congela mis lágrimas antes de que asomen. Es como si el Universo estuviera diciendo: «Mira, Charlotte, ya estás lo suficientemente jodida. Hoy te ahorro la humillación degradante de llorar en público».

Aprieto el paso, con la bufanda subida hasta la nariz y la mochila resbalando de mi hombro. Llego a la estación de la 168th Street y sorpresa: el tren está abarrotado. Todo Manhattan ha decidido viajar, de vuelta a casa, a esta hora. Me agarro a la barra con una mano y

con la otra intento no reventarle la cabeza a nadie con la mochila. Mi cerebro, mientras tanto, entra en modo filósofo deprimido:

«Este tren es una metáfora de mi vida. Demasiado apretado, sin espacio para respirar y con alguien pisándome constantemente los pies o dándome empujones».

Pero no importa. Solo tengo que llegar a Penn Station. Solo un poco más. Claro que eso no evita que mi mente empiece a divagar con teorías catastróficas:

«¿Y si no llego? ¿Y si me quedo atrapada aquí para siempre, dando vueltas en este vagón con mi dignidad en coma y mi vida colapsando a cámara lenta? ¿Cuánto tiempo tardarían en darme por desaparecida? ¿Acabaría convertida en leyenda urbana? *La enfermera fantasma de la línea, eternamente atrapada en la ciudad que le destrozó el corazón*».

Cuando al fin entro en Penn Station, ya estoy en modo robot sin emociones. No pienso. No siento. Bueno, en realidad sí siento cosas. Un popurrí de estrés, ansiedad, agotamiento y un miedo tan denso que podría considerarse mi nueva mascota. Y ahora mismo no tengo fuerza mental para gestionar nada.

Mi única misión es llegar a Long Beach, abrazar a mis padres, enterrarme en sus jerséis de lana como un koala deprimido y dejarme envolver por el olor reconfortante de galletas de mantequilla y jengibre recién horneadas; un ritual chamánico a base de cariño, azúcar y especias. Y si eso no funciona, siempre me queda la opción de autoexiliarme a una cueva y hacerme ermitaña. Me compraría un par de cabras, aprendería a hacer queso y viviría el resto de mis días lejos del drama, de los hombres de los trenes…

Hablando trenes.

Mi salvación sobre raíles. Mi pasaje a la paz mental.

Entro en Penn Station con un único objetivo: subirme al vagón, convertirme en una pasa humana y dejarme llevar hasta casa, en completo estado vegetal. Pero claro, eso sería demasiado fácil, ¿verdad? Cuando llego al mostrador de embarque, me topo con un empleado de la estación con una sonrisa tensa y esa actitud de «yo no tengo la culpa, no me grite» (lo que inmediatamente me hace querer gritarle).

—Buenas tardes, los trenes a Long Beach están suspendidos. ¿No ha visto el panel de información?

Elevo la mirada hacia el luminoso.

—¿Cómo que están suspendidos?

Mi calma contenida es la de alguien que está a un microsegundo de un colapso nervioso.

—Las vías están bloqueadas, señora. Parece que un árbol cayó en las vías por el peso de la nieve.

Un árbol.

Un maldito árbol.

Respiro. Sonrío. Voy a perder la cabeza en un espacio público en tres, dos…

—¿Un árbol? —exclamo, mientras mi cerebro entra en combustión espontánea—. ¡¿Un jodido árbol ha caído en las vías?! ¡¿Es que no podéis anticipar que los árboles existen y que podrían, quizá, caer en algún momento de la vida?! ¡¿Para qué construís vías con árboles cerca?!

El empleado me mira con la paciencia de alguien que ya ha visto a decenas de personas tener crisis similares hoy.

—Señora, estamos trabajando en ello.

—¡Ah, qué bien, qué bien! ¿Y qué plan tienen? ¿Esperar a que llegue la primavera y se pudra solo? ¿Hacer un ritual de danza y esperar que desaparezca por arte de magia? ¿O simplemente jodernos la Navidad a todos y llamar a eso “operación ferroviaria”?!

El hombre parpadea. Yo resoplo. Estoy a un paso de la histeria colectiva y todavía ni he cenado.

Mi teléfono suena. Saco el móvil y el nombre de mi padre aparece en la pantalla, iluminándola como un faro en medio de la tormenta. Contesto con un hilo de voz porque ya no puedo más.

—Papi…

En cuanto pronuncio esa palabra, todo se desmorona.

—¿Qué pasa, cielo?

—Papi… no puedo ir. —Las palabras salen atropelladas, entrecortadas por el nudo que me oprime la garganta—. No hay trenes. La nieve… Se ha caído un árbol en las vías y no dejan salir ningún tren. No puedo llegar… —Y, de repente, mi voz se rompe del todo y me deshago en un llanto que no puedo contener más.

—Charlotte… Cielo, tranquila. —La voz de mi padre, cálida y firme, es como un abrazo a través del teléfono. Pero eso solo hace que el torrente aumente.

—Es que no puedo… No puedo con esto, papá. —Mis palabras son un caos de sollozos y respiraciones entrecortadas—. Todo está mal. Todo sale mal…

—Shh, respira, cariño. Respira conmigo. —Puedo imaginarlo sentado en su sillón, con esa paciencia infinita que siempre parece tener guardada solo para mí—. Mira, si no puedes venir, no pasa nada.

—¡Sí pasa!

—No, mi niña, no pasa nada. Mañana voy a buscarte y te vienes a pasar el día, ¿de acuerdo?

—Papá…

Pero no me deja que siga. Con esa voz, cargada de toneladas de ternura, exclama:

—Cielo, cálmate, por favor. Ahora lo único que quiero es que vuelvas a casa. No quiero que te quedes más tiempo sola en la estación.

—Pero ¿y si lo arreglan?

—Vuelve a casa, pequeña, y descansa.

—No… No…

—Vamos, mi niña.

Intento contener el llanto, pero no lo consigo. Apenas puedo silenciar los sollozos y la gente a mi alrededor me lanza miradas furtivas. Ahora mismo, solo soy una masa de emociones desbordadas y mi padre es el único hilo que me mantiene en pie.

—Charlotte, cariño. —Su tono es suave, pero hay un deje de firmeza que corta radicalmente mi caos. Es suficiente para que mi respiración empiece a calmarse, aunque sea un poco.

—Voy a casa —murmuro con voz temblorosa.

—Eso es, cielo. Ve a casa. Y cuando llegues, te haces un té caliente, te pones tu manta y respiras, ¿entendido?

—Te llamaré… luego…

—Hazlo, mi niña. Estaré aquí. Siempre lo estoy. —Hace una pausa antes de añadir con un cariño palpable—. Te quiero mucho, Charlotte.

—Yo también te quiero, papá.

Cuelgo. Mis manos, trémulas, apenas consiguen deslizar el móvil de vuelta al bolsillo. Me quedo ahí, anclada al suelo frío de la estación, mientras el mundo sigue girando a mi alrededor, indiferente a mi propia caída. La gente pasa, apresurada, envuelta en abrigos y conversaciones intrascendentes, ajena al abismo que se abre bajo mis pies. Todo sigue, todo avanza, excepto yo. Me siento como un borrón en medio del ajetreo; un eco ahogado entre el murmullo incesante de vidas que no se detienen.

Me obligo a moverme, a poner un pie delante del otro, aunque cada paso se torne como un eco vacío. Salgo de la estación como un espectro errante, envuelta en una bruma de pensamientos oscuros que se enredan en mi mente como hiedra venenosa. El viento helado me azota el rostro, pero no me despierta. La nieve cae con una serenidad que me resulta casi insultante, cubriendo la ciudad con su manto blanco, impoluto, ajeno a mi desastre interior. Es hermosa, sí, pero distante, como si perteneciera a otro mundo. Un mundo del que estoy apartada por ser una sombra errática en un cuadro demasiado perfecto. Y por primera vez en mucho tiempo, la sensación de no encajar se convierte en algo casi insoportable.

El camino a casa es un paréntesis borroso en el que existo sin realmente estar. Mis pasos avanzan por inercia, cruzando calles, esquivando sombras, deslizándose entre desconocidos que siguen con sus vidas sin notar el peso invisible que arrastro. Todo está cubierto por una neblina espesa, tejida de miedo, de tristeza y de un agotamiento tan profundo que parece haberse adherido a mis huesos, y me dobla bajo su peso. No pienso. No siento. Solo camino, con una única meta: llegar. Llegar a un refugio donde nadie me observe, donde pueda desmoronarme sin testigos.

Cuando atravieso la puerta de mi apartamento, la mochila se desliza de mi hombro y cae al suelo con un golpe sordo. No me molesto en recogerla. El abrigo sigue el mismo destino. La manta del sofá me llama con un magnetismo primario, como si fuera el único ancla que me queda en este naufragio. Me dejo caer sobre los cojines sin resistencia, sin control. Me enrosco en mi manta con desesperación, como si su tejido pudiese envolver algo más que mi propio cuerpo, como si tuviera el poder de contener el caos que arde en mi interior. Pero es un engaño. Un gesto inútil. Porque nada me protege. Nada me salva. Y, entonces, se abre la presa.

Lloro por todo, por Giselle, por ese bebé que aún lucha por su vida, por Daniel. Lloro por lo que nunca podré tener, por los días en que todo parecía más fácil, por las decisiones que he tomado y las que he evitado tomar. Lloro porque me siento atrapada, porque estoy rota, porque no sé si alguna vez volveré a ser yo misma.

El móvil vibra en la mesa. Es mi padre, pero ahora mismo no puedo contestar. Con manos temblorosas, agarro el móvil y escribo un mensaje corto:

Yo:

«*He llegado. Estoy bien, pero necesito una ducha. Luego te llamo*».

Lo envío y dejo el teléfono caer sobre la mesa, como si pesara una tonelada. Es todo lo que puedo ofrecerle ahora. Nada más.

Me encojo aún más entre los pliegues de la manta, pero no hay refugio. No hay nada que me salve de este dolor que me consume, que se retuerce dentro de mí como una criatura salvaje.

El sonido de una llamada se abre de nuevo paso desde mi teléfono móvil. Miro la pantalla, pensando que de nuevo será mi padre, pero mi corazón tropieza en su ritmo y me incorporo golpe.

Es Daniel.

Lo cojo de inmediato.

—¿Daniel?

—Hola, Charlotte. —Su voz es baja, ronca, desgastada—. ¿Has llegado ya a Long Beach?

—No… —Mi voz se quiebra al intentar explicárselo—. No hay trenes. Un árbol cayó sobre las vías, y… no puedo… No he podido ir.

Las palabras me salen entrecortadas, ahogadas en sollozos que brotan sin mi permiso y que soy incapaz de controlar. Y me odio por eso porque no quiero que se preocupe. Ya tiene suficiente. Pero no lo consigo. La voz de Daniel se suaviza, se llena de ternura y me muestra su aflicción.

—Charlotte… Lo siento. Lo siento mucho, mi vida.

Me paso una mano por la cara en un intento inútil de recomponerme, de juntar los pedazos dispersos de mi voz antes de que se quiebren del todo. Trago saliva y fuerzo a mi garganta a cooperar, a no traicionarme. Respiro hondo y busco alivio en el aire que entra en mis pulmones, pero incluso el oxígeno parece denso, pesado, como si en lugar de darme vida, solo añadiera más peso a este vacío que me ahoga.

Me obligo a preguntar por ella:

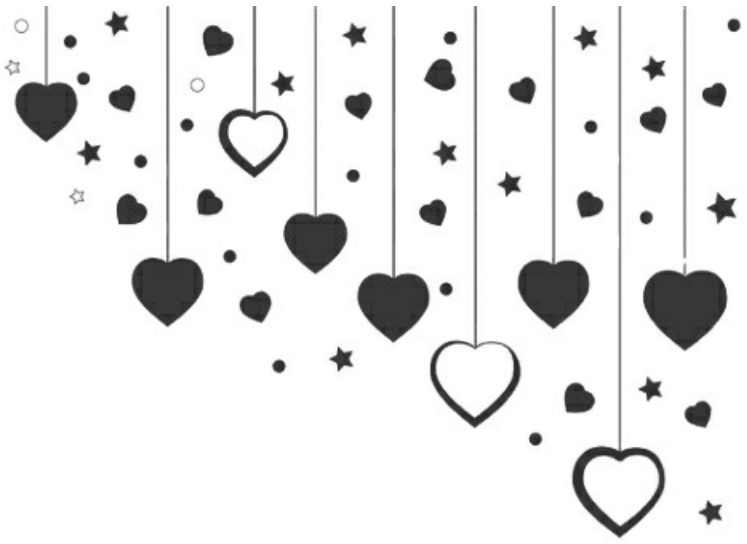
—¿Y Giselle? —Pero no responde—. ¿Daniel?

—¿Dónde estás?

—En casa.

Tarda un segundo.

—Necesito verte.



42
CHARLOTTE

Dos golpes suaves en la puerta rompen el silencio. Me acerco y abro. Daniel está ahí, devastado. Su rostro se ha transformado en la sombra de lo que es habitualmente. Está roto en tantas formas que me deja sin aliento. La nieve se aferra a su abrigo oscuro, como si intentara envolverlo en algo puro, pero no puede ocultar el peso que carga sobre los hombros. Sin embargo, son sus ojos los que me destruyen. Vacíos, apagados, como si toda la luz, toda la vida que alguna vez hubo en ellos, se hubiera extinguido. Como si, en este preciso instante, él también estuviera cayendo.

No digo nada. Tampoco él. Solo doy un paso hacia adelante y lo abrazo, sin dudar, sin pensar. Su cuerpo se desploma contra el mío con una inhalación que parece arrastrar lo poco que le queda de fuerza. Siento sus manos aferrarse a mi espalda, a mi cabeza, enroscando sus dedos en mi pelo. Y lo hacen desesperadas, como quien se sujeta al último borde antes de caer. Su frente se hunde en mi hombro y su aliento, pesado, se desliza contra mi piel. Respira hondo, como si intentara anclarse a algo real, como si este instante fuera lo único que le impide desvanecerse por completo.

Y yo lo sostengo; lo acompaño con todo lo que tengo, con todo lo que soy. Deslizo una mano por su espalda en una caricia lenta, con la absurda esperanza de que ese gesto pueda

remendar todo lo roto. Mi corazón late con dolor y me afano en demostrarle que estoy aquí, que no está solo.

Finalmente, me aparto unos centímetros, lo suficiente para buscar su mirada.

—Entra —murmuro, con una suavidad que es casi un ruego.

Él asiente, sin necesidad de palabras.

Lo guío hacia el sofá y se deja caer en el borde, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, apretadas con una tensión muda. Su mirada se clava en el suelo. Me siento a su lado, sin prisa, sin exigirle nada. Solo espero, nada más.

Daniel eleva sus ojos y los enlaza a los míos. Veo su tormenta contenida, el peso de semanas, desmoronándose en su mirada. Y algo dentro de mí se quiebra un poco más.

Su voz se abre paso, agotada y sin fuerza:

—Giselle ha perdido al bebé. —Mi pecho se cierra, como si el aire hubiera decidido abandonarme de golpe. Pero no digo nada. Solo espero—. Después de que te fuiste, tuvo otro sangrado. Fue peor que el anterior… Hicieron todo lo posible, pero, al final, el feto dejó de tener latido. —Daniel junta sus manos y respira profundamente—. Indujeron la expulsión. Y, luego, le hicieron un legrado

—¿Cómo se encuentra?

—Físicamente, estable. Su madre está con ella ahora. —Hace una pausa y su mandíbula se tensa—. Pero, emocionalmente, está destrozada.

Daniel se pasa una mano por el pelo, despeinándolo aún más, y sus ojos vuelven a perderse en un punto del suelo.

—¿Y tú, Daniel?

Levanta la mirada hacia mí y su voz se reviste de un poso amargo.

—No era mío, Charlotte. Cuando extrajeron el feto, pedí al Dr. Hamilton que hicieran una prueba rápida para determinar su grupo sanguíneo. Giselle y yo somos O negativo. Pero el bebé era A positivo. —Daniel se abre y deja salir toda su rabia—. No era mío. Nunca lo fue.

Coloco mi mano sobre la suya y la envuelvo despacio. Siento la tensión que reviste su cuerpo. No es solo tristeza. Es furia. Es el vértigo de haberlo dado todo por una mentira. Es la humillación de haber cargado con una culpa que no le correspondía. Lo han engañado, lo han usado, lo han dejado vaciado de certezas. Y, ahora, solo le queda esta ira cruda, este dolor que no sabe cómo gestionar.

—Lo sabía, Charlotte. Giselle lo sabía —precisa—. Desde el principio. Me ha confesado que se acostó con otro hombre ese mismo fin de semana y que no usaron protección. Y, aun así, me dejó creerlo. Me obligó a asumirlo todo: la culpa, la responsabilidad, la imprudencia… Fui un idiota. —Su voz se quiebra en cada palabra, como si cada una le pesara más que la anterior. Pero sus ojos, oscuros y devastados, portan una merma que me arrastra con él—. Y a ti, Charlotte… Te obligué a ello. Te traje a mi vida y te hice daño por esta mentira…

—No, Daniel…

—Si hubiera sido más prudente…

—Sin hubieras sido más prudente, quizá, no estaríamos aquí.

—Ni siquiera sé cómo puedes seguir mirándome, después de todo…

—No fuiste tú el que tejió esa mentira.

—Pero fui yo el que permitió que te tocara. ¡No te protegí de ella! ¡No fui sincero!

Me niego a que Daniel se ahogue de nuevo en esa responsabilidad. Por eso, me lanzo a sus labios y lo beso. Porque sus palabras pesan demasiado, porque su culpa es un muro entre nosotros y no quiero que exista nada que nos separe. Lo beso con la urgencia de quien intenta

sellar una herida abierta antes de que siga sangrando, con la desesperación de quien pretende acallar todo el dolor con un solo roce.

Daniel se tensa, atrapado aún entre esa maldita culpa y la rabia que lo consume.

—Charlotte, mi amor…

—No digas nada —susurro, devorando su aliento—. Estás aquí. Conmigo. Y eso es lo único que importa.

Él exhala contra mis labios, y en ese aliento hay algo que se rinde, algo que finalmente se suelta, y se hunde en mí como si fuera su única salvación. Nuestros labios se encuentran en un choque feroz, sin dulzura ni espera, solo con la necesidad ardiente de aferrarnos el uno al otro, de reclamar lo que el miedo y la mentira nos arrebataron; solo el vértigo de dos almas exhaustas encontrándose al fin en medio del caos. Y eso, por primera vez, es más que suficiente.



El teléfono vibra en la mesa y lo ignoro, porque, seamos sinceros, ahora mismo estoy más ocupada siendo devorada a besos por un hombre que parece haber nacido para complicarme la existencia. Estamos desnudos, con nuestros cuerpos entrelazados, tumbados en el sofá y debajo de mi manta. Pero el dichoso móvil vibra otra vez. Y otra. Y, en la cuarta, Daniel, que tiene el radar de curiosidad más fino que mi vecina del primero, levanta la cabeza de mi clavícula, lleva la mirada sobre la pantalla y pregunta:

—¿Papi? —. Y se inclina hacia mí con esa maldita sonrisa burlona que siempre me hace querer golpearlo con una almohada—. ¿En serio, Charlotte?

—¡No! Has tenido que leer mal —gruño, pero me afano es desviar el móvil como si pudiera esconderlo del juicio de sus ojos. Lo desbloqueo y, acto seguido, me lo arranca de las manos—. ¡Eh! ¡Ni se te ocurra!

Y con los ojos fijos en la pantalla, lee muy despacio:

—Pa-pi.

La risa contenida en su voz es como un jarabe pegajoso, imposible de ignorar. A pesar de mis intentos, se afana en desplegar la notificación para confirmar lo que ha leído.

—No puedo creer que seas una mujer adulta y tengas a tu padre en los contactos como papi.

—Vale, sí. ¿Y qué?

—Nada, nada —se ríe.

Me lanzo a por él para arrebatarle el teléfono. Pero, claro, Daniel es más rápido y tiene la ventaja de tenerlo entre sus manos. Así que, para mi escarnio personal, levanta el móvil por encima de su cabeza, lejos de mi alcance, y sigue incordiándome.

—¿Y él te llama princesita?

—Daniel, dámelo ya o te juro que voy a…

Mi amenaza queda interrumpida porque, maldita sea, el móvil abre paso a una llamada de mi papi. Tengo que responder sí o sí. Ya me lo imagino, en su trono de cuero marrón, mascando tensión, con la mandíbula presionada, mientras planea venir a buscarme personalmente si no descuelgo en el último tono.

Daniel me mira, divertido, pero baja el brazo con el teléfono y me lo tiende.

—Deberías cogerlo. Antes de que papi se preocupe.

Lo fulmino con la mirada, le arrebato el móvil y, sin pensarlo mucho, deslizo el dedo para contestar.

—¿Papá? —digo con una voz que suena tres tonos más culpable de lo que debería.

Daniel, como si tuviera un radar para mi incomodidad, se acomoda a mi lado y apoya el mentón en mi hombro, con esa sonrisa que grita esto va a ser divertido.

—Charlotte, ¿dónde demonios estabas? —La voz de mi padre retumba en el altavoz, profunda, severa, cargada de preocupación paternal en formato militar. Genial. Ya estoy temblando y ni siquiera ha empezado la parte del interrogatorio.

—Lo siento, papá, se me pasó llamarte. Estoy bien, de verdad. No hace falta que… —Daniel me besa el hombro y yo pierdo el hilo de lo que estoy diciendo. Porque, claro, eso es justo lo que necesito ahora mismo: una distracción de metro ochenta y cinco, y mirada devastadora.

—¿Estás bien? —pregunta mi padre, con ese tono que implica que ya ha notado algo raro en mi voz.

—Perfectamente.

Me aclaro la garganta y trato de sonar lo más convincente posible. Pero Daniel vuelve a ponérmelo difícil. Así que decide que lo mejor es empezar a besarme el cuello como si quisiera comprobar si mi deseo aún funciona, después de todo lo que ha pasado encima de ese sofá.

Y funciona. ¡Vaya si funciona!

Pero, por lo visto, no tiene suficiente, así que decide que, mientras me disculpo con mi padre, mi oreja es el próximo objetivo de su ataque. Encojo los hombros y el susurro cálido de su risa hace que mi cuerpo se tense.

—Charlotte, hija, ¿estás sola?

El tono de mi padre se endurece y, por un momento, creo que mi corazón va a pararse. Daniel, al oír la pregunta, suelta una risa baja contra mi piel. Es oficial: estoy perdida.

—¡Claro que estoy sola! —respondo demasiado rápido, demasiado alto y demasiado agudo.

Daniel tiene la desfachatez de morderme suavemente el cuello, lo justo para que me estremezca. Lo aparto con el codo, pero no se inmuta. Más bien, parece disfrutar de mi agonía.

—¿Y por qué gritas? —pregunta mi padre, y ahora suena más preocupado que nunca.

—No estoy gritando, papá. Es… es… el eco.

—¿El eco?

Sí, no se me ocurre otra cosa mejor que aludir al eco en un apartamento de Manhattan de treinta y siete metros cuadrados. ¡Muy bien, Charlotte, brillante excusa! Daniel casi se atraganta de la risa, y yo lo fulmino con la mirada, pero no sirve de nada porque, claro, él está encantado.

—Charlotte, ¿estás segura de que todo está bien? —insiste mi padre, y esta vez su tono es más suave, más cálido, pero también más letal.

—Todo perfecto, papá.

Trago saliva y lanzo a Daniel una mirada que claramente dice si sigues, te mato. Él responde con una sonrisa lenta, peligrosa. Coloca una mano en mi cintura, comienza a trazar

círculos lentos con el pulgar y empieza a tumbarme, mientras se coloca encima.

«¡Maldito seas!».

—No quiero incordiar, cielo, pero es que me tienes preocupado. Antes te dejé llorando…

Lanzo a Daniel una última mirada de advertencia, pero él solo se inclina más hasta tumbarme del todo. Es cierto, tampoco es que yo esté poniendo demasiada resistencia. Y, por si esto no fuera poco, comienza a besarme la clavícula. Y baja. Y baja. Y baja más. Y sí, mi padre está mostrando su preocupación, pero es que tengo los labios de Daniel ya encima de mi pubis y no puedo más.

—Mira, papá, te llamo luego, ¿vale? Todo está bien, de verdad. No hace falta que te preocupes. No hace… —Me muerdo el labio y reprimo un gemido—. Te tengo que dejar.

—De acuerdo. Pero llámame luego. Si no lo haces, iré a buscarte. —Y con esa advertencia final, cuelga, dejándome temblando entre la amenaza de mi padre y el desastre que tengo entre mis piernas.

—Te odio —consigo susurrar, mientras mis palabras son atravesadas por un suspiro de deseo. Y, en respuesta, Daniel me toma con mucha más ansia—. Aaah, por qué me haces esto…

No puedo más. Tiro mi teléfono al suelo, tapo mis ojos con uno de mis brazos y me dejo guiar a donde Daniel me lleva. Y, joder, me encanta. Lo que hace este hombre con la lengua no tiene nombre.

—He dejado a mi padre a medias… —me quejo sin ningún ápice de credibilidad—. Ahora va a pensar que… ¡Aaah! Sigue… Sigue… Va a pensar que no le quiero… ¡Dios!

Daniel se aparta.

—Tranquila, pequeña. En cuanto termine contigo, te llevo a Long Beach.

Sinceramente, no quiero que pare, pero esa información me obliga a preguntar.

—¿Qué estás diciendo?

Daniel saca su rostro de entre mis piernas y busca mis ojos.

—Que te voy a llevar a Long Beach, a casa de tus padres.

—No… no es necesario —balbuceo, ebria de deseo—. El trayecto es muy largo y ya les he dicho que no voy.

—No, mi vida. —Y pasa la punta de la lengua, muy despacio, alrededor de mi clítoris. Me deja muerta—. Querías ir a pasar el día de Navidad con ellos. —Otra más. Muevo las caderas, buscándolo—. Y te voy a llevar.

—Daniel —jadeo.

—Todavía es pronto. En cuanto termine contigo, nos vamos para allá.

—Daniel… —suspiro—. Puedo ir mañana.

Se retira definitivamente, alza su torso y me advierte, serio:

—No, cariño. Te voy a llevar hoy por dos razones. —Alzo una ceja—. La primera, deseabas más que nada pasar esta noche abrazada a tu padre viendo una película navideña.

—Pero…

Levanta un dedo y me hace callar.

—¡Shhh! Y la segunda, te voy a llevar porque, si no lo hago, me voy a pasar toda la noche follándote. —Y lleva su rostro hacia el mío—. Todo el jueves follándote. —Baja sus labios hasta mi boca—. Toda la mañana del viernes follándote. —Toma mi labio inferior y lo muerde, hasta arrancarme un gemido—. De manera que, cuando quisieras prepararte para ir a trabajar por la tarde, no podrías ni sostenerte sobre tus piernas. Y el hospital te necesita el viernes. Eso sí, el fin de semana prepárate, porque eres toda mía.

Vale, el plan mola, pero tampoco me da mucho más tiempo a pensar. Me coge de las caderas, me gira con fuerza sobre el sofá y, acto seguido, me penetra por la espalda.

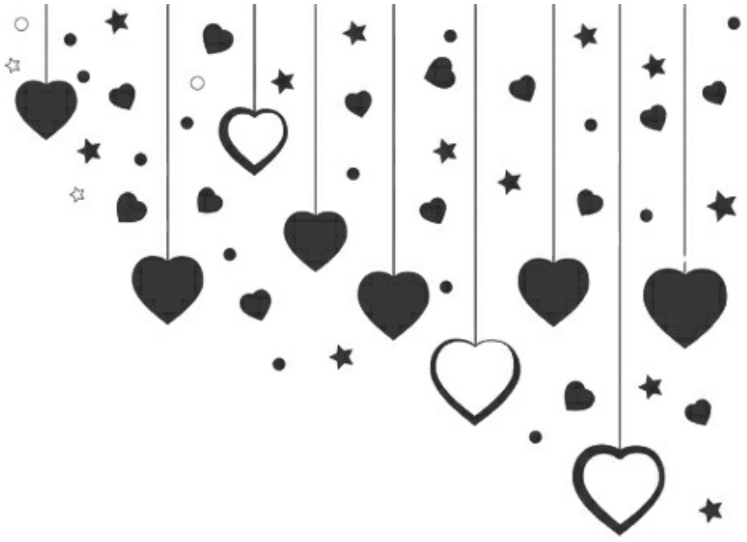
—Daniel… —gimo.

Vence su torso sobre mi cuerpo, lleva su boca a mi cuello y lo besa, sin dejar de embestirme con vigor.

—Haría cualquier cosa por ti con tal de verte feliz —me susurra—. Porque eres lo único que tiene sentido en mi vida. Eres la única constante en un mundo que siempre parece desmoronarse a mi alrededor. Incluso cuando me odias, incluso cuando peleamos, incluso cuando me empujas lejos… —Desliza sus dedos hacia mi clítoris y me arranca un gemido largo y decadente—. Siempre estás ahí. En mi mente, en mi pecho, en cada jodido latido. Te amo, Charlotte. Te amo más de lo que nunca podré amar a nadie.

Giro mi cabeza y busco sus labios.

—Te amo, Daniel.



EPÍLOGO
CHARLOTTE

Seis meses después.

Mudarse a casa de Daniel. Suena sencillo, ¿verdad? Una decisión adulta, lógica, de esas que haces con una sonrisa en la cara y un corazón lleno de emoción. Pues no. Porque lo que nadie te dice es que mudarte a casa de tu novio, sobre todo si ese novio es un cirujano cardiotorácico obsesionado con el orden y la eficiencia, es básicamente como presentarte voluntaria para un reality de supervivencia extrema.

Para empezar, está el tema del espacio. Daniel, por supuesto, tiene un apartamento perfecto: minimalista, moderno, con muebles que parecen sacados de un catálogo de diseño escandinavo. Yo, en cambio, tengo cajas llenas de cosas que no tienen cabida en su mundo perfecto. Como mi cojín con forma de aguacate, mi lámpara con forma de flamenco o mi colección de velas aromáticas que huelen a *Otoño mágico* o *Nubes felices*. Aunque él, siempre que las veía en mi casa, me preguntaba:

—¿Por qué necesitas veinticinco velas que nunca enciendes?

Porque sí, Daniel. ¡Porque sí! ¿Hay acaso una lógica razonable para no comprar velas,

con perfumes cuestionables, de forma compulsiva?

En estos momentos, estamos en el salón de su apartamento (mío también ahora), rodeados de cajas abiertas, cerradas, a medias, que no corresponden con lo que he puesto como mensaje identificativo, con precinto adhesivo que envuelve el cartón como papel de regalo, montañas de ropa desperdigada, que debo dividir entre estaciones, porque, si no, ni entramos los dos en el armario, y prendas esperanzadoras que se han venido conmigo a pesar de que ya no entran en mis caderas.

Y aquí estoy, con la coleta deshecha, un chándal que debería haberse jubilado en 2015 y un caos absoluto a mi alrededor.

Tampoco es que Daniel me lo propusiera con una cena romántica y velas. No, solo aludió a mi cobardía.

—Charlotte, lo que estás haciendo es ganar tiempo.

—Bueno, ¿y qué si lo estoy haciendo?

—Pues nada. Pero pasas más tiempo aquí que en tu casa. Y a mí me encanta. Solo tienes que dar el paso. Te lo he dicho: te quiero. Y me encantaría que viviésemos juntos.

—¿Y por qué no en mi casa?

—Vale. ¿Cuándo me mudo?

—No, no —reculé de inmediato—. Mejor aquí.

No podíamos echar a perder los cuarenta metros cuadrados más que tiene su apartamento.

Así que me lo pensé, y me lo pensé, y me lo volví a pensar. No era fácil tomar una decisión. Se trataba de mezclar su calma infinita frente a mi caos absoluto. Sinceramente, no sé por qué este hombre ha decidido que soy el desastre que quiere en su vida. Pero le hice caso, alejé mis miedos y mis dudas, e hice lo que quería: creer que lo nuestro podía ser posible.

Y hoy es ese día: me he mudado a casa de Daniel. Mi compañero perfecto, aun a sabiendas de que soy incapaz de doblar las sábanas ajustables. Tampoco pasa nada por hacerlas un burruño y meterlas en el armario.

Efectivamente, NO.PASA.NADA.

Daniel deja unas cajas en el suelo y se acerca. Su presencia es… desbordante, como siempre. En cuanto pone una mano en mi cintura, mi cerebro decide que es un buen momento para apagar el caos y entrar en modo enamorado.

—Charlotte, relájate, mi vida. —Su voz es baja, tranquila, como si estuviera operando a corazón abierto y no lidiando con mi pánico existencial por la mudanza—. Solo son cajas. Y aunque ahora no sepas dónde has metido las chapas, da igual. Las buscaremos juntos.

Juntos. Esa palabra hace que mi corazón dé un vuelco. No porque sea nueva, sino porque sigue sonando increíble cuando él la dice. Miro el desastre a mi alrededor: las cajas abiertas, la montaña de ropa, el mini *Drama Queen show* que acabo de montar porque no sé dónde he metido mis chapas de Barbie. Y, por una vez, intento tomar su consejo.

—Vale. Me relajo. —Levanto las manos en señal de rendición y, para demostrarlo, me dejo caer en el sofá rodeada de cosas. Claro, el problema es que todavía no tengo dominada la técnica de tirarme en este sofá para soltar mi angustia y termino dándome un golpe en la espalda. Muy elegante.

—¿Estás bien? —pregunta él, conteniendo la risa. Es un encanto, pero también es un imbécil, porque ni intenta disimularlo.

—Esto es un caos. Se aproxima hasta colocarse enfrente, coloca sus manos a cada lado de mi cabeza, sobre el respaldo, y deja caer su cuerpo hacia el mío. Alcanza mis labios con una suave caricia y suelta la frase que termina de desarmarme:

—El caos contigo es lo único que quiero.

¿Cómo demonios se supone que respondo a eso? ¿Con un chiste malo? ¿Con un comentario sarcástico? Porque, honestamente, no tengo armas para enfrentarlo cuando es así: calmado, dulce y, absolutamente, consciente de que quiere a una persona tan caótica como yo en su vida.

—Pues prepárate.

—Estoy preparado. —Sonríe y me besa la frente antes de levantarse—: No lo cambiaría por nada del mundo.

Pues bien. Ese va a ser el resumen de nuestra vida ahora: él intentará domar mi caos y yo haré todo lo posible por invadir su orden. No es un equilibrio perfecto, pero es nuestro equilibrio y llevamos meses entrenándolo. A estas alturas, empiezo a entender que lo que nos une no es nuestra compatibilidad —porque, sinceramente, no podríamos ser más diferentes—, sino la forma en que, a pesar de ello, funcionamos.

—Charlotte, ¿puedo llevar ya estas cajas al trastero?

Tiene trastero. Os lo he dicho. Este apartamento es mucho mejor.

Me detengo en seco para contemplar esa imagen suya tan… él. Vaqueros oscuros, camiseta gris ligeramente ajustada —«¡Madre mía que torso!»— y un mechón de pelo rebelde cayendo sobre su frente. Está perfecto. Demasiado perfecto. Es como si este hombre no sudara nunca.

—Espera, tengo que revisar si está ahí mi caja de tesoros.

—¿Caja de tesoros?

—Sí, son cosas importantes. ¡Esenciales! Y me gusta tenerlas cerca de la cama cuando duermo.

—No me has hablado nunca de ella. ¿Qué tiene?

—Pues… —empiezo a enumerar, levantando un dedo por cada tesoro—. La entrada de cine de cuando vi Titanic.

—Memorable, sin duda.

—No me juzgues. Tú tienes una colección de discos que ya nadie escucha.

—*Touché*.

—Mi primera placa de identificación de enfermera. Está rota, pero me recuerda que sobreviví a ese primer turno infernal donde nadie me dijo dónde estaban los guantes.

—Ajá.

—Una servilleta firmada por Hugh Jackman cuando lo vi en Broadway. Bueno, firmada es un decir, porque la tinta se corrió y ahora parece más una mancha artística. Pero es su mancha artística. Daniel sonríe y niega con la cabeza.

—¿Qué más? —insiste.

—Un mechón de pelo de mi perro Max.

—Precioso.

—Una piedra.

—¿Una piedra?

—Una piedra que encontré en la playa de Long Beach con mi padre cuando era pequeña. Él me dijo que me daría buena suerte. Que si la llevaba conmigo, las cosas siempre saldrían bien.

Eso lo hace callar. Su sonrisa se suaviza y en sus ojos se abre paso algo que no sé si quiero interpretar.

—Y… un cassette. —Cambio rápidamente de tema.

—¿Un cassette?

—Sí, uno que grabé cuando tenía cinco años. Es básicamente una hora de mí cantando canciones inventadas y discutiendo con mi yo imaginario. ¡Un artefacto valiosísimo! Su sonrisa vuelve, más cálida esta vez.

—Eso tengo que escucharlo.

—No. Nunca.

—Ya veremos. ¿Algo más?

—Sí. Un bolígrafo que me dio Jimmy Couson en primaria.

—¿Jimmy Couson?

—Sí, Jimmy Couson. Fue mi gran amor. Ahora es CEO de NeuraCore Technologies y seguimos hablando por Instagram. Se da la vuelta.

—Voy a llevarlas al trastero.

—¡Noooo!

Y luego está el tema muebles. Dejé los míos porque, básicamente, no eran míos, sino de mi casera. Pero yo veía que íbamos a andar cortos para meter mis cosas, aunque él lo negara. Así que, tres días antes de mudarme, le dije:

—Daniel, voy a comprar una estantería más.

—Vale. ¿Vamos el sábado a Ikea?

—No, no. La necesito ya. Quiero que esté instalada antes de mudarme.

—De acuerdo. ¿Echamos un vistazo luego?

—No te preocupes. Ya lo hago yo en mi descanso. Hoy estás hasta arriba de casos. Tramito la compra y que la envíen a tu casa.

—A nuestra casa.

—Eso.

Daniel solo me pidió:

—Que encaje con el estilo.

Spoiler: no encaja. Bueno, ya da igual.

Así que, ahí le tengo, dándole vueltas a la llave Allen, mientras yo estoy tirada en la alfombra, con las instrucciones en una mano y un destornillador en la otra, tal y como si fuera a contribuir en algo útil. Ya os los digo: no lo haré.

—De verdad, ¿crees que necesitamos esta estantería?

—Sí. Es para mis libros.

—Tenemos tres estanterías para libros.

—Ya, pero esta es para los especiales. Los que necesito tener cerca para recordarme quién soy.

Le lanzo una mirada dramática y trago saliva cuando veo que se detiene y me observa con una ceja levantada.

—¿Y quién eres? —pregunta con una mezcla de burla y paciencia infinita.

—Una mujer al borde del colapso porque está dejando toda su vida para venir aquí contigo, doctor perfección. Así que sí, necesito la estantería, Daniel. Es mi único ancla en este caos de orden escandinavo.

Él me mira un segundo más y luego suelta una carcajada silenciosa. Y es en ese momento en el que me doy cuenta de que estoy completamente perdida por este hombre. Incluso cuando está riéndose de mí.

—Vale. Tendrás tu estantería. Solo para ti y tus libros.

—Eso es. Solo para mí y mis libros.

—¿Algo más?

—Mi cojín con forma de aguacate. Y mi lámpara de flamenco. Y mis velas. Y mi batidora. Hay que encontrar un hueco para ponerlos. ¡Y mi manta! ¿Dónde demonios está mi manta?

—En la lavadora.

—¿Por qué has metido a lavar mi manta sin consultarme?

—Charlotte… —Esta vez su tono tiene un toque de advertencia, pero yo simplemente sonrío y me acerco a él.

—Vale. Lava mi manta. Pero espero que hayas puesto un programa delicado.

Me observa en silencio y con una mueca deliciosa en sus labios. Hay algo en su expresión que me hace sentir que, a pesar de todo, estoy exactamente donde debo estar. Daniel se inclina hacia mí y me besa. Y por un momento, me olvido del mueble, de las velas, de los cojines, de la batidora, de mi manta y del mundo entero. Porque aquí estoy, en este apartamento, en su vida, envuelta en su amor, y todo lo demás puede esperar. Incluso el mueble troceado que ocupa medio salón.

Horas después, cuando estamos sentados en el suelo del salón, rodeados de cajas a medio desempacar, me recuesto contra su hombro y suspiro. A mi alrededor, veo la estantería montada, aunque todavía no tiene libros, una lámpara con forma de flamenco inclinada porque no hemos ajustado bien la base, y un cojín con forma de aguacate que ha terminado tirado en la esquina del sofá, como símbolo silencioso de la negociación que acabo de ganar. Mi caos está oficialmente aquí. Y él no se ha quejado… todavía.

—Espero que sepas que estás firmando un contrato vitalicio conmigo. Nada de devoluciones ni reembolsos.

Daniel me mira de reojo, con esa sonrisa pequeña y tranquila que me tiene rendida desde hace meses.

—No tengo ninguna intención de devolverte.

Sus palabras son simples, pero siguen afianzando todas esas grietas que crearon las dudas, y que pensé que nunca se podrían reparar. Porque eso es lo que siempre he querido, aunque me haya costado admitirlo: alguien que me acepte, con todo mi caos, mis inseguridades y mi manta. Alguien que me mire cada día como si fuese lo más maravilloso que hay en su vida. Tuerzo la cabeza para mirarlo a los ojos. La suave luz del salón se refleja en su rostro. El reloj en la pared marca casi la medianoche. Afuera, una tormenta veraniega descarga ya sus últimas gotas, cubriendo la ciudad en un silencio que parece de otro mundo. Pero aquí dentro, en este apartamento lleno de cajas y promesas no cumplidas del todo, siento una paz idílica.

Apoyo, de nuevo, la cabeza en su hombro y cierro los ojos. Su respiración es constante, rítmica, como todo en él; un ancla en medio de mi incesante marea.

—¿Sabes que vivir conmigo no va a ser fácil, verdad? —murmuro.

—Yo tampoco soy fácil, lo sabes. Pero, a pesar de todo, nos compenetramos.

—Ya, pero yo voy a perder cosas, muchas de ellas, tuyas. Y probablemente romperé algo importante. Como ese jarrón que tienes ahí, y que ni siquiera sé por qué me pone tan nerviosa.

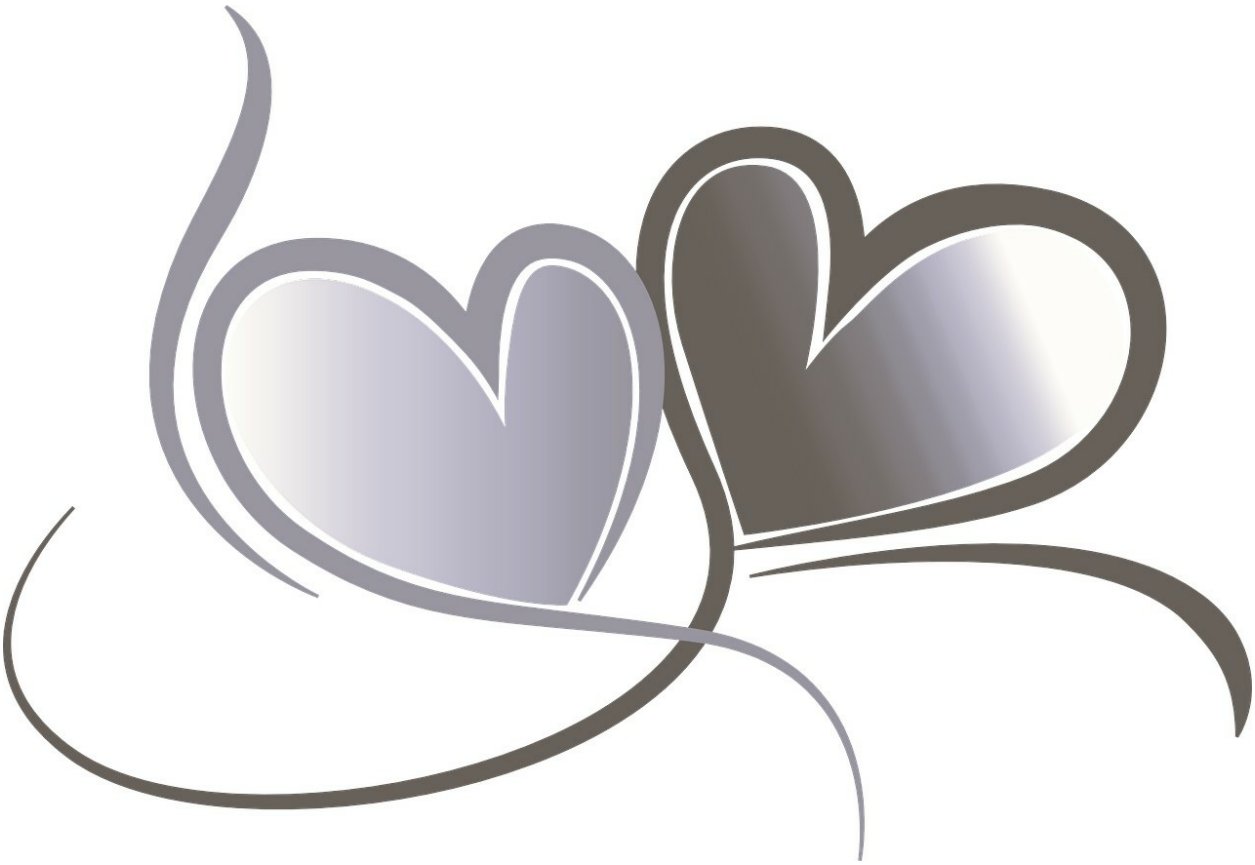
—No me importa. —Vuelve su rostro para a mirarme y encuentro en sus ojos un refugio; uno que todavía me cuesta creer que sea mío.

Me acurruco entre sus brazos y me libero de todo. Me concentro en su respiración, en el ritmo tranquilo de su pecho subiendo y bajando, y dejo que la quietud se asiente entre nosotros. Debería decir algo más. Pero esta vez, no lo hago. Me quedo en silencio y permito que el momento sea lo que es: perfecto. Ya no siento la necesidad de llenarlo con palabras. Aquí, con Daniel, no hay vacío. Solo hay paz, serenidad, equilibrio. Hay ternura, hay amor, hay deseo. Y

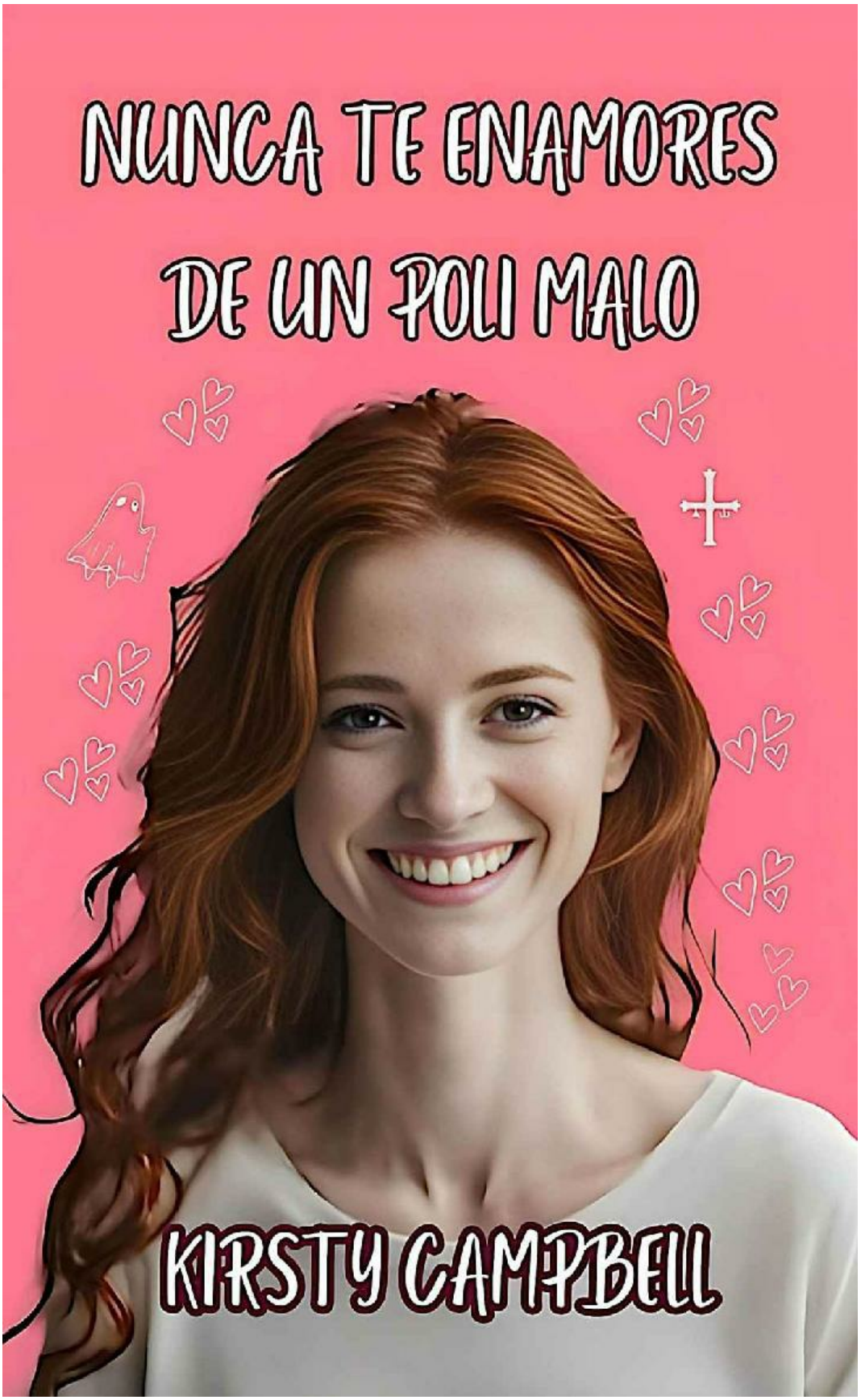
me doy cuenta de que también hay felicidad.

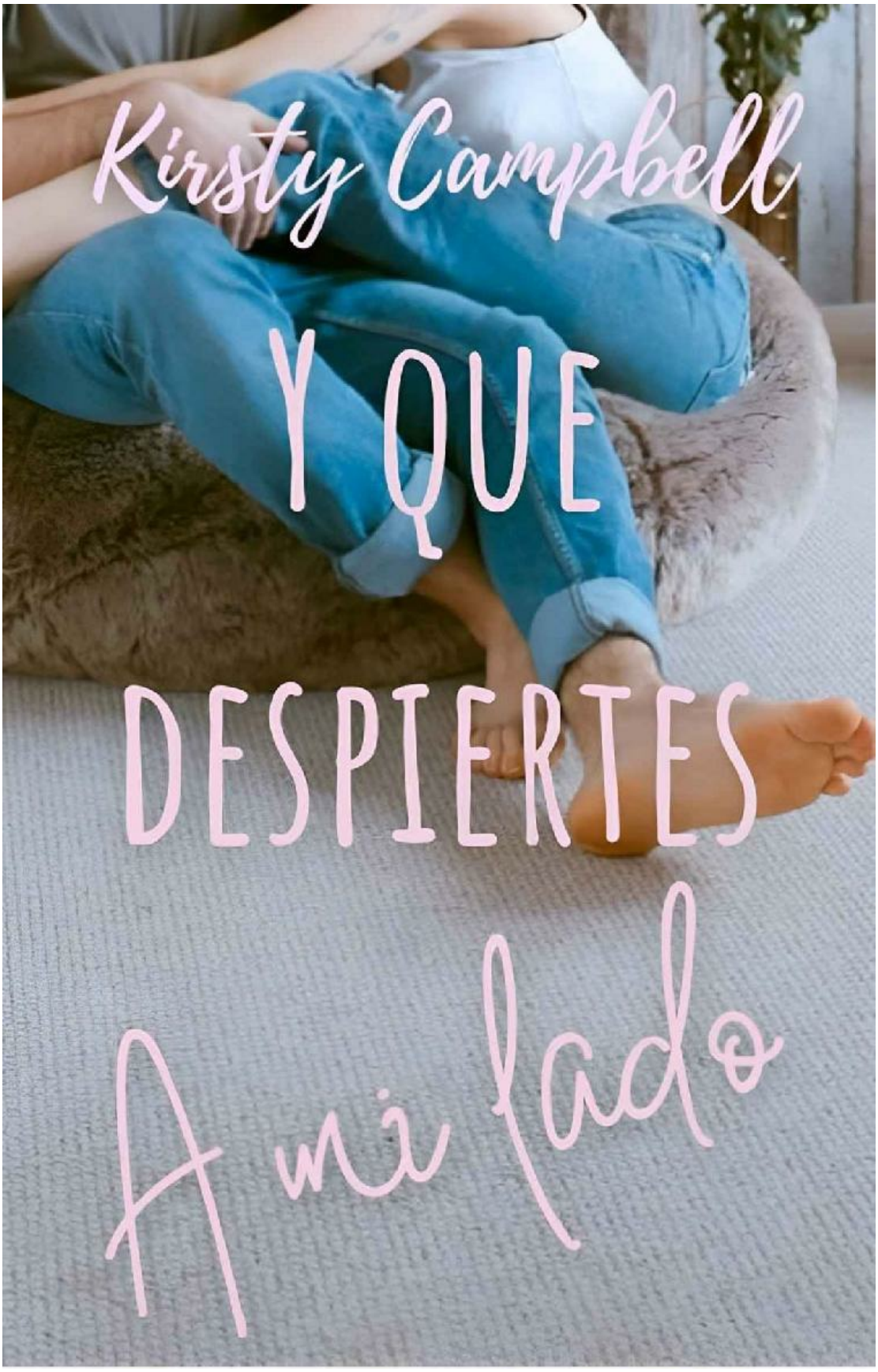
Por primera vez, sé que estoy exactamente donde debo estar.

Con Daniel. En casa.




Kirsty Campbell
OCHO VERANOS PARA VOLVER A VERTE
Serie Olivia & Robert I


NUNCA TE ENAMORES
DE UN POLI MALO
KIRSTY CAMPBELL


Kirsty Campbell
Y QUE
DESPIERTES
A mi lado